

Mundo Hispánico

12 de Octubre 1948



CIRCVLO PO
TROPICO
ECVADOR
TROPICO DE
TROPICO
CIRCVLO POL

PUBLICACION MENSUAL

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL: ALFREDO SANCHEZ BELLA

REDACCION Y ADMINISTRACION: Alcalá Galiano, 4. Tel. 25-05-36 MADRID
Apart. 245 · Direc. teleg.: MUNISCO



MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

N.º 9. - Octubre 1948

DIRECTOR: ROMLEY (MANUEL M.ª GOMEZ COMES)

Redac. Jefe: MANUEL SUÁREZ-CASO

Secret. de Red.: RAIMUNDO SUSAETA

Argentina
Bolivia
Brasil
Colombia
Costa Rica
Cuba
Chile
Ecuador
El Perú
El Salvador
España
Filipinas
Guatemala
Honduras
México
Nicaragua
Panamá
Paraguay
Portugal
Puerto Rico
R. Dominicana
Uruguay
Venezuela

S U M A R I O









EN ESTA COLUMNA DE LOS NOMBRES, EN BLANCO, DE LOS "VEINTITRES PAISES", SE SUBRAYARAN CON OTRO COLOR LOS QUE EN CADA NUMERO SEAN RECORDADOS O GLOSADOS ESPECIALMENTE

PRECIOS: Argentina, Pesos, 5,00 ● Bolivia, Bolivianos, 50,00 ● Brasil, Cruceiros, 20,00 ● Chile, Pesos, 40,00 ● Colombia, Pesos, 2,00 ● Costa Rica, Colones, 6,50 ● Cuba, Pesos, 1,00 ● El Ecuador, Sucres, 15,00 ● El Salvador, Colones, 2,50 ● España, Pesetas, 20,00 ● Filipinas, Pesos, 2,70 ● Guatemala, Quetzales, 1,00 ● Honduras, Lempiras, 2,00 ● México, Pesos, 6,00 ● Nicaragua, Córdobas, 5,00 ● Panamá, Balboas, 1,00 ● Paraguay, Guaranies, 3,50 ● Perú, Soles, 6,50 ● Portugal, Escudes, 25,00 ● Puerto Rico, Dólares, 1,00 ● R. Dominicana, Dólares, 1,00 ● Uruguay, Pesos, 2,00 ● Venezuela, Bolívares, 3,50 ● U. S. A., Dólares, 1,00 ● Resto del mundo, equivalencia Ptas. 20

EMPRESA EDITORA Y DISTRIBUIDORA: EDICIONES IBEROAMERICANAS, S. A. - CALLE DE MENORCA, 15 - MADRID

IMPRESORES: TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, BLASS, S. A. (MADRID) ● HUECOGRABADO, HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L. (VITORIA) ● OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE (SAN SEBASTIAN)

Codicilo

(Fragmento)

de

Isabel La Católica *

n nomine sancte et Individue Trinitatis, Patris et Filii et Spiritus Sancti. Sepan quantos esta carta de codicillo vieren como ÿo doña Isabel, por la gracia de Dios, Reÿna de Castilla, de Leon, de Aragon, de Sicilia, de Granada, de Toledo de Valencia, de Galizia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Cordoha, de Correga, de Murcia, de Jahen, de los Algarbes, de Algezira, de Gibraltar, e de las ÿslas de Canaria, Condesa de Barcelona e señora de Vizcaÿa e de Molina, duquesa de Athenas e Neopatria, condesa de Rosellon e de Cerdania, marquesa de Oristan e de Goceano. ¶ Digo que por cuanto ÿo hize e otorgue mi testamento ante Gaspar de Grizio mi Secretario.

Item, por quanto al tienpo que nos fueron concedidas por la Santa Se Apostolica las Ÿslas ÿ Tierra Firme del mar Oceano descubiertas e por descubrir, nuestra principal ÿntención fue al tienpo que lo suplicamos al Papa Alexandro sexto, de buena memoria, que nos hizo la dicha concessión, de procurar de ÿnduzir e traer los pueblos d'ellas e les convertir a nuestra sancta fe catholica e enbiar a las dichas Ÿslas e Tierra Firme

prelados e religiosos e clerigos e otras personas doctas e temerosas de Dios para ynstruir los vezinos e moradores d'ellas en la fe catholica e les enseñar e doctrinar buenas costunbres e poner en ello la diligencia devida, segund mas largamente en las letras de la dicha concesión se contiene: Por ende suplico al Rey, mi señor, muy afectuosamente e encargo e mando a la dicha Princesa, mi hija, e al dicho Principe, su marido, que asi lo hagan e cumplan e que este sea su principal fin e que en ello pongan mucha diligencia e no consientan nin den lugar que los yndios vezinos e moradores de las dichas Yndias e Tierra Firme, ganadas e por ganar, reciban agravio alguno en sus personas ni bienes, mas manden que sean bien e iniustamente tratados e si algund agravio han recibido lo remedien e provean por manera que no se exceda en cosa alguna lo que por las letras apostolicas de la dicha concessión nos es iniungido e mandado.

E digo e declaro que esta es mi voluntad la qual quiero que vala por codicillo e si no valiere por codicillo quiero que vala por qualquier mi ultima voluntad o como mejor pueda e deva valer. ¶ E porque esto sea firme e no venga en dubda otorgue esta carta de codicillo ante Gaspar de Grizio, mi secretario, e los testigos que lo sobre-scrivieron e sellaron con sus sellos, que fue otorgada en la villa de Medina del Campo a veynte e tres días del mes de Noviembre ano del Nascimiento del nuestro Salvador Jhesuchristo de mill e quinientos e quatro años e lo firmé de mi nonbre ante los dichos testigos e lo mande sellar con mi sello.

Yo la Reyna



* Se conserva en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, de Madrid.



DECRETO DEL PRESIDENTE HIPOLITO IRIGOYEN DECLARANDO FERIADO EL DIA 12 DE OCTUBRE, FIRMADO EN OCTUBRE DE 1917.

Visto el memorial presentado por la Asociación Patriótica Española, a la que se han adherido todas las demás sociedades españolas y diversas instituciones argentinas científicas y literarias, solicitando sea declarado feriado el día 12 de Octubre; y

Considerando: 1.° Que el descubrimiento de América es el acontecimiento de más trascendencia que haya realizado la Humanidad a través de todos los tiempos, pues todas las renovaciones posteriores se derivan de este asombroso suceso que, al par que amplió los lindes de la tierra, abrió insospechados horizontes al espíritu.

2.° Que se debió al genio hispano —al indentificarse con la visión sublime del genio de Colon— efemérides tan portentosa, cuya obra no quedo circunscripta al prodigio del descubrimiento, sino que la consolidó con la conquista; empresa ésta ardua y ciclópea, que no tiene términos posibles de comparación en los anales de todos los pueblos.

3.° Que la España descubridora y conquistadora volcó sobre el continente enigmático el valor de sus guerreros, el denuedo de sus exploradores, la fe de sus sacerdotes, el preceptismo de sus sabios, las labores de sus menestrales; y con la aleación de todos estos factores obró el milagro de conquistar para la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones americanas.

Por tanto, siendo eminentemente justo consagrar la festividad de esta fecha en homenaje a España, progenitora de naciones, a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonia de su lengua, una herencia inmortal que debemos de afirmar y de mantener con jubiloso reconocimiento;

El Poder Ejecutivo

DECRETA:

Art. 1.° Declárase fiesta nacional el día 12 de Octubre.

Art. 2.° Comuníquese, publíquese, dese al registro nacional y archívese.

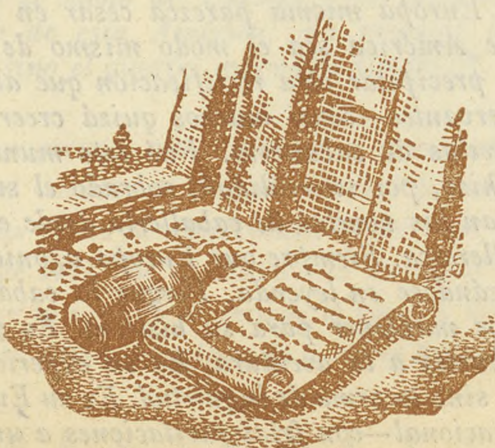
Hipólito Irigoyen

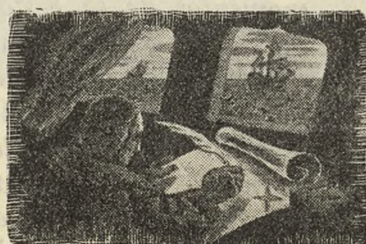
12 DE OCTUBRE



LA GALEONA: Nuestra Señora del Rosario, capitana y protectora de las flotas de España, pintada por Murillo. Lámina del siglo XVIII, de la colección de D. Enrique Ruiz-Guiñazú.

MANVSCRITO ENCONTRADO EN UNA BOTELLA





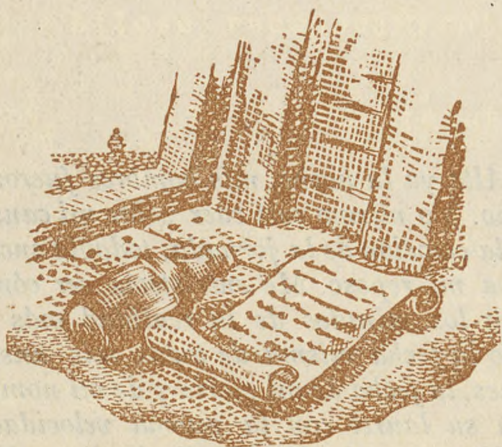
"Alta ya la noche, mis hombres fueron yéndose al sueño. Yo mismo creí caer sobre mi cansancio, aunque la emoción de la jornada, todavía encendida, quemaba mi reposo. Me entristecía ver cómo se consumían los minutos de la realidad más codiciada y cómo la fecha misma de todas mis ansias y ambiciones, la fecha de mi gloria y de mi nombre, marchitaba su laurel con la misma velocidad mortal, y aun tal vez con mayor precipitación que cualquier otro día ineficaz. No debía dormir, sino velar sobre la ceniza nocturna del primer día de América. Extrañará que use este nombre, no porque me hiera, sino por futuro. Pero sólo estando en mí, en el temblor de esta noche ecuménica, puede ser explicado este apocalipsis personal—irresistible para la memoria por su pavorosa falta de tiempo—. No voy

a narrar su alucinación ni espero ya más recordarla. Pero viendo morir este 12 de octubre de 1492, tanta herida me hizo el tiempo, que pude escapar por ella —como debe salir el alma del que cae por la espada—a esa luz fija y central a cuyo rededor circulan el pasado y el futuro serenamente eternos y presentes. Si fué el nivel de la fecha, tan extrema y decisiva, no lo sé. Lo cierto es que compartí su inmortalidad en un trance de esta noche y que ahora—vuelto el tiempo y antes de que la memoria, desacostumbrada a recordar el futuro, disuelva su revelación— escribo esta carta para el mar, esperando que el agua la transporte en su misterio y la entregue al hombre en una ribera y en una edad oportunas.

"Ahora sé el límite justo de mi figura. Para ser humano, dejaré intacto a la historia mi propio enigma, con la sonrisa triste que necesitan los héroes. Una cosa he comprendido esta noche, y es que las edades vuelven a hacernos a su imagen y semejanza; que mi ser apenas es una chispa inicial del ser que miles de hombres acumularán en mí, pensándome y viviéndome en el vivo desarrollo de mis errores y de mis virtudes. Porque todo acto sucede para siempre. Sin embargo, debo rectificar para la historia—y no para mi biografía—lo que he oído decir tras de mi muerte. Que "Cristóbal Colón murió sin saber lo que había descubierto". Esto me arrebata un misterio y debo devolverlo. Precisamente eso es América, un incesante descubrimiento, una incógnita que se vive en un no saber lo que se ha descubierto. Un morir como yo, que será el morir de tantas generaciones americanas. Yo no descubrí lo que podía saberse. Yo llevé a una historia su origen; de ahí que esa historia tendrá que moverse—al revés de la europea— en un desequilibrio donde pesará mucho más el futuro que el pasado. Y no propiamente porque sus pueblos sean jóvenes—pues hijos nuestros serán y de una manera o de otra llevarán todo el pasado europeo o todo el pasado asiático a sus espaldas—, sino por tener un quehacer histórico inaugurado y continuado como descubrimiento.

"El nombre de "Nuevo" Mundo no es el nombre de lo que yo encontré, sino la meta de lo que América, a través de su historia, tiene que encontrar. Por eso esta noche de octubre queda tan erecta y lineal entre el ayer y el mañana. Porque he atravesado el mito del mar sólo para encontrar el mito de la Tierra, y todo el sueño antiguo ha desembocado por la abertura de mi descubrimiento sobre este mundo novedoso, y el pasado de allá no servirá más para retener, sino para empujar, como los vientos que impulsaron el velamen de mis carabelas, que viniendo de Europa, de Europa me alejaron. ¿Acaso no es ésta la continuación y el proceso de Occidente? Si yo hubiera muerto sabiendo lo que había descubierto, Europa hubiera muerto conmigo. Pero España era mucho más soñadora que los que cerraron, soñando, las puertas del mar. Estaba dispuesta a realizar la utopía, y es injusto que se niegue al futuro de América esta vocación que permitió su origen. España fué la única capaz de soltar su pasado como una descarga hacia el porvenir, y desde hoy su historia no podrá ser justificada sino por América, porque prefirió el descubrimiento a la experiencia, la aventura a la seguridad, la invasión del enigma futuro hasta lejanas e imprevistas edades, que la prudente elaboración de un perfecto presente.

"Yo, sin embargo, no podré decir lo que está vedado sobre la realización de esta utopía. Escrito está que moriré sin saber lo que he descubierto. Pero me queda libertad para el consejo, y si América debe vivir un incesante 12 de Octubre, bien está que recuerde, en mi nombre, que América fué descubierta por Europa; pero debe sujetar su otra posibilidad y memorar que este mismo día fué también Europa descubierta por América, y más aún, que gracias al 12 de Octubre, América puede ser descubierta por América. La aventura del mundo nuevo gira y apunta a este triple descubrimiento, y no es difícil que en muchos momentos de la historia—cuando Europa misma parezca cesar en su apetito de porvenir—el descubrimiento de América sea el modo mismo de descubrir a Europa. No sé si hago mal en precipitar otra rectificación que algún autor hará luego. Pero fuí yo y no Cervantes—como muchos quizá creerán—quien terminó decisivamente con las novelas de caballería. Fué este mundo "descomunal"—y no el Quijote—quien hizo, por su realidad, sobrado el sueño. Porque era inevitable que se terminaran las novelas de caballería desde el momento que se iniciaba una historia caballeresca. Siempre que Europa agonice leyendo, debe resucitar en América, realizándose en leyenda. Porque lo caballeresco es lo único que América tiene y debe mantener para su historia. Es su pasado, porque no le retiene sino que le incita a la aventura. Es su experiencia, porque no la envejece para el sosiego, sino la arma de inquietud. Es su Europa, porque no la sujeta a la sola norma racional—con frías invitaciones a una sabidu-



ría no vivida—; antes la atesora de libertad, dándole a la Verdad lo que es de la Verdad, y a la imaginación lo que es de América.

"Lo que yo vi de fábula—borracho de estrellas—lo verán luego mis sucesores. Unos, todavía con el mundo antiguo en sus ojos, perseguirán los viejos mitos con el heroísmo que sólo fueron capaces de concebir los descubridores de Europa. Ulises y Amadís llegarán a ser contemporáneos. Porque América, realizando la utopía, tiene amazonas y fuentes de juventud, dorados y perdidos paraísos, no por ventura paradisíaca, sino por ese signo agitador y atlántido que la reserva para un vivir poético donde el hombre de Occidente sabe que ni la tierra ni la historia ponen puertas al canto. América escapará a muchas normas, porque su aventura la lleva a realizar en su Nuevo Mundo un mundo nuevo. Desde hoy he sentido esta rara seguridad de que lo posible es posible, y no encuentro mejor gloria que haber presenciado, a siglos de más allá, que mi primer descubrimiento ha de persistir en el sueño del hombre futuro como llama de aventura y como encendido anhelo de poesía.

"Contemplo, sin embargo, la futura bifurcación de esta empresa de novedad. Contemplo la división en dos Américas, en dos modos de utopía, en dos contenidos de aventura de este continente que hoy desvelé de su reserva. Una de ellas, evitando el misterio nativo, reunirá el sueño de Europa en la utopía de la técnica y en la convivencia del reino de este mundo. La otra, introducida en el corazón del hombre que expresa esta tierra, sumergirá su esperanza a una profundidad de edades que yo mismo temo; pero su sueño lo construye sobre una Verdad que—por contar con la muerte—abre al reino del mundo no sólo la seguridad del tiempo, sino la otra seguridad de proyectar su esperanza en lo eterno.

"Quizás he sufrido la tentación—por mi calidad de descubridor, por fidelidad a esas horas en que mi gloria dependió de mi ciencia—de inclinar mi preferencia hacia esa América que tomó la técnica como aventura y cuya perfección halaga al hombre en todo su deseo temporal. Pero una vez más he contemplado la ceniza de este 12 de Octubre y he sentido, por el dolor de lo efímero, la necesidad de una historia por donde circule una intención no perecedera, y donde la realidad siempre posea el mínimo de dolor y de muerte capaz de expulsarnos a la inquietud. Porque yo, más que descubridor, soy un aventurero; más que investigador del mar, soy caballero navegante, y la poesía vital cuyo descubrimiento he inaugurado no está en encontrar un mundo confortable, sino un mundo que constantemente me descubra mi propia inconformidad.

"Por eso insisto en colocar mi descubrimiento sobre esta otra tierra y en señalar para ella el destino que yo traje. Yo, Cristóbal, transportador de Cristo, que creí encontrar el camino más corto entre Europa y Asia, soñando una futura empresa caballeresca, que era rescatar—por la ruta del mar—el Santo Sepulcro. Pero en mi aventura se cruzó esta nueva tierra—surgida del agua que es sepulcral y por ello bautismal—, desviando mi futura Cruzada ambiciosa de Dios hacia una cruzada misionera del prójimo. Así clausuró América el sueño de Europa, y así comenzó el sueño de esta América: no rescatar la tumba, sino el cuerpo *mismo de Cristo..."*



Alegoría de AMERICA. Cobre de Juan Stradano. ***Florencia, fines del siglo XVI.***

Muchos párrafos más siguen en el manuscrito, y al final saluda al hombre venidero la conocida firma latina de CRISTOBAL COLON. He sentido temor de trasladar a este 12 de Octubre de 1948 todo el vaticinio del alucinado. Una maldición advierte que a cada tiempo debe darse lo suyo. Y he cerrado el frasco y lo he sellado para arrojarlo de nuevo al mar, tesorero del mito y del enigma de la nueva Atlándida.

PABLO ANTONIO CUADRA

LA LENGUA HISPANÍDA

POR

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

Con motivo de haber terminado—tras varios años de trabajo—mi obra "Lengua y Literatura de la Hispanidad" en seis volúmenes, para su enseñanza a las juventudes hispánicas—de España y América—, he tenido ocasión reciente de plantear y resolver ante la Facultad de Letras de Buenos Aires un viejo problema que desde el Romanticismo venía inquietando al noble pueblo argentino, principalmente, y con menos intensidad a otras culturas de la América hispana: el problema—justamente—de sus Lenguas *respectivas.*



El problema de las Lenguas en las Repúblicas hispanoamericanas comenzó a serlo en fecha moderna, apenas un siglo. Fué uno de tantos que suscitó la hora de las Independencias al desprenderse aquellas Repúblicas de la organización, imperiosa y secular, de la Metrópoli española.

Fué una cuestión esa lingüística—junto con la política y la cultural—que sintió todo el americanismo liberal y romántico. Y ante la que se adoptaron tres posiciones, a lo largo de todos estos años.

La primera *posición fué* conservadora (Bello y Cuervo, *como esenciales representantes). Todavía con la tradición dieciochesca (Mayans, Vargas Ponce, Terreros) de considerar la* Lengua española *y, por tanto,* americana, *como algo "concluso" y "autorizado". Debiendo tanto unos como otros, los de allá y los de acá, "huir de las innovaciones y usar con prudencia los neologismos" para no caer en la fatal evolución de lo dialectal. Recordando—por espejismo—el caso del Latín y sus diversificaciones romances al derrumbarse el Imperio de Roma. Para estos* conservadores*—al modo de* Bello *y de* Cuervo*—había que evitar, a todo trance, que la unidad lingüística del español se disolviese, aunque la unidad política hubiese quedado liquidada. Pensaron—sin embargo—, que no era tarea fácil. Y sin considerar que las comunicaciones espirituales eran distintas que aquellas entre Roma y los países románicos en el Medievo, vaticinaron con* pesimismo *sobre el porvenir de una común Lengua unitaria.*

La segunda *y siguiente posición—la de los* románticos*—vino a dar casi la razón a ese pesimismo de los "conservadores" académicos. Fué esta segunda una posición revolucionaria y separatista. Representada—muy singularmente en Argentina—por polemistas como* Sarmiento, Alberdi, Echeverría *y* Gutiérrez. *Culminando a fines de siglo—en 1900—con un famoso libro de* Abeille, *que exigía un "idioma nacional", independiente del español, a base de vulgarismos criollos y lunfardismos (suscitándose de nuevo esa tesis—tardiamente, en 1941—, cuando el profesor* A. Castro *rozó la susceptibilidad argentina con un estudio intemperante: "La peculiaridad lingüística rioplatense").*



Si la primera posición—o "conservadora"—fué demasiado académica y racionalista, esta segunda posición "revolucionaria" era demasiado romántica y excesiva.

Ya en la Península hispánica—frente a tal irrupción negadora de la unidad lingüística por parte de hispanoamericanos—surgieron voces clarividentes como la de un Castelar, *asegurando que la Lengua española "resplandecería con luz más clara en lo porvenir". Como la de un* Unamuno *al identificar "la palabra con el alma". La de un* Grandmontagne, *cuando afirmara "que el sol no se había puesto en el imperio idiomático". La de un* Menéndez Pidal, *cuando demostró que no "existían de hecho escisiones aun cuando se quiso provocarlas".*



Pero el equilibrio vital e histórico se impuso alzándose, al fin, la tercera *y válida posición: la "integradora".*

O sea, aquella que—admitiendo toda renovación eficaz en el idioma acreditada por el "uso"—mantuviera la suprema Unidad y tradición de una Lengua ya universal.

En Chile: Hanssen, Lenz, Amunategui. *En Colombia:* Restrepo. *En Centroamérica:* Henríquez Ureña. *En Argentina:* Groussac, Rojas, Marasso, Tiscornia, Obligado, Capdevila, Herrero Mayor *y la joven* Escuela de Filología.

Frente a la tesis romántica de Alberdi*—"gobernar era poblar"—, ahora se veía claro que "imperar era hablar". Hablar todos una Lengua común era pasar de ser "emporio o factoría" ¡a la aspiración de "Imperio"!*

Desde principios del siglo XX vibraban en el aire histórico hispanoamericano mandatos precisos.

Nietzsche *había liquidado el Romanticismo lacrimoso y secesionista en el mundo.*

Rubén Darío *había proclamado el "haz de lo hispánico" (sangre indígena, rezo a Jesucristo y habla en español).*

Rodó *había asegurado al "genio de la Raza" en la Lengua española.*

Argentina, que era la más insurrecta, pronto vió que todas sus peculiaridades idiomáticas residían en naderías:

Fonéticamente, en unos andalucismos (yeísmo, seseo).

Morfológicamente, en unos arcaísmos deliciosos y castellanizantes (voseo, anacolutos).

Lexicalmente, en unos cuantos neologismos (cocoliche, coprolalias, alalias) *del aluvión inmigrante.*

Pero la SINTAXIS*—que era la vertebración del idioma—*permanecía intacta. *La* Lengua *de* España *y la de* América *venía a ser, por tanto, la misma.*



Y sin embargo, un finísimo instinto ambicioso hacía percibir a la Argentina—sobre todos los demás pueblos de América—, que siendo la Lengua que hablaba la esencial y misma

de España, resultaba—"en proyección futura"—otra. Eadem sed aliter. *Lo que de hecho significaba Buenos Aires: una "España mundializada". Así su lengua: "un mundializado español".*

Y ¿cómo llamar a esta nueva y misma *Lengua hispánica y mundial a la vez?*

Pan-español—*dijeron unos.* Neo-español—*propuso el gran Avelino Herrero Mayor.* HISPANIDA—*afirmamos hoy nosotros. Hija de la* HISPANIDAD *y no del "Español". Expresión de un conjunto Universal de pueblos. Con ese humanístico y helénico sufijo*—IDA *(Hispan-ida)—que significa lo gentilicio, lo filial—desde tiempos de Homero y de Platón.*



Ninguna mejor prueba de ello que mostrar sucintamente una correlación *entre las Etapas históricas del "español romanida"—o Romance Castellano—y del "Argentino hispanída". (Y al decir del argentino, lo propongo también para las otras Hablas* hispanídas *de América.)*

Pero no podemos plantear tal correlación *si antes no se nos admite un nuevo y firme postulado sobre lo que sea el Lenguaje como fenómeno humano.*

Para nosotros, el Lenguaje *no es un "devenir o werden", como lo consideraron los románticos. Ni un "hecho evolutivo", como pensaron los positivistas. Ni una "entelequia", como creyeron los idealistas. Sino una "misión que, a través de él, concede Dios a los pueblos* bien nacidos: *a los que tienen Madre y Padre conocidos". O sea: con un elemento* indígena *(o pasividad materna), más un elemento activo, foráneo, fecundador:* paterno. *De ese Matrimonio cultural—el pasivo o indígena y el activo o imperial—surgieron siempre las Lenguas "misionales".*



Veamos tales períodos correlativos. Entre la Lengua de España y, por ejemplo, la Lengua de Argentina.

El "iberismo latinida" surgió en un primer período gestatorio *(siglo III antes de C. a siglo V después de C.).*

Correspondiente al "americano hispanida" de los siglos XV a XVIII. Cuando el "español imperial" se uniera a las "pasividades indígenas" del taino, quichua, caribe, nahualt, guarani, etc.

(No fué el "latín vulgar", como pensaran un Grandgent o un Wágner, el que determinó las diferencias románicas, el que suscitó las lenguas romances durante el Medievo. Sino las "latentes genuinidades indígenas" al aflorar de nuevo, cuando la presión cultural del latín se derrumbó con el Imperio hacia el siglo V.)



*Entonces fué cuando comenzó el segundo período: el se*cesionista.

Que para España se dió en la Edad Media, entre los siglos V y XIII. (Y para las hablas americanas: en el Romanticismo del XIX. Pues el Romnaticismo fué, al fin de cuentas, un proceso medievalizante. Un neo-medievismo.)

Efectivamente: en la España *de los siglos V al XIII, el latín "cultural" del Imperio romano quedó reducido al latín "cultual" de la Iglesia, ya sin bastante fuerza para evitar los "hechos diferenciales", intensificados por las invasiones bárbaras del Norte germánico y del Sur árabe.*

(Del mismo modo: así sucedió en América por el siglo XIX. Derrumbado el Imperio español, sólo quedó la presión cultural de la "letra impresa"—prensa y libros—, que evitó una fatal diferenciación indigenista. Habiendo también sufrido invasiones alógenas: anglosajonismos, lunfardismos, barbarismos.)



El tercer período—o Renacentista—*comenzó para* España *del XIII al XV.*

(Para América—*singularmente para Argentina—, su correlato está en este siglo XX.)* En España, *el núcleo heredero de la misión imperial de Roma se reveló en Castilla —Toledo—, que desde el siglo XIII poseyó ya un "Romance castellano", ambicioso en política y espíritu.*

América dió —siglo XIX al XX— el núcleo pampero de Argentina, *con genio llanero de castellanidad, de romanidad. Y que, desde Buenos Aires (nueva Toledo) se manifestó como continuador de la misión* unificadora *española —y por lo tanto romana—entre pueblos, razas, lenguajes.*

Todavía el "francés", en el primer cuarto del siglo XX, influyó en lo argentino. Pero tal como el "provenzal" sobre la lírica castellana del siglo XIII.



Ahora bien; Así como Castilla *desde el siglo XV proclamó su identidad genial con el latín (Mena, Nebrija, Santillana y otros humanistas), así también en Argentina comienza a proclamarse ya, en este* cuarto período—*"renacentistamete"—su filiación hispanida. Con ambición de futuridades y prosecuciones históricas.*

Como ya dijo Campanella a los grandes gobernantes españoles de entonces, una Patria, una Comunidad de pueblos sólo es posible por tres cosas: Primera, por la Lengua. *Segunda, por la* Espada. *Tercera, por el* Tesoro.

Hoy es la hora de la Lengua *en América.*

Y por eso—tal como Nebrija ofreciera su "Gramática" a la reina Isabel momentos antes de descubrirse América, para que formase un solo pueblo (pues en "su mano estaba no menos el poder de la Lengua que el arbitrio de todas las cosas")—, así yo hoy ofrezco esta "Gramática" mía recién terminada, un nuevo método de "Lengua de la Hispanidad" a la juventud *de América y España, en vista del futuro. Para lograr—como augurara el propio Nebrija—"reducir e ayuntar en un cuerpo e unidad los miembros en pedazos derramados".*

Y si yo me atrevo a ofrecer este gran servicio a nuestras juventudes es porque, siendo católico, apostólico y romano, *pude—de veras—ser* español. *Y al ser de veras español, puedo aspirar a ser* hispanída. *Hijo de la Hispanidad. Hombre universal de mañana.*

LA TECNICA ESPAÑOLA EN LOS DIAS DE LA CONQUISTA



COMO si la propia Historia presintiera el hecho trascendental que se avecinaba, toda la cultura europea, con la gloria de sus manifestaciones artísticas, de su contenido filosófico, de sus reglas morales, de su sentido religioso y de sus avances científicos, fué acumulándose en el extremo occidental de las tierras y almacenándose —por así decirlo—en el puerto más adelantado sobre el Mar Tenebroso, con sospecha y esperanza de un inminente embarque hacia Occidente.

España, a finales del XV, estaba como congestionada de capacidad expansiva. La Suprema Previsión había entrenado el brazo de sus guerreros a través de siglos enteros de batalla; el Renacimiento había suavizado con galas nuevas la rudeza de los duros tiempos castrenses, y una lluvia de conocimientos e invenciones caía sobre la bien preparada tierra de los altos destinos.

Ocurría como en la vida vegetal, que toda la savia, todo el vigor de la vieja planta europea se acumulaba en la turgencia de su yema terminal, prometiendo un crecimiento milagrosamente desbordante.

Una jubilosa primavera de ideas latía en el triunfo de este brote caliente, hasta que producido el hecho decisivo, tras aquel humilde y mínimo desembarco de Guahananí que llegaba, silenciosamente, a revolucionar la historia del hombre sobre la Tierra, la energía potencial acumulada en la inquietud ibérica reventó sobre las Indias Occidentales como el golpe de una marejada irresistible. El nuevo suelo —hasta entonces casi pura geografía de bosques y de ríos ocultos—se pobló de universidades, de imprentas, de catedrales, de enseñanzas, de luces...

La topografía se hizo toponimia de santoral; la antropología se hizo historia viva; se convirtió en escritura el jeroglífico y en idiomas trocáronse dialectos de tribus y ásperas voces de caza o pastoreo.

Se reproducía el milagro biológico de las emigraciones con aquella caída de la semilla lejana sobre la tierra fresca; pero no es nuestra intención enumerar sus brotes ni calificar los frutos. Allá quedaron, erguidas y bellas, bajo los cielos recién estrenados, las agujas de los templos españoles, los tejados de las casas virreinales, las espadañas de las misiones diminutas... Y aún se leen junto al azul marino de los mapas modernos los nombres teológicos del gran bautizo que derramó aguas cristianas sobre montes y costas empenachados de primitivas descripciones.

Hubo una Isla de Trinidad, y una de Guadalupe, y otra de Montserrat bendiciendo las aguas del Caribe. Y se nombraron cabos y bahías, sierras y ríos, cordilleras y lagos con calificaciones de creencia. Y toda la fina Teología de Europa se prendió con amor sobre los nombres elementales del aborigen para suavizar la dureza primitiva del paisaje ignorante de Cristo y vincular la historia de América a la total de la Humanidad.

Las más doctas plumas de la literatura o de la investigación han ahondado y descrito la gran tarea de España en los siglos del descubrimiento y del apostolado. Son familiares los estudios y hasta el perfil físico de los monumentos, de los templos, del estilo total que regaló el arte español a la joven belleza surgida de las aguas. También mil veces—nunca bastantes—se ha glosado y reproducido la magna obra jurídica, docente y administrativa realizada en azarosos días de lucha y riesgo, que no parecían dejar tiempo a gestiones de paz constructiva.

Pero hay una faceta; un aspecto de la aportación ibérica a la rápida evolución del continente, sobre cuya trascendencia y huella no se ha insistido demasiado ni ha sido dada a conocer más que, en el mejor de los casos, de forma esporádica o anecdótica.

En esta hora moderna, de glorificación de la técnica, de exaltación de la ingeniería y del progreso material, de admiración hacia el esfuerzo industrial y el poderío científico, interesa subrayar que tanto en el descubrimiento como en la conquista y colonización, se halló presente la técnica española presidiendo y facilitando las incidencias de la enorme aventura.

No se crea que sólo fué la Cartografía la ciencia que, tras proporcionar al descubridor fuentes de conocimiento, se extendió por la faz del nuevo mundo, suministrando además a las medidas geodésicas datos estables que iban andando el tiempo a concluir en las minuciosas determinaciones de Jorge Juan.

Las restantes ciencias de aplicación, las disciplinas de las más diversas ingenierías, fueron trasladadas a América con todo el bagaje de cultura que pesaba sobre los hombros de los conquistadores.

Los caminos trazados, los puentes improvisados, las desviaciones de cursos de agua, la instalación de puertos, ¿no exigen una técnica rígida y especial, hoy perfectamente encuadrada en una rama de la ingeniería?

La explotación racional de la minería y de las riquezas del subsuelo, ¿no requieren otra profesionalidad igualmente solvente?

¿Acaso la implantación de nuevos cultivos, el desarrollo de los conocimientos agronómicos, la aclimatación de especies, la adaptación de una importada población ganadera, tanto como la legislación protectora de la riqueza maderera o la regulación de los aprovechamientos forestales, pudieron hacerse sin una norma científica, familiar a quienes hoy día se orientan hacia los estudios agronómicos o forestales de la ingeniería?





No; el descubrimiento, la conquista y la colonización no fueron empresas de analfabetos arriesgados ni de fanáticos inútiles. En los siglos XVI y XVII, España—como todos los imperios en su hora fundamental—acertaba en todo y todo lo acometía sabiamente. A nadie extrañe, pues, que sus técnicos fueran a la sazón los mejores del mundo, del mismo modo que a nadie podrá chocar que se elogiara por entonces al de Toledo como el acero de más templada calidad de Europa ni que fuera difícil encontrar en la tierra pluma mejor cortada que la de D. Miguel de Cervantes o más ágil pincel que el de Diego Velázquez sobre el lienzo.

Bastaría para concebir la trascendencia técnica de la aportación española a la cultura americana con advertir que fueron nuestros hombres quienes llevaron a las tierras vírgenes el singular y milagroso artificio de la rueda, comodín de todos los mecanismos y base del progreso del siglo. Si un Doctor de la Iglesia calificó al hombre como ser dotado de inteligencia y manos para subrayar la importancia de ese simple instrumento de cuatro piezas articuladas y otra quinta oponente, cabría ahora repetir la sabia frase diciendo que el progreso material del mundo es el alcanzado a través de los tiempos por los hombres y por la rueda. América la ignoraba; desconocía esta simple acción de rodar que no aprendió siquiera cuando los aborígenes vieron girar los troncos derribados por el viento o meditaron sobre las órbitas de los planetas mudos.

Con el descubrimiento llegaban el carro de macizos discos y la carroza de pintadas llantas; la pesada carreta colonial y el presentimiento del fino "landó" del XIX; el eslabón que faltaba para unir el esfuerzo de las gentiles llamas de los Andes con estos admirables automóviles de América que hoy ruedan—casi sin vibración ni ruido—sobre el asfalto amplio de las grandes carreteras del continente.

Pero no fué esto sólo lo aportado ni sería justo limitar el papel técnico de la gesta española al hecho transmisor de una feliz idea cuya vieja invención ningún país podría atribuirse.

La rueda, como la Geometría euclidiana, como la polea, el péndulo o la Medicina, como la Filosofía o la Agrimensura, iba incluída en la propia cualidad de los recién llegados, respondiendo a una forma europea de cultura, común a todos los pueblos del viejo mundo.

Pero lo que desembarcaba intrínsecamente con España era el matiz moderno de la técnica. La capacidad científica de improvisación; la adaptación del conocimiento a la escasez de medios, motivada por circunstancias de conquista; la agilidad de ingenio necesaria para inventar y crear cosas, faltando los mínimos instrumentos—aserraderos, ferrerías o talleres—indispensables para la materialización de la obra.

Con herraduras de los caballos legendarios del primer minuto forjaban los clavos ausentes. Con goma de los árboles recién hallados y jirones de ropa, calafateaban las hendidas maderas de sus naves. Trenzando fibras fabricaban las sogas y cordeles...

Todos esos amables y chistosos ejemplos de repentización, que suelen hacer las delicias de los lectores del moderno "Reader's Diggest" acerca del granjero que se las arregló para elevar agua de un pozo utilizando los pedales de una bicicleta arrinconada o del mecánico que sustituyó el carburador del averiado coche por un palo ahuecado convenientemente, tienen su más ilustre y amplio antecedente en aquella técnica circunstancial y tierna de la conquista, en que ríos inmensos, bosques impenetrables, abismos vertiginosos y problemas nunca planteados se oponían diariamente al paso audaz de los descubridores.





La presencia española en América incluía la existencia de unos conocimientos científicos que el ardor de los hombres aplicaba incesantemente al servicio de su misión universal.

Sabiéndolo—y comprendiendo la importancia de la tarea que a sí mismo se impone—, el Instituto de Cultura Hispánica, en eficaz relación con el Instituto de Ingenieros Civiles de España, prepara la magna obra de recopilar en una publicación trascendental los recuerdos, la labor, los proyectos, los estudios y las realidades de la gestión técnica española en las empresas del descubrimiento y colonización del continente.

No ha de ser pequeño el esfuerzo ni superficial el examen del vasto campo que se intenta recoger y divulgar. La complejidad de los temas abordados por nuestros predecesores en la ingeniería; la misma extensión geográfica de las anchas tierras donde ejercieron su noble profesionalidad, imponen un largo y fecundo período de preparación, comprobación y reunión de datos, que será en cambio garantía de la minuciosidad y hondura de lo conseguido.

La verdad histórica, amparando el recuerdo de aquellos siglos decisivos en que bajo circunstancias incómodas y ásperas se iban forjando e individualizando los países todos de Hispanoamérica, precisa para ser completa la realización de este gran proyecto que se desea llevar a la práctica en plazo breve.

El suelo del Nuevo Mundo está plagado de huellas materiales de la ingente tarea que España se echó sobre los hombros. Dispersas y salpicando páginas de publicaciones innumerables, muchas de ellas se han dado a conocer, y por libros y folletos corren en fotografías o descripciones; pero hace falta unificar y ampliar lo existente. Exponer en un solo y completo cuerpo bibliográfico la totalidad del esfuerzo técnico español en América, publicar las prudentes disposiciones que, inspiradas por conceptos científicos, tendían en los diferentes territorios a proteger o a explotar las riquezas naturales; criticar con ojos del siglo XX los procedimientos y normas que se aplicaron a la solución de los problemas planteados a los viajeros y a los colonizadores; extender por el planeta la copiosa verdad de las difíciles centurias.

Dos entidades solventes y calificadas se disponen a abordar el tema para patentizar en estos instantes de admiración por los progresos y los milagros de la técnica, cómo, dónde y cuándo la ingeniería atrevida de los conquistadores puso los primeros jalones de la marcha de América hacia el actual e increíble desarrollo de sus actividades totales.

Que la obra proyectada alcance su anhelado relieve para que al tiempo de mostrarnos la inteligencia y capacidad de quienes glorificaron nuestra historia, corresponda a la grandeza ambiciosa de la iniciativa para mayor gloria de quienes legislaron, lucharon, trabajaron y muriendo, fueron predecesores nuestros en todas las ramas de la ciencia y entregaron su saber a la más bella de las empresas.

JAIME DE FOXÁ

DEFENSA DE HISPANOAMERICA

POR JOSE VASCONCELOS

La oportunidad de los pueblos débiles económica y militarmente se manifiesta cada vez que los poderosos pelean. Para aprovechar esa oportunidad, sin embargo, es necesario que la desigualdad sólo sea económica y militar y no también espiritual y moral. Lo peor que ocurrió a las naciones latinas de nuestro Continente al emanciparse de su metrópoli, es que no sólo se debilitaron militar y económicamente al desligarse del Imperio matriz, quedando a merced de las penetraciones económicas y militares de Inglaterra y los Estados Unidos, sino que también perdimos la conciencia colectiva. La perdimos al juzgar que emancipación política obligaba a ruptura de los lazos espirituales que son la medula de toda casta, de toda nacionalidad, de todo pueblo. La emancipación no fué tan trágica como llegó a serlo posteriormente la desespañolización. Este descastamiento, provocado sin necesidad por el partido que se inició con el nombre de los "americanos", es decir, los norteamericanos, o sean los hijos de Poinsset en México, los de otros agentes imperialistas en el sur, no se limitó a la política. Basta leer las obras de personajes de real eminencia, como, por ejemplo, Sarmiento, para convencerse de lo influídos que estuvieron por la idea absurda de que no bastaba con desligarse políticamente de España, sino que era urgente, además, renegar de ella y de toda la herencia que nos había dejado en materia de arte, religión y cultura. Tal fué el error de Juárez en México, de Sarmiento en la Argentina, de Batlle Ordóñez en Uruguay, etcétera, para no citar sino a los más connotados. No supieron ver tales políticos que la decapitación que se nos imponía representaba el "progreso", pero el progreso de los imperialismos que habían derrotado a la madre Patria española; imperialismos que no sólo nos robaban las ventajas de nuestro comercio con España, con mercenaria intención, sino que, al mutilarnos espiritualmente, nos convertían en esclavos fáciles, en conquistados que veneran al conquistador. Toda una época del pensamiento hispanoamericano está marcada con el servilismo de la "reverencia" por todo lo que venía de Anglosajonia. Reverencia acompañada de bajo rencor de nuestra propia sangre española.

Se han necesitado de los padecimientos de un largo fracaso y de una labor silenciosa de visión histórica (consumada por historiadores norteamericanos ilustres y por hispanoamericanos que en Carlos Pereyra hallaron un maestro) para que los espíritus libres de nuestro Continente hayan comenzado a emanciparse. Y a la emancipación espiritual comienzan a responder, como siempre sucede, las circunstancias. Entre todos los movimientos internacionales del Continente Hispanoamericano de nuestro tiempo, ninguno tiene la importancia del que calladamente se ha venido operando en la América del Sur, en forma de tratados y prácticas que corresponden a viejas doctrinas que parecían mandadas al archivo de lo que no pudo ser en la historia. Pactos comerciales con ventajas recíprocas exclusivas celebrados entre la Argentina y Chile, entre la Argentina y el Brasil; convenios de libre navegación recientemente firmados entre Venezuela y Colombia; la importantísima reunión de los Cancilleres de Ecuador, Colombia y Venezuela; todos estos sucesos son el fruto de una ideología cuyos autores no su pieron, en su tiempo, sino de la amargura del fracaso. Ent› todos, el mexicano con quien más ingrata ha sido nuestra propia historia, Lucas Alamán, que en el Congreso de Tacubaya recogió lo único que no tenía de utópico el Congreso Bolivariano de Panamá; lo único que no osaron defender en Panamá ni los propios bolivarianos: la unión aduanera de la América Hispánica. Desde entonces apareció la idea salvadora que no pudo ser consumada; desde entonces una cabeza mexicana, la de Lucas Alamán, concibió la liga aduanera que remediaba los daños de la dispersión provocada por la independencia y que más tarde, muchos años más tarde, resucitaría en Europa bajo el nombre del Zollverein que patrocinaría Bismarck.

La liga aduanera fortalece a los débiles, pero disminuye los ingresos de las explotaciones imperialistas. Un instinto de salvación es el que ahora lleva a los pueblos sudamericanos a realizarla, siquiera sea parcialmente. En este período en que la disputa imperialista provocó una guerra en la que llegamos a ser factores, aunque sea en proporción mínima; en estos momentos en que la nación norteamericana invita a la amistad, por encima de las conveniencias materialistas, los estadistas del Sur se revisten de audacia inteligente y, sin consultas previas sobre lo que siempre ha sido un derecho evidente, rompen fronteras para ir preparando, al través de la unión aduanera, una más íntima colaboración de las pequeñas naciones en la defensa de sus intereses.

En Centroamérica han venido consumándose pactos aduanales, que, aparte de las ventajas inmediatas económicas en ellos implícitas, tendrán el resultado de apresurar la creación de la República Unitaria o Federal de Centroamérica, que ha sido el ideal de todos los patriotas de aquellas naciones.

En la América Hispana, todas las personas sensatas y aun la masa popular hállanse de acuerdo en que es preciso, urgente y patriótico ponerse del lado del Occidente en la lucha que los Estados Unidos encabezan contra la agresión soviética. Al mismo tiempo, la conciencia nacional hispanoamericana, libre de los errores del poinssetismo, vuelve los ojos al ideal de una independencia verdadera. No se puede afirmar, entonces, ni suponer siquiera, que el desarrollo de los pactos aduaneros locales, con la mira de unir más estrechamente a las naciones hispánicas, sea el antifaz de una tendencia contraria a los Estados Unidos. Se trata de un derecho a la vida y no de una incitación al rencor. Y no sería, por lo mismo, signo de disposición amistosa el que los Estados Unidos, como lo hicieron ayer, tornaran hoy a impedir la formación de estos bloques de solidaridad económica y, por supuesto, intelectual y moral que son la consecuencia inevitable de una alianza. El momento de este desarrollo lo acaba de definir el Presidente Perón, de la Argentina según entrevista concedida a importante diario brasileño, en los términos siguientes:

"Argentina es un país hispano y los españoles son de nuestra sangre y de nuestra raza. Cuando Argentina socorre a la vieja madre Patria, en un momento en que se halla condenada a duro aislamiento, realiza un gesto de legítima defensa, pues aislados, los hispanos se verán reducidos a cotos de caza de las otras razas constituídas en bloques poderosos..." "Lo que no aceptamos es la vuelta a un régimen de esclavitud económica." Y concluye invitando a los Estados sudamericanos a constituir un bloque económico capaz de discutir con los grandes bloques económicos que en otras latitudes se constituyen.

El famoso mapa de Juan de la Cosa (1500). Museo Naval, de Madrid.

NUESTRA FALSA "IMAGO MVNDI"

Cuando nuestro barco llegó a Río de Janeiro amanecía, y un alfange de nubes anaranjadas decapitaba el Pico del Pan de Azúcar.

Cada cinco minutos despegaba un avión de plata que (como esos pececillos incesantes de los remansos cuando les da el sol) daba su cuchillada de reflejo y se perdía en el amanecer.

«Esto — alguien comentó — nadie lo imaginaba en Berlín o en Roma, cuando estalló la guerra».

En Natal se descuelga el trimotor, con su luz de oficina, palpitante, como cansado del salto del Atlántico, y aún con la arena naranja de Villa Cisneros, en el tren de aterrizaje, y se posa en el inmenso asfalto de la pista mojada por una lluvia caliente, ardorosa, de un inmenso aeródromo llamado, un poco pomposamente, *O trampolín de victoria.*

«Esto — pensé, completando aquella reflexión de hacía un año — también lo ignoraban en Florencia, en Munich y en Viena, en pleno conflicto; hasta que empezó el bombardeo».

En un interesante trabajo titulado *Imagen del mundo hacia 1570*, su autor, Gonzalo Menéndez Pidal, se asombra, con razón, de que todavía, a finales del siglo XVI, los geógrafos y humanistas siguieran aferrados a los textos de Pomponio Mela, o a la cartografía de Ptolomeo, sin incorporar ni tener para nada en cuenta, los inmensos descubrimientos americanos de los españoles, que acababan de regalar al planeta nada menos que dos mares y un nuevo continente.

A la concepción clásica de las tres dimensiones — Europa, Africa y Asia —, España añade una cuarta dimensión al mundo plano, flotando como una bandeja de plata, con sus mares tenebrosos que se precipitaban en el vacío, la esfera modelada por las naves españolas. Porque es España quien demuestra la redondez de la esfera, intuída, pero no comprobada desde Alejandría.



Sin embargo, nada le cuesta al hombre tanto como arrancarse los viejos prejuicios. Y, en realidad, viajamos para comprobarlos y nos llamamos a engaño, si los hechos intentan desmentirlos.

Así resulta inútil que en la Turquía laica y republicana del Chazi los hombres lleven sombreros flexibles y las señoras bailen, con trajes de París, el tango, en «Tokatlian» o en «La Rosa Negra»; porque para los caricaturistas y cronistas del mundo, un turco seguirá siendo, por muchos años, un hombre con fez; y una señora de Estambul, una gorda prisionera de harén, con la boca velada, tomando dulces gomosos y con dos platillos enjoyados sobre los senos.

Y la coleta de los chinos supervivirá durante décadas a su desaparición.

La *Ecúmene* griega — es decir, las *tierras habitadas* — era como un pequeño cono truncado de luz mediterránea sobre un planeta en sombra. Fuera de ella, no podían existir seres humanos. La Edad Media heredó este concepto, y no amplió la luz de su proyector sobre la negrura del mapa.

Con una cirujía que podríamos llamar antiestética, se mutila el cuerpo del hombre, para despojarle del alma y producir monstruos sobre las tierras desconocidas. Y así surgirán criaturas humanas con cabeza de perro, como los de Agamán, con sus túnicas de púrpura bordadas de oro; o seres acéfalos; o con la cabeza en el pecho; o con los pies al revés; o con uno tan grande, que echados les servía de sombrilla contra el sol del trópico. O seres sin boca, perpetuamente sellados, que se alimentaban con el olor de las manzanas. Y una fauna de unicornios, con cuerno de nácar; y de extrañas ovejas alimentadas con peces.

Pasma contemplar, en el apasionante libro de Menéndez Pidal, el deforme mapa ptolemaico de la Europa del siglo XVI, ya en pleno descubrimiento, y compararlo con el



geográfico de Jaime de Mallorca, dibujado dos siglos antes, sin preocupación alejandrina, sino basado en las navegaciones medievales y cuyo perfil, casi perfecto, difiere ligeramente del actual, como una tricromía no exactamente encajada.

Los humanistas ignoraron a los geógrafos. Ellos representaban el mundo clásico, fijo, grecolatino, frente al gran romanticismo de América, con sus ríos épicos, sus imperios de oro y sus selvas impenetrables. Y durante años fueron vanas las noticias de nuestros descubridores; los datos de Acosta o de Machuca.

Pero es que los mismos conquistadores y descubridores llevaban en sus mentes la geografía antigua. Colón, que navegaba recordando el mapa de Toscanelli, cree descubrir el Japón, cuando ha llegado a Cuba. Y existe un curioso mapa dibujado por Bartolomé Colón, lleno de «Indias externas», «Ganges» y «Oceanus Indicus», sobre el perfil de la costa de Venezuela, recorrida en el cuarto viaje.

Los europeos, en su máquina mental de fotografías, llevaban ya un «cliché» clásico, y sobre él retrataron los nuevos paisajes, resultando dos fotografías superpuestas.

Así, el clima del Caribe es «como abril en Andalucía»; los peces están irisados «como gallos».

En las Antillas, verá el Almirante a una «sirena» con barbas (un lobo marino en la niebla), y llamará a esas islas Las Barbadas.

Orellana descubre, en el río que debería llevar su nombre, a las mitológicas amazonas. Y en las enormes huellas humanas sobre la nieve de la Tierra de Fuego, identifican nuestros marineros los grandes pies — los patones o los patagones — de los fabulosos seres que los utilizaban como quitasol.

Porque aún no han nacido los nombres puros de los animales americanos; así, un cráneo de lobo marino es el de una vaca. Y los pavos de Méjico serán «gallinas de papada»; las llamas del altiplano de Cuzco, «carneros del *Pirú*»; los jibosos bisontes de las praderas de Norteamérica, «vacas corcovadas».

Pues, bien; la clásica «Ecúmene» greco-latina, la cartografía medieval, persiste atávica en nuestra sangre de europeos. La imagen de América aún no ha sido mentalmente digerida. Cuatrocientos cincuenta y cinco años después del descubrimiento, la noción de América no ha sido asimilada. A pesar de los barcos, del cine, de los aviones, seguimos en nuestro clásico mundo ptolemaico de las tres dimensiones.

En mi último viaje a España, he apostado con diferentes amigos sobre la anchura del Río de la Plata, de orilla a orilla.

Cuando les replicaba que, cerca de la desembocadura, su anchura es de más de doscientos kilómetros, y que se necesitaba toda una noche de barco para atravesarlo, el asombro se pintaba en sus rostros, como cuando la tripulación de Solís contaba en Sevilla su asombro ante las primeras islas.

Es frecuente, en Europa, recibir encargos, cuando se parta para Buenos Aires, para amigos que residen en Caracas. Pero estas mismas personas sonreirían si al viajar desde aquí para Cádiz, se las entregase un paquete para unos conocidos de Varsovia.

¿Se sabe realmente, se realiza — olvidados ya los textos del colegio —, que un chileno que del norte de su país se desplace hacia el sur recorre, por su propio territorio, una distancia equivalente a la que hay entre Escocia y Persia? ¿Se concibe que esa pequeña isla, en el centro del Amazonas, que se llama la Isla de Marajó, tiene el tamaño de Suiza; y que la provincia de Buenos Aires es casi como España?

Cierto es que en Europa, en doscientos kilómetros, se comtemplan y saborean catedrales, trajes, costumbres, palacios, fábricas, quesos, vinos y fiestas populares. Cierto es que en Europa, en doscientos kilómetros se ve más que en seis mil kilómetros por las partes desiertas de América. Y es verdad que la diversidad da la idea de la distancia, y que, en este aspecto, Europa es acaso el Continente mayor de la Tierra. Pero algún día este espacio desierto estará lleno de cosas.

Si Hitler, a imitación de Pedro el Grande, en los astilleros de Saardand, hubiera trabajado como un obrero en Detroit, donde se fabrican millones de automóviles, probablemente hubiera sido más cauto al declarar la guerra.

Si Mussolini, en lugar de ser maestro en Suiza, hubiera ejercido de ingeniero en Río, no se hubiera lanzado, tan ligeramente, a su trágica aventura.

Nos es preciso, a los europeos, reformar totalmente nuestra falsa «idea del mundo». En nuestros atlas escolares, Suiza, Bélgica o Luxemburgo ocupan una página a todo color, exactamente del mismo tamaño que la que se reserva para todo el Continente Americano, desde Alaska a la Patagonia.

En el futuro, para gobernar a Europa, será necesario haber conocido América; porque tanto para la paz como para la guerra, hay que contar con ella.

Por no haber variado nuestra «Imago mundi», hemos visto en este siglo a Alemania perder sus dos guerras, porque los planes de su Estado Mayor eran ptolemaicos, y porque desencadenaron batallas púnicas o de las guerras de las Galias, contra una Norteamérica habitada por ingenieros casi marcianos, que con el radar tocaban a la luna.

EL DIA DE LA FRATERNIDAD HISPANOAMERICANA



Al borde del caudaloso río Guayas, cuya lenta corriente turbia arrastra a veces troncos enteros con alimañas de la selva ecuatorial, la vibrante ciudad de Guayaquil luce un magnífico paseo de nombre españolísimo: el Malecón. Alzase en él, sobre el mismo río fecundo, que lo acaricia en el auge de sus mareas, una rotonda de mármoles y bronces, con simbólicos cóndores en lo alto. Este monumento relativo a la emancipación americana — obra de un artista español, como tantos otros repartidos por todo el haz de la América hispánica —, no reitera el consabido tema ecuestre ni la gallarda apostura de algún héroe solitario. Tiene su columnata de escudos y de mástiles en torno a dos figuras varoniles, vestidas de uniforme militar, en actitud de estrecharse cordialmente las manos como prólogo a un abrazo de despedida. Es el abrazo que se dieron en Guayaquil, el 26 de julio de 1822, los dos principales libertadores de América del Sur, Bolívar y San Martín, cuando se entrecruzaron sobre el cielo de esta ciudad de los trópicos las trayectorias estelares nacidas en Buenos Aires y en Caracas.

El abrazo de Guayaquil hizo sonar entonces la hora decisiva para las campañas militares de la emancipación americana. Eran los tiempos en que, como dijo bellamente en 1845 el gran peruano don Bartolomé Herrera, «toda la América, todos los hijos de España, se movieron a un tiempo en su regazo, donde traían una situación contraria ya a la naturaleza y al libre juego de sus miembros». En nuestros días, a ciento veinte años de distancia de aquella fecha, ya en la paz y en la gloria de la soberanía de veinte pueblos hispánicos, el abrazo de Guayaquil es un perfecto símbolo de la armonía que debe reinar entre todos los hijos de España, conscientes de su origen común y orgullosos de su estirpe. Tras un siglo de vicisitudes, corridas tal vez por separado, los hermanos hispánicos ven en el abrazo de Guayaquil la imagen de una soñada reintegración familiar más estrecha, para hacer mucho camino juntos en su seguro porvenir.

UNA INICIATIVA DEL ECUADOR

El Gobierno de la República del Ecuador, precisamente en vísperas de la primera Conferencia Económica Grancolombiana, que resucita el espíritu de la Gran Colombia de Bolívar, ha tenido una iniciativa de clarísimo significado fraternal. Un decreto firmado por el presidente Arosemena dice textualmente:

Considerando que es necesario estrechar los vinculados de solidaridad que unen a los pueblos hispanoamericanos, fundados en la comunidad de origen y cultura y en el hecho de haber nacido a la vida independiente gracias al genio y al esfuerzo heroico de unos mismos libertadores; que, persiguiendo la misma finalidad apuntada, debe señalarse un día para que, cada año, se lleven a cabo actos que alienten en el sentimiento de estos pueblos el recuerdo de las glorias comunes y fortalezcan la conciencia de unidad vigorosa y constructiva y la fe en los ideales de solidaridad hispanoamericana acariciados por los libertadores de América; y que el 26 de julio de 1822, Bolívar y San Martín se entrevistaron en Guayaquil y, en abrazo fraterno, fusionaron ideales y heroísmos, sacrificios y glorias; abrazo que simboliza el continuado esfuerzo de los Estados Hispanoamericanos por estructurar una Comunidad que afiance su prosperidad y su grandeza:

Desígnase el 26 de julio «Día de la Fraternidad Hispanoamericana». Enarbólese en tal día el pabellón nacional en todos los edificios públicos y díctense en los centros educacionales, culturales y militares, conferencias alusivas a la fecha y explicatorias de la génesis y finalidades de esa celebración anual, haciendo resaltar la necesidad de unión y colaboración entre los Estados Hispanoamericanos. Hágase conocer este decreto a todos los gobiernos hispanoamericanos para que, de tenerlo a bien, dispongan la celebración del «Día de la Fraternidad Hispanoamericana» en el territorio de los respectivos países.

FIESTA DE LA MAYORIA DE EDAD

Semejante iniciativa del Ecuador, fruto del entusiasmo hispanoamericano de su ministro de Relaciones Exteriores Dr. don Antonio Parra Velasco — el mismo autor de un inspirado *himno nacional* de Hispanoamérica en el que se repite tres veces la frase mágica de Bolívar: «¡Somos una sola nación!» —, será acogida seguramente con plácemes por los demás Estados hermanos de la América española, en calidad de fiesta colectiva, que les recuerde el día de su mayoría de edad, en el seno de su legítima familia. Singularmente en estos tiempos, cuando el desarrollo del movimiento panamericanista, con sus lazos de geografía y de comercio, no debe debilitar los vínculos entrañables de la sangre y de la historia.

Sea este nuevo *«Día de la Fraternidad Hispanoamericana» la fiesta de todos los hermanos hispánicos para conmemorar su emancipación viril, hoy madura a los vientos del mundo. La segunda gran fiesta de nuestra estirpe, después de aquel genesíaco «12 de Octubre», Día de la Raza o de la Hispanidad, que congrega todos los años en ambos continentes, junto a la España madre y fundadora, a las «ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda».*

ERNESTO LA ORDEN MIRACLE



12 DE OCTUBRE EN LAS ANTILLAS

POR

AGUSTIN DE FOXÁ

MVNDO HISPANICO

Con un palo y un trapo, realizando proezas
y mirando de noche a la estrella polar,
por aquí entraba España entre hirsutas cabezas
bautizando con nácar en la orilla del mar.

Fué un hermoso negocio: por un loro una espada
y por oro abalorios que brillaban al sol,
y huyó la india desnuda por la selva asustada
con su rostro en el agua de un espejo español.

Dieron nombre a las cosas como el Día Primero,
cuando Dios dijo: rosa y mujer y marfil.
Todo el Año Cristiano bautizó al derrotero.
Cada virgen de España tuvo su isla de añil.

Vieron playas doradas de aceitosas palmeras
con hamacas azules y la fruta carmín
y las ollas hirviendo sobre rojas hogueras
con los cráneos mordidos del sangriento festín.

Navegar al acaso de española aventura
con la brújula loca, pero fija la fe.
Cada golpe de viento, una patria futura
y un idioma la playa donde ponen el pie.

El soneto en la selva, y entre serpientes, Cristo.
Tendrá un octavo día desde hoy la Creación,
pues navegó la Historia sobre un mar imprevisto,
y al azar de tres velas van fray Luis y Platón.

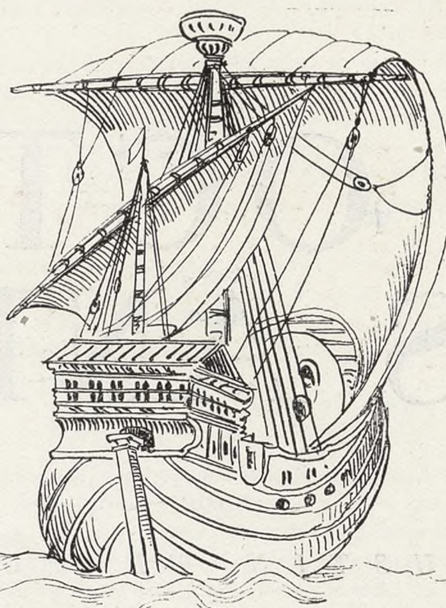
Verán al cocotero con su loro irisado
y a la choza caníbal que adornaba un reptil.
Y dirá el Almirante que aquel clima templado
le recuerda a Sevilla entre mayo y abril.

AQUELLAS NAOS Y CARABELAS DESCUBRIDORAS



La gesta ultramarina española fué tan maravillosa, que hubo de hallar panegiristas aun en nuestros enemigos de aquel tiempo; del propio Walter Raleigh, testigo de calidad y de máxima exención, uno de los saqueadores de Cádiz (1596), es este párrafo de un rinconcito de su "History of the World": "No puedo menos de alabar la paciente virtud de los españoles. Raramente o jamás nos es dado encontrar una nación que haya sufrido tantas desgracias y miserias como sufrieron ellos en sus descubrimientos de las Indias; persistiendo, sin embargo, en su empresa con constancia invencible, y logrando brindar a su patria regiones tan maravillosas que se pierde el recuerdo de tantos peligros pasados".

Y del geógrafo de Enrique II de Francia, Nicolas Nicolai, es este otro que colocó al frente de su L'Arte de Naviguer *(Lyon, 1554), traducción del de nuestro Pedro de Medina:* "¡Oh feliz nación española, cuán digna eres de loor en este mundo, que ningún peligro de muerte, ningún temor de hambre ni de sed, ni otros innumerables trabajos, han tenido fuerza para que hayas dejado de circundar y navegar la mayor parte del mundo por mares jamás surcados y por tierras desconocidas de que nunca se había oído hablar; y esto sólo por estímulo de la fe y de la virtud, que es por cierto una cosa tan grande, que los antiguos ni la vieron, ni la pensaron, y aun lo estimaron por imposible!"



¿Qué suerte de naves montaban nuestros mareantes en estas jornadas imprescindibles para permitir, ya pie en tierra, la de los descubrimientos? Dos tan sólo: naos y carabelas, tipos ante los cuales los historiadores suelen brabucarse sin demostrar gran interés ni en comprenderlos ni en darlos a conocer; porque, como proclamé en cierta ocasión, siempre existió una admisible culta ignorancia en las cosas de la mar, análogamente a aquella que criticó San Agustín aludiendo a más altas preocupaciones.

Desde la antigüedad, a costa de ese proceso evolutivo que, como la Geología, cuenta las épocas por cientos de siglos, las naves se dividían ya en las dos grandes familias: de vela o de alto bordo y de remos o galeras.

La nao pertenecía a la primera, y a fines del siglo, por haber sido la nave marchante por antonomasia, vivía el último y definitivo de su evolución. Se caracterizaba por un casco bastante panzudo, proa muy engallada con una plataforma saliente sobre el tajamar, reminiscencia de aquellas almenadas estructuras empleadas para asaetear a caballero, desde lo alto, y denominado castillo.

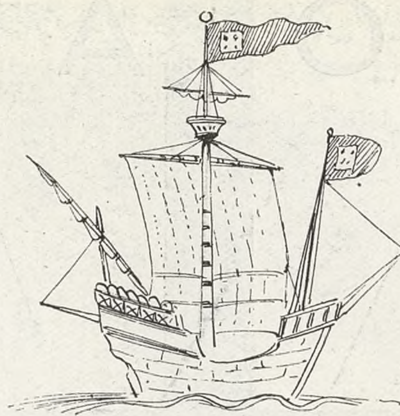
En cuanto al velamen, al aparejo, Colón en plena euforia—desbordando aquel lirismo tan certeramente apreciado por Foxá, que le hacía exclamar que todo era como abril en Andalucía, *o* que el mundo es poco...*—lo inventarió galanamente al escribir en su* Diario *la singladura del miércoles 24 de octubre de 1492, camino de Cuba, que creo debe ser Cipango, según le rebujía en la mente el Marco Polo:* "...y entonces tornó a ventar muy amoroso, y llevaba todas mis velas de la nao, maestra, dos bonetas, y trinquete, y cebadera, y mezana, y vela de gavia..."

Sólo le faltó describir la cruz que en rojo cuartelaba cada una de sus velas, que en la nao Victoria, *de Juan Sebastián*

de Elcano, inflada por los vientos de todos los meridianos, era la del señor Santiago, con la leyenda:

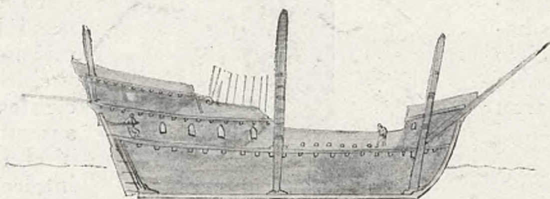
"Esta es la señal de mi buena ventura."

Pudo escribir también, si de reseñar la nave se tratara, que a la vela mayor, al papahigo, *a medida que el viento abonanzaba, se le aumentaba su superficie cosiéndole una o dos bonetas, y que, para hacerlo sin posible error, los ojales estaban marcados con sendas iniciales, precisamente las del Ave María, porque aquel* estímulo *de la fe aludido por el geógrafo francés era efectivo en nuestros bajeles y en nuestras dotaciones.*

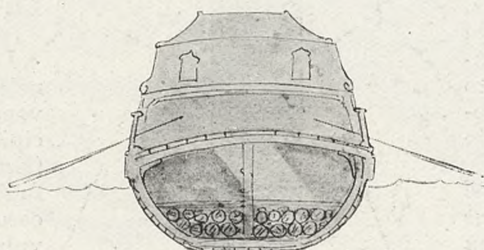


* * *

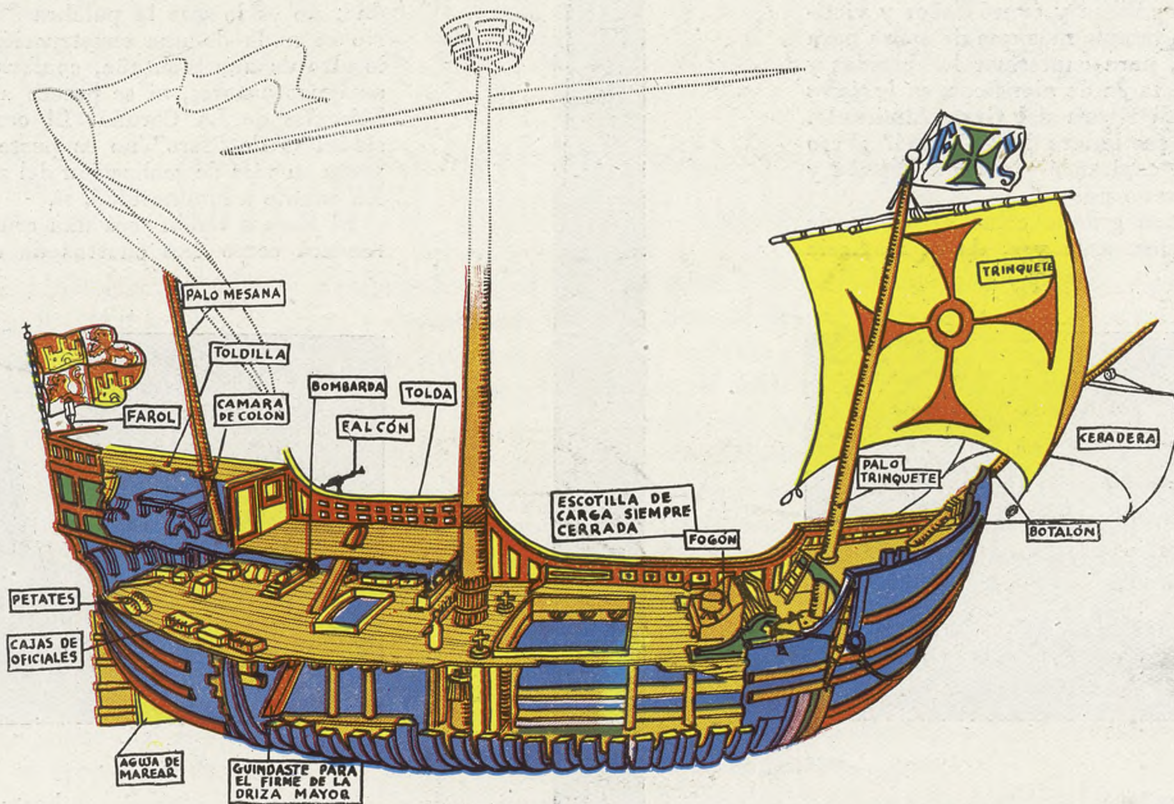
La nao como de carga, descendiente de aquellas onerariae navis, *era pesadota y, por consiguiente, poco apta para achaques del navegar barajando costas y parajes desconocidos. Para descubrir, para explorar, reconocer o, cual se decía por entonces, desentrañar los secretos de ultramar, se echó mano de otro tipo, más marinero, velero y hasta elegante, con nombre además harto eufónico, que llena con arrogancia los años más gloriosos y épicos de la navegación:* la carabela.



Su etimología dió lugar a sinfín de teorías peregrinas; yo, que soy simplista al pretender interpretar los pequeños y aun graves problemas que plantea la Historia, tengo para mí que procede sencillamente, sin inútiles contorsiones, de cárabo moruno, de cuya embarcación, sin duda alguna, se derivó esta de marras, ya citada en algún documento portugués de fines del siglo XIII, como en algunas de las leyes de Partida de nuestro sabio Rey Alfonso X.



Durante muchos años y en 1892, con ocasión del IV centenario del Descubrimiento, se creyó que la voz carabela no significaba un tipo determinado y concreto de nave, sino que servía para calificar a los buques pequeños y ligeros, algo así como el "cañonero" o el "aviso", que más bien alude a la misión; erraron del todo los que así pensaron inexplicablemente, tratándose, sin embargo, de historiadores como Fernández Duro, de auténtica y trascendental autoridad; Alcalá Galiano, López de Mendoça y Quirino da Fonseca demostraron lo contrario, y aunque algo tercié en esta polémica, mi mayor orgullo fué haber sido el primero en reconstituir a su tamaño una carabela, que a su vez tuve el inefable y raro honor de mandar.



Acuarela y diseños de Monleón (1885) y dibujo de sección de una carabela. (Museo Naval.-Madrid.)

Si la nao variaba de 50 a unas 200 toneladas, la carabela, *desde las 20, no rebasaba mucho las 100; su casco era más alargado y esbelto, menos alteroso, desde luego, y, fundamentalmente, carecía de "castillo de proa".*

Primitivamente su aparejo fué latino, el esbeltísimo velamen triangular, y según su tamaño, arbolaba uno—como nuestros faluchos y laúdes de Levante—, dos o tres palos. Con él, de poco calado y líneas finas, la carabela llegó a ser la embarcación más bella, dócil y velera de su tiempo; el único inconveniente, su escaso porte, ¿qué importaba para aquellos navegantes de Palos o de Lepe, de Ayamonte o de Moguer, que hicieron proverbio, al surcar por costas desconocidas y sucias de bajerío, la frase de sondar con el Credo en la boca? *¿O bien para quienes escribían en su diario:* "porque más vale que digan: aquí pasó hambre fulano e hizo lo que era obligado a Dios y a su rey, que no que digan: por desordenado se consumió y no efectuó a lo que fué enviado..."?

La carabela, de esta suerte, se denominó latina, *y por nosotros portuguesa, por lo que nuestros hermanos, los lusitanos, se aferraron a conservarla así; mas este aparejo, óptimo para navegar con soltura casi contra el viento, aprovecha poco el que sopla por cerca de la popa y aun resulta un tanto embarazado el recibirlo así en largas navegaciones; se obvió esto izando en el palo de proa una vela "de quita y pon" cuadra que los marinos, no sé por qué, decimos "redonda", y así, el tipo que se obtuvo se denominó* carabela redonda.

Nuestros mareantes andaluces fueron más lejos, y en lugar de la tímida novedad anterior, que permitía cambiar de "latino" en "redondo" un palo, según soplase el viento, lo adoptaron permanentemente de esta última suerte; la carabela, entonces, resultó un bajel con casco como las demás latinas, pero aparejada cual las naos. Se llamó al modo de Andalucía.

Pero aún hubo más, y precisamente en los albores de los años colombinos, porque, empeñados nosotros en la guerra pequeñita y solapada del moro, la carabela resultaba poco apta para el temido o deseado abordaje y asalto, que tras de cada islote, cabo o punta esperaba al bajel que quedaba encalmado o sin viento.

Como en la antigüedad, como en la baja Edad Media, como en las naos, hubo que pensar en buscar protección y altura: "... també pera guerra—*escribía un contemporáneo*—tem hum inconveniente, que por falta de castelho de proa, que não te, descobren o convés e ate a alcozaba e ficam desamparadas a quantas pedradas lhe quiserem tirar..."

Y se adoptó por nosotros la "tilla" o pequeña cubierta a proa, y en lo alto del palo la gavia, la cofa, y por ser aptas para pelear se la llamó carabela de armada.

Fernando el Católico las pidió así para la expedición que conquistó para siempre la plaza de Melilla, y tratando del segundo viaje de Colón (1493), pudo escribir el meticuloso Pedro Mártir de Angleria al describir la flotilla:

"... se dispongan diez y siete naves para la segunda expedición: tres grandes de transporte, con sus cofas; doce de aquella clase de naves sin cofa que, según escribí, los españoles llaman carabelas; otras dos del mismo género, algo mayores y capaces de cofas, por la magnitud de sus palos..."

* * *

Nuestro pródigo y preciso vocabulario marítimo —de "lengua malina" lo bautizó un buen escritor del siglo XVI—, por ser tan poco conocido, me ha obligado al circunloquio en lugar del párrafo breve; piense el lector, sin embargo, que fué mi único conato el divulgar las buenas ilustraciones, muchas inéditas, que hacen atrayentes y amables estas páginas, mientras yo me hago la ilusión de que he discurrido sobre tema tan desusado como fundamental para evocar en toda su justa grandeza las admirables e inverosímiles jornadas que hicieron nacer al mundo civilizado el gran continente americano, y he vivido unos instantes la sugestiva compañía del "hermano barco" de hace cuatro siglos.

"... por la navegación —*se lee en el* Symbolo *de fray Luis de Granada, certeramente*— navega también la Fe, junto con las mercaderías, hasta el cabo del Mundo."

JULIO F. GUILLEN

(DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA)

EL FARO A COLÓN

LA República Dominicana tiene ya, para en adelante, la gloria de ser la primera nación del mundo que utilizó la energía atómica aplicándola a usos civiles. Y es más de resaltar y más glorioso todavía que haya tenido lugar en la iniciación de las obras del Faro a Colón. Mi curiosidad de periodista no podía faltar en tal ceremonia. Al público hubo que tranquilizarlo, repitiendo la Prensa que estaba excluído todo el peligro de radioactividad o radiaciones... Y, por esta vez, los átomos desintegrados se portaron bien. Quizá lanzaron algunas piedras más lejos de lo que se les tenía ordenado y causaron algunos desperfectos en los cristales de los automóviles, pero nada más. Después de eso, las obras continuaron y continúan ininterrumpidamente. No está lejana la fecha en que los haces luminosos del Faro a Colón alumbrarán el cielo desde el punto mismo en que, en el año de gracia de 1492, las carabelas del Gran Almirante arribaron por primera vez a esta favorecida isla.

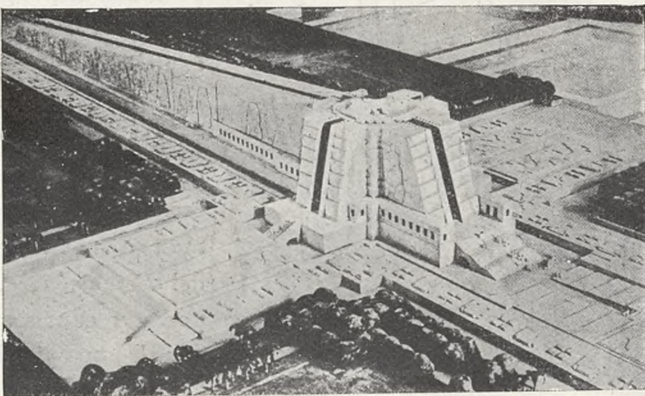
COMO EL COLOSO DE RODAS

Aunque la idea ha tenido feliz realización por iniciativa personal del actual Presidente de la República Dominicana, Generalísimo Rafael L. Trujillo Molina, esa aspiración de la Hispanidad entera y aun de la América toda, se halla madura y palpitante en D. Antonio Delmonte y Tejada. En su "Historia de Santo Domingo", publicada en 1852, casi profetizó este monumento que se inaugurará rondando el centenario de sus palabras magistrales:

Que sea el monumento a Colón tan grande como el coloso de Rodas—escribió Delmonte y Tejada—, *que comprenda un faro hacia el cual los viajeros puedan levantar los ojos con veneración.*

Las aspiraciones no se habían olvidado. Ni siquiera con el temeroso ciclón de San Zenón, que arruinó la ciudad capital de la República y causó daños y víctimas incontables. Hubo temple más que de sobra para reconstruir lo perdido, para cauterizar las heridas y para llevar adelante la tarea de glorificar, *en la tierra que él más amó*, la alta figura del Gran Almirante. La alta, sí. ¿Que tuvo sus lunarcillos? ¿Y qué? ¿Pero él no es el hombre que capitaneó y abrió a España y al viejo mundo un mundo nuevo?

Y el monumento "tan grande como el coloso de Rodas" será perpetuador, a la vez, de la memoria



hazañosa de esta España nuestra, tan hondamente metida en el corazón de los dominicanos. Ambas cosas fueron destacadas por el presidente Trujillo Molina cuando las Repúblicas de este Continente, reunidas en la Conferencia Internacional Americana de Chile, reconocieron y patrocinaron oficialmente la iniciativa de erigir un monumento perenne y de proporciones ingentes a Cristóbal Colón y a España como autores del descubrimiento y como sus máximos artífices. A Colón y a España, en definitiva, se debe el paso gigante que implantó la civilización en las vírgenes tierras aborígenes.

UN CONCURSO EN MADRID

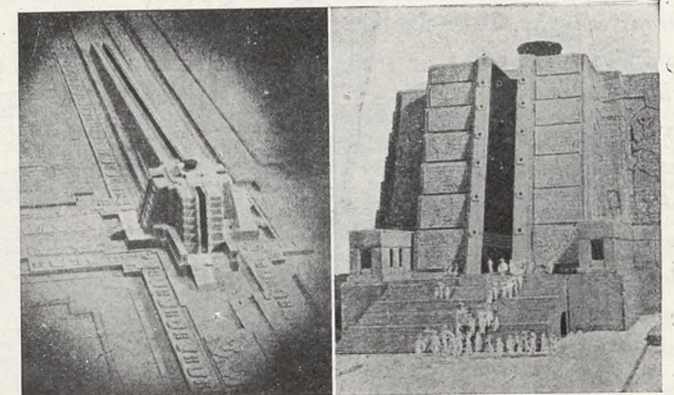
Ya aun antes de que el presidente Trujillo tuviese la satisfacción de que todas las naciones americanas patrocinaran, como propia obra, la construcción del Faro a Colón, la decidida voluntad de elevarlo determinó la celebración en Madrid—en el año 1929—de un concurso entre arquitectos. Cuatrocientos cincuenta y cinco proyectos de profesionales y artistas pertenecientes a cuarenta y ocho países sometieron al Jurado sus planos e ideas para la construcción del Faro. Y el Jurado, que estaba compuesto por arquitectos e intelectuales de varias naciones, seleccionó diez diseños e invitó a sus autores a tomar parte en una nueva competición.

EL TRIUNFADOR

La segunda competición se celebró en Río de Janeiro, dos años después. En octubre de 1931 resultó vencedor quizá quien menos se esperaba en un principio. El arquitecto Joseph L. Gleave, de Edimburgo (Escocia). Un hombre joven, casi un visionario, profundamente idealista y que, por encima de todas las cosas, acertó a salir del cauce trillado y de la idea vulgar que las palabras sugieren, para dar al monumento la grandiosidad pretendida y a la vez el carácter y la perdurabilidad propia de las nuevas tierras.

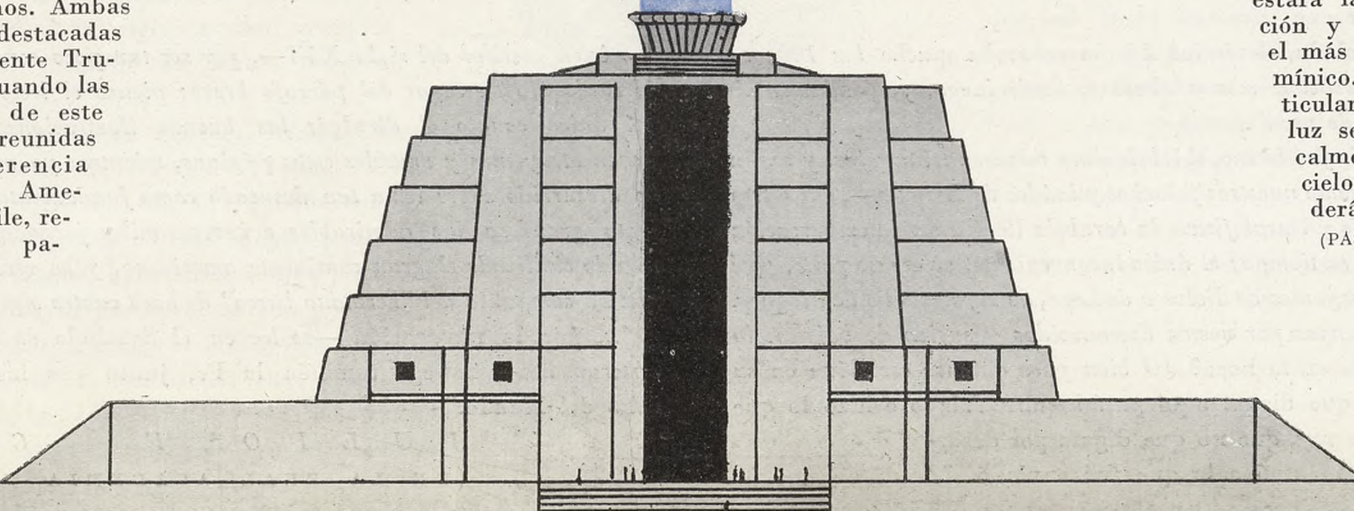
Es curioso consignar que el Faro a Colón, en realidad, no es lo que la palabra "faro" induce a creer. No es nada de una construcción resplandeciente en lo alto de una montaña, conforme lo imaginaban los antiguos autores, ni se parece a la vetusta Torre de Hércules de La Coruña. El concepto "torre" como sinónimo de "faro" no es parte integrante del proyecto en vías de realización del arquitecto Sr. Gleave. En cuanto a luminosidad, sí.

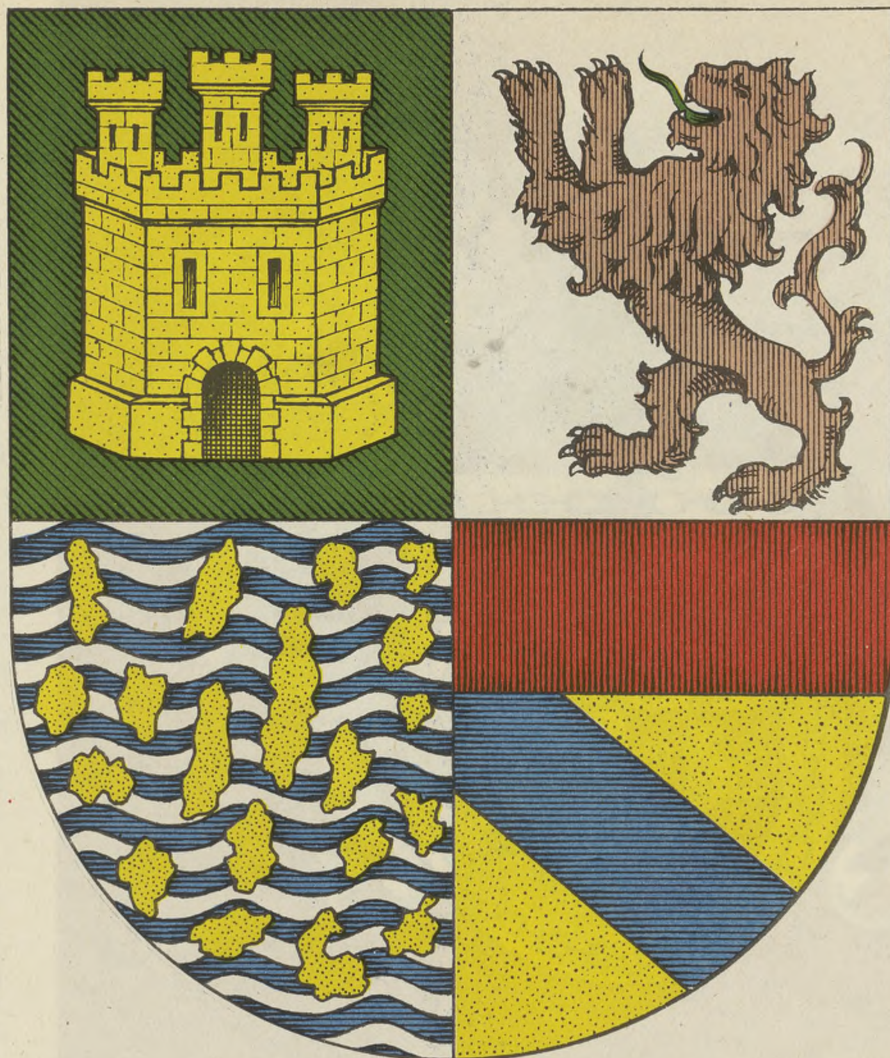
El Faro a Colón será una cruz yacente que se extenderá como tres cuartos de milla y se levantará



hasta una altura de ciento veinte pies. En la intersección de los dos brazos estará la mayor elevación y estará también el más potente foco lumínico. Tendrá la particularidad de que esta luz se elevará verticalmente de cara al cielo. No se extenderá paralelamente

(PASA A LA PAG. 97)





HERALDICA Y ESTIRPES HISPANOAMERICANAS

LA heráldica española, extraordinariamente libérrima, de espontánea adopción por sus usuarios, tuvo en nuestro país períodos perfectos, de culminación ejemplar, en los cuales el blasón escueto y simple, desnudo de abigarradas superfluidades, lambrequines, cascos y cimeras, carentes de cualquier trascendencia simbólica — como escribe Béthencourt —, armonizaba con cuantas próceres y recias características daban la tónica de nuestra nacional existencia.

El sencillo escudo de armas, bordado en piedra — y más de uno cabe contemplar todavía, nostálgicamente, por Avila y Cáceres, o Villafranca del Bierzo —, era limpia expresión del linaje, su concretísima impronta, fiada al futuro. Pequeño y algo como un corazón, daba e imponía su ritmo pausado, bizarro y señoril. No contaban en él, apenas, las particiones llamadas «cuarteles», que más adelante vinieron a adueñarse de nuestra Armería, hasta su empleo en abusiva guisa.

Pero acontece el descubrimiento de América. Un arco de incontables posibilidades abre su iris de esperanza ante la confinada retina de sinfín de segundones; de castellanos y extremeños, ávidos de inéditos paisajes, en cuya lejanía colgar la Cruz de Cristo y de otorgarle a a su individual suerte solemne ocasión de áspera prueba. Son gentes de varia índole, blasonada o vulgar, que se aventuran a bordo de tenues carabelas, a la buena de Dios, con presentimiento de servirle mejor así.

Y ensanchan el mundo pío, para la gratitud — no siempre cabal — de nuestros magníficos reyes, en cuya mano está la cédula que confiere esa heráldica, que el descubridor o conquistador solicitaba de los sacros y cesáreos señores, urgido de que su católica empresa hallase un gráfico testimonio — con algo de biografía en jeroglífico —, condecoración a su estirpe, por sí mismo en realce o en inicial prestigio.

Son tantas las íntimas vicisitudes del español de entonces, creídas irreales más que vividas, de tan excepcional alcance los logros conseguidos al cetro hispano por estos descomunales hombres, que suenan bien las regias palabras aludidas, cuando, concediendo el escudo, razónanlo en *...los dichos servicios, e porque de los dichos vuestros parientes y de vosotros haya perpetua memoria, y vosotros y vuestros descendientes y suyos, seáis más honrados.*

Innúmeras veces, muchas más de cuanto la leyenda negra urdiera sobre el telar de las peores crónicas, aquel extremeño o andaluz gozaba, por lo menos, de una hidalguía de sangre, calificada en su recóndito concejo, en el cual la frecuente piedra heráldica, añosa y sencilla, era pura significación de una señoril calidad, y milagroso venero de sumos alientos para el señor hijodalgo que tratase de labrarle su fortuna a España, y aun a sí propio, *a fuerza de golpes, como el diamante,* según de Hernán Cortés comentaba el Cardenal Lorenzana.

Amador del viejo blasón familiar — Dios sabrá por cuál remoto ascendiente elegido —, ese conquistador o descubridor tenía el sutil goce de que a sus entrañables características — árboles y palos, dragantes y estrellas — se incorporasen desde ahora otros lozanos emblemas, paladino trasunto de su enorme anhelo cumplido allá en ultramarinos confines; y de ello que, al otorgárselos, sentase el Monarca, en su cédula, ser voluntad suya que *demás de las armas que así tenéis de vuestro linaje, podáis tener y traer por vuestras armas propias y conocidas,* ese nuevo escudo apetecido.

En él, generalmente, quedaban conculcadas muy tradicionales reglas heráldicas, y al frecuentísimo e inelegante poner ahí metal sobre metal y color sobre color, uníase el más arbitrario y profuso cuartelaje, tampoco atento a esas añejas leyes, quede dicho que siempre inspiradas en devoción a una ejemplar estética, ahora perdida en el flamante «campo», herido de manteladuras y otras particiones; solemne de improvisados latines, sus borduras y lemas; con felinas cimeras y angélicos tenantes, de apercibido espadón...

Pese a tal, esos escudos — llamados «de concesión» —, lucen su gracia y su cuento, para el que indoctos farautes agotaban su seso, tras la perdurable referencia plástica a cuantos hechos argüía el recién blasonado. En una ocasión, *pasando grandes trabajos, hambres y necesidades, y saliste muchas veces herido, de que allegaste a punto de muerte* — reza la cédula —, para en otra — eco de alguna más pacífica, bien que precisa empresa —, rendir *muy buenas obras e acogimientos a las personas que han ido a la dicha provincia a nos servir, a los cuales habéis dado de comer, e otras cosas que han habido menester.*

Sin que deje de faltar aquí — ingenuos armoriales indianos — la más puntual mención al frailecico ido al Nuevo Mundo, predicador de la verdad de Dios, de *donde se siguieron muchos trabajos de sed y hambre e reencuentros de indios, e que en todo esto os hallastes con vuestras armas e caballo.* O el escudo para el mismo indígena — ese Don Francisco, ese Don Gaspar... —, y pues *nos habéis servido en lo que se ha ofrecido, especialmente en procurar traer de paz y en conocimiento de nuestra Santa Fe Católica a los naturales de las dichas Provincias...*

Magna expresión, esa heráldica al indio, de la igualitaria ley española, que equipara en mercedes a castellanos e indígenas, valiendo como nuevo mentís a cualquier negra leyenda, mientras tales escudos todos, torpones, pero expresivos también de una impar gesta, con sus vestidas naos y castillos, roeles y grifos, traducirán eternamente — no importe que con desigual claridad — máximos afanes y desvelos del español de antaño, para quedarnos como frescos esmaltes de la mejor historia.

Y ahí, dentro del escudo, antiguos blasones, de Trujillo o de Jaén, en inefable fusión y como vivificados con esa emblemática nueva, que la poderosa mano de Don Carlos o Don Felipe otórgaba; y junto a ella — queda dicho —, heráldica al indio, ya católico y como hidalgo ya, con el flamante escudo que lograba de la Majestad Hispana, a cuyos imperiales alientos les va bien esa crónica grafica, marginada de emplumados yelmos, «trascoles y dependencias», del blasón aquel, que decoraba a un heróico conquistador cualquiera; los cuarteles de castillos y desnudas espadas, teniendo *sendos mundos redondos con sus cruces y en medio una corona real...*

* * *

Algunas referencias a tales blasones, y una más puntualizada y frecuente noticia documental, de linajes de savia española, enraizados en América — el conocimiento de cuyos orígenes es asidua y sutil expectación de todas aquellas Repúblicas ultramarinas —, compondrá la sección hoy iniciada en esta revista, como una afirmación más de los fraternos alientos que orean sus páginas hispanoamericanas.

DALMIRO DE LA VALGOMA Y DIAZ-VARELA

TITULOS NOBILIARIOS



ESCUDO DE HERNÁN CORTÉS



ESCUDO DE FRANCISCO PIZARRO

HAY una actualidad, por el reciente acuerdo de las Cortes, en los títulos nobiliarios. Y en lo relativo a la nobleza hispanoamericana, es materia —escribe Julio Atienza— «que demuestra una vez más que América nunca fué una colonia española, sino una continuación de España misma». Y añade: «Los títulos nobiliarios se concedieron en Indias sin distinción alguna entre españoles y criollos: todos eran españoles».

La nobleza indiana y la española, unidas y apretadas por lazos fraternos, no pueden ser separadas en el recuento de los títulos que a lo largo de los siglos fueron cursados a tierras americanas.

Por ello, en la suma con que abrimos esta información, participan como sumandos los títulos concedidos a americanos y los que se otorgaron a españoles que desempeñaban cargos en las Indias cuando fué creado el título. Acaso las cantidades no sean del todo exactas, pero pueden encuadrarse muy bien como aproximadas.

Corresponden a Méjico tres ducados, 57 marquesados, 45 condados, tres vizcondados y una baronía. A Cuba, un ducado, 54 marquesados, 48 condados y cuatro vizcondados. A Filipinas, dos marquesados, cinco condados y un vizcondado. Al Perú, 69 marquesados, 51 condados y un vizcondado. A Venezuela, siete marquesados, un condado y un vizcondado. A Chile, un ducado, 10 marquesados, siete condados y un vizcondado. A Santo Domingo, dos ducados y un marquesado. A Panamá, un título de duque, otro de marqués y otro de conde. A Puerto Rico, cuatro de marqués y uno de conde. A Guatemala, dos marquesados. A la Argentina, tres marquesados y dos condados. A Colombia, cinco títulos de marqués y dos de conde. Al Ecuador, cinco de marqués y uno de conde. Y a San Salvador, un condado.

En total, 409 títulos nobiliarios.

Estos datos abarcan los títulos primitivos y los que fueron concedidos después de las pérdidas de nuestras colonias, y también aquellos con que don Alfonso XIII distinguió a varios súbditos de Repúblicas americanas que acreditaron un fervoroso hispanismo.

EN LA LINEA DE LA HISTORIA

Casi todos los títulos nobiliarios de las Indias fueron otorgados por los Reyes, pero también hubo Virreyes a quienes se dió autorización para expedir esos nombramientos, aunque éstos hubieron de tener luego el refrendo real. Los títulos de Indias extendidos por esa Cámara, vinieron en su mayoría a la certificación de la de Castilla, no obstante haber sido declarada la igualdad de derechos y honores, fuera cual fuera la Cámara que los autorizase. Al otorgar el Rey título de Castilla a un indiano —que siempre había de recaer en persona hidalga y principal— el favorecido podía elegir la denominación para su marquesado o condado, gracia que perduró durante varios siglos.

Hay en la historia de los títulos nobiliarios hispanoamericanos muchos datos curiosos y que se remontan a tiempos muy lejanos ya.

Entre los ducados figura el de Veragua, que hoy ostenta don Cristóbal Colón de Carvajal y Maroto. Este título fué otorgado por el Emperador Carlos I, en 1537, a don Diego Colón, hijo del glorioso nauta, y con el ducado —que le daba derecho a la provincia de Veragua, entre la de Costa Rica y la de Panamá— se le dió también el marquesado de Jamaica.

Se ha distinguido entre los marquesados el título de Santiago de Oropesa, que Felipe III otorgara en 1614 a doña María Inca y Loyola, descendiente de los últimos Incas del Perú, casa que tuvo entre sus ilustres varones a San Ignacio de Loyola, a San Francisco de Borja, al Papa Alejandro VI y a don Fernando el Católico.

Numerosos títulos han sido rehabilitados en España. Otros se han perdido.

En esta revisión de los títulos nobiliarios hispanoamericanos sólo consignamos algunos de esos casos curiosos por las personas a las que se les adjudicaron.

CONQUISTADORES, FUNDADORES Y VIRREYES

El primer conquistador que obtuvo un título nobiliariofué Hernán Cortés, a quien el 6 de Julio de 1529, se le nombró marqués de Valle de Oaxaca, título que desde 1653 pasó al apellido Pignatelli, por fallecimiento de la duquesa de Terranova, casada con don Héctor Pignatelli, quinto duque de Monteleón.

A Francisco Pizarro, en 1537, se le hizo merced de título nobiliario, en virtud del cual podía elegir denominación para un marquesado; pero murió sin llegar a esa elección. A sus descendientes se les dió el título de marqueses de la Conquista.

El fundador y poblador de la ciudad de San Juan de Vera, en el Río de la Plata, el chileno don Francisco de Andía Irarrazábal y de Zárate, recibió en 1628, por concesión de Felipe IV, el título de vizconde de Santa Clara de Avedillo, y, en 1632, el de marqués de Valparaíso, que actualmente ostenta el marqués del Mérito. El de Santa Clara de Avedillo lo posee don José de Yanguas Messía.

Don José Sarmiento de Valladares, Virrey y capitán general de Nueva España, presidente del Supremo Consejo de Indias, fué nombrado en 1708, por el Rey Felipe V, duque de Atrisco.

A don José Manso de Velasco y Chaves, Virrey del Perú desde 1745 hasta 1761, le concedió Fernando VI el título de conde de San Salvador, que derivó en la denominación de Superunda, distinción con la que se premiaba la reedificación de la plaza del Callao, destruída a consecuencia del terremoto de 1746.

El Virrey de Buenos Aires, don Santiago de Liniers y de Bremond, recibió de la Junta Central de España, en 1809, el título de conde de Buenos Aires, denominación con la que el Cabildo bonaerense se mostró disconforme por entender que se confundía la capital del virreinato con un señorío particular.

El último virrey del Perú, don José de la Serna, mereció del Rey Fernando VII el título de conde de los Andes, del que hoy está en posesión don Francisco Moreno y Zuleta de la Serna y Zuleta, dos veces grande de España.

LA DENOMINACION DE ALGUNOS TITULOS

Hay en la relación de títulos hispanoamericanos denominaciones que surgen del mapa con nombres inefables. Así, el del marquesado de la Cañada Hermosa, y el del vizcondado de la Bahía Honda de la Real Fidelidad, y el del marquesado de las Delicias de Tempú, y tantos más. Los hay tan expresivos como los de los marqueses de la Concordia Española del Perú. Y muchos que llevan nombres de santos. Santa Lucía o San Román, San José o San Jorge, Santa Sabina o Santiago...

El jalonamiento de una revista no permite en una información proporciones adecuadas a este extenso tema de los títulos nobiliarios hispanoamericanos. Y es preciso dejar en estos límites la alusión a las denominaciones de la nobleza, a su historia y a su heráldica. Pero tal vez con los nombres y los territorios citados esté ya presente, aun en este forzoso sintetismo, el recuerdo de unos tiempos de emoción y de referencia, de conquistadores y capitanes, de héroes que tuvimos por legendarios y de caballeros armados que viven también en la plástica gloriosa de las grandes pinacotecas.

FERNANDO CASTAN PALOMAR



ESCUDO DE J. SEBASTIÁN DEL CANO



ESCUDO DE PINZÓN

HISPANOAMERICANOS

PUEBLOS VINCULADOS

Por las más bellas cadenas que forjaron los siglos. No bastarían a materializarlas ni las de los anclotes de las tres carabelas, ni aun las de oro y piedras preciosas de los joyeles de la Católica Reina, que valían tanto, tanto, que con ellas se compró todo un mundo.

Encadenados a España los pueblos de Hispanoamérica por su fe y su habla, por sus costumbres y sus tradiciones, y encadenados, sobre todo, por la sangre que los descubridores derramaron generosa y mezclaron con los indígenas sin orgullosas preocupaciones de diferenciación de razas.

Hoy, los hombres del otro lado del Atlántico, de los que nos diferencian tan sólo leves rasgos fisonómicos y suaves y candenciosos acentos al pronunciar la lengua de Castilla, como una demostración del sano orgullo de sus pueblos aborígenes, ostentan los más rancios apellidos españoles, muchos de ellos de ilustre solar, pues cuando las naos arriaban sus velas y enfilaban hacia Occidente los mascarones de proa, en sus cubiertas se apiñaban, sedientos de aventura, el título y el hidalgo, el comerciante y el labrador.

Cuando en 31 de julio de 1535, ya «Magister Artium» en París, estudiaba Teología Ignacio de Loyola, bien ajeno a que la cristiandad había de conmemorar todos los años su vida de santidad en tal fecha, embarcaba para el Río de la Plata el sevillano Silvestre, hijo del señor Juan Perón, que bien ajeno había de estar también de que, con su apellido y con el nombre de su padre, había de regir un sucesor suyo los destinos de las bellas tierras a que se dirigía con ansia de trabajo y de aventura.

Y embarcan primogénitos y segundones de ilustres casas, y los nombres de don Martín de Guzmán, don Iñigo de Guevara y don Alonso de Montemayor, que se dirigen al Perú, se unen a los de don Pedro Manrique, don Jerónimo de Fonseca y don Vicente de Mendoza que ponen rumbo con sus naves para Cartagena de Indias; y don Luis de Quesada y don Cristóbal de Guzmán embarcan para Nueva España, y para la Florida don Diego de Mendoza, don Lope de Acuña y don Lorenzo de Cárdenas. Todos cristianos viejos, sin mezcla de sangre de judío, converso ni reconciliado, para que los troncos de las familias en tierras de América fueran sanos de cuerpo y alma.

Se mezclan los nombres de Cepeda y de Dávila, de Ledesma y de Bazán, de Alvear y de Melgar, con los de Carvajal y Valenzuela, Calderón y Aldana, Aguilar y Bobadilla. Ellos fundan y encabezan árboles genealógicos. En sus casonas nuevas, que el tiempo envejecerá, lucen las armerías que en sus solares de España desdibujó el paso de los siglos y que no supieron olvidar. Los indios, asombrados, contemplaban los artísticos relieves de cimeras y lambrequines.

No es nueva la sangre del Nuevo Mundo. Es una sangre fuerte y viril de aborígenes que ennobleció más aún la de Numancia y Sagunto, de Pelayo y del Cid. Y por ello, porque la tradición virtuosa sostiene la moderna virtud, son nobles los pueblos americanos.



ESCUDO DE DON GASPAR, INDIO



ESCUDO DE DON DIEGO, INDIO PRINCIPAL

Entre los deberes que orgullosamente cumplen los padres con los hijos figura el de enseñarles y recordarles su noble y honrada ascendencia, para que el virtuoso ejemplo de sus mayores les haga sentirse interiormente satisfechos e interiormente obligados a seguir la honrosa huella de los que, con su apellido, supieron dejar un recuerdo de su esfuerzo por abrillantarlo, porque la nobleza, de cualquier clase que sea, según afirmaba Platón, es el estímulo de la virtud.

España, que, entre los mayores timbres de gloria de su gloriosa historia, posee el privilegio que la Providencia le concedió de ser la madre de las naciones americanas, cumple también con su deber al ofrecer su historia de heroísmos a los países que dió el ser para que con su ejemplo sepan hacerse dignos de la mejor Madre Patria que el cielo pudo depararles.

Pero no es suficiente, con ser tan grande, que la Historia de España se ofrezca como un glorioso legado de que han de enorgullecerse los pueblos de América. La historia de los pueblos la hacen sus hombres, sus caudillos y sus mártires, sus intelectuales y sus artistas. La historia de nuestra Patria está plena de valores humanos que prestigiaron eternamente, pues la verdadera gloria siempre persiste, unos apellidos hispanos que hoy constituyen la inmensa mayoría de los que ostentan los hombres del otro lado del Océano.

Y España, para complementar su deber de madre, se esfuerza hoy en ofrecerles a los americanos descendientes de los descubridores la pequeña historia familiar de cada apellido para invitarles a seguir un ejemplo de trabajo, virtud y heroísmo.

Y si hasta aquí hemos recordado los deberes paternales, es deber filial aprender en el ejemplo de sus ascendientes. Deber, dulce deber, pues nada satisface tanto y tan íntimamente a un hombre, como el poseer un árbol genealógico familiar y unos escudos de armas que calladamente le hablan de una nobleza legítimamente conquistada.

Nuestros archivos, riquísimos en datos inéditos, son los firmes cimientos en que han de sustentarse los estudios heráldicos y genealógicos de las familias americanas. Ofrecemos estas líneas, deshilvanadas pero íntimamente cordiales, de estímulo y de invitación a que en los viajes que, tan frecuentemente y cada vez más continuados, hacen los americanos a nuestra Patria, indaguen e investiguen el origen de su apellido español, que muchos de ellos tanto prestigian y que España se enorgullece de que sea ostentado por sus predilectos hijos.

No se crea que la Heráldica y la Genealogía son estudios vanos y pueriles que sólo halagan el orgullo de los nobles. Estas ciencias, tan íntimamente unidas, constituyen el esqueleto, el armazón sobre el que se sustenta la historia de un pueblo.

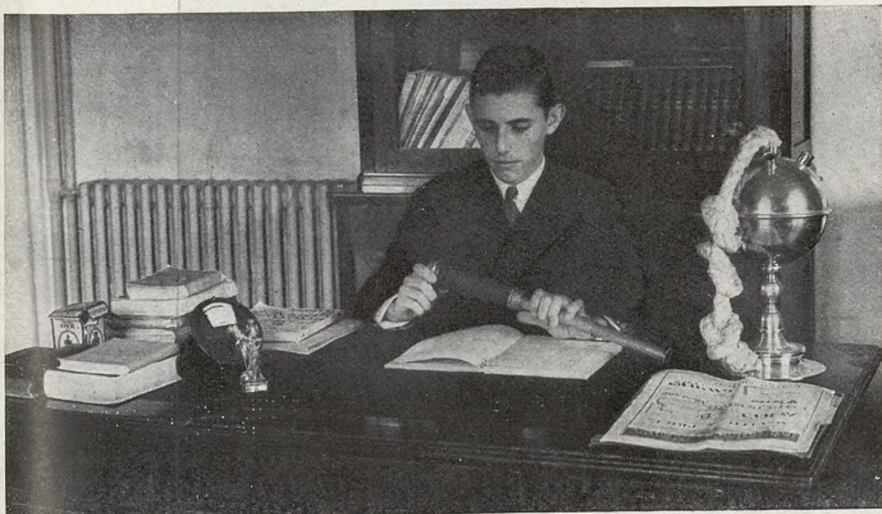
La historia de todos los pueblos americanos es joven; pero es fuerte y vigorosa porque se sustenta sobre los apellidos de los hombres más preclaros de España.

MANUEL DE MONTALVO Y GARCIA-CAMBA

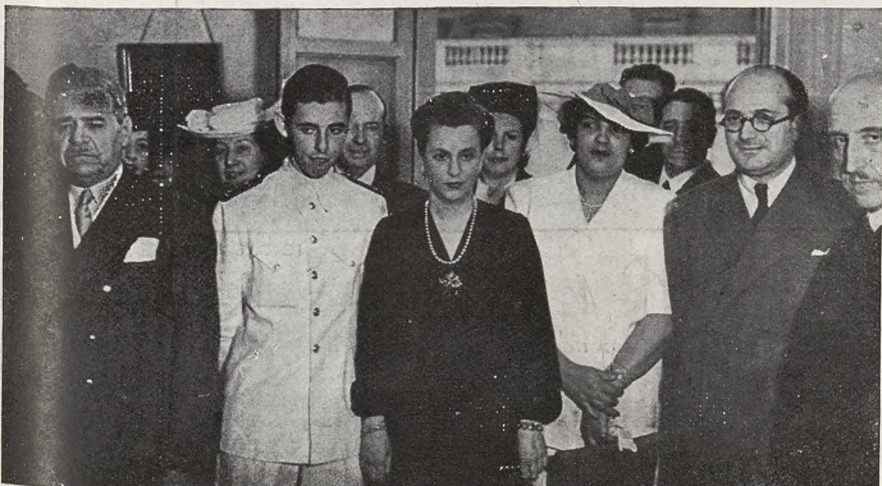
...1948



El duque de Veragua, a los dieciocho años, examina un barquito construido por él mismo.



duque de Veragua, estudiante de Náutica



En su casa madrileña, los duques de Veragua, con el Ministro de Educación Nacional español, Sr. Ibáñez Martín; el embajador de Santo Domingo y señora de Morell.

EN CASA DE CRISTÓBAL COLÓN...

FUNDAMENTALMENTE, la vida es esto que se llama continuidad. Y se comprueba hoy, en vísperas de un doce de octubre, Fiesta de la Raza y Día de la Hispanidad —nos parece más acertada la segunda nomenclatura que patrocinó monseñor Vizcarra y que tanto dió que pensar y escribir a Ramiro de Maeztu—.

Esta continuidad se hace presente hoy en una noble casa madrileña, en la documentación de un alférez de fragata, que se llama Cristóbal Colón de Carvajal y Maroto, en esa línea de la Guía de la Nobleza que dice duque de Veragua...

Queremos sorprender en su hogar esta línea de raza hispánica y americanismo; el actual duque de Veragua siente apasionada curiosidad por la América hispana, que, espiritualmente, es algo muy suyo. El descendiente en línea directa de Cristóbal Colón está en la mar, tras sus quince días de permiso, ya cumplidos, siguiendo su disciplina de marino. Pero en casa está la madre. Las madres viven día a día la vida de los hijos y lo guardan emotivamente. Cuando el hijo es hombre ya maduro descubre un día que dentro del alma de la madre viven los recuerdos completos, la más reciente historia del niño y del joven que fué.

La juvenil biografía del Almirante de las Indias, Adelantado de Castilla, duque de Veragua, duque de la Vega, marqués de Jamaica y de Aguilafuente, se funde, sin querer, con la historia de España. La fusión comienza ya en el "hall" de la casa. Entre los muebles bellos, de noble línea, los cuadros con firmas de Goya, de Jordaens o de Murillo, entre chucherías de porcelana, la vista se va a un gran biombo en que en sinople, azar, gules y oro, bajo corona ducal, vemos junto al escudo del primer Almirante de las Indias —anclas y ondas de azar del mar— el de los reinos de Castilla y León; con este viejo mote rezan en torno a él: A CASTILLA Y A LEÓN, NUEVO MUNDO DIÓ COLÓN. Este escudo tienen derecho a usarlo los descendientes del Almirante español.



Cristobal Colón dando el brazo a su madre.

DUQUESAS DE VERAGUA.

El salón está vacío. Pero en los breves minutos de espera se encarga de presidirlo una duquesa de Veragua. Dama rubia, de rostro alargado, facciones finas, y claros ojos de mirar lejano. Descendiente directa del Almirante pese al peinado a lo garçon y las gasas en que se envuelve su figura esbelta y carnosa, muy al gusto de la época, hay en toda la línea del rostro de la dama un aire enérgico, casi varonil. Rostro italiano, sí, pero más por las facciones que por el color. Un perfil del mismo aire, fino, pero enérgico y aguileño, que asoma el Dante en los frescos de Pistoia. Una italiana no de Rafael, sino de los graves mármoles en que se retrató a la marquesa de Pescara, Victoria Colonna. Suavizada, eso sí, por la delicadeza cortesana del siglo XVIII. Y si no es por el pincel de Goya, parece —por la manera prodigiosa con que están tratadas las gasas y la puntual aunque melancólica viveza de los ojos— se deberá a alguien que rondó mucho su taller. La raza del navegante vive prendida en el cuadro.

La actual duquesa de Veragua sorprende nuestro examen.

—Es una duquesa de Veragua del siglo XVIII... Descendiente en línea directa del Almirante.

(CONTINUA EN LA PAGINA 97



FOTO: CAMPÚA.

S. E. el Jefe del Estado Español D. Francisco Franco Bahamonde.



S. E. el Jefe del Estado español, acompañado de su esposa y de su hija.

Los pueblos con Historia no son grandes más que a condición de seguir haciendo Historia. La gesta del 12 de octubre, que este número conmemora, es para los hispanos fecha grande en la Historia, no sólo por lo que en ella se conmemora, sino porque sirve de acicate hacia empresas futuras.

La Historia la hacen los hombres. La gesta hispana la hicieron seres casi mitológicos, capaces de cumplir hazañas incomparables. Mientras nuestros pueblos tengan capitanes de esta fibra, de tan grandes alientos, de tan alto y elevado espíritu, las gestas se seguirán haciendo y nuestra presencia en el concierto de los pueblos se afirmará más y más.

En el umbral de este tiempo, la figura símbolo que empalma, sin dudarlo, con la de los más grandes Capitanes de la Historia, es, sin duda Francisco Franco. El ha sabido colocarse en el mismo quicio de nuestro quehacer, impregnarse de la esencia toda y del contenido del ser nacional; simbolizar, en un momento, la Patria misma. Por ello, nos ha parecido que el mejor homenaje a nuestra estirpe, en esta fecha, era mostrar la obra, el ejemplo singular de la vida de este Capitán, espejo de caballeros, general sin derrotas, político prudente, arquetipo de Príncipe.

UN HOMBRE ESPEJO DE UN PUEBLO

«LA PERSEVERANCIA ES EL SECRETO DE LA VICTORIA.»
(San Bernardino de Sena.)

"UN corazón generoso —dice Saavedra Fajardo— en las primeras acciones de la naturaleza y del caso descubre su bizarría». (Empresa Primera). «Con la buena educación es el hombre una criatura celestial y divina y sin ella el más feroz de los animales». (Empresa Segunda). «La conveniencia o daño de esta o aquella educación se vieron en el Rey D. Juan el Segundo y el Rey D. Fernando el Católico: aquél se crió en el Palacio y éste en el Campamento, aquél entre las Damas, éste entre Soldados..., aquél destruyó su Reino y éste levantó una Monarquía». (Empresa Tercera). Siempre que se juzga de reyes o caudillos —como en Plutarco— suele en sus vidas considerarse la educación que los tuvo en semillero, y donde se prefiguró el árbol futuro: torcido malasombra o recto y seguro astil de lanza.

Aun desde los principios, no sería difícil encontrar paralelo entre Francisco Franco y Fernando de Aragón. Aun de modo ya general y desde la Batalla del Ebro, Franco más parece Rey de Aragón, que en aquella línea gobernante de Austrias y Borbones, porque la resistencia militar y política frente a conjuras y entredichos casi universales y rebeldías de los privilegiados fué lo propio de los tenaces soberanos aragoneses, personales caudillos de su pueblo. Pero quede este punto para el definitivo panegírico de la posteridad.

Fácil será reconocer a Francisco Franco, desde su edad temprana, como un gran modelo español de educación perfecta, de educación castrense y clásica, que es ya, acaso, el único modelo europeo de clasicismo vivo.

De bien educado en academias y campamentos, Francisco Franco pasa a ser perfecto educador, creador y rector de academias y campamentos, primero en el valor y el estudio, a través de todos los grados, del aprendizaje a la maestría.

En los días de angustia que sucedieron al desastre de Annual, toda la zona del Protectorado estaba perdida, Melilla sitiada y penetrada hasta el Barrio del Real, y los «hametes» llegaban a tomar té moro en el bar cristiano de «La Rosa Azul». Pero, aun en días tan remotos, toda la ilusión militar y heroica de España parecía ya simbolizada y concentrada en la figura de Francisco Franco, entonces nada más que joven comandante de la Legión, y, más que joven —si miráis los retratos—, con aire adolescente todavía. Sería muy pocas semanas después de Annual cuando el dibujante Ricardo Marín, servidor fiel de la actualidad y de la fama, hizo una gran composición de Franco en triunfo, jinete sobre caballo blanco. Eran horas de bochorno y derrota. Pero ahora ya toda España aparece definitivamente asumida por aquella figura victoriosa. Sus victorias de loma en loma, de cota en cota, al frente de la



Salón donde se celebran los Consejos de Ministros del Gobierno de España, en el Palacio del Pardo, residencia de S. E. el Jefe del Estado.

bandera legionaria —cuándo Millán fué herido en Nador—, se han tornado victorias al frente de la Patria entera y España y Franco son —como diría Cervantes— «para en uno».

A pesar de todo lo heroico, triunfal y extraordinario desde sus tiempos de oficial de Infantería, la ascensión de Franco se logró no como a golpes de fortuna, ni por aventureras sorpresas, sino bajo el clásico signo de lo gradual, de lo no improvisado, de lo cimentado en el recto servicio, de lo ordinario y regular. «Todas las acciones del Rey eran regulares y ordinarias», decía Joinville de San Luis. Aquí radica el gran secreto clásico de la verdadera grandeza, en las vidas y en las arquitecturas, donde lo extraordinario, grandioso, original y sorprendente se presenta como regular, ordinario, proporcionado y en incremento armónico. Ya en esta primera y larga etapa de su formación hasta el dia —doce años hace— en que llega a Jefe del Estado, Francisco Franco se caracteriza por aquella perseverancia ejemplar que, según San Bernardino de Sena, es el secreto de la victoria. Todo en él acusa los rasgos y los movimientos del paso seguro, de la ascensión duradera, de la viva, intacta y bien medida voluntad hacia empresas siempre más altas. No se olvide que los gobernantes hacen a las naciones a su imagen y semejanza. Para Francisco Franco a lo largo de aquella etapa estudiosa y valiente en la vida y en el combate, todo va siendo uno, vida y combate; la vida combate a la letra de Séneca y el combate da vida a la letra de Pablo Apóstol. Pero esta vida y este combate se van llamando para él, sencillamente: España.

Se puede preguntar qué Principe o qué Gobernante ha tenido una formación parecida a través de servicios y mandos en edades tan justas, una formación que no procede para llegar a la Jefatura del Estado, ni por predestinación hereditaria, ni por imprevisto golpe de fortuna, sino por el gradual ascenso de una especie de modestia imperial, en el original sentido del romano «Imperator», Capitán General vencedor, que transmite luego este nombre, como el mejor, a los que rigen el Imperio.

Algún autor clásico ha previsto el ejemplo de quien por esta suerte de virtuosa y heroica ascensión, justamente se sobrepone a toda otra legitimidad, pero el caso no encuentra ningún parangón, ni siquiera lejano, en ningún otro país de nuestros días.

* * *

ESTOS doce años del Caudillo como Jefe del Estado Español pueden dividirse en dos tiempos; concluso el primero con la Victoria, a punto de concluir el segundo con otra victoria y en el horizonte el albor del tercero, donde Franco elevará a potencia floreciente las raíces duramente logradas por los otros dos. El primer tiempo tiene ya su crónica puntual y es el de la guerra civil, el de la guerra de liberación, hasta la victoria. El segundo, menos cruento, pero mucho más largo, peligroso y difícil que el primero, se cifra en la defensa de esta victoria y supone una segunda guerra invisible de liberación, tan decisiva como la primera, porque sin la segunda todo el fruto de la primera se habría perdido. Una vez más ha revelado Franco la consecuencia de su formación. Siempre fué el mismo y siempre será el mismo: en lo privado y en lo público, en lo militar, en lo civil, en lo nacional y en lo internacional; hombre de una pieza, conformado en fuerte armonía sin contradicción, dispersión, ni escisión, igual en todo. Como Generalísimo, conduce la guerra eliminando toda la estrategia romántica, la corazonada, el jugárselo todo a una carta, el comprometer a la ciega ambición de éxito un inmenso destino patrio. Hasta donde le permiten los medios, a veces precarios, quiere agotar la previsión y la seguridad. El ímpetu medido y calculado se alía en él a la prudencia y nada hace sin razón y sin honor. Hay momentos en que le acusan de tardador como al gran tardador Fabio Cunctator. Gallego y a un tiempo tan aragonés y tan romano, es un general moderno politécnico, que estudia todos los factores del combate. «Cabdillo sabidor», como demandaban las Partidas o como dice también aquel refrán «que las letras no embotan la lanza». Hombre de letras, de ciencias, de técnicas, militar y político, Franco gana la guerra con una táctica sabia y original que hace de él el primer capitán de su tiempo. Ha eliminado, hasta donde le ha sido posible en el aleatorio tablero de la historia bélica y humana el azar y el error. Acabada la guerra, el libro sobre Francisco Franco podría titularse así: «El General sin errores».

* * *

CUANDO, hace algunos meses, el maestro Azorín tomó posesión de su cargo de Presidente del Patronato de la Biblioteca Nacional, pronunció ante el Ministro Ibáñez y ante las muchas y notables personas allí congregadas, un breve, noble y preciso discurso. Sus últimas palabras fueron para invocar el nombre «de nuestro gran gobernante Franco, el Caudillo de España». Al pronunciar estas palabras su voz se elevó repentinamente de tono, para llenarse de emoción y de energía. Enronquecía y vibraba a la vez, como si contuviese lágrimas viriles al sostener enhiesta una bandera. Por la primera vez percibí en el habla de Azorín, tan culta y sosegada de ordinario, el más crudo acento valenciano de Monóvar, aquel de su pura y primera ilusión infantil por España, al cabo de más de medio siglo doloroso de amor a España. Se sentía rejuvenecer en las llamas primeras.

Pocos días hace, Mr. Churchill logró decir la frase más exacta, entre las muchas que ha prodigado a través de su ya larga vida. «Nunca —dijo—, ni los ingleses más viejos, hoy vivientes, han conocido una Inglaterra que cayese tan bajo». Nunca tampoco, podríamos nosotros decir, ni los españoles más viejos hoy vivientes conocieron una España que se levantase tan alto. Ni ellos ni su abuela. Nunca hubo en España tanta ilusión juvenil, tanta fe en el futuro, que a los más viejos llega. Pero el análisis crítico de estos doce años y en particular de los cuatro o cinco últimos sería difícil de hacer, por prematuro y peligroso. Se sabe, sí, que después de la victoria de liberación ganada con las armas hemos padecido un largo e invisible asedio y casi una conjura universal. Algunos que sirvieron en la Cruzada primera, desertaron y fueron cobardes en la segunda. Por eso se puede pensar que la segunda era más difícil y peligrosa. Estos tales, con los apasiona-



S. E. el Jefe del Estado, con su esposa y su hija, se traslada en un día festivo a la capilla del Palacio del Pardo.



Escena familiar en el Pazo de Meirás (Galicia), residencia veraniega del Jefe del Estado, durante la reciente visita de la señorita Quirino, hija del Presidente de Filipinas.



El Generalísimo Franco saluda, en uno de los patios del Palacio del Pardo, a los oficiales de su guardia

dos compatriotas de fuera, con los extranjeros enemigos de siempre, trabajaron para cambiar el mando de la plaza sitiada y para que el nuevo mando abriese parlamento de capitulación y alzase la bandera blanca —blanca de miedo— de una tercera España sumisa.

Nada más contrario al genio de España que semejante deshonor. El hubiera retrasado «sine die» el irrenunciable destino español. Bien dijo don Antonio Maura «que las naciones no perecen por débiles, sino por viles». La conspiración radicó por fortuna en clases privilegiadas y connivencias clandestinas mientras la defensa de España se cimentó en la clamorosa popularidad del Caudillo. Pero fué el triste caso que a los conspiradores, la conjura se les convirtió, día a día, de conjura inicial contra un régimen en conjura contra la Patria. En el tiempo claro y futuro, ningún español bien nacido se ufanará de haber estado contra Franco. Confesarán que erraron, que les cegó el despecho o su increíble atraso mental en azares políticos. Cantarán palinodias innumerables. La pluma se resiste a describir las sombras de este trance pasado. Se decía que había que cambiar el régimen de España porque España era como nunca atacada, lo cual equivalía a decir que había que cambiar el régimen de España porque España era como nunca defendida. Resistir es lo propio de los organismos nobles y más se mide la virilidad por la capacidad de resistencia que por la de ataque. Franco fué capitán y maestro en resistir, en durar, en perseverar, en vencer, en convencer. Largo y escabroso fué su camino, como su gran paso de los Alpes, hasta la victoria ya inminente. Pero nada sirve ni ennoblece tanto en la historia como la adversidad vencida a través de muy largas vicisitudes, porque ello equivale a la propia razón con seguro e impasible cimiento impuesta e instaurada.

En política lo que más se tarda en lograr tras de la larga pugna, más se tarda en perder. Nada hay tan absurdo como querer cambiar de régimen para suprimir dificultades. Esa siempre fué la moral de la derrota y la cobardía. Un régimen sólo se forja y establece venciendo las dificultades, endureciéndose y adiestrándose en ellas, educándose aun con la oposición y crítica enemigas.

Franco no sólo ha defendido a España y ha fundado, fortificado y normalizado su régimen para el interior y el exterior. Su posición ha sido esencial para la defensa de Europa y del mundo.

Aún está en trance de hacer entender, a muchos de sus contradictores, que para la defensa de Europa y del mundo, muy superior a la uniformidad ortopédica de los regímenes, es la diversidad original y viva, la armonía de esa diversidad en ideales más altos y eternos y no en ideologías transitorias. Europa fué grande cuando con su diversidad rica y viva se armonizaba su fe común en altos ideales cristianos.

Uno de los más recientes retratos familiares del Jefe del Estado español, con su esposa y su hija.

Bajo la presidencia del Generalísimo español, uno de los Consejos de Ministros celebrado en el Pazo de Meirás en la provincia de la Coruña, residencia veraniega de Su Excelencia.



En el jardín del Pazo de Meirás el fotógrafo ha sorprendido esta escena en la que aparecen S. E. el Jefe del Estado con su hija Carmen, la señorita Quirino —hija del Presidente de Filipinas— y algunos ministros españoles.

Nunca se ha querido imponer la uniformidad como en esta Europa medio muerta.

Frente a esa tesis es Franco quien ha defendido la tesis de la viva libertad de los pueblos para regirse a su albedrío.

Ni ha podido ir peor a los otros pueblos con la uniformidad impuesta, ni ha podido ir mejor a España, ni a la causa de Europa en España, con la defensa de su régimen original y su victoria ganada, que es como decir su libertad.

* * *

PERO en todo este tiempo, en estos doce años de Franco Jefe del Estado y Caudillo de España, siempre una mano podía construir a condición de que la otra combatiese con espadas visibles primero e invisibles después.

Contada y hasta no contada esta angustia, la labor en todos los ramos de la administración pública ha sido imponente y la organización de una nueva vida espiritual y física en España, puesta en marcha con velocidad y firmeza.

Si esto se ha hecho con una mano ocupada en la defensa de la victoria y con tantos indispensables elementos negados por el exterior, fácil es suponer lo que España hará bajo el mando de Francisco Franco, con sus dos manos libres y una colaboración internacional normalizada y las generaciones jóvenes a la obra.

Las críticas diarias sobre el movimiento y expediente político de cada día no han valido nada jamás frente a la historia.

Es preciso juzgar a los regímenes por lustros o decenios, en la vastedad de su trayectoria, considerando bien el punto de partida y el de llegada y los objetivos ganados.

Las líneas maestras de la España futura están trazadas por la mano de su Caudillo, y en ellas con razón experimentada fían los españoles.

En el tercer período que se ofrece a su obra gobernante ha valido la pena de recorrer toda esa larga génesis en que se ha forjado su figura, desde la mocedad, porque su figura, signada por la duración y la victoria, es ya la garantía irrenunciable del futuro de España.

Se alcanzan los días en que por segunda vez, y en un memorable trance histórico, que ya toca su fin, el ¡Arriba España! se hace inseparable para los días que vendrán del ¡Viva Franco!

Que su duración, que su seguridad, que su perseverancia sigan siendo para la Patria española durante largos años el secreto de la victoria. Este es nuestro voto.

RAFAEL SANCHEZ MAZAS
(Información fotográfica de CAMPUA)

Perspectiva en color del Museo de América, según el proyecto de los arquitectos Feduchi y Moya.

EL MVSEO DE AMERICA

EN MADRID

El 19 de abril de 1941, el Ministerio de Educación Nacional realizó, por medio de la letra viva y ejecutiva de un decreto, una ilusión muy española. La ilusión de ver reunidos los recuerdos y la biografía de la fecunda aventura hispánica por tierras americanas, en una colección oficial que "tendrá por objeto exponer con rigurosa fidelidad científica la historia del descubrimiento, conquista y colonización de América; las manifestaciones de la civilización de los pueblos indígenas, antes y después de la conquista; el arte colonial y la labor de las misiones".

Así nació el Museo de América.

En este mismo número podrá el lector contemplar el dibujo de un gran edificio rodeado de árboles a la acuarela y verde césped litográfico. Y al pie, limitando con los últimos colores del pincel, la firma de Luis M. Feduchi y Luis Moya, como autores del bello proyecto arquitectónico.

Así, el Museo de América va a llegar a su mayoría de edad.



Vitrina en la instalación provisional del Museo de América, en la que aparecen valiosas piezas del tesoro de los Quimbayas.



Aspecto de una de las salas principales del actual Museo de América, de Madrid, dedicada al arte colonial de Méjico.

HISTORIA DE UN CRECIMIENTO

Nadie nace adulto ni acabado. Seres y cosas han de someterse a un proceso de crecimiento natural, cuyas leyes no es posible eludir. El Museo de América tuvo que seguirlas, aunque sus mentores pusieron empeño en hacer más corto ese trayecto que va desde la idea hasta la realidad.

El Museo vió la luz en el "Boletín Oficial del Estado", un día de primavera, hace siete años. Poco tiempo después dió sus primeros pasos en un ambiente grave, serio y lleno de sabiduría. Fué su primer escenario el local del Museo Arqueológico, a espaldas de la Biblioteca Nacional y el Museo de Arte Moderno, tres entidades señeras de la cultura hispánica, que se agrupan en un edificio de factura clásica, aposentado entre las acacias del paseo de Recoletos y las viejas casas señoriales de la calle de Serrano.

Allí, rodeado de luces y sombras arqueológicas, vivió provisionalmente el Museo de América. Sala a sala, fué creciendo bajo la mirada directa y sagaz del profesor

D. José Tudela, que cuidó su formación con el rigor y el amor de los buenos educadores. Sólidamente preparado—profesa una cátedra de Historia americana en la Universidad Central—, acometió con entusiasmo la dura y áspera tarea de sacar de la nada un pequeño mundo. Un mundo que resumiese en corto y limitado espacio lo que fué y representó para la civilización universal la llegada a unas playas vírgenes de tres carabelas con nombres españoles.

Hasta trece salas ha llegado a abarcar el Museo de América en la actualidad. En sus vitrinas, varados en el tiempo y en la historia, viven los protagonistas y la crónica plástica de ese suceso que empezó una madrugada en el puerto de Palos y cuyo fin hay que medirlo en siglos de luz. Suceso que por sí solo bastaría para exportar toneladas de gloria a todas las naciones que forman el mapa mundi, y que se agostarían de impotencia si no fuese porque pueden mirar con esperanza los campos de trigo, los rebaños de ganado y los bosques sin explotar aún. Todo eso que España regaló a la Humanidad un 12 de octubre.

Cuando se creía que la vida terminaba en el Finisterre y que no había nada más detrás de las últimas gaviotas del Atlántico, la Península ibérica se puso a navegar. Y después de unas alucinantes singaduras, descubrió un continente y rodeó la cintura del globo. Desde entonces, el mapa mundi se hizo redondo y afloró a la geografía un nuevo perfil de increíble riqueza, cuyo pasado, presente y futuro hay que contar en lengua castellana.

Por eso, para que no se olvide nunca el nombre y el origen de la más espectacular y fecunda aventura de la historia, ha de ser el de América el Museo de los museos. Aquel entre cuyos muros modernos y alegres se relate plásticamente "el descubrimiento, conquista y colonización" de la gran entidad americana.

EL HOY Y EL MAÑANA DEL MUSEO

El profesor Tudela nos dice que en las actuales trece salas del Museo sólo hay expuesta, por falta de espacio, una quinta o sexta parte de lo que se dispone, cuyo resto está almacenado en las dependencias ya terminadas del nuevo edificio en construcción.

El director del Museo no está satisfecho aún con el material que ha logrado reunir referente a las culturas prehispánicas, a pesar de disponer de una de las colecciones más completas que se conservan en Europa. Algunas de estas culturas están, hoy por hoy, representadas de modo insuficiente, y de otras, faltan muestras. Y se aspira, en un plazo breve, a que, por medio de objetos originales y de reproducciones, estén representadas en el Museo todas esas culturas, en especial las que alcanzaron los pueblos civilizados.

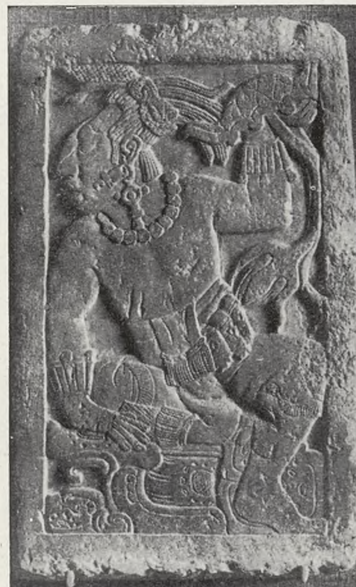
Sin embargo, aunque quede algo por hacer, mucho se ha hecho ya. La documentación histórica que el visitante puede admirar empieza precisamente en esa sección de las culturas prehispánicas, cuya importancia y valor es innegable. Allí se expone el relieve maya de Palenque, llamado también popularmente la "Estela de Madrid". El códice Tro-cortesiano, que es uno de los tres códices mayas que existen. La rodela de plumaria azteca, raro ejemplar de este delicado arte indígena. El famosísimo Tesoro Aureo de los Quimbayas, cuyas piezas no son sobrepasadas, en calidad artística, por las del célebre Museo del Oro de Bogotá. Un magnífico lote de vasos y esculturas, en piedra, de Nicaragua y Costa Rica. Y una serie de cerámica del antiguo Perú, quizá la más nutrida que exista fuera de aquella república. En esa serie se destaca la gran Colección Larrea, de arte inca, como lo más notable de ella.



Fragmento de un biombo colonial mejicano, en el que se representa el juego del volador.



Cuadro con incrustaciones en nácar, que representa la entrada de Hernán Cortés en Méjico.



Un precioso relieve maya, procedente de Palenque, llamado "Estela de Madrid".



Otro fragmento del biombo colonial mejicano reproducido en la parte superior de esta página.



Página del Códice maya Tro-Cortesiano.

Actualmente, la América Hispana está representada en el Museo por tres colecciones de objetos de arte virreinal mexicano. Una, de figuritas de cera de tipos populares. Otra, de cerámica de Guadalajara. Y la última, de tablas enconchadas de la conquista de México, con unos cuantos ejemplares de plumería y platería colonial.

Poco, como se ve, en relación con la inmensa estructura geográfica de la América española, pero que en el nuevo Museo tendrá un espléndido desarrollo. Con recursos cartográficos y plásticos se hará una completa y extensa reconstrucción de toda la historia gráfica de los descubrimientos españoles. Y se acometerá la ambiciosa empresa de representar museísticamente la obra colonizadora de España.

Tal representación abarcará todos los aspectos de la colonización hispana. El demográfico, con los problemas de población indígena, española y de mestizaje. El económico, con el intercambio entre los dos continentes de plantas cultivadas y la difusión de la agricultura y la ganadería en América; la implantación de industrias, en especial la minera; las remesas de metales preciosos; la acuñación de moneda, y el intercambio comercial. La cultural, con la implantación de la imprenta y las obras importantes impresas allí; la fundación de Colegios y Universidades; el florecimiento en aquellas tierras de escritores indios, mestizos y españoles; los estudios de filólogos, etnólogos y naturalistas, antecedente ilustre de la ciencia americanista.

Y la obra misional, que comprenderá la gloriosa historia de las "reducciones", y la conversión y civilización de los nativos, desde los barracones elementales de los poblados que se levantaron en las selvas y los desiertos, hasta los grandes conventos-escuelas, donde los indígenas aprendieron el idioma y los oficios españoles. Y el arte colonial, con sus catedrales de peculiar arquitectura, sus iglesias, conventos, santuarios, palacios y casonas; con la pintura y escultura virreinal y sus escuelas, además de las múltiples y exuberantes manifestaciones de la artesanía industrial en platería, cerámica, tejidos, muebles, lapidaria y plumaria.

Las nuevas instalaciones, en resumen, han de constituir un auténtico Museo Etnográfico que exhiba y valore todas las culturas precolombinas; un Museo de Historia y de Arte que represente, en todos los órdenes, el vigor y las huellas del paso español por el nuevo continente, y un Museo, además, de la América contemporánea y su "folklore" actual. Un Museo, en fin, donde desde el especialista hasta los niños de las escuelas, puedan estudiar y aprender todo lo que con él se pretende enseñar.

Y se llamará Museo de América, en toda la amplitud de la palabra, porque en él estarán también presentes las culturas indígenas del Canadá, Estados Unidos y Brasil. Y porque sus límites rebasarán el ámbito virreinal para llegar hasta las manifestaciones de las artes americanas de esta hora: pintura, escultura, arquitectura, artes industriales y artes populares. Sobre todo estas últimas, continuadoras, en gran parte, de la tradición hispánica.

ALGUNAS ADQUISICIONES NOTABLES Y UN LLAMAMIENTO

Desde que se creó el Museo, sus organizadores realizaron adquisiciones valiosas que hoy constituyen el fondo documental

(PASA A LA PAGINA 97)

1.

Proyecto de Palacio
para el
Instituto de Cultura Hispánica
Plano de Emplazamiento
=ESCALA = 1:1000=

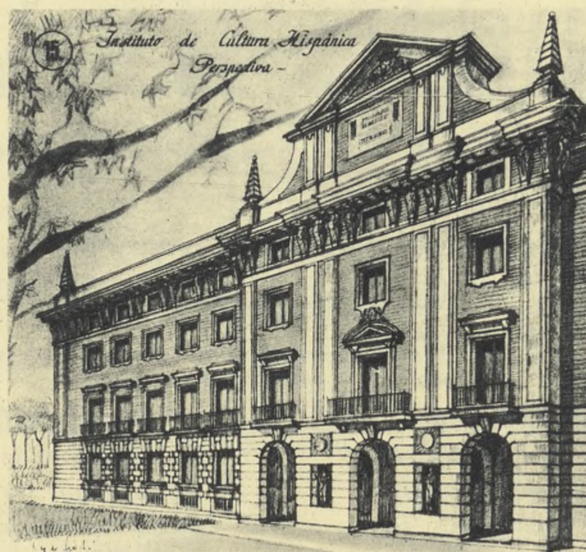
HOSPITAL CLINICO
NORTE
MUSEO DE AMERICA
ESCUELA DE INGENIEROS NAVALES
ACCESO DEL MUSEO DE AMERICA
AVENIDA DE PROFESORES
NUEVA AVENIDA
RESIDENCIAS
OFICINA DE LA JUNTA DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA
TRANVIAS
PUENTE
LINEA DE
AVENIDA DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA
MADRID MARZO DE 1947
ARQUITECTO

INSTITUCIONES DE ESPAÑA PARA AMÉRICA

Si España descubrió un mundo, al que dió su cultura, su civilización y un tipo de vida no superada aún, debe mantener hoy ese legado de la Historia con entera fidelidad. A esto responde la creación, por la España actual, de una serie de instituciones que velen por el mantenimiento, por la trascendencia y por el desarrollo de todo ese acerbo y patrimonio cultural que las generaciones presentes han recibido y tienen la obligación de traspasar a las venideras, a ser posible, acrecentado.

A esta idea responde la creación de una serie de organismos, tales como el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», gran central de la investigación española e hispanoamericana en el momento presente, que tiene por misión especialísima, dentro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de España, la de investigar los caracteres de la conquista, el régimen virreinal y las instituciones que en los siglos XVI, XXII y XVIII supo crear España en América. Junto a él, la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Sevilla, trabaja en la misma línea y tiene como organismo especializado la Universidad hispanoamericana de la Rábida, en la que se estudian las principales materias que interesan a los americanistas.

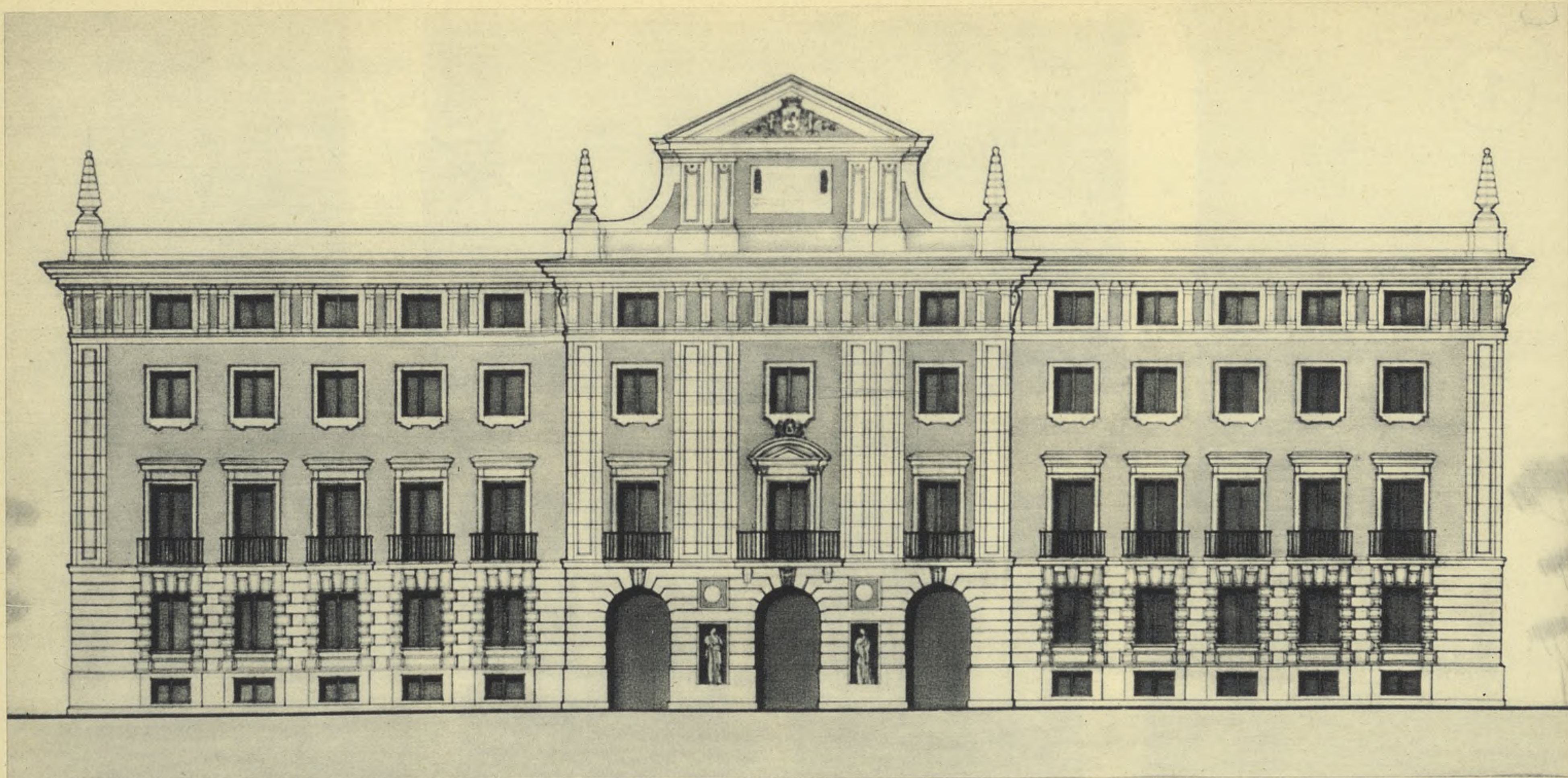
De estos organismos —Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» y Escuela de estudios Hispanoamericanos —ha de salir — está saliendo ya— el gran plantel de hombres especializados en los temas hispanoamericanos, cuyo trabajo, al esclarecer definitivamente la verdad histórica, producirá la comprensión definitiva, el acercamiento estrecho y el amor total entre España y los pueblos de Hispanoamérica.



Plano general en el que se señalan los emplazamientos en terrena de la Ciudad Universitaria, de Madrid, de los nuevos palacios para el Museo de América e Instituto de Cultura Hispánica. El primero de estos edificios, proyecto de los arquitectos Moya y Feduchi, el segundo proyecto de don Luis Martínez de Feduchi. Y una perspectiva que muestra un detalle de la entrada principal del Instituto de Cultura Hispánica.

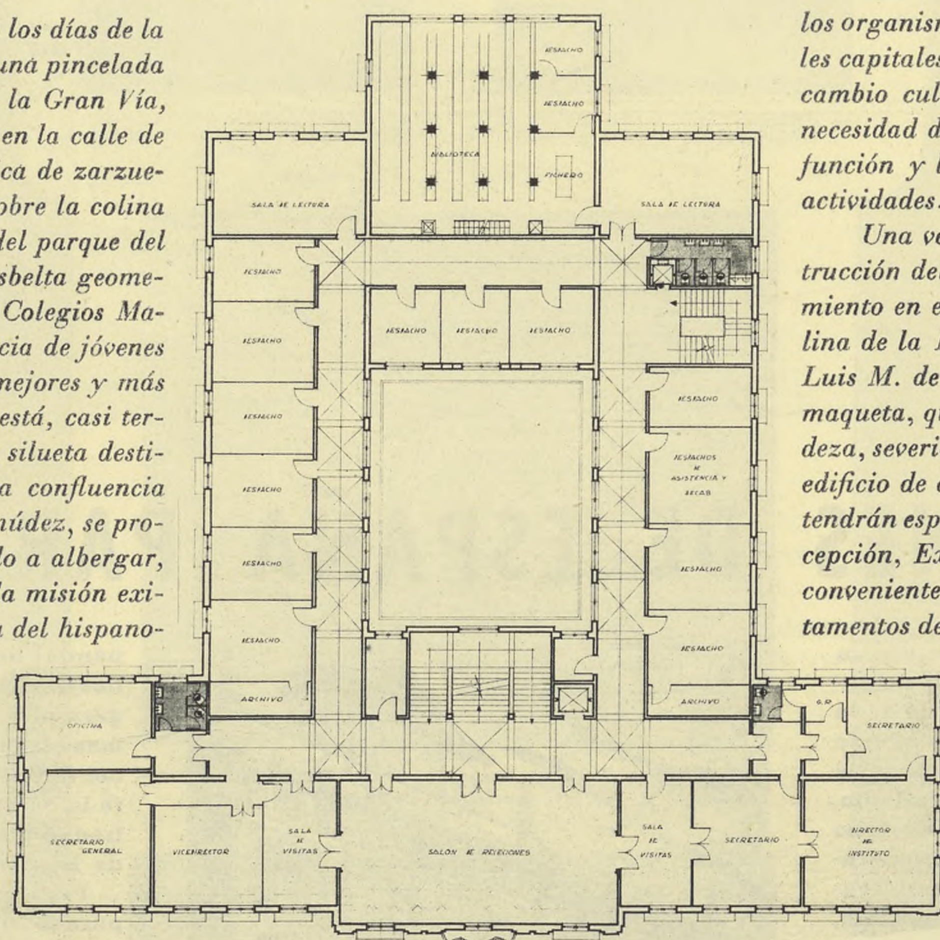
Pero no sólo interesa a España el estudio del pasado histórico. Un pueblo no puede vivir solamente de recuerdos, y si muy interesante es descubrir al mundo la verdad de una actuación pretérita, muchos, urgentes y dignos de atención son también los problemas del presente. Por eso, con el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» y la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, el Estado español ha creado también el Instituto de Cultura Hispánica, el cual, con su Seminario de Problemas Hispanoamericanos, se ocupa de los problemas más vivos y actuales, y ha fundado el Colegio Mayor de Nuestra Señora de Guadalupe para que sea residencia y hogar de los estudiantes hispanoamericanos que constantemente llegan a España.

De este modo, ese amor mutuo a que conduce la verdad de la Historia se ve renovado y fortalecido cada día por el trato, el diálogo, la convivencia.



INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

En la colina de la Moncloa, que en los días de la lucha contra Napoleón popularizó con una pincelada trágica el genio de Goya, termina ahora la Gran Vía, la gran arteria de Madrid, que empezó en la calle de Alcalá con piquetas iconoclastas y música de zarzuela, hace cerca de cincuenta años. Allí, sobre la colina que rodea el cinturón verde y forestal del parque del Oeste, se levantan las edificaciones con esbelta geometría de la Ciudad Universitaria y varios Colegios Mayores, en los que el estudio y la convivencia de jóvenes españoles y americanos van fijando los mejores y más firmes puntales de la Hispanidad. Allí está, casi terminado, el edificio de graciosa y clásica silueta destinado a Museo de América. Y allí, en la confluencia de las calles de Alfonso XIII y Cea Bermúdez, se proyecta ahora un nuevo palacio destinado a albergar, con la amplitud y decoro que su elevada misión exige, la institución rectora y orientadora del hispanoamericanismo en España: el Instituto de Cultura Hispánica, que ha alcanzado en los últimos años una gran amplitud de relaciones con los países de América y ha logrado su plenitud en el desempeño de una función tan esencial y vital, como la integración de los elementos fundamentales de la cultura hispánica, de esa energía latente, activa y universal, que tiende a concentrarse para crear una gran fuerza espiritual basada en una hermandad de pueblos única en la historia.



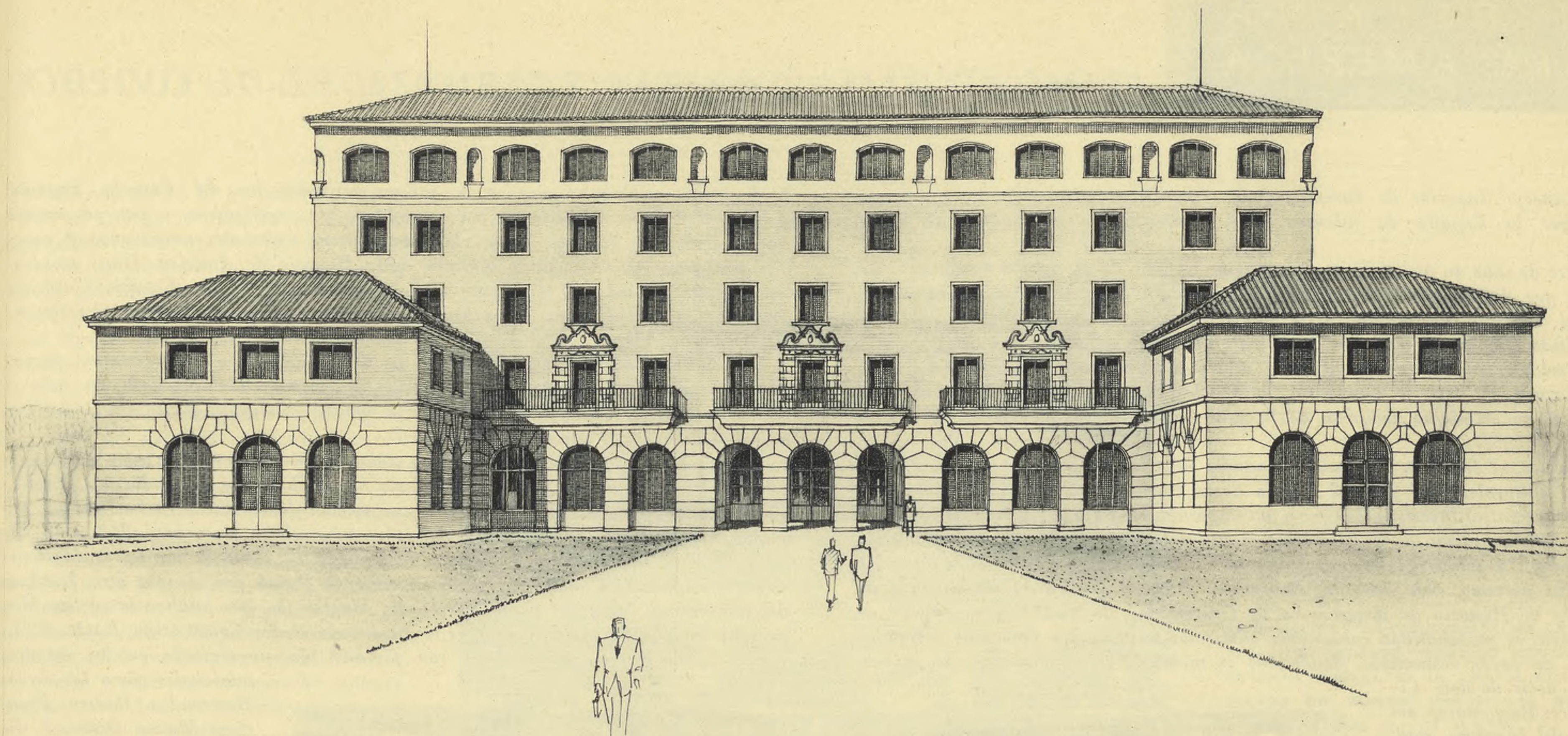
Fachada del nuevo edificio del Instituto de Cultura Hispánica y plano de la planta principal. Proyecto del arquitecto D. Luis Martínez de Feduchi.

Hemos dicho «hermandad de pueblos» porque los países hispánicos son más que una comunidad de naciones unidas por lazos de compromiso político, conveniencias económicas o simples afinidades ideológicas. La fraternidad hispánica no está fundada en lo convencional y adjetivo, sino en lo sustantivo y verdadero. En lo único que une a los pueblos y a los individuos por encima de las distancias geográficas, las teorias y las fórmulas políticas. Por la sangre, «que también es espíritu», en decir de Nietzche, y por la común espiritualidad determinada por la religión, el idioma y la historia.

La amplitud de las relaciones que el Instituto de Cultura Hispánica viene adquiriendo y sosteniendo con las repúblicas americanas a través de los organismos filiales que existen ya en las principales capitales de América, y el continuo e intenso intercambio cultural, cada día hacía más apremiante la necesidad de una instalación adecuada a la elevada función y la amplitud y desarrollo de sus múltiples actividades.

Una vez lanzada y aprobada la idea de la construcción del citado edificio y localizado su emplazamiento en el lugar que dejamos indicado sobre la colina de la Moncloa, fué encargado el arquitecto don Luis M. de Feduchi de la realización plástica de la maqueta, que ha sido ideada y realizada con la grandeza, severidad y gracia arquitectónica que requería un edificio de esta índole. En el proyecto del Sr. Feduchi tendrán especial instalación los salones dedicados a Recepción, Exposiciones y Biblioteca. También tendrá convenientes dimensiones la sala de lectura y los departamentos de Información, Administración e Intercambio así como otras muchas dependencias auxiliares. Tanto en sus dimensiones como en la ornamentación y gracia estética, el proyecto del señor Feduchi, creemos que responde a la elevada misión espiritual y patriótica que el Instituto representa, y a las necesidades de la no menos importante tarea creadora, rectora y administrativa que en sus dependencias ha de llevarse a cabo.

Con la realización de este proyecto, cuyo presupuesto se acerca a los diez millones de pesetas, el Estado español contribuirá, de manera definitiva, a que las relaciones y el intercambio cultural entre España y los países hermanos de América tengan en Madrid, no sólo un edificio que centralice las actividades intelectuales y burocráticas de este organismo, el Instituto de Cultura Hispánica, sino algo mucho más importante: la Casa de la Hispanidad, la casa solariega para todos los que, nacidos a la otra orilla del Atlántico, sientan la curiosidad intelectual o la necesidad sentimental de venir un día a conocer el solar de sus mayores. Porque ésta y no otra es la razón fundamental del más verdadero y positivo hispanoamericanismo. El conocerse y amarse como miembros de una gran familia, y el ser conscientes de su común y ejemplar destino.



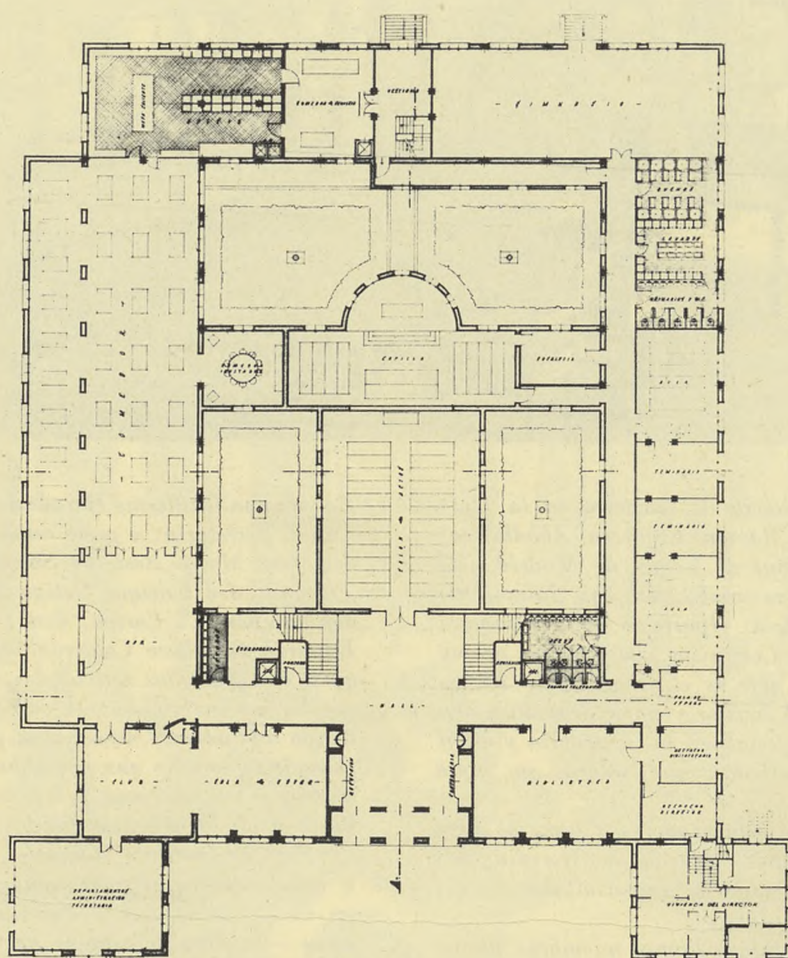
COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

En plena Ciudad Universitaria, al borde del floreciente Parque del Oeste y frente al imponente edificio del Museo de América, va a ser edificado un nuevo Colegio Mayor. Ingresar en un Colegio Mayor es hoy, en España, el mayor deseo de todo universitario, hasta tal punto que los nuevos Colegios creados en estos últimos años resultan del todo insuficientes para alojar al gran número de demandantes.

El Instituto de Cultura Hispánica ha tomado para sí la tarea de crear este nuevo Colegio Mayor, destinado principalmente a los alumnos que, procedentes de todas las latitudes hispanoamericanas, llegan con creciente frecuencia a España para cursar carreras universitarias. De ahí su advocación simbólica: el nuevo Colegio Mayor está puesto bajo el patrocinio de Ntra. Sra. de Guadalupe.

Una arquitectura sobriamente airosa, una planta racional y una meticulosa organización constituyen la nota distintiva de este edificio, proyectado por uno de los arquitectos españoles que más han contribuído en la hora presente al hallazgo de fórmulas arquitectónicas que fusionan modernidad y tradición: Luis M. Feduchi, ya veterano proyectista de edificios que hacen relación a tareas hispánicas.

Más de doscientos universitarios e investigadores tendrán cabida en el nuevo Colegio Mayor. Una gran sala de conferencias constituye el eje del edificio. En cuatro pisos, y con la estructura cuadrangular, típica de los Colegios Mayores, se alinean las habitaciones—individuales—de los residentes. Muebles claros y sencillos, mucha luz, paisaje largo, con la sierra al fondo, tales serán las características de esas habitaciones.



Fachada principal del Colegio de Guadalupe y una planta del edificio en construcción en los terrenos de la Ciudad Universitaria, también proyecto del arquitecto don Luis Martínez de Feduchi

Muy cerca, a menos de cincuenta metros del Colegio, todas las instalaciones deportivas de la Ciudad Universitaria: campos de atletismo, piscina, de rugby, de football, de baloncesto, frontón, tenis...

Cerca, también, los otros Colegios Mayores. El «Cisneros», el «José Antonio». La gran ventaja del emplazamiento se puede resumir con estos datos: el nuevo Colegio se halla a cinco minutos de la Plaza de la Moncloa, es decir, en el mismo borde de la ciudad. Las Facultades ya instaladas en la Ciudad Universitaria se hallan, a lo sumo, a diez minutos del Colegio.

Una biblioteca, una enfermería, un gimnasio cubierto, además del bar—pieza indispensable en el Colegio Mayor—y de la capilla, constituyen las dependencias comunes de este edificio.

En cada piso hay, también, una pequeña sala, especie de «club», para las organizaciones estudiantiles de los colegiales. Porque el Colegio se concibe como una entidad que sirva de cauce a la iniciativa de los residentes, en toda la línea de sus capacidades: lo deportivo, lo literario, lo artístico...

Tal será, muy a grandes rasgos, la fisonomía del nuevo Colegio.

En él convivirán un grupo de españoles con hispanoamericanos de todos los países, a la sombra de la Universidad española, mezclando sus vidas en el aula y en el juego, en el rezo, el estudio y la expansión.

INSTITUCIONES DE ESPAÑA PARA AMERICA

EL INSTITUTO "GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO"

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas, gran organismo cultural creado por la España de nuestros días, abarca todas las ramas del saber humano.

Dentro de ellas no podía faltar —consciente España de su misión histórica— un Instituto que dedicara toda su atención estudiosa—y llena de entrañable afecto—a los temas culturales del mundo hispanoamericano. De ahí el nacimiento, en 1940 del Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» que, bajo la advocación del gran cronista y soldado de nuestra colonización americana, se ocupa, en la investigación, de la Historia, el Arte, la Literatura, la Etnología y todas las especialidades que requiere el conocimiento completo de la gran empresa española de las antiguas Indias.

Así, pues, el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» es el decano de las instituciones culturales dedicadas al estudio de la conquista y colonización de América; la gran central investigadora que a tan importante aspecto de la Historia española se refiere. Para realizar tan amplia labor cuenta el Instituto con un cuadro de selectos investigadores y colaboradores, que trabajan en las secciones en que el Instituto se divide. Su director, don Antonio Ballesteros Beretta, catedrático de Historia de España y de Historia de América, en la Universidad de Madrid, y académico de la Historia, es personalidad conocida y admirada en todos los países de Hispanoamérica, de cuyas respectivas Academias es miembro correspondiente. Lo mismo podemos decir de don Ciriaco Pérez Bustamante, secretario del Instituto, catedrático de Historia Moderna Universal, de la Universidad de Madrid, y Rector magnífico de la Universidad Internacional de Santander. Junto a ellos y bajo su alta dirección, forman parte del Instituto «Fernández de Oviedo», don Manuel Ballesteros Gaibrois, catedrático de la Universidad de Valencia, que dirige la Sección de América prehispánica, en la que trabaja como colaborador don José Tudela, subdirector del Museo de América; don Rodolfo Barón Castro, ministro consejero de la Legación de El Salvador, en Madrid, que tiene a su cargo la sección de América Colonial, de la que son colaboradores don Antonio Pardo Riquelme, profesor adjunto de Historia de América en la Universidad de Madrid, y don Richard Konetzke; don Ramón Ezquerra Abadía, catedrático de Geografía e Historia en el Instituto «Lope de Vega», de Madrid, jefe de la sección de América Contemporánea, de la que es colaborador don Jaime Delgado, profesor también de la Universidad de Madrid. Aparte de estas secciones, funcionan también las dedicadas a Descubrimiento y Conquista, que dirige el propio don Antonio Ballesteros; la de Instituciones, cuyo jefe es el señor Pérez Bustamante, y la de Literatura, cuyos colaboradores son el escritor y autor dramático don Claudio de la Torre, y don Jorge Campos, joven especialista en la materia y autor de una Antología de la Literatura Hispanoamericana que saldrá en breve a la luz.



Además, en las diversas secciones trabajan como colaboradores y becarios otros investigadores, entre los que destacaremos a don Pablo Beltrán de Heredia, don Carlos Seco, don Fernando Soler, don Claudio Miralles de Imperial, don Emilio López Oto, don Miguel Artola y don Miguel Enguídanos.

Junto a estos estudiosos especialistas, que podríamos llamar miembros numerarios del Instituto, colabora también en el «Gonzalo Fernández de Oviedo» una serie de profesores e investigadores, por cuyo prestigio, talento y dedicación a los estudios americanistas han merecido ser incorporados a las tareas del Instituto como colaboradores honorarios. Son, entre otros, don Antonio Bermejo de la Rica, don Miguel Bordonau, señorita Alicia B. Gould, don Emiliano Jos, don Enrique Lafuente, Reverendo Padre León Lopetegui, don Luis Pericot, don José Rumazo González, don Guillermo Lohmann, don Alfonso García Gallo, don José Gavira, don Julio Guillén, don Dalmiro de la Válgoma, don Miguel Herrero, don Manuel Giménez Fernández, don Raúl Porras Barrenechea, Mr. Robert Ricard, don Manuel Valdemoro, Reverendo Padre Víctor Vicente Vela, don Miguel Gómez del Campillo, don Florentino Pérez Embid, don Hipólito Galante, don Juan Friede, don Hermann Trimborn y don Leopoldo Zumalacárregui.

Con estos hombres y ordenado el trabajo científico en la forma arriba indicada, el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» lleva a cabo una labor fructífera y trascendental, que no ha pasado desapercibida en España ni en América. Así, la Revista de Indias, *que el Instituto publica, figura a la cabeza de todas las del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por su número de suscriptores y por su amplio intercambio con las que editan las instituciones culturales americanas y aquellas de Europa que se ocupan también de la Historia de América. Unas quinientas revistas de todo el continente americano —incluídos los Estados Unidos y Canadá— y de Filipinas, se reciben en el Instituto «Fernández de Oviedo» con regularidad periódica.*

A cambio de ellas, la Revista de Indias *llega a otros tantos centros de investigación y cultura, y ha adquirido así merecido prestigio en todo el mundo, por lo esmerado de su edición y la solidez y seriedad científicas de los trabajos publicados en sus páginas.*

Por otra parte, la labor del Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» puede verse también en el desarrollo que este organismo ha tenido desde su fundación. Primitivamente y hasta el año 1945, funcionó una sección del Instituto en Sevilla, que adquirió después vida independiente, dada su envergadura, incorporándose a la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Más tarde, en 1946, la sección de Misiones —cuya importancia no es necesario encarecer— formó por sí sola otro Instituto del Consejo: el Instituto «Santo Toribio de Mogrovejo», que publica la revista Missionalia Hispánica, *cuyo director es el Reverendo Padre Constantino Bayle, S. I., y que cuenta como colaboradores con figuras tan prestigiosas en los estudios misionales como las de los Reverendos Padres Francisco Mateos Ortín, S. I.; fray José Castro Seoane, O. de M.; fray José Salvador Conde, O. P.; fray Fidel de Lejarza O. F. M., y fray Manuel Merino, O. S. A.*

Por último, el Instituto «Fernández de Oviedo» ha encontrado asimismo profundo y cordial eco en los países hispanoamericanos, como lo demuestra la creación en Colombia de su primera filial. La Sección Colombiana del Instituto reúne a los más distinguidos eruditos e investigadores de aquel país. En ella forman don Antonio Gómez Restrepo y don José Joaquín Casas —recientemente fallecido—' como Presidentes de Honor; don Guillermo Hernández de Alba, Presidente efectivo, y don Carlos Restrepo Canal, Secretario; y como colaboradores los señores don Enrique Otero D'Acosta, don José María Restrepo Sáenz, don Nicolás García Samudio, don Gabriel Porras Troconis, don Enrique Ortega Ricaurte, don Julio César García, don Rafael Maya, don Ramón C. Correa, don Fernando de la Vega, don Arcesio Aragón y don Eduardo Caballero Calderón. Al hacer estas designaciones, la dirección del Instituto quiso coordinar sus actividades culturales en Colombia y orientar de la mejor manera posible las investigaciones que el Centro viene realizando en asuntos americanistas, dando así, además, una nueva prueba de la amistad hispanocolombiana y revelando el espíritu amplio que actualmente preside las relaciones culturales entre la Madre Patria y las antiguas provincias americanas, en cada una de las cuales trata de llevar a efecto idénticas fundaciones.

Pero el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» no ha limitado su actividad a estos trabajos. Por el contrario, lleva publicadas ya diecisiete obras —algunas en varios volúmenes— durante los ocho años de su existencia. Citaremos, entre otras —la falta de espacio nos veda hacer su relación completa,— la edición de la Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España, *de Bernal Díaz del Castillo; el* Catálogo de Pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII, *de don Cristóbal Bermúdez Plata;* El virrey Iturrigaray y los orígenes de la independencia de Méjico, *de don Enrique Lafuente Ferrari;* La población de El Salvador, *de don Rodolfo Barón Castro; el estudio sobre* Pedrarias Dávila, *de don Pablo Alvarez Rubiano; la* Historia general de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú, *del Padre Francisco Mateos Ortín, S. I.; las* Relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos, *de don Miguel Gómez del Campillo el* Indice de la colección de documentos inéditos de Indias, *de don Ernesto Schafer;* La cuestión de las Malvinas, *de don Manuel Hidalgo Nieto, y* Los americanos en las Ordenes nobiliarias, *de don Guillermo Lohmann Villena.*

Así, pues, el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» figura a la cabeza de los organismos culturales americanistas de España y contribuye, con su profunda y extensa labor, al mejor conocimiento y amor de un pasado que nos es común.

LA ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANOAMERICANOS

Por Decreto del 10 de noviembre de 1942 se creó en Sevilla la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, afecta a la Universidad de aquella capital andaluza. Ninguna ciudad podía ser más apropiada para vincular a ella, la Escuela de Estudios Hispano-americanos ya que Sevilla, además de poseer la riqueza inigualable de su Archivo General de Indias, ha tenido siempre una gran tradición cultural americanista, como demuestra la existencia del Centro de Estudios Americanistas, el Centro de Estudios de Historia de América y el Instituto Hispanocubano.

La fundación de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos responde —igual que la de los demás centros americanistas— a la necesidad, a la exigencia —nacida de nuestra comunidad de origen— de que la juventud estudiosa española e hispanoamericana adquiera un sólido conocimiento de la Historia de América y mantenga un estrecho contacto científico como base de un intercambio cultural constante y afectuoso.

Esta labor científica de la Escuela se desarrolla en diversas manifestaciones. Hay, en primer lugar, un curso anual, en el que se estudian las siguientes disciplinas: Historia de la América precolombina, Descubrimiento y Conquista, Historia de la Colonización y de la América Contemporánea, Historia del Derecho Indiano, Historia del Arte Colonial e Historia de España Moderna y Contemporánea. Además, se explican también unos cursos monográficos sobre Fonética española, Geografía de América y Literatura española e hispanoamericana. Al mismo tiempo, la actividad de los Seminarios de Investigación ha sido grande desde el momento mismo en que fué creada la Escuela, y sus frutos se ven plasmados en la gran cantidad de publicaciones, editadas con arreglo al siguiente plan: 1.ª Serie: Anuario de Estudios Americanos; 2.ª Serie: Monografías; 3.ª Serie: Memorias, relaciones y viajes; 4.ª Serie: Ensayos; 5.ª Serie: Manuales de estudio; 6.ª Serie: Colecciones de documentos; 7.ª Serie: Ediciones y reediciones de libros raros y curiosos. Y pasa ya del medio centenar el número de los libros publicados por la Escuela, respaldados por firmas tan prestigiosas como las de Vicente Rodríguez Casado, Florentino Pérez Embid, Vicente Palacio Atard, Guillermo Céspedes del Castillo, José Antonio Calderón Quijano, Manuel Giménez Fernández y otros muchos.

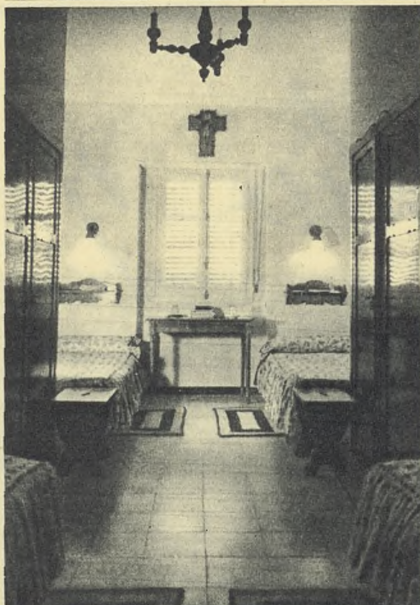
Pero junto a la Escuela no podía faltar, para los estudiantes que siguieran los cursos, la residencia. Así, por Decreto de 10 de febrero de 1943, quedó creado el Colegio Mayor «Casa de Santa María del Buen Aire», que se instaló en el edificio conocido por el nombre de Palacio de los Guzmanes. Este Colegio Mayor sirve de alojamiento a profesores y estudiantes de la Escuela, y tiene, con arreglo al Decreto de creación, esa única y especial misión. La Escuela de Estudios Hispanoamericanos ha organizado también los Cursos de la Universidad de Verano de La Rábida, de la cual damos en estas páginas unas cuantas perspectivas. En el Monasterio de La Rábida, junto a la desembocadura del Tinto y del Odiel, a pocos kilómetros del puerto de Palos, se celebra cada año, durante el mes de septiembre, un curso especial dedicado a los estudios americanistas, cuyos frutos, a lo largo de seis años, no han podido ser más sazonados ni importantes.

Para llevar a cabo su trabajo, la Escuela de Estudios Hispanoamericanos cuenta con un selecto cuadro de profesores y colaboradores. Su director, don Cristóbal Bermúdez Plata, que lo es también del Archivo General de Indias, une a su talento de erudito e investigador, la capacidad organizadora. Junto a él forman don Vicente Rodríguez Casado, vicedirector de la Escuela; don Manuel Giménez Fernández, don Juan Manzano Manzano, don Enrique Marco Dorta y don Antonio Muro Orejón, también catedráticos de la Universidad Hispalense; don José Hernández Díaz, don Florentino Pérez Embid, don Guillermo Céspedes, don José Antonio Calderón Quijano, don José de la Peña y Cámara, don Diego Bermúdez Camacho, don Enrique Sánchez Pedrote, don Angel Martín Moreno, don Higinio Capote y don Manuel Gutiérrez de Arce.

Por último, es necesario consignar también que la Escuela de Estudios Hispanoamericanos ha organizado y realizado dos Asambleas Americanistas en Sevilla, la última de las cuales —celebrada en octubre de 1947 como conmemoración del IV centenario de la muerte de Hernán Cortés— constituyó un clamoroso éxito, no sólo por el número y la calidad de las ponencias presentadas, sino también por la magnífica organización de los actos y la brillantez de las fiestas que se celebraron.



EN LA PÁGINA 38.—VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA DEL INSTITUTO «GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO», MADRID, EN LA QUE SE GUARDA EL LEGADO DEL ILUSTRE HISTORIADOR MEJICANO DON CARLOS PEREYRA





EN ESTA PAGINA.—ENTRE LOS PINARES DE LOS RIOS TINTO Y ODIEL—EN LA RÁBIDA, A POCOS KILÓMETROS DEL PUERTO DE PALOS—, SE LEVANTA LA RESIDENCIA DE LA ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANOAMERICANOS PARA LOS CURSOS DE VERANO. EN ESTAS FOTOGRAFÍAS OFRECEMOS LA PANORÁMICA DE LA RESIDENCIA, UNO DE LOS DORMITORIOS, EL CLAUSTRILLO Y UNA DE LAS AULAS DURANTE LAS CLASES. PARA FINAL, MOSTRAMOS EL CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE SANTA CLARA DE MOGUER, MONASTERIO EN EL QUE SE CELEBRAN LOS CURSOS DE VERANO







LA CONDESA DE MOTRICO, ESPOSA DEL EMBAJADOR DE ESPAÑA EN LA ARGENTINA, RECIBE A LOS ASISTENTES AL BRILLANTE ACTO



MAS DE UN CENTENAR DE DESCENDIENTES DE LINIERS Y DE ALZAGA, QUE PERTENECEN A LAS MAS NOBLES FAMILIAS ARGENTINAS, ASISTIERON A LA RECEPCION



EL EXCMO. SEÑOR DON JOSE MARIA AREILZA, EMBAJADOR DE ESPAÑA EN LA ARGENTINA, PRONUNCIO UN MAGNIFICO DISCURSO EN EL QUE ELOGIO LA NOBLE ESTIRPE DE LOS LINIERS Y DE LOS ALZAGA



EL EX MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES ARGENTINO, DOCTOR RUIZ GUIÑAZU, LEE UNA SEMBLANZA BIOGRAFICA DE LOS HOMENAJEADOS

La reconquista y defensa de Buenos Aires

UNA CONMEMORACION HISTORICA

Las fechas de 1806 y 1807 son decisivas en la historia del Río de la Plata. En esos años, los últimos del virreinato hispano, intentaron por dos veces las tropas y la Armada británicas el dominio de Buenos Aires y Montevideo para crear en el estuario una colonia de alto valor comercial y estratégico, eslabonando la universal cadena de su Imperio creciente. La experiencia de Sudáfrica, donde el Cabo de Buena Esperanza cayó en sus manos a virtud de un golpe de audacia, les envalentonó, hasta el punto de juzgar la repetición en Buenos Aires, perfectamente viable. Las escuadras inglesas y sus tropas de desembarco ocuparon, en efecto, la ciudad y su puerto en 1806. Pero la reacción española no se hizo esperar. Un ilustre marino de cuna francesa —Santiago de Liniers—, al servicio de la Corona de España desde sus años mozos, dirigió las operaciones de reconquista desde la banda oriental. Desembarcado en Tigre con escasas fuerzas, marchó en rescate de la capital ocupada, sumando en el camino a miles de voluntarios hispanocriollos a la gloriosa y temeraria aventura. A los pocos días de combates sangrientos en plena ciudad, los ingleses capitulaban en masa, y el pabellón rojo y gualda volvía a ondear en la Real Fortaleza de Buenos Aires.



ANTIGUO GRABADO QUE REPRODUCE EL FUSTRADO ATAQUE DE LOS INGLESES A LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, EN EL AÑO 1807

Gran Bretaña no cejó en el empeño, que le parecía vital y estratégicamente oportuno, teniendo en cuenta la lucha antinapoleónica en que estaba empeñada y nuestra —entonces— estrecha alianza con Francia. Meses más tarde volvieron a desembarcar las fuerzas inglesas en Ruilmes, cerca de Buenos Aires, para atacar la ciudad y tomarse el desquite. Los soldados de la guarnición y los magníficos tercios de voluntarios —gallegos, asturianos, vascos, castellanos y catalanes—, organizados en milicia activa, volvieron a salvar la ciudad del dominio británico.

Liniers era ya Virrey en esta segunda fecha, y sobre él recayó el mando militar de la defensa porteña. Pero junto a él hubo antes y en esta ocasión otra gran figura civil, que fué como el alma ciudadana de las dos batallas, el espíritu tenaz, organizador, valeroso e inteligente, que hizo posible el milagro de convertir a los pacíficos burgueses en soldados aguerridos, trocando las casas en baluartes, las iglesias en fortines y las calles en fosos defensivos. Este prócer insigne se llamó Martín de Alzaga y era un rico comerciante alavés —del valle de Aramayona—, radicado desde muchos años en las tierras feraces del Plata. Liniers y Alzaga forman, pues, la pareja que simboliza el gran suceso histórico.

En la tarde de un sábado de agosto último, la Embajada de España en Buenos Aires, fué lugar de reunión de una distinguidísima concurrencia. Se encontraban allí los numerosos descendientes de dos próceres de la Historia: Santiago de Liniers, que hizo posible la Argentina de 1812 porque sacudió bizarramente a los invasores del Virreinato español del Río de la Plata en 1808, y Tomás de Alzaga, héroe civil que regía el Municipio. Los Liniers y Alzaga, a lo largo de siglo y cuarto, han participado en muchas actividades notorias de la vida de este país. Dicho sábado, la actual generación, se congregó para asistir a una ceremonia sencilla, pero de profunda emoción: el Embajador, don José María de Areilza, ha querido que las efigies de Liniers y de Alzaga figuren en el salón principal de la casa, honrando así su memoria.

Más de un centenar de familiares de los ilustres linajes escuchó la palabra del Embajador español que, al colocar los cuadros en sitio destacado, se dirigió a tan distinguida asamblea en estos términos:

Como una antorcha encendida que pasa de mano en mano así los linajes se van transmitiendo de generación en generación, el mensaje de su hidalguía y la ejecutoria de sus hazañas. En este acto sencillo y emotivo queremos rendir homenaje a dos ilustres próceres de antaño: don Santiago de Liniers y don Martín de Alzaga, virrey y alcalde, respectivamente, que salvaron con su denuedo y su valentía, en dos ocasiones, la ciudad de Buenos Aires de manos del invasor. Y he querido que sea precisamente una personalidad argentina insigne, don Enrique Ruiz Guiñazú, quien trace, como historiador y académico, la semblanza de estas figuras ante vosotros, los que lleváis en las venas la sangre de estos héroes, y en vuestra memoria el culto familiar a los antepasados.



EXCMO. SR. D. SANTIAGO LINIERS Y BREMOND, VIRREY DEL RIO DE LA PLATA



ILMO. SR. D. MARTIN DE ALZAGA Y OLAVARRIA, ALCALDE DEL PRIMER CABILDO DE BUENOS AIRES

Estos nombres no se eligieron al azar, ni es el propósito de inmortalizar sus efigies en estas paredes arbitrario o episódico. Los nombres de Liniers y Alzaga y su evocación conjunta tiene la finalidad de perpetuar el recuerdo de dos grandes servidores del Imperio español en los estertores de aquél, que fueron leales a su Patria y a su Rey, a su fe y a su bandera, y que, por serlo, supieron luchar contra el invasor enemigo, que amenazaba la existencia de la vieja capital porteña, y reconquistaron primero y defendieron después al Buenos Aires virreinal, que era ya el Buenos Aires criollo y en cuyas calles y plazas públicas palpitaba el espíritu de esta gran urbe universal de hoy día, como en el grano de la semilla está configurado el árbol gigantesco del mañana.

Pero no es esto sólo. Es que Liniers y Alzaga fueron además —acaso sin saberlo— precursores. Su lección de heroísmo militar y civil, que permitió la victoria sobre el invasor, se logró solamente superando las tremendas deficiencias de maquinaria administrativa del Imperio español, que ya en la decadencia irremediable del ocaso se hallaba oxidada en todas las junturas. Liniers y Alzaga saltaron por encima de las leyes y reglamentos, de la autoridad del virrey y del gobernador para salvar la ciudad y con ella el Río de la Plata entero de la dominación británica. Y lo lograron. Pero al hacerlo descubrieron también para ellos y para los demás que en esta libertad de movimientos, en esta autonomía de decisiones estaba la única defensa posible para el futuro contra amenazas y enemigos. Y así se descubrió la Patria argentina, que nació entonces, como se crean todas las grandes obras húmanas, entre el fragor de la lucha y la estela innumerable de los sacrificios. Por eso, las figuras de Liniers y Alzaga son, a un tiempo, representación de la postrera gloria de España en tierra argentina y de la primera gloria argentina en carne española.

Liniers era francés y marino. Alzaga era hidalgo vasco y cabildante. Uno y otro eran nobles. Han subrayado algunos que el virrey fuera un francés al servicio de España. Pero en eso consistió precisamente el Imperio de España cuando durante tres siglos gobernó el mundo. En ser una idea, una

misión, un ideal de vida al servicio de los más altos fines trascendentales. Y a esa misión, a ese destino universal, lo podían servir, de todos los linajes y de todas las sangres. Nuestra Marina, desde Colón y Andrea Doria hasta Gravina y Liniers, tuvo almirantes de sangre no española; pero que fueron tan nuestros en sus hazañas y conductas como lo pudo ser cualquier castellano de vieja cepa. España nunca creyó en las razas, sino en el espíritu, y por eso el servicio al Rey era una caballería andante en la que podían alistarse los nobles y los soldados de todo el mundo. Así era —y así es— la bandera de España, universal y abierta a todos los que sirvan su ideal, nunca mezquino, terruñero o exclusivista y, al fin y a la postre, vuestra ancha generosidad criolla, que abre los pliegues de vuestra bandera a hombres de todas las razas y pueblos que la sirvan con lealtad, no es sino el trasunto heredado de aquella vieja misión que un día cobijara bajo sus colores el pabellón de España.

Alzaga era patricio, hijodalgo y Alcalde. También en esto hemos querido que sirviera de ejemplo. Pues los Cabildos que España trajera a estas tierras como núcleos formativos de la ciudadanía futura son el alcaloide de la tradición política española. Con los Municipios se hizo nuestra historia civil. Con los Cabildos de Castilla y Aragón se fueron organizando las libertades del hombre y las prerrogativas del Poder. En los municipios se apoyan las Reyes cuando quieren luchar contra la rebeldía de los poderosos. Un Alcalde —el de Zalamea— es elevado a la categoría de símbolo supremo por Calderón para encarnar el honor castellano, y otro Alcalde —el de Móstoles— declara la guerra a Napoleón y a los franceses en 1808 y levanta en armas a toda España. ¡Que sea otro gran Alcalde, Martín de Alzaga, el que entre en la Historia por derecho propio como el héroe civil que salvó una ciudad y echó los fundamentos de una Patria!

¡Un militar y un Alcalde! ¡Símbolos exactos del pasado español! Y ambos, hidalgos, como lo señalan sus blasones, y nobles, porque así lo dispuso el Rey. Quiero, para terminar, decir dos palabras sobre esta hidalguía y esta nobleza. A la nobleza española la llamó un escritor, agudamente, «síntesis del tiempo con el heroísmo». Entendiendo que el heroísmo no consiste sólo en el riesgo extremo de la existencia, sino también muchas veces en acomodarse a la estrechez de una vida oscura sin perder el decoro, o la dignidad o el honor. Pero lo característico de la hidalguía, como fórmula de vida española, es que la hidalguía no se mide en posesión de bienes, como se hace para distinguir al proletario del burgués, sino en otra escala distinta de valores, entre los que descuellan la virtud, la conducta y, en definitiva, el honor como norma de convivencia social.



ESTAS FOTOGRAFIAS RECOGEN DOS MOMENTOS DE LA RECEPCION CELEBRADA EN LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN BUENOS AIRES, CON MOTIVO DE LA COLOCACION EN SUS SALONES DE LOS RETRATOS DE LINIERS Y DE ALZAGA



El hidalgo español —decía Schiller— no paga a la sociedad con lo que hace, sino con lo que es. O, como dijo Quevedo: «Nadie pensaba entonces cuánta edad vivía, sino de qué manera.» Y el individuo y la sociedad, compenetrados, se influían mutuamente con la doble prestación de la ejemplaridad de las costumbres y del honor, que operaba como la sangre del cuerpo social.

La nobleza era, pues, virtud. La virtud se cifraba en conducta, en obras. Y los antepasados, como los escudos y blasones— contra lo que una corriente de opinión supone—, nunca fueron privilegios de cuna, ni derechos heredados, sino por el contrario, como un crédito de confianza que la sociedad abre al descendiente para exigirle que sea leal con su linaje, con sus escudos y con su herencia, que son, a la vez, un mandato de la sangre y un imperativo del honor. Y así pudo decir nuestro clásico:

Mis obras, no mis abuelos
me harán subir a los cielos.

Aquí están, señores, para terminar, uno junto a otro, nuestros dos héroes y nobles de antaño.

Fueron entre sí enemigos mortales, pero sirvieron noblemente a la misma causa. Murieron con ejemplar lealtad a su bandera; pero hoy podemos envolver amorosamente sus retratos con las dos banderas entrelazadas y unidas. Fundaron con sus hazañas un linaje y una estirpe, que se congrega aquí tan digna y brillantemente representada. Estoy seguro que sus espíritus nos acompañan en este momento y se complacen, desde el más allá, en esta ceremonia. Si pudiesen mandarnos un mensaje, yo imagino que diría, poco más o menos: «Que nuestro heroísmo y nuestro sacrificio fecunden la sangre de nuestra estirpe y la del pueblo entero de la Nación con un amor fraterno e indestructible entre la Argentina y España.»

* * *

Cuando el señor Areilza acabó su discurso, pronunciado en tono menor, a veces confidencial, como en familia, los concurrentes le dedicaron una ovación prolongada y desfilaron para estrecharle la mano y felicitarle personalmente.

Luego, el señor Ruiz-Guiñazú, personalidad tan destacada en los estudios históricos y en las relaciones hispano-argentinas, leyó una semblanza biográfica de los homenajeados.

La fiesta de sociedad celebrada finalmente, en la que la condesa de Motrico atendió a las damas visitantes, fué muy brillante.

LA MUJER DE MÉXICO

MÉXICO, la nación del folklore colorista y armonioso enraizado en el sentir del pueblo, nos muestra ahora un nuevo aspecto de su hermosura en estos veintiocho rostros de mujer, que nuestra revista publica como homenaje al país mexicano y también como muestra de la serena belleza femenina de la mujer hispánica.

Entre las distinguidas señoritas a quienes corresponden las fotografías que—por orden alfabético de apellidos—ocupan estas cuatro páginas, figuran la hija del Presidente de la República de México, las nietas del marqués de Guadalupe y del general Porfirio Díaz, la hija de los marqueses del Apartado, la de los marqueses de San Francisco, la del Presidente del Senado mexicano...

En sucesivos números. MUNDO HISPANICO alegrará sus páginas con la belleza de las mujeres de los veintitrés pueblos que integran la comunidad hispánica. Hemos empezado con México como pudimos haber empezado con Brasil o el Ecuador. Seguiremos con Chile como podríamos seguir con Costa Rica, con Venezuela o con el Perú. El orden será lo de menos. Ellas serán lo importante.





Beatriz Alemán Velasco



Dolores de la Barra



Lourdes Barrón y Rincón Gallardo

RETRATO DE UNA MUCHACHA MEJICANA

Nos veía hablar, y sus ojos
de obscura cierva, suaves, lentos,
miraban, sabios, desde fuera
nuestras palabras, leve juego.

A veces, en luz sonreía,
como no oyendo, y presintiendo,
igual que un niño ve el color
de lo dicho, sin entenderlo.

Mirándonos con la sonrisa,
respondiendo en su mirar quieto,
que palpaba las puras cosas;
ojos a tientas, ojos ciegos.

La grave forma de sus labios
no era gesto; era el cauce seco
de siglos besando el dolor,
de siglos de huraño silencio.

JOSE MARIA VALVERDE


Marion Braun


Leonor Campero Escalante


Marta Contreras Pagés


Carmen Díaz Pizarro


Elia del Carmen Domínguez Montes


Natalia Herrera y Calles


María Eugenia Herrera y Lasso


Lucero Lapapí Estévez


Amada Lazo y de Mendizábal


Rorra Mansi Tazzer


Bebesa Martínez del Río y Fernández de Henestrosa


Leticia Martínez del Río y Gómez Harper


Adela Mijares y Morphi


Ana Lira Montes de Oca


Pablos


María Palomino de Uriarte


Magda Pedrero Stampa


Malena Prado Vieyra


Lorenza Romandía




Ana María Romero de Terreros y de Garay


Carmen Sánchez Cárdenas

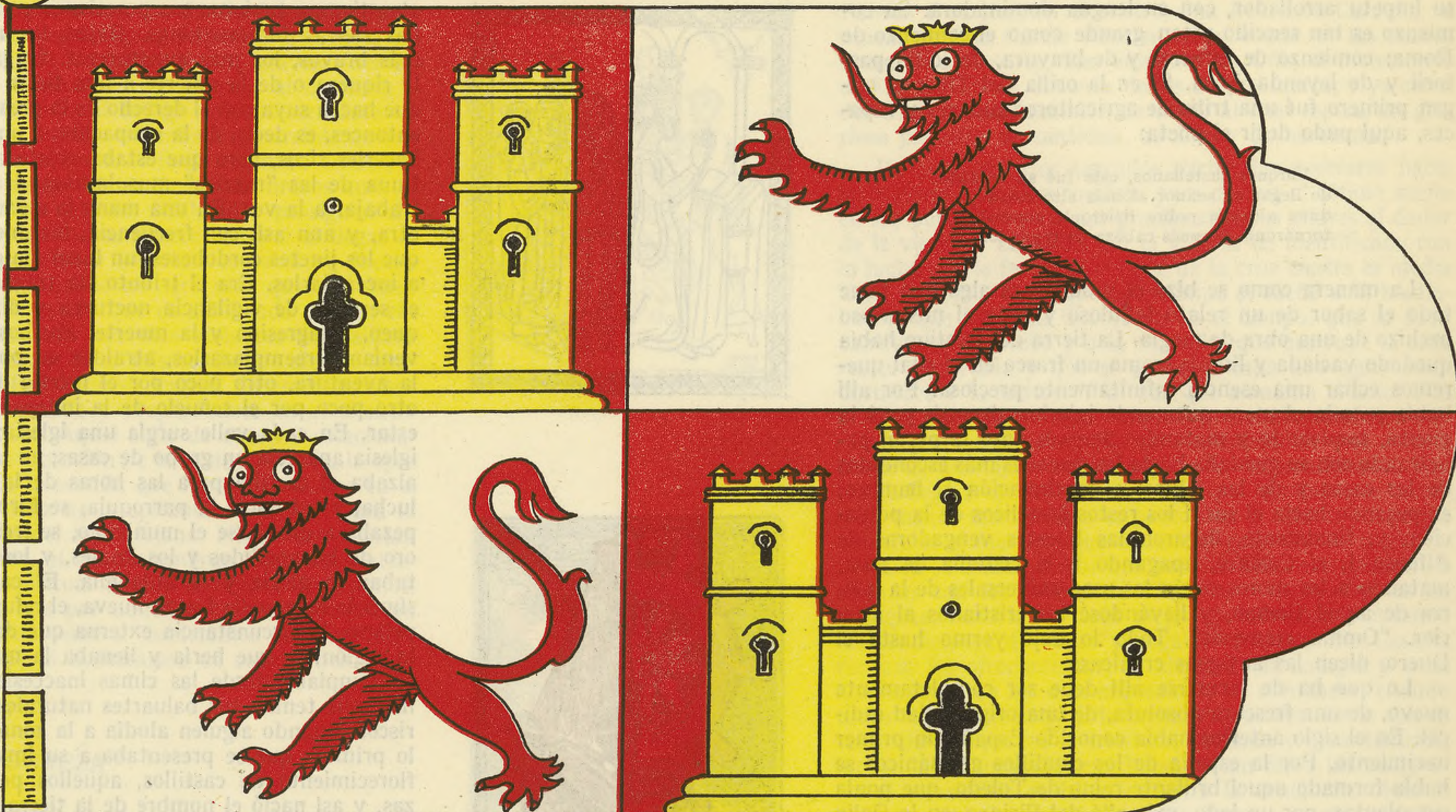



María Cristina Serrano Cuevas


Gloria Siegriest


Esther Valdés y Valdés





COMO NACE CASTILLA

POR FRAY JUSTO PEREZ DE URBEL

PROBABLEMENTE el enunciado de este trabajo ha despertado en vosotros un íntimo sentimiento de recelo o una ligera desconfianza, o bien una tentación de indiferencia y aburrimiento. Os diré, sin embargo, para empezar, que no quiero evocaros viejas consejas inútiles ni ocupar vuestra atención con un confuso enredo de fechas y nombres, ni siquiera entreteneros con un cuento de miedo como los que, según dicen, tejen las viejas junto al fuego. Quiero recordaros algo que es entrañablemente vuestro, que va a despertar una voz dormida acaso en vuestro corazón, que os va a convencer de vuestra unión con uno de los gestos más nobles y de las gestas más gloriosas que tiene la historia de la Humanidad, incitando el legítimo orgullo de vuestro lejano origen, estimulando las energías recónditas y revelando las esencias admirables y, por otra parte, indeclinables de vuestro ser.

LA ESPAÑA DE SAN ISIDORO

Os invito a un largo viaje en el tiempo y en el espacio, un viaje largo, pero entretenido. Es entretenido, sobre todo para quienes, como vosotros y yo, hablamos el castellano. No olvidemos que la lengua que se habla es la sangre del alma. Nos vamos a situar en la tierra donde el castellano nace y en el momento preciso en que, con timidez y audacia a la vez, nos sorprende con sus primeros balbuceos. Es la tierra que se extiende desde el Ordunte y Orduña, desde el alto de Valderas y los macizos de Reinosa hasta las llanuras del Duero, Soria y Gormaz, Aranda y Peñafiel; y desde las riberas del Pisuerga hasta Nájera, puerta de la Rioja, ciento cincuenta kilómetros de norte

a sur, y ciento de este a o este. Es la tierra predestinada: quebradas salvajes y valles medrosos, picos en hiestos y fértiles riberas, hayedos y pinares, viñas y alfoces de pan llevar, donde se va a formar el primer núcleo del imperio con su savia original, con su sello inconfundible, con su ímpetu arrollador, con su lengua dominadora. Su comienzo es tan sencillo y tan grande como el comienzo de Roma; comienzo de esfuerzo y de bravura, de idilio pastoril y de leyenda épica. Si en la orilla del Tíber el origen primero fué una tribu de agricultores audaces y rapaces, aquí pudo decir el poeta:

> Varones castellanos, este fué su cuidado;
> de llegar su sennor al más alto estado,
> duna alcaldía pobre fiziéronla condado,
> tornáronla después cabeza de regnado.

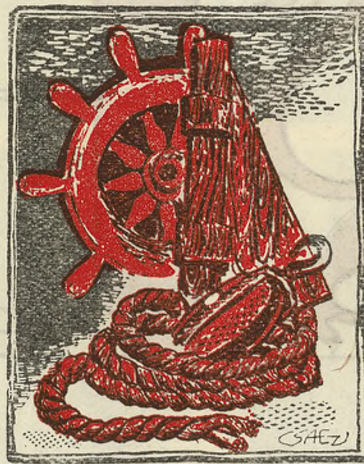
La manera como se hizo el prodigio es algo que tiene todo el sabor de un relato fabuloso y todo el misterioso hechizo de una obra de magia. La tierra del Destino había quedado vaciada y limpia, como un frasco en el cual queremos echar una esencia infinitamente preciosa. Por allí había pasado el moro quemando iglesias; después pasó la guerra, saqueando y matando; después pasó la peste, penetrando con su guadaña hasta los rincones más escondidos de las casas y de las selvas; a continuación el hambre, empujando hacia el sur a los restos famélicos de la población, y, finalmente, llegaron las huestes vengadoras de Alfonso I, *el Católico*, apagando toda centella de vida, matando a los moros según los usos universales de la guerra de aquel tiempo, y llevándose los cristianos al interior. "Omnia cremavit". Todo lo dejó yermo hasta el Duero, dicen las antiguas crónicas.

Lo que ha de formarse allí debe ser completamente nuevo, de una frescura absoluta, de una originalidad radical. En el siglo anterior había conocido España un primer nacimiento. Por la espada de los caudillos germánicos se había formado aquel brillante reino de Toledo, que ponía sus plantas, por un lado, más allá del Pirineo, en la Galia Norbonense, y por otro, más allá del Estrecho, en el Africa Tingitana. Unidad religiosa por las definiciones del tercer concilio toledano, unidad política mantenida por el puño fuerte de los conquistadores, unidad geográfica, puesto que toda la Península obedece a la misma ley y al mismo poder central, que manda en todas direcciones sus duques, sus obispos, sus condes y sus gardingos desde la roca del Tajo, en que se levanta su alcázar. San Isidoro se apresura a cantar a aquella España, que por vez primera es dueña de sus destinos; se inclina sobre su cuna y dice aquella nana apasionada: "¡Oh España, España, tú eres la porción más noble del Orbe!... El sol no alumbra tierra más rica y gloriosa... El griego te amó, te arrebató el romano, el godo te ha hecho suya para tu dicha y bienestar..." Pero al mismo tiempo Isidoro temblaba. Aquello no era lo español, no existía un ideal común, no había una fusión de pueblos; prevalecían las violencias góticas; lo romano no estaba aún cernido y diluído; el vascón protestaba en el Pirineo; el cántabro sacudía el yugo porfiadamente. Por eso todo aquello se hunde al primer embate de la tormenta del desierto. Es ahora cuando va a empezar la verdadera creación, la construcción inconmovible, la fusión perfecta; y va a empezar en aquella tierra, que se parece al crisol donde el mago se dispone a hacer sus mezclas prodigiosas. La guerra, la desgracia, el dolor y la muerte van a juntar sus esfuerzos para batirlas y zarandearlas, para conseguir la gran unidad, que hace los templos recios y tenaces las razas.

LA NUEVA CREACION

Estamos en el año 800. El moro reina en Córdoba y desde allí envía cada año sus mesnadas hacia las montañas del norte, y cada año los rechazan también los indomables montañeses. Pero no basta con resistir, hay que avanzar al otro lado de aquellos baluartes naturales. Lo pide el recuerdo de aquellas tierras que un siglo atrás abandonaron los abuelos en el pánico de la derrota; lo exige la necesidad, cada día mayor en aquellas sierras bravías, donde la población crece sin cesar; lo reclama el anhelo de un porvenir más holgado, el odio al invasor que se ha apropiado lo que no era suyo; la angustia por el ideal combatido, por la religión amenazada, por la libertad en peligro. Por todos los ámbitos de los montes resuena una consigna general: Repoblación. Y empieza el éxodo de norte a sur, de la montaña a la llanura peligrosa, pero llena de promesas. El rey lo alienta con privilegios y libertades, el conde lo capitanea, el abad lo bendice. Allá









afuera se va a vivir en un peligro constante; pero va a haber reparto de tierras, botín, fueros y gloria. Por Reinosa y el puerto del Escudo descienden los cántabros; por Orduña y Miranda, los vascones, y en Mena y Sosa se juntan unos y otros. Los guían las gentes góticas que en otro tiempo tuvieron sus posesiones y sus feudos en aquellas tierras foramontanas. Bajan los más valientes, los más bravos, los más aventureros. Llegan al encuentro de la riqueza o de la muerte a una tierra desierta y virgen, que hacen suya con el derecho de la presura, como se decía entonces, es decir, de la ocupación; a una tierra que podía hacerles ricos, pero que estaba sujeta a la amenaza continua de las "razzias" musulmanas. Había que luchar y trabajar a la vez. En una mano la espada y la azada en la otra, y aun así, con frecuencia, las mieses florecían para que los jinetes cordobeses, un buen día de verano, llegasen a incendiarlos. Era el tributo sin tregua de la castellería, el servicio de vigilancia nocturna y diurna contra el saqueo, la agresión y la muerte. Muchos caían, pero otros venían a reemplazarlos, atraídos un poco por el ansia de la aventura, otro poco por el mérito de la guerra santa, otro poco por el señuelo de la independencia y del bienestar. En cada valle surgía una iglesia; a la sombra de la iglesia aparecía un grupo de casas; en la peña contigua se alzaba el castillo para las horas de la incursión y de la lucha; y así nacía la parroquia, se formaba la aldea, empezaba a dibujarse el municipio, se trenzaba la cadena de oro de los apellidos y los linajes, y los valientes conquistaban la gloria y la hidalguía. El castillo era como el símbolo de aquella fuerza nueva, el refugio en las horas del peligro, la circunstancia externa que daba su fisonomía a la región, lo que hería y llenaba la mirada cuando se la contemplaba desde las cimas inaccesibles de las montañas, que tenían sus baluartes naturales en sus empinados riscos. Cuando alguien aludía a la zona de la repoblación, lo primero que se presentaba a su imaginación era aquel florecimiento de castillos, aquellos penachos de fortalezas, y así nació el nombre de la tierra: Castella, los castillos, la región de los castillos. Los había en cada eminencia y se multiplicaban con más abundancia ante los fosos naturales de los ríos. Cada río es una línea fortificada. Primero la del Ebro, a la cual se llega en cincuenta años de lucha, de 800 a 850. Treinta años más de heroísmo sublime y se tiende la línea del Arlanzón; año 882 cuando renace Oca y nacen Burgos y Castrogeriz. Es el pequeño condado, cuyos límites nos describe el poeta en aquellos versos famosos:

> Estonce era Castilla un pequenno ryncon,
> era de castellanos Monte d'Oca mojón,
> e de la otra parte Fitero enfondón,
> Moros tenian Carazo en aquella sazón.

Pero el avance continúa; el turbante se aleja de Carazo; el picón de Sara se corona de almenas y bastiones, y su alfoz, tan rico como la silla que Santa Oria tenía preparada en el cielo, según la expresión de don Gonzalo de Berceo, queda erizada de ermitas y de cruces. Es la tercera línea estratégica, la del Arlanza rápido y sanguinolento, desde la cual, en salto de tigre, los adalides de la repoblación alcanzan las aguas más caudalosas del Duero, fabricando sus nidos en Gormaz, en San Esteban, en Aza y en Peñaranda. De esta manera, en el año 912 queda asegurado el solar de los tiempos heroicos. Un siglo de luchas sin tregua con derrotas y reveses, con angustias y dolores, con cuerpos mutilados y hacinamientos de cabezas, con torrentes de sangre y esperanzas siempre tronchadas, pero sin un momento de renuncia, sin un paso atrás, sin un solo gesto de desfallecimiento y de cobardía.

LAS CUATRO NOTAS

Así se ha formado la primitiva Castilla, la del esfuerzo inicial y la resistencia sobrehumana, la de los cuatro ríos, cuyas aguas corren todavía levantando rumores de gesta y evocando hemistiquios de alejandrinos. Así se ha forjado, sobre todo, en tres o cuatro generaciones una raza dura, independiente, batalladora, hecha a todas las intemperies y avezada a todos los obstáculos. Poco a poco se han ido dibujando las diferencias esenciales que existen en el hombre del interior y el foramontano que vive en la tierra de los castillos. A la sombra de los castillos, el alma se ha abroquelado de una reciedumbre hirsuta y agresiva; se ha caldeado con puritanismos furiosos el fuego de la fe; se ha cultivado un sentimiento de altivez apartadiza, y se ha encendido la sangre con ansias indómitas de libertad y rebeldía.

Ante todo, hay allí un sentido heroico de la vida que se ha agitado con la adversidad y el peligro. Aquellos hombres son los descendientes de los cántabros rebeldes y de los vascones siempre indóciles a todo yugo. Tienen un teson originario, que se ha acentuado con la lucha de cada día. Cada día pueden encontrarse con la faz huesuda de la muerte o con la dulce embriaguez de la victoria. Esta alternativa constante los ha hecho duros, graves, fuertes, austeros, estoicos, resistentes a la fatiga y al combate y sublimemente indiferentes al halago y al placer. Esto va en ellos íntimamente unido a un anhelo incoercible de formar el mañana y a una maravillosa voluntad creadora. Si en otras partes las gentes se cruzan de brazos ante el miedo a las cercanías del año 1000, ellos prosiguen sin descanso su tarea y su lucha. Parece como si al llegar al Duero estuviese agotado su impulso, como si no fuesen a seguir avanzando. Aquello no será más que una línea provisional. Se detienen, porque es allí donde pueden rechazar los combates cada vez más violentos del califato en todo su esplendor; pero al mismo tiempo siguen templando su espíritu, formando su lengua, desarrollando sus leyes, fecundando su vida y preparándose en el silencio para mayores avances. Aquel siglo de externo estacionamiento es la interna vibración de la savia aparente, la operación misteriosa de la semilla que hunde sus raíces en el suelo para la hora feliz de la epifanía de la flor, para la alegre manifestación del fruto lejano. Ni los amedrentan apocalípticos terrores, ni los deslumbran ilusiones fantásticas. Su actitud espiritual parece resumirse en aquellas lacónicas palabras, que por aquellos días se escriben en sus monasterios: vivir como si hubiéramos de morir esta noche; trabajar como si hubiéramos de ser eternos en la tierra.



AUSTERIDAD Y DUREZA

Tal es el ideal sublime, que los sacerdotes recuerdan a los repobladores, que los condes exigen a los vasallos. A veces, la naturaleza protesta; pero, de hecho, no hay nadie capaz de retroceder. Saben que su vida se haría intolerable para otros hombres que no tuviesen aquella resistencia descomunal, y así se lo dicen a su jefe con frase lapidaria:

> Non es omne en el mundo que pudiese endurar
> la vida que avemos nos e vos a pasar.



Esa vida que no tiene descanso y parece tendida hacia un futuro sin esperanza. Trabajan y luchan; sembrar sin recoger, y hacer frente a un enemigo infinitamente más poderoso sin ver el fin de la secular contienda. Se miran serios con ojos interrogadores y aceptan su destino con serenidad y grandeza, con gesto grave, exento de toda petulancia y teatralidad. Comprenden la voz del jefe cuando les expone el concepto ascético y militar de todo heroísmo fecundo. Según esa noble filosofía, la grandeza del hombre se mide por su capacidad para sufrir y luchar. Al dejar este mundo, no se llevan al otro lado los goces, ni queda el recuerdo de las horas tranquilas, sino que lo que realmente permanece son los trabajos, los sacrificios y los "fechos granados":

> Todos los que gran fecho quisieron acabar,
> por muy grandes trabajos ovieron de pasar,
> non comen cuando quieren sin cenan ni han yantar,
> los vicios de la carne ovieron d'olvidar.
>
> Non cuentan d'Alexandre las noches e los días,
> cuentan los buenos fechos e las caballerías;
> cuentan del rey Davit, el que mató a Golias,
> de Judas Macabeo, hijo de Matatías.
>
> Por tanto ha menester que los días contemos,
> los días e las noches en que los espendemos,
> quantos en valde pasan nunca los cobraremos:
> amigos, bien os vedes, qué mal seso traemos.



ESPIRITU RELIGIOSO

Toda esta energía se alimentaba en la savia de la fe, y aquella resistencia tenía, en definitiva, su primer sostén en el fervor religioso. Tanto como el castillo, el símbolo de aquella tierra es el monasterio. Los dos se defienden mutuamente, porque si el castillo es el refugio de los cuerpos, el monasterio es la fuente milagrosa adonde van las almas a renovar su valor y a encender su esperanza. No se da un paso hacia adelante sin que surja un monasterio nuevo; pero hay cuatro más ilustres, que son como los cuatro pilares espirituales del condado: San Pedro de Arlanza, que es el monasterio del primer conde independiente, el de Fernán González; en el centro, San Pedro de Cardeña, el monasterio de García Fernández, el conde de las manos finas; más al norte, San Salvador de Oña, el monasterio de Sandio García, el conde de los buenos fueros; y ya cerca del Duero, San Sebastián de Silos, al cual espera un glorioso porvenir de santidad, de arte y de heroísmo.



De estos recintos sagrados parten los guerreros hacia la frontera, y a ellos vuelven para dormir el último sueño en sus pórticos o para dar gracias ante sus altares al dador de la victoria. La lucha por la vida se ha identificado con la lucha por la fe. Es el choque de la cruz contra la media luna, la media luna, que interrumpe el sueño a la medianoche, que incendia la cosecha en el campo, que se lleva cautivos al mancebo y a la doncella, que destruye la casa recién levantada y que se presenta cada año sembrando destrozos y lamentos. Y al par que aumenta el amor a la cruz, se acentúa el odio al símbolo que enarbola el enemigo secular; amor y odio, que se confunden en una misma llama de exaltación religiosa y de fervor apasionado. Tan fuerte llega a ser este sentimiento, que la muerte se considera menos temible que el pacto con el Islam, porque la muerte es el martirio que merece el galardón de la gloria. Navarra se consolida por una política nada escrupulosa de alianzas con los emires de Córdoba y los reyezuelos de Zaragoza; Asturias y León alejan la tormenta aceptando las condiciones del moro y pagando tributo; sólo Castilla rechaza los ofrecimientos, se cierra a los halagos y a las amenazas; y en los días angustiosos de Almanzor, cuando todos han renunciado a la lucha, ella se encuentra con su tesón de siempre en la frontera, cayendo y levantándose, luchando y muriendo, enarbolando con feroz intransigencia el estandarte de la cruz contra la avalancha cósmica del invencible hagib. Y al mismo tiempo, en retaguardia, se alza la voz confiada de la fe con un acento nuevo, con la lengua que nace entre las riberas de los cuatro ríos, voz de adoración y de plegaria, de esperanza y de júbilo, como debía ser el primer balbuceo de una lengua que nacía para ser el molde luminoso de aquel espíritu. Por aquellos mismos días la lengua italiana se extremaba cantando las rosas de un rostro de mujer y las dulzuras del amor; al mismo tiempo, el francés anunciaba su presencia en un canto de guerra. También el castellano tendrá acentos heroicos y se estremecerá con júbilos y melancolías en canciones del amigo y de la amada; pero quiere empezar su carrera gloriosa postrándose en tierra, juntando las manos, haciendo una profesión de fe en la Trinidad, que el moro niega, y levantando al cielo una oración a la vez sencilla y sublime. Escuchad ese primer vagido, en que se exhala lo más hondo del alma de Castilla en aquellos días de tremenda angustia: "Conno aintorio de nuestro duenno, duenno avisto, duenno salbatore, cual duenno set ena honore, et cual duenno tienet ela mandacione, conno Patre, conno Spiritu Santo, enos siécolos de los siécolos. Faganos Deus Omnipotens tal servicio fere que denante ela sua face grandiosos segamos. Amen." Sólo esto: la ayuda de Dios, el reconocimiento del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y el gozo auténtico, el que brilla confiado y activo delante de la faz de Dios. Después ya se pueden osar todos los imposibles, acometer todas las empresas y despreciar todos los peligros.

ALTIVEZ

Pero una cosa debe quedar bien sentada: que no hay más que un dueño en el mundo, un solo Señor, un salvador único. Es Cristo, que tiene el honor y el imperio con el Padre y el Espíritu Santo; no el rey de León, que se empeña en extender su señorío sobre Castilla. La más antigua frase de la lengua castellana nos revela ya, juntamente con el alma religiosa, el alma altiva y rebelde de aquellos hombres. Tienen una conciencia clara de su superioridad y no se recatan en proclamarla. Ese gesto de nobleza, esos aires de gran señor, que llenan de asombro a los extranjeros cuando, al atravesar los campos de Castilla, ven a los aldeanos, que vuelven de sus labores envueltos en su capa o montados en su jumento, son una herencia de aquellos días lejanos. Poco a poco se había ido acentuando la diferencia que existía entre el habitante del interior y el foramontano que vivía en la tierra de los castillos. Los azares de la lucha habían dado a éste una condición social más avanzada, de la cual podía estar orgulloso. Era el con-

trapeso que tenía aquella existencia azarosa. Allá en el interior, la inmensa mayoría de la población estaba compuesta de *juniores*, de hombres sujetos a la gleba o más o menos atados con los lazos de la servidumbre. Aquí la vida era más difícil frente al moro, pero más llevadera frente al señor. Muchos infanzones, muchos propietarios, muchos hombres libres; porque la repoblación se hacía a base de ampliar libertades de fueros, de privilegios, de concesiones territoriales, que pudiesen compensar los afanes de una existencia en continuo sobresalto. También en la llanura leonesa se había desarrollado una intensa actividad repobladora; pero allí, la cercanía de la autoridad real y la multitud de los magnates que bullían en la corte habían sofocado los anhelos de libertad y las posibilidades de innovación en la organización de la vida. En Castilla, la autoridad del conde era universalmente acatada; pero se la atacaba como el símbolo y el promotor de una vida más noble y más digna. En torno suyo se desarrollaba un plan sugestivo de orden social, que propugnaba la elevación de todos a un grado más alto y que defendía la norma de que todo hombre mejor debe ser preferido al que es inferior a él; el activo al inepto, el noble al vil, el valiente al cobarde. Era aquello un régimen democrático ascendente. Mientras que en León y en Asturias la vieja aristocracia conservaba sus posiciones, aquí la aristocracia tradicional, no teniendo nada que hacer, opta por refugiarse en tierras leonesas, y su lugar vienen a ocuparlo los caballeros, que han ganado un título en las guerras fronterizas. Es en esta región donde por vez primera encontramos los caballeros villanos, los que empezaron por conseguir la libertad de movimiento y tuvieron luego la propiedad de un campo, y al fin, con su propio esfuerzo, consiguieron subir al primer grado de la nobleza, que les dará acceso a todos los demás. Pertenecer a la clase de los *benenati*, de los biennacidos, era entonces la aspiración suprema; y he aquí que el régimen condal abría de par en par las puertas para conseguir esa aristocracia difícil o casi imposible en otras partes. Los labradores se convertían en caballeros al aceptar la defensa de los castillos ganados en la frontera o al poblar las villas amenazadas de un peligro constante. Y así se realizaba una elevación general de la vida, un ennoblecimiento del trabajo y del esfuerzo personal, una restauración de la dignidad humana, que tendría su repercusión en la obra de la reconquista y por la cual habría de recoger Castilla la dirección de las empresas peninsulares. Hay un viejo romance que nos refleja de modo perfecto aquel concepto ascensional, creador de una aristocracia nueva y forjador de los futuros linajes. En él habla el conde Fernán González con el rey Sancho de León, que le promete villas y posesiones si accede a presentarse en las cortes para besarle allí la mano. Altivo e irreducible, contesta el castellano:

Villas e castillos tengo,
todos a mi mandar son;
dellos me dejó mi padre.
dellos me ganara yo;
los que me dejó mi padre
poblelos de ricos hombres,
los que yo de hube ganado
poblelos de labradores;
quien no había más de un buey,
dábale otro, que eran dos;
el que casaba su hija,
le daba yo rico don.
Cada día que amanece
por mi hacen oración;
no la hacían por el rey,
que no la merecen, non;
él los puso muchos predios,
y quitáraselos yo.

LIBERTAD

Aunque tardío, este romance es el eco del espíritu que animaba a aquel pueblo en fermentación que en las tierras del Arlanzón y del Duero se esforzaba por consolidar su personalidad para cuando sonase la hora de reanudar su marcha hacia el sur, libre de apegos a la tierra. Había ganado tierras, había adquirido bienestar y riqueza; pero más que sus valles fértiles, amaba sus libertades. Y ahora se apiñaban como un solo hombre en torno a su jefe, el conde que les llevaba a la victoria. Y sentíanse orgullosos al ver cómo en una actitud de desafío ante el rey se llamaba conde por la gracia de Dios. Más que al guerrero, más que al vencedor de Abderrahman y sus generales, amaban y admiraban en él al mantenedor de las viejas costumbres, al hombre que se sentaba en las juntas populares para dictaminar y sentenciar, al bienhechor generoso que casaba las hijas de los hidalgos y las enriquecía, que recorría los pueblos castellanos honrando a villanos e infanzones y fomentando toda iniciativa generosa.



La diferenciación se convierte pronto en franco antagonismo, y el antagonismo llega al fin a una lucha declarada. Frente al reino leonés, que propugna la continuación de la idea gótica humillada en el Guadalete, Castilla era el potro brioso que se esfuerza por romper el viejo sistema de una rigidez yerta, empeñado en mantener moldes gastados, anquilosado en un formulismo frío, que sólo sirve para encadenar entusiasmos. Y, no obstante, aquello parecía lo bárbaro, lo heterodoxo, lo que por todas partes despertaba la oposición y el escándalo. Los mismos castellanos se veían precisados a exclamar: "¡Ay! ¡Como somos omnes de fuerte ventura! ¡Ca por nuestros pecados todos los de Espanna nos desaman mucho en grand manera; et noş non habemos a quien levantar nuestra cueita, sino a ti, o Sennor!" Se ha podido decir que cuando el conde castellano y sus infanzones se presentaban en León, hallábanse como fuera de su centro. Se los espiaba, se los miraba recelosamente, y cuando aparecían entre los "fieles" del rey, iban bien protegidos con fuertes lorigas de cuero bajo las capas "franciscas". Hasta su manera de hablar causaba extrañeza y desdén. Aquel dialecto rudo y sonoro, que algo más tarde se impondría en toda España, era tenido por cosa plebeya y vulgar, que hacía sonreír a los pulcros abades cortesanos y los confirmaba en el carácter rebelde y apartadizo de aquellos castellanotes. Y luego aquel desprecio por el Fuero Juzgo, que los obligaba a presentarse en la corte para resolver sus litigios y conseguir ante el rey una justicia difícil, que muchas veces se les escamoteaba con el complicado aparato de tantos capítulos, títulos, distinciones y consideraciones. Ellos no sabían nada de esto, ni se les permitía conocer aquel azaroso vivir de frontería, ajeno a las lentitudes de la casuística legal. Por eso odiaban la ley de los godos, contra la cual habían luchado antiguamente sus padres cuando se la imponían los reyes de Toledo. ¡Cuánto mejor era la manera sencilla y patriarcal con que ellos pretendían resolver sus pleitos, con tal rapidez y ausencia de solemnidad, que podían ventilarse de pie, y por eso los llamaban "judicios levatos". Bastaba la sentencia del hombre bueno, ajeno a las argucias de los leguleyos y conocedor de las viejas "fazañas", de las soluciones, conservadas de boca en boca, que otros hombres buenos habían dado en casos semejantes. Era el juicio del libre albedrío, que en normas apodícticas recogía el dictamen del sentido común popular, enriquecido con influencias jurídicas de la tradición oral.

Y un buen día, aquellos hombres recogieron todos los manuscritos de la Ley Recesvintiana, que pudieron hallar en la región, los llevaron a la iglesia de Santa Gadea, de Burgos, y les pegaron fuego. Así fué el rompimiento. Siguió luego una lucha épica, proseguida con una tenacidad prodigiosa durante un cuarto de siglo frente a los reyes de León, frente a los caudillos navarros y frente a los recursos inagotables del califato cordobés. La dirige el "buen conde" Fernán González, "un guerrero natural de todo bien cumplido", "cuerpos de buenas mañas", "guerrero de lozano corazón" y personificación perfecta de su pueblo: de sus afanes, de sus aspiraciones, de sus luchas, de su ideal, de su fe y hasta de su tozudez, sus rebeldías. En sus venas había seguramente sangre gótica; pero quiso acallar sus impulsos para hacer triunfar las más hondas esencias nacionales. Lo godo se junta en él a lo más radicalmente español, y es esto lo que asegurará la grandeza y permanencia de su obra, y lo que le mueve a identificarse con aquella raza templada en el horno de la tribulación y caldeada por la llama de una íntima y fogosa vitalidad indomable, su alma toda, segura de sí misma y dispuesta a todas las eventualidades, palpita en esta respuesta que le inspiran las amenazas del rey Sancho en el vado de Carrión:

Eso que decía, buen rey,
veolo mal aliñado:
vos venis en gruesa mula,
yo en ligero caballo;
vos traeis sayo de seda,
yo traigo mi arnés trenzado;
vos traeis alfanje de oro,
yo traigo lanza en la mano;
vos traeis cetro de rey,
yo un venablo acerado;
vos con guantes olorosos,
yo con los de acero claro;
vos con la gorra de fiesta,
yo con un casco afinado;
vos traeis ciento de mula,
yo trescientos de caballo.

(Viñetas por F. SAEZ) *(PASA A LA PAGINA 98)*



LA MARINA DE CASTILLA

De fijo que por la rinconada de Guipúzcoa ya sabían de naves y del arte de la marinería; pero por Galicia y Asturias, los bárbaros nos dejaron ayunos de ambas cosas.

Los normandos, que los moros decían *almodjus*, desde el reinado de Ramiro I, hacia el año 844, comenzaron a despabilarnos en estos achaques; Compostela, la "Jacobsland" de estos piratas, con sus peregrinos, los atrajo por el olor de las ofrendas.

Una expedición de ellos, que aportó para devastar por San Martín de Mondoñedo, allá por cerca del año 1.000, fué deshecha; no teníamos naves que oponer a las de los wikingos, pero estaba el Obispo Gonzalo, santo varón que se puso a orar con tanto fervor, allí en la beizamar, que el Señor desató un nortazo que dió al traste con la flotilla enemiga, salvo una nave que, en verdad, quedó para contarlo.

Así, con un milagro, la marina castellana, aún nonnata, ganaba una batalla a un invasor; y no se dude de San Gonzalo, porque aunque coitado varón que no embarcó sino para peregrinar a Roma o a los Santos Lugares, obró bastantes prodigios marineros. Dígalo si no el de la ocasión de aquella ballena que no cesaba de mugir amargamente, aparecida por frente a la playa de San Ciprián, con gran temor de todos; bajó a ella Gonzalo báculo en ristre y mitra calada, y el cetáceo le miró con ojos tan tristes, que adivinó el santiño que quería confesión; oyóla de esta guisa acercándose, y cuando calló le echó la bendición como a cualquier mortal y mandó que lo llevaran *in continenti* junto a ella. Sólo un muchacho de quince años se atrevió a acompañarle y vió cómo el buen señor Obispo se perdió en la enorme boca abierta, y al poco regresaba con una imagen de Nuestra Señora en los brazos: era la Virgen de Vilaestrofe, a la que hoy aún acuden en romería los marineros de tierras de Vivero.

El Obispo de Santiago, Sisenando, ante otra incursión, no se contentó con rezar por 970; dirigió la defensa, y al caer muerto en ella, los normandos enseñorearon por algún tiempo aquellas tierras, dando tiempo para que Olaf, rey y guerrero por excelencia, se convirtiera al cristianismo para después ser el único santo marino *de verdad* que hay por los altares.

Un siglo más tarde, hacia 1120, otro obispo compostelano, el inquieto e intrigante Gelmírez, hizo aún más que Sisenando y que Gonzalo y dió en el clavo; trajo a un tal Ogerio, maestro genovés, y mandó fabricar dos galeras, que bastaron para espantar a los moros y normandos de las rías bajas, porque de todos los tiempos es verdad incontestable que la mayor defensa es la ofensiva.

Años después, en tal o cual asedio, se citan por los cronistas, armadas con docenas y docenas de naves de señoríos de León o de Castilla, cuando ya los vascongados se habían unido voluntariamente a ésta.

* * *

La Reconquista, sin embargo, la hicieron castellanos y leoneses sin mentalidad marítima, luchando por el palmo a palmo de terreno, con estrategia de valle y de castillo, y la efímera toma de Almería (1147) fué esa golondrina que no hace verano.

Fernando III es rey, y Castilla y León, unidos ya para siempre, su reino; será santo y es prudente; por tal, comienza a rebullirle para avanzar por Andalucía el *fecho de mar:* la estrategia marítima, llave de la tierra y talismán de victorias imperecedoras en ella.



Dueño de Córdoba, su confesor, el cuitado dominico fray Pedro González Telmo—más tarde Obispo de Tùy y después de muerto santo patrono de mareantes sin haber visto la mar sino desde lo más inferior del Miño—, le sugiere la toma de Sevilla, que tiene un gran río por el que los moros recibirían refuerzos.

Y ante el temor del obstáculo de agua dulce funda el Rey Santo la marina Real, la del Estado. Pone en su cabeza a Reimondo Bonifaz, burgalés, *persona experimentada y práctica en las cosas de la mar*, nombrándolo *Almirante*, voz derivada del árabe *emir-al-ma*, que es como "señor de la mar", que por primera vez suena en lengua romance en oídos europeos.

Con naves y galeras fabricadas por las villas del Cantábrico llega al antiguo Betis, y su estrella comienza a brillar al derrotar por su broa a una escuadra agarena y, sucesivamente, al remontar el río a fuerzas sutiles que amagan por allí y aun a son de corrientes le sueltan embarcaciones incendiarias, los torpedos de entonces.

Ya en Sevilla, que cerca Fernando III, no puede impedir el abasto de la ciudad, porque está unida a Triana y defienden la puente gruesas cadenas; ocúrrele entonces la idea de romperla gallardamente en una buena empopada, herrando bien la proa de sus dos naves más pesadas. Lo intenta el 3 de mayo de 1242; casi a punto de abordar cae el viento, y por un instante, nublado el cielo de dardos y virotes, teme su desastre; mas de improviso salta impetuosa una racha salvadora. Encontronazo; ruidos y gritos castellanos de victoria, como de pánico y sorpresa de los moros, llenan los aires.

Cadenas, puntales y refuerzos saltan en pedazos: la puente y la esperanza de los defensores se ha roto; el asedio puede establecerse en verdad del todo, y en noviembre, el 23, día de San Clemente, en lo alto de la Giralda, como en la torre del Oro, flamea el estandarte de los leones y castillos.

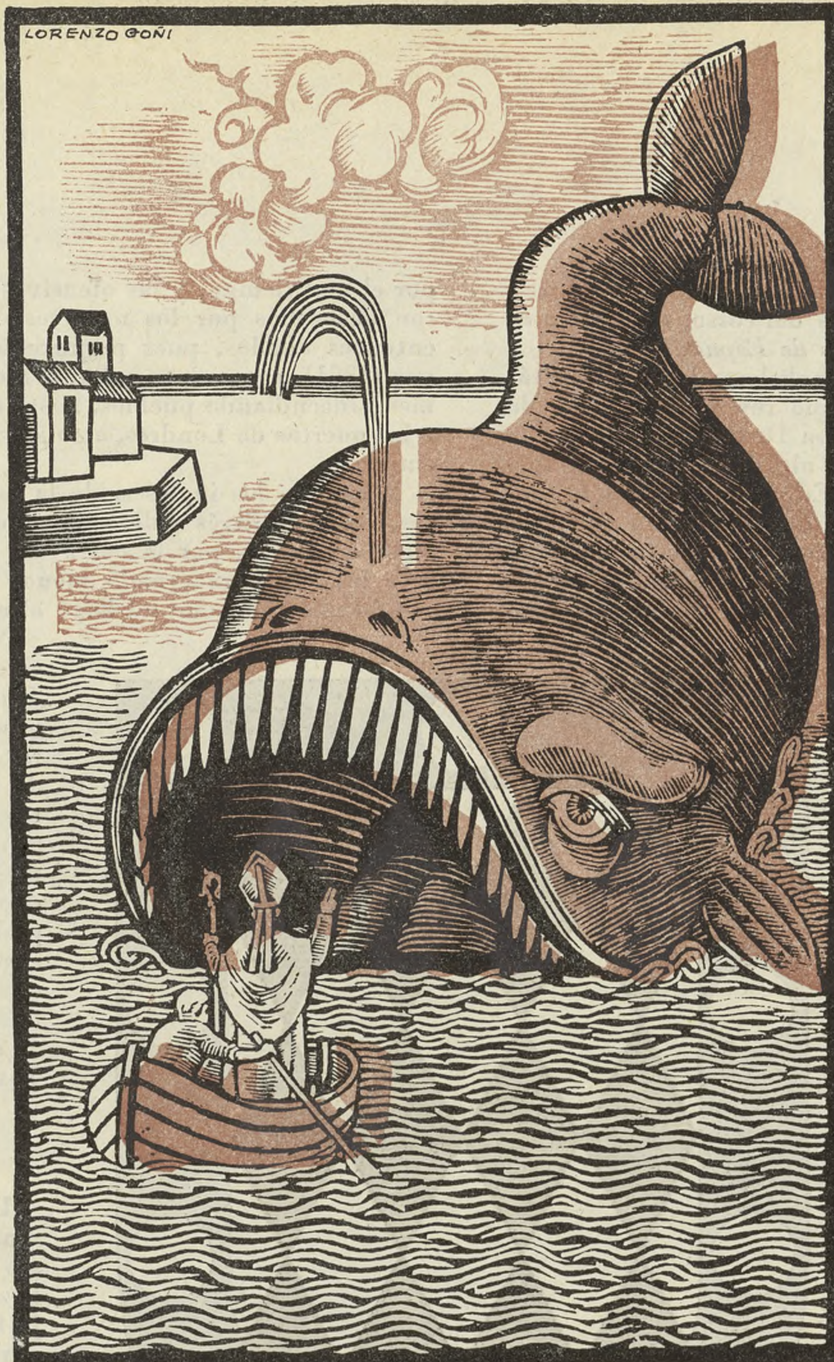
La toma de Sevilla dió lugar a sinfín de concesiones y privilegios a las villas, como a sus capitanes y marineros; pero lo principal fué la erección del Almirantazgo Mayor de Castilla, con jurisdicción propia y exclusiva para atender y juzgar sobre las personas y negocios de la navegación y de la pesca, como de la fábrica de naves. Cómitres, marineros, maestros y calafates obtuvieron señaladas preeminencias; el cargo mismo de Almirante, no pocas, y tuvo asiento en el Alcázar mismo su Tribunal especial.

La potencia naval dió lógicos frutos en pocos años y aun meses; Castilla tuvo pronto por aliado al emir de Fez contra los benimerines, a quien derrotó asimismo Bonifaz (1251), y pensó en llevar la guerra a ultramar, al mismísimo Marruecos, lo que malogró la muerte de San Fernando.

Creció con todo ello el comercio y la navegación; los astilleros del Cantábrico comenzaban a caminar hacia la fama de ser sus naves las mejores del mundo; nuestros productos bajo bandera castellana llegaban a Flandes, y los españoles disponíamos por allá de lonjas propias, mientras la caza de la ballena, tras de arrojada navegación de acoso y hasta de lucha, era tan adjetiva nuestra como hoy son los toros.

Alfonso X erigió unas atarazanas a orillas mismas del Betis, en el Arenal, frente a la Torre del Oro, y el inglés firmó con aquél paz y amistad, sellada con la boda del príncipe Eduardo, en Burgos, con nuestra infanta doña Leonor, aquella que con riesgo de su vida chupó la ponzoña de la herida de su esposo, alcanzado de muerte en Tierra Santa.

Hubo atarazanas reales también por Castro y Santander; el Rey Sabio, juntando varones que también lo eran en achaques de matemática y astronomía, sentó, con sus *libros del saber de Astronomía*, los fundamentos de que lo sería por delante la ciencia náutica, como en *Las Partidas* el de la legislación marítima castellana; por si era poco, fundó la Orden de *Santa María d'Espanna*, para estimular el *fecho de mar*, mientras un al-



mirante trovador, Payo Gómez Chariño, que moriría a caballo de un lanzazo, inventaba las letrillas de las barcarolas.

Se ha tomado Cádiz y Cartagena, y en el intento de Algeciras sufre la armada de Martínez de Fe (1278).

El siglo XIV lo marca la adopción de la *coca*, y el comienzo de la *guerra a furto* por la mar del Cantábrico, rivalizando montañeses y guipuzcoanos en contra de ingleses; hay alianza en Aragón y Castilla, y sus escuadras toman Gibraltar (1309) por poco tiempo y derrotan a la de Tremecén (1315).

Inglaterra no sabe sacudirse el corso castellano; prefiere claudicar con tratados comerciales (1325), y la marina cantábrica goza allí desde entonces privilegios singulares y hasta se ve en ellas el apoyo naval con que sustituir a las de Bayona; pero al subir Eduardo III se revuelve contra aquélla, creyendo la aspereza mejor para conseguir la alianza con Castilla, que se ve solicitada, no por su poder naval, sino por el particular de sus súbditos corsarios, y Francia pretende asimismo la alianza; *si oviese amistad con el rey de Castilla*—dice su soberano — *rescibiria del muy grand ayuda por la mar.*

Es que, además, de Bayona de Galicia a la de Francia existía desde el siglo XII una confederación de los pueblos marineros, denominada *Hermandad de las Marismas*, o *de las villas de la Marina de Castilla con Vitoria*, que comenzó por la de Castro, Santander, Laredo, San Vicente de la Barquera, "las Cuatro Villas de la Costa", presididas por un gran espíritu marítimo-mercantil, escudado en fueros que la convertían en un verdadero Estado dentro del Estado, y con la que los reyes castellanos no se atrevían, antes bien, las ratificaron en Cortes, privilegios y exenciones que incluso les permitían actividades y posturas internacionales independientes de la Corona. Guipúzcoa adoptó por armas un rey sentado en trono sobre la mar, y Lequeitio esculpió por mote de las suyas esta arrogancia:

Reges develavit, horrenda caetia subjecit, mari terrisque potens.

Guerreó a los reyes, sometió a los feroces cetáceos y fué poderosa por tierra y mar.

Declarada la guerra entre Inglaterra y Francia (1337), nuestra alianza hizo que las naves británicas *non osaban navegar por la mar;* hubo después encuentros, uno de ellos (1342) contra elementos españoles, que resultó indeciso; quejándose los ingleses de nuestra ayuda, que *era tanta, que si non por esto non pudiera él* (de Francia) *acabar en poder por la mar con el rey de Inglaterra.*

La guerra sempiterna del moro hace crear una escuadra que flanquee su aprovisionamiento: el estrecho. Alonso Jufre Tenorio (1325) derrota con seis galeras y ocho naos a una árabe de veintisiete de aquéllas; años más tarde (1337) obtiene otra victoria contra galeras portuguesas, cuya bandera colgó en la catedral de Sevilla.

Sin embargo, Tenorio sufriría derrota enorme al desquitarse de la anterior los moros (1340), muriendo abrazado al estandarte.

El descalabro hizo que se trajesen genoveses para reorganizar la armada; al frente de ellos, Bocanegra, que sería tronco del linaje de los Portocarreros.

Juntos, portugueses y castellanos, libraron buena batalla contra los moros (1342) frente a Tarifa, que pretendían sitiar los reyes de Marruecos y Granada, que perdieron veintiséis galeras, preparando así la toma de Algeciras (1344) por Alfonso XI, uno de los grandes acontecimientos de nuestra empeñada Reconquista. Una nave de Neda (El Ferrol) fué la que, emulando a Bonifaz, rompió la cadena del puerto, y la villa obtuvo esta escena por armas.

* * *

La sempiterna rivalidad entre castellanos e ingleses de Aquitania en el comercio de los vinos de Burdeos

desencadenó la guerra en 1350, preocupando al rey Eduardo, más que los insultos del corso, *el dominio de la mar por gentes de las tierras de España.*

El choque aconteció en Winchelsea; las naos británicas van regidas por su propio rey y el príncipe de Gales; las nuestras las mandaba D. Carlos de la Cerda o España, que no estuvo a la altura del título de fortuna que tenía su hermano. Eduardo III, con la victoria, se tituló *Rey de la mar*, de que no dió muestras al firmar una paz de vencido con parte de los castellanos, con los marineros cántabros, vasallos del rey de Castilla, que al perder de vista la costa se consideraban, en verdad, soberanos incluso en la mar de Inglaterra.

* * *

Un insulto a la presencia de D. Pedro el Cruel, en Sanlúcar, por unas galeras catalanas (1356) encendió la guerra con Aragón, que el castellano tuvo empeño en que fuese marítima y hasta, caso singular, él en persona dirigió desde su capitana. Y con tal acometividad, que nada menos que la nación aragonesa, ante la presencia de la armada castellana en sus aguas, tras de alguna escaramuza, se refugió con inexplicable timidez en su playa de Barcelona, en donde varó sus galeras y sufrió su legítimo orgullo el que le quitaran las anclas por ultraje las castellanas.



Más suerte práctica obtuvieron dos escuadras sueltas, una de ellas apresando por el estrecho a la del Almirante valenciano Matel Merce (1360), que fué degollado, y la otra (1365), frente a Calpe, en que el castellano Martín Yáñez desbarató a la del vizconde de Cardona.

* * *

La muerte de D. Pedro *el Cruel* nos trajo guerra con Inglaterra, que tenía dos príncipes yernos suyos, y en ésta aconteció la sonada victoria nuestra de La Rochela (1372), de Bocanegra, contra el Conde de Pembroke, en donde nuestras galeras quemaron o apresaron a todas las inglesas, sacudiéndose con creces de la derrota de Winchelsea al aportar en Santander con el Almirante enemigo preso y más de setenta caballeros de espuela dorada del titulado *rey del mar.*

Por 1376, naves castellanas cruzaron por aguas inglesas, y el fuego que prendieron en las villas de Rye, Folkestone, Postsmouth, Darmouth y Plymouth; destruída la marina inglesa en el propio reinado de su fundador, en 1377, una intentona de levantarse fracasó por el mal tiempo, y las ofensivas que organizaron fueron deshechas por los nuestros o por los temporales, entonces aliados, pues permitieron a Sánchez de Tovar (1381), con veinte galeras, incluso remontar el Támesis incendiando pueblos, hasta la villa de Gravesend, a las puertas de Londres, *a do galeras de enemigos nunca entraron.*

Y cuando los ingleses, de la mano de los portugueses, con veintitrés galeras hicieron frente a las diecisiete de Tovar, por la costa del Algarve vieron cómo éste les capturaba ¡nada menos que veintidós!, escapando una... porque no llegó al combate.

Nueva victoria obtuvo éste casi en aguas del Tajo contra cuatro naos gruesas y diecisiete galeras de Portugal, apresando aquéllas y tres de éstas, mientras las demás se acogían a las defensas de Cascaes, con su almirante muerto, que no pudo liberar a Lisboa del ataque castellano, aunque en este campo la peste se llevó al otro mundo al esforzado Sánchez de Tovar.

* * *

De Pero Niño había mucho que hablar; el siglo que comenzó con sus hazañas, el XV, nos trajo las expediciones a Canarias, el saqueo nuestro a los puertos de Bayona, San Juan de Luz y Biarritz (1419); el apresamiento total de la flota inglesa de Bayona (1420) por la de Juan de Camporredondo; tan constantes fechorías de corso por Bretaña, que los bretones adoptaron a nuestro San Vicente Ferrer, muerto allí, en Vannes, en 1419, por abogado contra el ataque de naos castellanas; un desastre (1436) al querer escaramuzar el Conde de Niebla con galeras por Gibraltar, que costó la vida a su hijo, pero que sirvió de acicate a su nieto para tomarlo (1462), conquistando, además, el título de Duque de Medinasidonia; la ayuda por mar a Juana de Arco (1431), *La Poncela* de nuestras crónicas; la guerra con Francia (1467), en la que apareció un corsario, Colón, que tanto daría que hablar, y se distinguiría el zumayés Juan de Mendaro; cierta paz firmada entre Inglaterra y... las *villas de Guipúzcoa;* la campaña de bloqueo del Estrecho para evitar socorros a Málaga, y demás puertos moros de Granada... hasta la caída de ésta.

Poco después—¿será preciso decir la fecha de 1492?—, unidas ya Castilla y Aragón, se descubría el Nuevo Mundo. Las gestas marineras de aquélla, que comenzaron con el milagro de San Gonzalo, terminarían con otro prodigio mayor aún: el del *Descubrimiento.*

El Excmo. Sr. Ministro de la Marina española, Almirante Regalado, lleva la espada de San Fernando en la procesión celebrada en Bilbao.

CRONICA
DEL CENTENARIO DE LA MARINA EN EL NORTE

CUANDO me llamaron urgentemente al despacho del Director de Radio Nacional de España, no podía sospechar el motivo. Estaba disfrutando del permiso de verano, y, para mí, por un mes, estaba suspendido todo contacto con el cotidiano ajetreo periodístico.

—¿Qué sabe usted de la Marina de Castilla?—me dispararon a boca de jarro desde el otro lado de la mesa.

La pregunta estaba pidiendo a gritos un especialista en la materia. Sin embargo pude balbucir:

—Bonifaz... Gelmírez... La conquista de Sevilla... Las cuatro villas marineras... San Fernando...

—¡Basta! —atajó el Director—. Ahí tiene usted el programa oficial de los actos conmemorativos del VII Centenario de la Marina; busque los libros más importantes que hablen de nuestra Armada... ¡Sobre todo, hay un discurso muy interesante del académico señor Cotarelo!... No lo olvide; y salga esta misma noche para Bilbao.

En el departamento que ocupaba en el coche-cama del expreso, no se apagó la luz durante todo el viaje. Uno por uno fuí leyendo los trabajos que habían costado muchas horas de investigación a los mejores historiadores españoles. El mozo me avisó cuando llegamos a Amurrio. Me levanté para afeitarme y desayunar. A pesar de la noche en vela, estaba satisfecho. La época de la fundación de la Marina, los lugares y los personajes principales de aquel memorable acontecimiento estaban, ya, perfec-



En San Vicente de la Barquera, el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, descubre una lápida conmemorativa del Centenario de la Marina.



La venerada imagen de Nuestra Señora la Virgen de las Nieves es embarcada en brillante ceremonia para ser trasladada más tarde procesionalmente a su capilla de San Vicente de la Barquera.

tamente enmarcados. Ahora sólo me restaba pasarlos a todos a un segundo plano y ofrecer radiofónicamente las quince o dieciséis secuencias del magnífico guión que tenía en perspectiva. ¿Logré mi propósito? En el aire quedó la respuesta.

Larevista MUNDO HISPANICO me pide una sinopsis de cuanto sucedió en aquel viaje inolvidable. Muchos de los que lean esta crónica conocen el paisaje y las ciudades del Norte de España. Y con muchos, también, este mismo verano, me habré cruzado a la vuelta de algún camino: en Guipúzcoa, Vizcaya, Santander, Asturias o Galicia. Por cientos pude contar los automóviles con matrículas de las distintas Repúblicas americanas. Hoy, estaréis de vuelta al nuevo Continente, después de un veraneo en cualquier playa del litoral cantábrico. Por fuerza, igual que yo, habréis vivido, si no todos, alguno de aquellos momentos que hicieron vibrar el orgullo común, al conjuro de uno de los acontecimientos más decisivos en la Historia del Mundo: la creación de la Armada Real de Castilla. Ella hizo posible la unidad española con la conquista de Sevilla; la defensa europea en Lepanto y, sobre todo, el suceso aquél que un historiador considerara el más importante después del nacimiento de Cristo: el descubrimiento de América.

Si me obligaran a resaltar uno sólo, el más importante, de los actos celebrados hasta ahora en este Centenario, no podría hacerlo. Todos estuvieron subrayados por el patriotismo desbordante del pueblo, al paso de las reliquias del Rey Santo y de los símbolos de la conquista de Sevilla. El desfile impresionante de los Guardias Marinas y de las dotaciones de los barcos de guerra —nombres gloriosos que iban siguiendo por el mar la misma ruta que, setecientos años antes, se marcara el Almirante Bonifaz para aprestar naves a la naciente Marina castellana— fué la más hermosa evocación de pasadas gestas y heroísmos. Y, precisamente, estos desfiles tuvieron lugar en esos puertos insignificantes para la Geografía, pero decisivos en la Historia de la Patria: Bermeo, Guetaria, Castro Urdiales, Laredo, San Vicente de la Barquera, Avilés, Marín... En muchos de ellos, los enormes castillos navales no tenían calado suficiente para fondear. Pero, allí estaban, a menos de cien metros de la costa, presidiendo con gallardetes y banderas, la grandiosidad de cada etapa.



Las fuerzas de la Marina española desfilan por las calles de Pontevedra con motivo de uno de los actos celebrados.

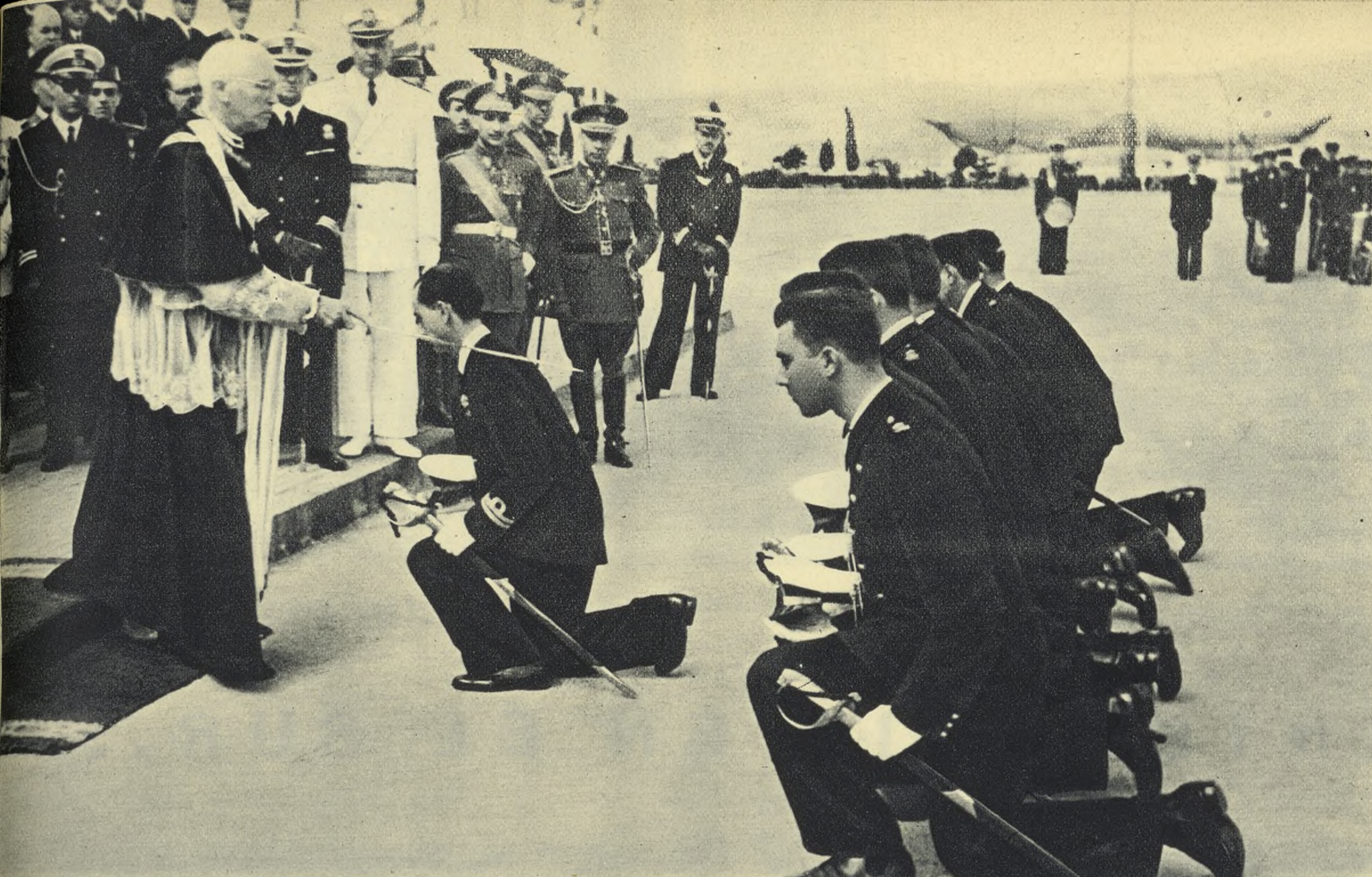


Las reliquias de San Fernando llevadas procesionalmente por las calles de Pontevedra.

Sin embargo, hubo algo en cada lugar visitado que me llamó poderosamente la atención y que llegó a producirme esa emoción sincera, incontenible, que brota de lo más hondo de nuestro ser. En medio de aquellas humildes gentes marineras que sentían fluir a borbotones el orgullo del haber tenido parte en la creación de la Marina española, estaban muchos americanos, que traslucían el sentimiento de raza con lágrimas y vítores. ¿Por qué no? ¿Acaso ante ellos no pasaba su propia Historia? ¿Aquella bandera de la Armada Real de Castilla no había agrupado, en fecha muy lejana, a sus antepasados para tomar Sevilla, para conquistar América?

Si no hubiera habido en esta conmemoración centenaria más que ese momento, ése en el que vibraron al unísono nuestros pulsos, nuestras almas, me daría por satisfecho de haber recorrido por tierra y por mar cientos y cientos de kilómetros, buscando la noticia y difundiéndola a los cuatro vientos por las antenas de la Radio Nacional de España.

Comenzaron los actos en Bilbao, con el depósito de las sagradas reliquias de San Fernando y los símbolos de la conquista en la capilla de San Ignacio de Loyola. Esto ocurrió en la noche del 18 de agosto. Caía sobre la capital vizcaína esa lluvia persistente —«chirimiri»—, que para la comisión sevillana que portaba los sagrados objetos fué la nota divisoria de dos regiones climatológicamente opuestas. Ni ellos mismos se esperaban que, en pleno verano, pudiera ocurrir algo semejante: ¡llover! Los temores de un posible deslucimiento de los actos se desvanecieron a la mañana siguiente cuando nos dirigimos a la ría del Abra para embarcar en uno de los barcos de guerra —el «Sánchez Barcaiztegui»—, anclado a la altura de Portugalete. En un viaje maravilloso llegamos a Bermeo, cerca del mediodía. Las dos últimas millas del trayecto las hicieron el «Sánchez Barcaiztegui» y el «Jorge Juan» escoltados por la flota pesquera del laborioso pueblo bermeano, que no cesaba de lanzar al aire el grito estridente de las sirenas en señal de bienvenida. La etapa de Bermeo tenía el motivo justificadísimo de visitar la casa solariega de Alonso de Ercilla, autor de «La Araucana», en donde se había hecho instalación de uno de los Museos marineros más importantes que se conocen. Desde la época primitiva de la raza vasca, todos los procedimientos de pesca, aparejos, embarcaciones, etc., estaban allí para perpetuarse. Al día siguiente, Bilbao absorbió por completo el turno de los actos. Una imponente procesión por la ría del Abra sirvió para resaltar la virtud fundamental del pueblo español: guardar la tradición



Los caballeros cadetes reciben en Marín, sede de la más importante Escuela Naval de España, el espaldarazo con la histórica espada del Santo Rey Español



Las fuerzas navales forman ante la Escuela Naval de Marín durante uno de los solemnes actos celebrados para conmemorar el VII Centenario de la Marina Castellana.

la ermita del «Baleares», con las reliquias del Rey Santo.

La etapa siguiente tenía su meta en Santander, y, a partir de la capital montañesa, tres ramificaciones: Castro Urdiales, Laredo y San Vicente de la Barquera. Juntas forman las «cuatro villas marineras», en cuyos astilleros, o atarazanas, se construyeron una buena parte de las naves que fueron a la conquista de Sevilla, al mando del Almirante Bonifaz, bajo las órdenes supremas de San Fernando y que hicieron posible la rotura del puente de barcas que los moros habían tendido de un lado a otro del Guadalquivir. Los escudos de cada una de estas villas ostentan orgullosamente este símbolo del puente roto y la nao entrando en cuña. Naves y marineros de este litoral contribuyeron decisivamente al éxito de aquella empresa, y, unas y otros, fueron las primeras unidades y los primeros marinos de la Armada Real de Castilla.

En el minador «Marte» cubrimos media singladura hasta Avilés. Iban formados en escuadra, con este buque, el «Hernán Cortés», el «Neptuno», el «Galicia» y el «Tritón». Uno tras otro, hicieron su entrada por la ría avilesina, formadas las tripulaciones a babor y estribor, las bandas militares, a bordo tocando vibrantes marchas, y a una y otra orilla de la ría, la multitud apiñada, vitoreando y aplaudiendo. Los fotógrafos y yo, los únicos que vestíamos de paisano en aquellos barcos de guerra, sentíamos, aunque fuera por casualidad, el homenaje tributado a los marinos, y juro que, en aquel momento, hubiéramos sido incapaces de pronunciar una sola palabra.

Avilés tiene en su escudo otra nao y el puente de barcas, y junto al escudo un nombre: Ruy Pérez de Avilés, capitán en aquella gesta inolvidable. Hasta ese escudo y ese nombre vino la comisión de los actos del Centenario portando las reliquias del Rey Santo para tributar el agradecimiento de España a un pueblo que supo engrandecerla y morir por ella.

Santiago de Compostela fué una etapa fuera del programa oficial. En el camino de Marín, nos detuvimos una mañana para ganar el Jubileo. Imaginad la grandiosidad de la Catedral compostelana abriendo la puerta de la Gloria para dar paso a los representantes de nuestra Armada que venían a orar ante el Apóstol, Caudillo de la Cristiandad, de quien el propio Rey San Fernando se consideraba Alférez.

dentro de ese progreso incontenible que, en la capital de Vizcaya, cristaliza en fábricas, minas, barcos, flanqueando esa arteria poderosa que ha surgido, milagrosamente, de la fusión del río Nervión y el mar que penetra en la campiña vasca hasta muy adentro.

Pasamos dos días después a San Sebastián, la playa aristocrática del Norte, Ministerio de Jornada en los tres meses estivales. Allí se resumió el deseo vehemente de los pueblecitos pesqueros en un solo acto, celebrado en la mañana del 21 de agosto. Frente al mar, una ermita perpetúa la gesta del «Baleares» en nuestra guerra de Liberación. Hasta aquel lugar fueron las reliquias del Rey Santo, primer Almirante de Castilla, para bendecir el esfuerzo de aquellos hombres —marinos de hoy— que supieron morir cantando. Algo inesperado puso un nudo de emoción en nuestra garganta. Hay una ceremonia, antiquísima, que viene celebrándose, año tras año, en el pueblecito pesquero de Guetaria. Diecinueve hombres, desarrapados, macilentos, reproducen la llegada de aquellos otros diecinueve guetarianos que, mandados por Juan Sebastián Elcano, fueron los únicos que volvieron vivos a España después de la epopeya de circunvalar el Mundo. Esta ceremonia se celebra en Guetaria. Por primera vez tuvo lugar en San Sebastián, siguiendo la trayectoria procesional hacia

¡Pontevedra y Marín!... Marín, con su Escuela Naval Militar, adentrada a once millas de la maravillosa ría. Aquí se forjan las promociones de oficiales de la Marina de guerra española, y aquí tenía que producirse la más grandiosa manifestación de entusiasmo. Cuando el Capellán Real de Sevilla, con la espada del Rey Santo dió el espaldarazo de caballeros a los Guardias marinas, ví reflejado, en un momento, a través de los rostros curtidos y enérgicos de aquellos muchachos, un estado de alma —nobleza e hidalguía— que era campo propicio para recibir el peso de una espada invicta, honrosa y santa. Nos alejamos de la costa y, por tierras de Castilla, llegamos a Burgos, donde iba a finalizar la primera parte de este Centenario. La ciudad situada a unos ciento cincuenta kilómetros del mar, tiene una gloriosa tradición marinera. Aquí nació el Almirante don Ramón Bonifaz, que mandó las naves que conquistaron Sevilla y que dejó una herencia inestimable a la Patria. Merced a él, las quillas españolas cruzaron los mares del mundo entero, descubrieron tierras, y, embarcados en ellas, los Misioneros de Cristo llevaron la Suprema Verdad hasta el último rincón del Globo.

 FAUSTINO GONZALEZ ALLER



En la ciudad de San Sebastián se celebró una misa de campaña por los caídos del crucero «Baleares» durante la guerra civil española.



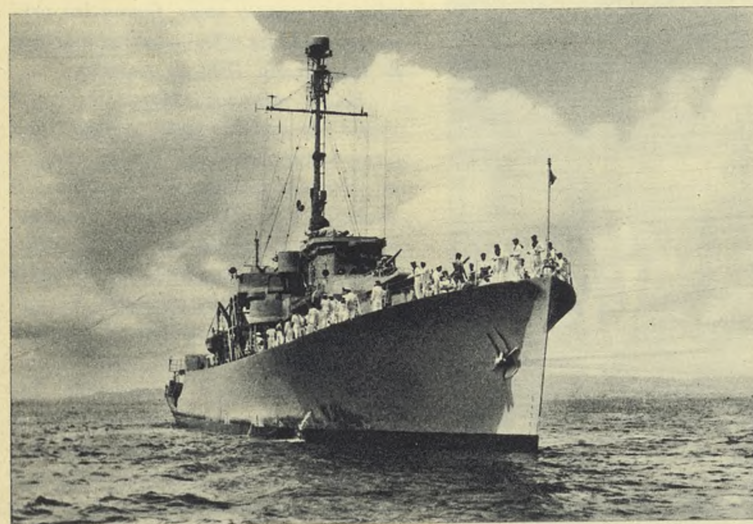
Y los actos celebrados en el norte se clausuraron en Burgos llevando las reliquias de San Fernando a la catedral gótica de la ciudad.

Y EL CENTENARIO EN EL SUR...

Al través del Atlántico han llegado a España los buques que casi todas las naciones de Hispanoamérica enviaron al VII Centenario de la fundación de la Marina de Castilla y de la reconquista de Sevilla por el Rey San Fernando.

A partir del día 4, y a lo largo del río Guadalquivir hasta los muelles del puerto de Sevilla, se alinearon las embarcaciones de Hispanoamérica, enarbolando al viento los colores de sus banderas respectivas.

En este número, y en página de última hora, MUNDO HISPANICO recoge en amplia crónica, informativa y gráfica, los actos de mayor relieve y brillantez que, durante el mes de octubre y en el sur de España, clausurarán el VII Centenario de la Marina Castellana.



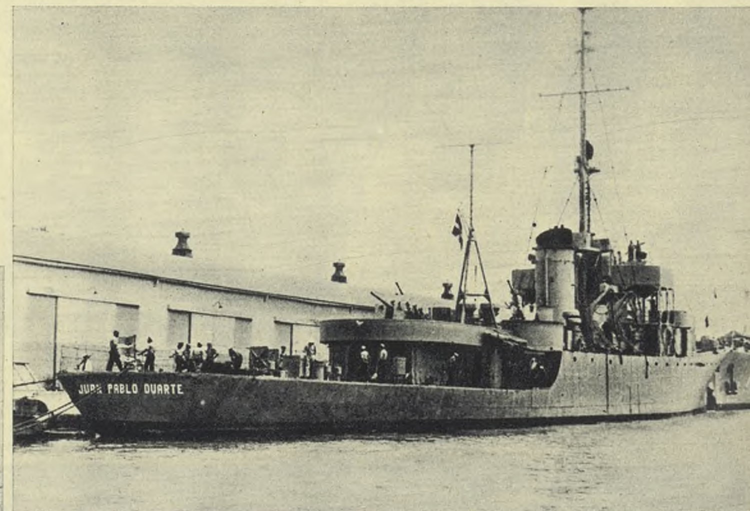
El buque escuela de los guardias marinas colombianos, «Almirante Padilla» zarpó el 20 de septiembre, rumbo a España, para asistir en Sevilla a los actos del VII Centenario de la Marina de Castilla y Reconquista de la capital andaluza por el Rey San Fernando.



El Excmo. Sr. Presidente de la República de Colombia, Dr. Mariano Ospina Pérez, acompañado de su esposa y del Ministro de España en Colombia Excmo. Sr. don José María Alfaro, despide a la fragata «Almirante Padilla», que se sumó, en Sevilla, a los actos del Centenario.



De izquierda a derecha y de arriba abajo, reproducimos las fotografías de la misión argentina llegada a España para asistir a los actos conmemorativos de la fundación de la Marina de Castilla: Vicealmirante D. Carlos J. Martínez; Contralmirante, Malleville; Capitán de Navío Petrochi; Capitán de Navío Lynch; Capitán de Fragata D. Luis M. García; Capitán de Fragata Burzio





Arriba: La fragata «Juan Pablo Duarte», de la Armada de la República Dominicana, y a la derecha el buque escuela brasileño «Almirante Saldanha» que representaron a sus naciones respectivas en los actos conmemorativos del VII Centenario de la Marina de Castilla y Reconquista de la ciudad de Sevilla por el Rey de Castilla San Fernando.

58

SIGNIFICACIÓN ECONÓMICA DEL PROTOCOLO FRANCO-PERÓN

EL PROTOCOLO firmado el pasado día 9 de abril entre los Gobiernos de Argentina y España tiene una caracterización especialísima, no sólo porque constituye una importante base para racionalizar más intensamente las economías de Argentina y de España, sino también porque es uno de los primeros documentos jurídicos internacionales que se han signado conforme a una nueva tendencia económica del mundo hispanoamericano.

Observemos separadamente estos dos aspectos.

ESPAÑA ha venido siendo considerada como un país pobre y eminentemente agrícola; es inútil que recordemos todas las múltiples publicaciones que se han inspirado en ese criterio. Baste recordar el libro de Delaisi, "Les Deux Europes", en el cual se nos adjudicaba a la Europa del caballo de sangre. En el extranjero, la mayoría de las gentes, cuando hablan de España, piensan en las grandes llanuras de Castilla repletas de poesía, en las zonas andaluzas y manchegas cargadas de tipismo. En cuanto a los especialistas, llegan a las mismas conclusiones, teniendo en cuenta dos clases de datos: nuestra configuración geográfica y nuestra balanza comercial. Pero tal análisis es erróneo. Efectivamente, es cierto que de los 50 millones de hectáreas que forman nuestro territorio, 21 se dedican al cultivo y 24 a bosque, monte y pastos; y que la población que vive ocupada en la agricultura, asciende al 65 por 100 del total. Este porcentaje, si se pone en comparación con el de la economía que representa hoy día, por ejemplo, los Estados Unidos, es elevadísimo, sobre todo si consideramos que la zona cultivada tiene una escasísima fertilidad, que en muchos sitios no es remediable ni con fertilizantes ni con tractores, ya que depende del clima. Por otro lado, las exportaciones suelen tener un valor inferior a las importaciones, y de ellas, los dos tercios aproximados se ocupan por productos agrícolas en su mayor parte de lujo y sometidos a una competencia desleal y a contingencias incontrolables. Nuestra economía, tanto interna como exterior, parece ser, pues, fundamentalmente agrícola, y a pesar de ello, aun cuando volviese a la normalidad productiva del decenio 1925-35, no bastarían las cantidades de algunos alimentos básicos (sobre todo, trigo) que exige el consumo. Estas causas repercuten en la renta nacional, que prácticamente es fija, como se demuestra por la estadística siguiente:

	Millones de pesetas de 1929
1920	21.807
1929	25.213
1932	25.742
1934	26.146
1940	20.977
1942	22.515

Ahora bien; una realidad indiscutible es que España posee grandes reservas de energía y de materias primas minerales. A lo largo de su territorio existen yacimientos de carbón, hierro, cobre, mercurio, plomo y, en suma, todos los elementos suficientes para montar una industria moderna. Continuar, pues, en una explotación rudimentaria del suelo, como puntal único de la riqueza interior, y del subsuelo, como fuente de alimentación de las fábricas europeas, era un verdadero suicidio nacional. Por este motivo, cuando se pensó en racionalizar la producción, quedó planeado el trabajo en dos direcciones: Primera, incremento en el rendimiento unitario de la tierra.

Segunda, industrialización, como forma de transformar el signo de la balanza comercial en activo, de aumentar las cifras de renta por habitante e incluso de eliminar los principales obstáculos con que se enfrenta el campo, es decir, con la falta de maquinaria, con el exceso de mano de obra (que pueden absorber las fábricas), con la falta de redes eléctricas y de transportes. Esta segunda dirección fué, así, la tarea de máximo interés que habría de revolucionar nuestra situación económica.

En todos estos años se ha trabajado en esos objetivos, y los resultados actuales, en contra de las dificultades surgidas, son de gran consideración. En el terreno de la producción de energía, que es el soporte de los demás, se ha de conseguir la mayor alza. La producción eléctrica se va desarrollando a partir de un plan elaborado y empezado a ejecutar en tiempo del General Primo de Rivera, con la construcción continua de embalses, cuyo rendimiento es creciente, llegando hoy al orden de 5.000 millones de kw. h.

Las reservas hidroeléctricas, según el cálculo menos optimista, se elevan a 3.340.000 kw., y de ellas, una gran parte será puesta en servicio antes de cinco años, con lo que existirá posibilidad de alimentar la electrificación del campo, la electrificación de los 4.000 kilómetros de ferrocarril que ahora se está ejecutando, los nuevos hornos de fundición eléctricos, etc.

La producción de carbón tuvo que luchar con la competencia del combustible inglés y con ciertas dificultades que presentaba la estructura geofísica de los depósitos; pero ha alcanzado un rapidísimo ritmo desde 1939, muy difícil ya de detener:

1935	7.268.000	toneladas.
1943	10.693.000	"
1945	11.944.000	"
1946	12.094.000	"

Todas las grandes Empresas carboníferas están preparando nuevos cotos mineros, de los cuales uno fué inaugurado hace poco con una capacidad de 400.000 toneladas anuales. Además, en Gijón se proyecta una explotación a fondo del coto de La Camocha, cuyas reservas mínimas se calculan en 300 millones de toneladas; y las investigaciones que se realizan en las provincias de Cuenca, Guadalajara, Teruel, León, etc., dan la certidumbre de nuevos yacimientos, cuyo papel será importantísimo en el futuro.

En cuanto a la industria del acero, los altos hornos existentes en Sestao, Baracaldo, Santa Agueda, Recalde, Sagunto, Gijón, La Felguera, etc., tienen una capacidad aproximada de producción de 1.000.000 de toneladas. Sin embargo, las reservas de mineral de hierro son realmente muy grandes, y con la energía eléctrica y el carbón que cabría suministrar, sin duda alguna, pueden mantener una nueva cadena de fundiciones más potente. Baste decir que los depósitos de Asturias y León son mucho más considerables que los célebres de Vizcaya, conocidos en todo el mundo por su calidad y cuantía. Los proyectos actuales prevén nuevas instalaciones en Asturias, a base de los tratamientos siderúrgicos clásicos, así como de hornos eléctricos y especiales, como los Renn-Krupp, que tiene ya montados la Sociedad Siderúrgica Asturiana.

Asimismo la actividad industrial se complementa con la reciente construcción de la vasta fábrica de aluminio de Valladolid, de otra de fibras artificiales en Torrelavega (tratando los grandes bosques de eucaliptus de la provincia), las de destilación de pizarras bituminosas en Puertollano, las de destilación del lignito en Aragón. La industria de maquinaria, tanto eléctrica como agrícola; la de transportes ferroviarios y la naval han experimentado un enorme avance, cuya demostración estadística aquí sería demasiado extensa.

Todo ello indica que la industrialización española es una realidad tangible, que transforma al país por completo. España ha conquistado su verdadera y racional estructura, atendiendo a la agricultura con el criterio de ayudar al aumento de su rendimiento unitario y haciendo de la industria el instrumento de revalorización de la balanza comercial, de la renta "per capita" y del trabajo, es decir, el elemento esencial de su futuro económico y político.

De todas formas, la producción agrícola será deficitaria en algunos artículos, y por ello se hace imprescindible asegurar las importaciones de dichas mercancías en el grado necesario para atender a todo el consumo de la población. El Protocolo firmado sirve para ese objetivo, ya que una gran proporción del crédito que abre la Argentina, de 1.750 millones de pesos, se invertirá en la compra de cereales.

Las mayores dificultades que tiene la industria española para expansionarse con arreglo a sus disponibilidades mineras, son dos: escasa magnitud del mercado consumidor y carencia de determinados materiales. Esto es, precisamente, lo que trata también de subsanar el Protocolo, en beneficio de ambas potencias.

Los fabricantes se encuentran ante el hecho de que la masa campesina (que asciende, según dijimos, al 65 por 100 de la población total) tiene una capacidad adquisitiva pequeña. Por ese motivo tiene que reducirse el volumen de la producción industrial, y esta contracción repercute en una subida de precios. Es evidente que si se montan nuevas instalaciones, la mano de obra tiene que proceder del agro, y al disminuir el número de agricultores, su defecto se suplirá con maquinaria y los salarios de los que queden se elevará muchísimo, con lo que aumentará el campo de colocación de los productos manufacturados y, en consecuencia, la industria podrá ampliarse. Pero ningún industrial puede montar fábricas sobre la base de estar meses y aun años almacenando "stocks" sin venta inmediata. El único remedio consiste, pues, en que el Estado, único patrono que puede atravesar tales riesgos, se encargue de montar las grandes instalaciones fabriles nuevas, y esto es lo que se ha hecho con el aluminio de Valladolid, la destilación de lignitos en Puertollano y Aragón y otras obras análogas del Instituto Nacional de Industria. Sin embargo, la solución rápida sólo podría llegar de una de estas dos formas: o con la colaboración de capitalistas privados o con un mercado exterior. La última de ambas se ha conseguido con el Protocolo. Argentina, como luego veremos, precisa con toda urgencia determinados materiales y construcciones, que España puede proporcionarle fácilmente. Esas adquisiciones hechas en el área de la libra o del dólar son demasiado caras, especialmente por la enorme sangría de divisas que llevan consigo. Con España, el cambio es favorable y no hay que recurrir a la moneda "cara"; la elección, por consiguiente, no ofrece dudas.

Para ambas economías son claras las favorables repercusiones del Protocolo. La exportación de productos siderúrgicos y manufacturados, de construcciones navales y ferroviarias, que España deberá hacer a la Argentina, facilitará la expansión de la industria, que fabricando en serie rebajará costos y podrá, de ese modo, realizar los proyectos que tiene, ya que cuenta con un mercado consumidor seguro. Esta ampliación exigirá la retracción al campo de una gran masa de hombres; los que queden trabajando la tierra, si existe un reajuste de sus salarios, en orden a la mayor importancia de su labor, aumentarán sus ingresos y, por tanto, su capacidad adquisitiva, y toda esa mecánica (más dinero, más demanda) provocará sucesivos incrementos en la oferta y en la renta nacional e individual.

LA ARGENTINA

cuenta con una inmensa riqueza ganadera y agrícola. Su producción de cereales, de lana y de carne tiene tal volumen, que sólo con la venta de los tonelajes dedicados a la exportación ha podido alcanzar el séptimo lugar del mundo en lo que se refiere a la renta anual por habitante. La cantidad mínima de trigo que ha lanzado al mercado exterior durante los años de preguerra, ha sido de 2.200.000 toneladas (en 1930); de cebada, 144.000 (en 1930); de maíz, 4.670.000 (en 1930), y de lana, 125.000 (en 1928).

En el decenio 1925-35, considerado como el índice regulador por numerosos economistas, Argentina ocupó entre los países exportadores el primer puesto en trigo, el primero en maíz, el segundo en carne, el segundo en lana y el quinto en cebada.

Ultimamente las exportaciones suelen ascender a unos 40 millones de quintales de trigo, 38 de quintales de maíz, nueve de cebada y ocho de avena.

Con estas ventas, incluyendo además la de carne, lana, pieles, simientes, fibras, etc., en junio de 1946 la situación financiera argentina era la siguiente:

	Pesos
Oro en el país	307.950.000
Oro y créditos en el extranjero	1.200.000.000
Total	1.507.950.000

No obstante, al llegar a la Presidencia el general Perón, hubo que contar con dos circunstancias, graves desde el punto de vista económico: el control por parte del extranjero del comercio de exportación, y la falta casi total de industria. Ambos hechos ocasionaban pérdidas y gastos cuantiosos, incompatibles además con la dignidad de la joven República. Desde entonces toda la política se ha encaminado a ejecutar aquella racionalización, y sus resultados, objeto de las más apasionadas discusiones en los círculos económicos de todo el mundo, tienen una enorme trascendencia. Los cereales, la carne y la lana se exportaban a través de grandes "trusts" extranjeros, y ahora el Estado controla su envío y colocación. Los transportes ferroviarios pertenecían a Compañías inglesas, pero el Acuerdo de los Andes los ha hecho pasar a manos del país. Por lo que se refiere al montaje de la industria, se han conseguido grandes avances en algunos sectores. La producción de cemento y viguería llega a la mitad de las necesidades interiores. Asimismo se han desarrollado mucho las industrias conservera, química y mecánica, la producción petrolífera y las investigaciones mineras. Sobre este último particular hemos de destacar los descubrimientos hechos en el terreno de los combustibles sólidos. Ya hoy día las minas de Río Turbio producen 150 toneladas diarias, que se piensa elevar a 1.000 en 1949; choca su expansión, así como la de todos los yacimientos carboneros, con la escasez de transporte.

De todos modos, Argentina es pobre en materias primas minerales, y ello impide la creación de una industria pesada fuerte, que en Hispanoamérica sólo ha podido intentarse con éxito hasta ahora en las instalaciones de la Compañía Siderúrgica Nacional del Brasil y en las de Monterrey, de Méjico. Las importaciones de carbón y acero son importantísimas; sólo en carbón ascienden normalmente a unos 3.000.000 de toneladas anuales.

No obstante, cabe intentar el montaje de grandes fábricas de maquinaria, y esto se ha comprendido por el Gobierno Perón, que ha hecho fuertes compras en el extranjero para facilitar sus propósitos. Quedaban también los obstáculos de la falta de mano de obra especializada y de técnicos, pero se van superando con la inmigración procedente de Europa.

La fuerza actual de la República se exterioriza: Primero, por la cuantía de las compras en el exterior y de los rescates de la propiedad extranjera en el país. Segundo, por los créditos que ha concedido. Bolivia, Paraguay, Chile y Uruguay se han beneficiado de estos últimos en Sudamérica. Europa ha recibido una generosa ayuda en su reconstrucción. Los créditos concedidos por el Gobierno totalizan más de 500 millones de dólares.

La política económica argentina puede resumirse, pues, en los siguientes puntos: Primero. Trata de crear una industria de transformación propia, para lo cual, no contando con probabilidad de tener una industria de acero autónoma, por falta de materias primas, necesita importar grandes cantidades de productos siderúrgicos; entendemos por industria transformadora la industria de los medios de transporte, la de maquinaria industrial y agrícola, la de maquinaria y material eléctrico y la de otros derivados del hierro y demás metales.—Segundo. Trata de crear una potente industria química, principalmente sobre la base de su producción de petróleo, así como de consolidar y ampliar las industrias que operan sobre los productos del campo.—Tercero. Trata de llegar al máximo rendimiento de su riqueza ganadera y agrícola, para lo cual no sólo posee la producción, sino que tiende a controlar su transporte interno, su transporte por mar y su distribución en los mercados nacionales consumidores; es decir, tiende a la eliminación de intermediarios.—Cuarto. Sigue una política exterior crediticia, que en una parte irá determinada por las contingencias de cada momento, pero que, en líneas generales, se dirige a los países necesitados de su ayuda y cuyas economías puedan ser susceptibles de interconectarse firmemente con la de la República con beneficios mutuos.

Con respecto al primero de estos problemas, queda por indicar que, en tanto no se terminen las instalaciones transformadoras, la Argentina se ve obligada a importar grandes cantidades de maquinaria y medios de transporte. Este es el motivo de que la Argentina, en el Protocolo, encargue a España el suministro de partidas importantes de productos siderúrgicos, locomotoras y buques. Los buques se entregarán en el plazo de dos años, con un desplazamiento de 100.000 toneladas, y serán construídos en los astilleros de El Ferrol, Bilbao, Cádiz y Valencia.

Ya hemos tratado de las repercusiones que tendrán los pedidos argentinos en la industria española.

Acerca del tercer punto, es obvio que hagamos observar que la pretensión de la Argentina constituye el primer paso serio que se da por Hispanoamérica para terminar con las ruinosas circunstancias en que se encuentra su comercio exterior. Por su evaluación financiera, es quizá, también, la empresa económica más importante que ha acometido el Gobierno Perón.

El control de la distribución de los alimentos estaba antes de la última guerra en manos de poderosas organizaciones, que utilizaban los puertos de Londres, Hamburgo, Marsella, Amberes, etc., para almacenar los tonelajes que adquirían en los países productores y distribuirlos desde allí a los sitios de consumo. Argentina necesitaba disponer de un puerto en Europa para terminar con aquella situación y dar remate a la serie de éxitos conseguidos durante los últimos años. El Acuerdo de los Andes le ha entregado los ferrocarriles; pero necesitaba dominar el transporte por mar y la redistribución de las mercancías.

Ambos objetivos han quedado logrados, al menos casi totalmente, con la firma del Protocolo, que estipula, de una parte, la construcción de 100.000 toneladas de buques mercantes en astilleros españoles, con destino a la Argentina, y de otra, el arrendamiento de un puerto franco en Cádiz, por un plazo de cincuenta años, desde el cual se redistribuirán los cereales, la carne y la lana en Europa.

Este acuerdo reaviva de nuevo el papel marítimo de Cádiz, que desde el siglo XVI hasta el XIX, con las franquicias que le otorgaron los Reyes Católicos, alcanzó un desarrollo extraordinario, detenido con la pérdida de los Virreinatos americanos. En los últimos meses, a partir de la catástrofe que conmovió al mundo, el Consorcio de la zona franca realizó una serie de proyectos para hacer funcionar la misma inmediatamente, como único medio de dar a la ciudad el esplendor que había perdido. Dichos proyectos han pasado al estudio de los técnicos del Ministerio de Industria, y posiblemente serán los que se ejecuten en el puerto. El plan de obras consta de dos etapas: la primera, provisional, es la que empezará a realizarse dentro de poco, y para ella se dispone de 500 metros de muelle calado y 10 hectáreas de superficie útil. La segunda consistirá en la construcción de nuevas instalaciones, presupuestas en varios cientos de millones de pesetas, con dos kilómetros de muelles de atraque y 100 hectáreas destinadas a ser ocupadas con silos, frigoríficos y almacenes, con un calado en los muelles de cerca de 10 metros.

Por último, la política de crédito argentina, tendente a una posible interconexión con determinadas naciones, se exterioriza ampliamente en el Protocolo. Es indudable que Argentina y España tienen economías que se complementan. Con tal criterio, el Generalísimo Franco inició las negociaciones, que culminaron en el Tratado, con una carta dirigida a Perón, basada en la identidad de intereses de los dos Estados.

El crédito concedido por Argentina en el Protocolo asciende a 1.750 millones de pesos, que España invertirá en compras de alimentos y materias primas diversas, hasta 1951. Tiene la modalidad original de que su contrapartida no se computa en pesos, sino en pesetas.

El pago de esta deuda se hará por parte española exportando mercancías, y los desniveles que resulten se pondrán a disposición del Gobierno argentino en una cuenta en pesetas. Dichos fondos se utilizarán para construir la zona franca del puerto de Cádiz y para constituir Empresas mixtas destinadas, en primer término, a la construcción de buques mercantes en astilleros españoles y material ferroviario y a la explotación de otras actividades, todas en relación con la creación de una eficiente industria pesada, y que se determinarán en el momento oportuno por ambos Gobiernos.

El acuerdo para crear Empresas mixtas argentinoespañolas en territorio español, es verdaderamente revolucionario y responde, por parte de la Argentina, a la tendencia expansiva de su economía, asegurándose suministros de diversos productos que no tiene; por parte de España, no hay duda que se admite con la intención de incrementar el proceso de racionalización e industrialización del país, aumentando la explotación de la riqueza potencial existente para conseguir una mayor productividad (y por tanto una mayor renta), para absorber la mano de obra excedente del campo y para lograr una masa de productos manufacturados destinados a la exportación, que darían un signo favorable a la balanza comercial, endémicamente negativa.

Los discursos pronunciados en Buenos Aires con motivo de la firma del Protocolo y los comunicados oficiales del Acuerdo,

coinciden en considerar como la nota más interesante del documento la constitución de las Empresas mixtas. No cabe lugar a dudas que, en efecto, mediante esa fórmula la interconexión entre las dos economías nacionales, buscada con afán por las dos altas partes signatarias, se refuerza muchísimo. Hemos de tener en cuenta que la Argentina quiere asegurar un aprovisionamiento regular de los materiales metálicos que necesita para alimentar sus fábricas transformadoras y las grandes necesidades de sus líneas de transporte y de su demanda de artículos manufacturados. La dependencia de un país proveedor de moneda "cara" puede ser peligrosa, ya que constituye una enorme sangría de divisas, cuyas consecuencias no son agradables. Estos desembolsos han llegado en el plazo de año y medio, desde junio de 1946 a diciembre de 1947, a la cifra de pesos 586.550.000. Por eso el Protocolo sirve para aminorar considerablemente los nuevos gastos de divisas (al hacerse la compra en pesetas), al tiempo que las Empresas mixtas aseguran la regularidad de los suministros de los productos que exploten.

En cuanto a España, las nuevas organizaciones empresarias podrán ser origen de un aumento en la producción industrial, con las consecuencias subsiguientes que hemos especificado.

Las Sociedades mixtas son el remate (de ahí su interés) a los objetivos de racionalización autónoma y coordinada internacionalmente que se persiguen por la política económica actual de la Argentina y de España.

Sólo nos resta indicar que el Protocolo se encuentra enclavado en un movimiento seguido hoy día por casi todas las Repúblicas hispanoamericanas. La economía de estos países está sometida a grandes oscilaciones, que provocan una gran inestabilidad. El 10 de abril último, la revista del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, "Foreign Commerce Weekly", publicaba un artículo en el cual se pronosticaba una próxima baja en las importaciones que hacen los países hispanoamericanos, provocada por la necesidad de incrementar las exportaciones y de restringir las importaciones, a fin de reajustar las balanzas de comercio, perturbadas grandemente.

La economía de las naciones de la América hispana, haciendo abstracción ahora de la Argentina, tiene dos problemas gravísimos: *a)* Existencia endémica de excedentes de producción agrícola no colocados; *b)* Falta absoluta de industrialización. La realidad es que la zona hispanoamericana asienta su seguridad económica en la exportación de materias primas y productos alimenticios, que en muchos casos no puede realizar por completo, encontrándose con excedentes ruinosos. Ahora bien; esta cuestión no puede tener, por el momento, más que soluciones fragmentarias, ya que la única forma de regular la absorción o eliminación de los excedentes sólo puede llegar por medio de acuerdos de ámbito mundial, que, desgraciadamente, son ahora imposibles.

Por lo que respecta a la industrialización, es evidente que los Gobiernos hispanoamericanos con disponibilidades en minerales han decidido realizarla. Este ensayo ha tenido su más poderoso impulso en el Brasil, Méjico, Argentina y Chile, pero choca con obstáculos muy difíciles de salvar, entre otros la falta de utillaje, capitales y especialistas.

Pues bien; desde hace años cunde la convicción de que la industrialización no es viable si no se hace con una interconexión estrecha y perfectamente planeada entre los Estados que se sometan al experimento y entre ellos y los que pueden auxiliarlos. En la Conferencia de Bogotá y en todos los contactos diplomáticos últimos se ha impuesto aquel criterio. Sin embargo, debemos hacer notar que la relación económica con los Estados auxiliares dista mucho de la de tiempos pasados, testigos de tantos acuerdos leoninos.

El espíritu de la interconexión que se persigue con el Protocolo Franco-Perón es el de una reciprocidad a ultranza.

ESPAÑA es quizá el país más indicado para colaborar con la actual empresa americana; primero, porque es el único que puede ofrecer una reciprocidad absoluta; segundo, porque puede ofrecer una considerable parte del utillaje que se necesita, si se firman Tratados de duración aproximada a la del Protocolo (que es suficiente para organizar las ampliaciones oportunas de la producción española), y tercero, porque la adquisición del utillaje y de la maquinaria no se tiene que hacer con divisas, que se obtienen con gran dificultad, sino en pesetas.

EL PROTOCOLO FRANCO-PERÓN está dentro de la tendencia a la interconexión y ayuda mutua y planeada que postulan Argentina y los demás países hispanoamericanos. Por eso dijimos que la extraordinaria significación de este convenio es también la de ser la primera gran pieza jurídica del nuevo ciclo económico del Mundo Hispánico, que inicia así un movimiento original de interconexión y autodefensa de resultados insospechados.

E. L. C.



CADIZ SERÁ CADIZ

EL Protocolo Franco-Perón coloca en primer plano de actualidad a la "Tacita de Plata", que, como en los dos pasados siglos volverá a ser nuestra antesala de América y para los americanos la casa-puerta—para usar un vocablo bien gaditano—de España.

¡Maravilloso el Cádiz del siglo XVIII! Entonces sí que fué realidad en emporio del Orbe que soñó fray Gerónimo de la Concepción en su *Cádiz ilustrada;* bosque de mástiles con banderas al viento de todas las naciones; escritorios de armadores y comerciantes, y casas de banca cuyas iniciativas hicieron temblar en más de una ocasión a banqueros de la City londinense; gentes de todas las razas por calles aromadas de productos y frutos ultramarinos..., que por galicismo llamamos después coloniales; enjambre de navíos y fragatas fondeados en la bahía, y, cuando no entrada o salida de flotas, el continuo tráfico de aportar y zarpar barcos sueltos, que a final del siglo ya no serían *del registro,* sino cualesquiera por haber sido, al fin, declarado el comercio libre con nuestras provincias de Ultramar.

Y en espectáculo tan maravilloso, los limpios pueblos casi serranos al fondo, Montes de Ubrique, de Benahogaz y Grazalema, a lo lejos; cerco blanquísimo de los montones de sal y compitiendo en blancura con ella, "los Puertos": Puerto Real, Puerto de Santa María y la isla de San Fernando, bajo el manto azul purísimo del cielo, y lleno de esa *claridad salada* que cantó certeramente Machado.

Las casas no quisieron perder nada de esto, y como en puntillas se asoman unas sobre las otras por los "miradores"; esas torres, que le prestan a su arquitectura un sabor único y oriental. Todo en un afán de mirar a la mar y a la bahía, tan ahincada en la vida gaditana, puesta siempre en algo americano, en lo que de Ultramar tenía que venir —parientes, negocios y gloria—, que el catalejo era objeto consustancial de cada familia, y hasta por las celosías de los miradores de las monjitas de Santa María y de la Candelaria, las más de ellas hijas y nietas de marinos, no era



LA MEDALLA DEL PUERTO FRANCO

Reproducimos, a todo color, una vista de Cádiz tomada desde su bahía y el estuche y la medalla del Puerto Franco en la que figura la imagen ecuestre del rey Fernando VII.



(DEL MUSEO NAVAL DE MADRID)

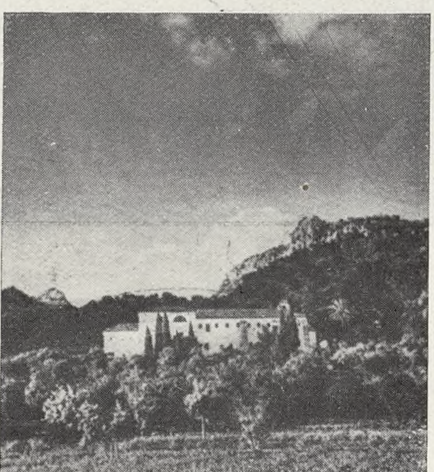


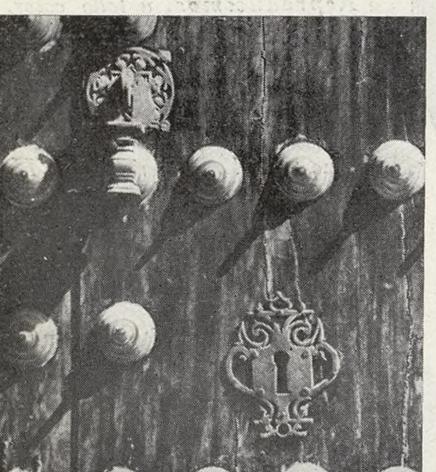


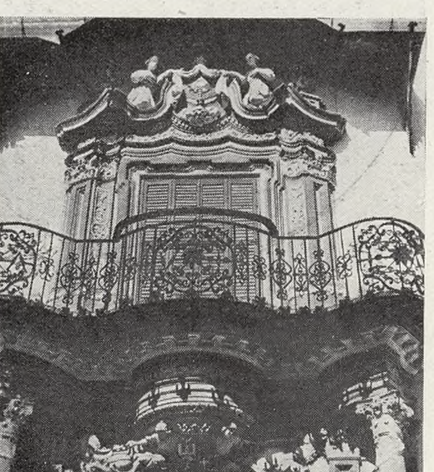






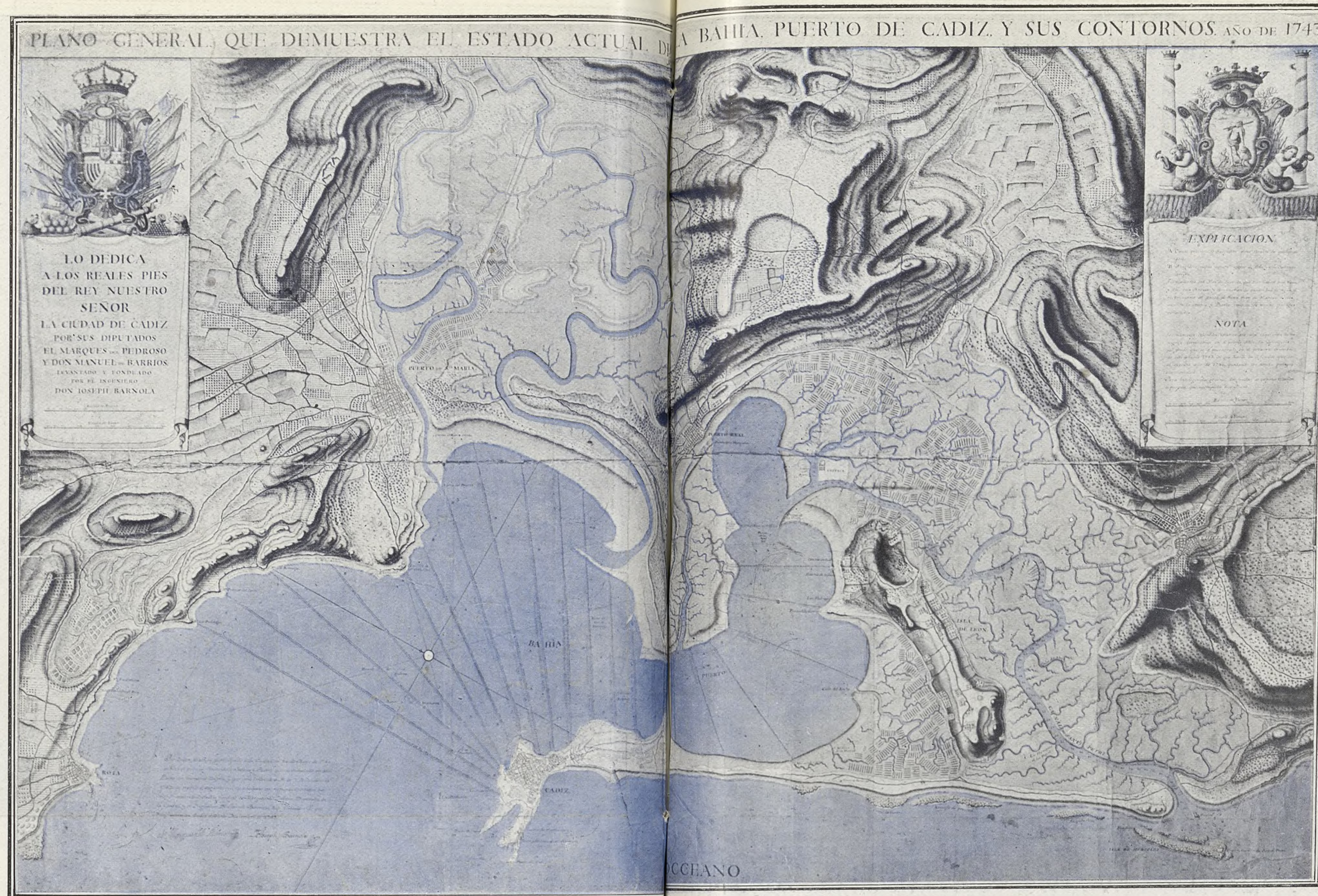






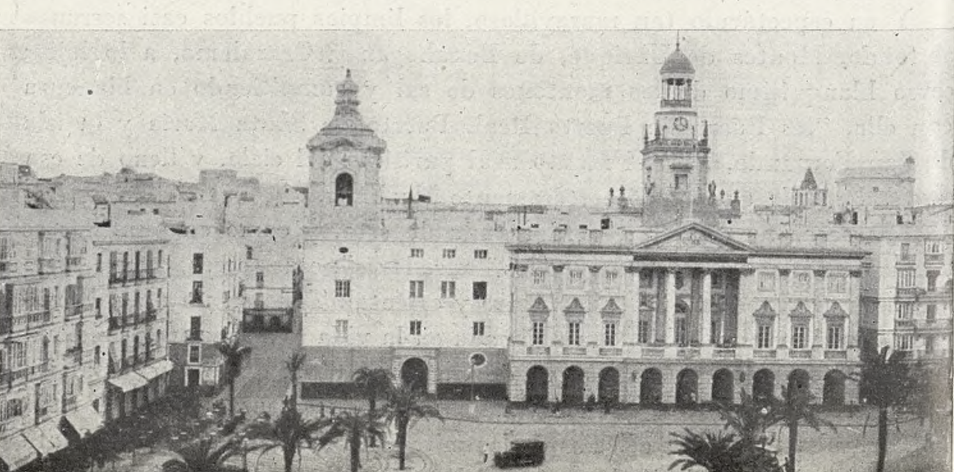


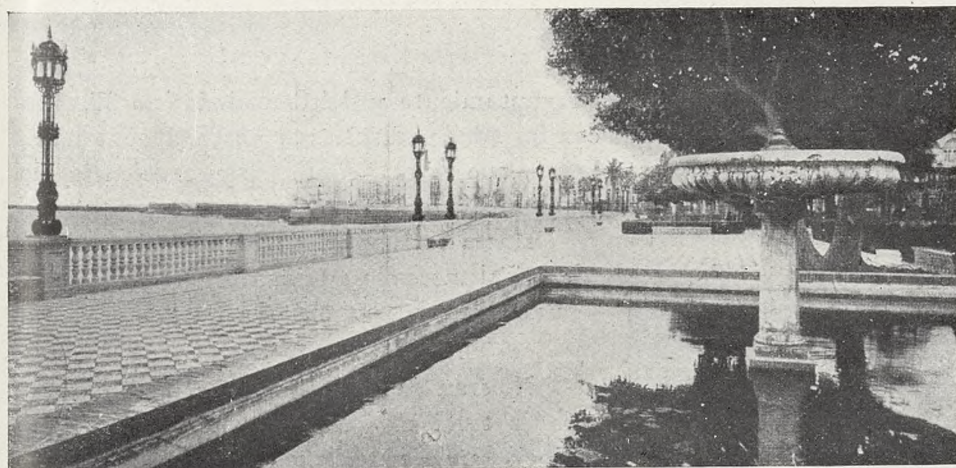




En estas dos páginas reproducimos 24 aspectos de la bella ciudad gaditana y, en el centro, un antiguo y precioso plano del estado del puerto y de la bahía de Cádiz en el año 1743.

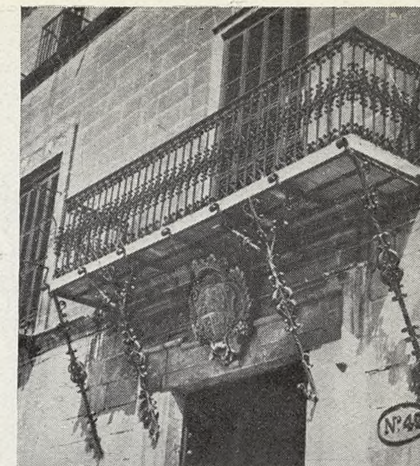










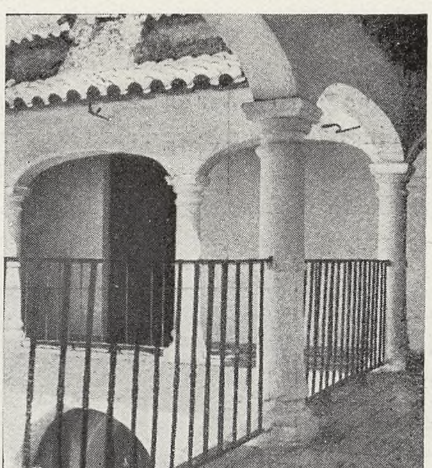


















ZONA FRANCA DE CADIZ

Vista aérea de la zona franca de Cádiz (1948), en la que aparecen: 1. Zona comercial.—2. Depósito de carbones.—3. Refinería de petróleos.—4. Central eléctrica.—5. Edificio administrativo.—6. Silos.—7. Estación de clasificación.—8. Futuras ampliaciones.—9. Muelles de atraque.—10. Entrada al recinto. *(Croquis provisional.)*

raro ver algún que otro largavista. Galileo no pudo soñar en una consagración tan total de una ciudad a su genial invento, y aun hoy, cara a la entrada de la bahía, existen inefables establecimientos de contratación ante unas cañas de manzanilla, que se llaman *El Telescopio* y *El Anteojo*...

Capital de una región riquísima—Jerez, Puerto de Santa María, Chiclana...—, para Cádiz no existía sino su bahía, y su orondo Cabildo concejil, cuando se dirigía a la Corte, encabezaba sus emperifollados memoriales presumiendo ser sólo *isla de mar rodeada, sin tierra de labranza*.

Esta preocupación portuaria, abandonada en el siglo XIX, les llevó en el XVI a proyectar obras de ingeniería para desviar el río Guadalete, que hoy nos hubieran asombrado, y a comienzos del XVIII incluso se pensó abrir un canal que la uniese al Guadalquivir para ahorrar a las naves que lo remontaban hasta Sevilla el sortear el embarazo de la barra de Sanlúcar; de entonces es este magnífico plano que preside estas líneas.



Antigua vista de Cádiz desde Punta de Vaca.

Y este ansia por el comercio marítimo, que a los gaditanos les venía de los tiempos de Tartessos, hace casi tres mil años, les llevó a pedir el puerto franco, que al fin les llegó en la "Gaceta" de Madrid del 21 de abril de 1829.

Hubo regocijos y monumento perdurable en la linda medalla que grabó Sagán por cuenta del Ayuntamiento y del Consulado; no faltaron las composiciones poéticas con las odas pindáricas al gusto de entonces, y letrillas de muchas *alegrías*—que es el "cante" por excelencia de allí— recuerdan el entusiasmo.

Hasta la fábrica de loza de Sargadelos lanzó al mercado escribanías, fuentes y vajillas con el tema popular del Puerto Franco...

* * *

No eran tiempos, sin embargo, para aquello; la total independencia de nuestras provincias americanas y el destructor trapicheo político que nos sobrevino, con ministerios de escasa duración, algunos de tan solo un día, redujeron el puerto franco a uno de esos consabidos proyectos "en el papel"...

Ahora ya es otro cantar, y *por alegrías*, en verdad; Dios sabe si la casa de Rivadavia fué el primer puntal, porque yo creo un tanto en el espíritu de las cosas. Bien lo merece Cádiz, que fué el único rincón que no pudieron hollar las tropas de Napoleón, el Coloso en Europa, cuando la "Tacita de Plata", ¡ella sola!, pudo ser España.

Y dentro de poco, por la magia del, más que protocolo, abrazo Franco-Perón, aquello volverá a ser Cádiz; pero aquel de *cuando*—como decimos los que entrañablemente la queremos y conocemos—*Cádiz era Cádiz*.

J. F. G.

LA ZONA FRANCA GADITANA EN SU PROYECCION HISPANOAMERICANO

«Los Pueblos, como los hombres deben ser fieles a su destino. Y la Historia nos demuestra que el Sino de Cádiz es vivir del mar y para el mar».

CON estas palabras encabezábamos, allá por el año 1946, el Prólogo del interesantísimo estudio redactado por D. Manuel Fuentes Irurozqui sobre las posibilidades mercantiles e industriales de la Zona Franca Gaditana. Y los hechos posteriores han venido a confirmar nuestra tesis.

Las corrientes comerciales marítimas son algo así, tan naturales, como el curso de los ríos terrestres. Y por eso, no fué un hecho casual que en épocas casi legendarias floreciera en las cercanías de la bahía Gaditana (o tal vez en la misma bahía) aquella brillante ciudad de Tartesos de la que Avienno nos habla en su famoso periplo y cuyos habitantes centralizaban en sus aguas todo el comercio marítimo de los Países Mediterráneos con la Europa Atlántica.

Tampoco fué el azar quien determinó que las naves de Tiro y Cartago se dieran cita en la bahía gaditana con la misma finalidad. Y más tarde, cuando el mito de las Columnas de Hércules abatió su lema del «Non Plus Ultra» ante el descubrimiento de América, fué Cádiz, quien simbólicamente incorporó a la heráldica de su escudo municipal el «Plus Ultra» que pregona al mundo entero su vocación Americana.

Es de aquí, del Puerto de Cádiz, de donde partían las más pesadas naves con mercancías de Italia, de Inglaterra y de Portugal, así como de Cataluña, Castilla, Andalucía y el Reino de Granada. Y nuestro Consulado del mar, cuyo escudo ostenta hoy el Consorcio de la Zona Franca de Cádiz, regulaba el comercio con Indias, dictaba Ordenanzas sobre seguros y averías y decidía contiendas entre los navieros.

¿A quién le puede extrañar que Cádiz sintiera nostalgia de su pasado marinero y añoranzas de sus olvidadas relaciones comerciales hispanoamericanas? ¿No es la Cámara Española de Comercio en Cuba, quien allá por el año 1914 lanza un grito de angustia reclamando el establecimiento de nuestra zona franca para aprovechar la coyuntura económica que al Puerto de Cádiz le brinda el eclipse parcial del Puerto de Hamburgo, centralizador por aquel entonces de gran parte del tráfico comercial suramericano?

Por ello, cuando la inteligencia de dos grandes estadistas alumbra el Protocolo Franco-Perón, que hace viable el milagro del resurgir de Cádiz para el Comercio Internacional, el éxito de la empresa está avalado por una experiencia secular.

En las aguas de la bahía de Cádiz, quedarán construídas en breve espacio de tiempo, dos zonas francas: una, con destino exclusivo a la República Argentina, de una superficie aproximada de un millón de metros cuadrados y cerca de dos kilómetros de línea de atraque con un calado de nueve metros cincuenta centímetros en baja mar viva equinocial, lo que permitirá el arribo en todo tiempo de los mayores buques de carga y transporte.

Inmediata a la anterior, se construirá simultáneamente la zona franca internacional, al servicio de todos los demás países, con una extensión inicial de ochocientos mil metros cuadrados y las mismas características ya descritas en cuanto a su puerto.

Ambas zonas pueden ser objeto de sucesivas ampliaciones, ya que la configuración de nuestra bahía lo permite.

Dichas zonas estarán equipadas con el utillaje más moderno, rápido y eficaz para la carga y descarga de buques; y el almacenaje de ciertas mercancías se realizará en Silos y Frigoríficos situados en las mismas.

Toda clase de operaciones comerciales, con absoluta franquicia aduanera, y aquellas industrias permitidas en nuestros Reglamentos, podrán realizarse y establecerse en nuestras zonas.

Con respecto al porvenir comercial de las mismas, basta observar la situación del Puerto de Cádiz con una mirada de conjunto que abarque los continentes de Europa, Africa y América y los dos hemisferios y buscar un punto de equidistancia y confluencia de las rutas comerciales que surcan el Atlántico y el Mediterráneo, para que la mirada del observador se detenga necesariamente en el puerto de Cádiz y considere su maravillosa situación estratégica en el orden geográfico y comercial.

La hora crucial para el Puerto de Cádiz ha vuelto a sonar en el Tiempo y está preparado para vivirla. De la ruina de un mundo deshecho por la guerra habrá de surgir una potente Economía mundial, basada en un intensísimo intercambio de mercancías: las distancias se acortan a medida que los medios de comunicación se hacen más veloces; América se aproxima a Europa y Africa y su tráfico comercial necesita un punto de apoyo y convergencia entre los dos continentes; Cádiz está entre ambos y además en la puerta del Mediterráneo; los puertos francos de Europa han perdido su importancia o han sido destruídos por la guerra...

De los dos aspectos o funciones que cabe considerar en todo depósito, puerto o zona franca, el comercial y el industrial, nosotros concebimos a la zona franca de Cádiz como un inmenso depósito de mercancías que, con miras al servicio de los tres continentes y al máximo aprovechamiento de sus rutas comerciales tradicionales, facilite el trasiego de mercancías americanas para Europa y Africa; su reenvío a los puertos atlánticos y mediterráneos de estos dos últimos continentes; su claseado, mezcla, transformación y envase, conjugando las facilidades del libre aprovechamiento de los fletes y mercados más ventajosos con la economía que produce el evitar la duplicidad de transporte para aquellas mercancías que necesiten ser mezcladas, ligadas o complementadas con materias primas procedentes de otros países situados al otro extremo de la ruta comercial que una a las dos naciones productoras de dichas mercancías.

Concretando aún más estas razones especulativas hasta llegar al límite de lo posible, en una exposición de este género, trataremos de esquematizar el problema del cometido a desarrollar en el Depósito y Zona Franca de Cádiz (que tomamos del Estudio del señor Fuentes Irurozqui).

1.º La Zona Franca de Cádiz ha de servir de gran depósito de recepción, custodia y distribución de productos de y para Ultramar, vinculado, como su posición intercontinental parece predestinarle, a los tráficos de Europa, Cercano Oriente y Africa —especialmente del Norte— con los de América, tanto del Norte como Meridional.

2.º Debe atender asimismo a la revalorización de estos productos depositados, no solo concediéndoles el valor que por sí sola da la oportunidad de acercar el consumo, donde la demanda exista sino los artículos que la producción brinde, seleccionando, clasificando, preparando y envasando los productos, y también sometiendo a las operaciones elementales que todo género o mercancía bruta ha de sufrir antes de situarse en condiciones de ofrecerse al mercado de consumo, como la molienda de cereales, la torrefacción de café, el aserrado de maderas, el lavado de lanas, etc.

3.º La Zona Franca de Cádiz, conjugando las posibilidades de procedencias exóticas que desde variadas latitudes se den en ella cita, con las producciones nacionales de comarcas próximas, es lugar adecuado para la industrialización de ciertos artículos, como conservas de pesca, de frutos y productos agrícolas, fabricaciones de chocolates, dulces, confituras y jaleas, montaje de maquinaria, artefactos y vehículos y mezclas, incluyendo en esta denominación desde las más primarias hasta aquellas que den condición y características a ciertos productos al gusto de la demanda, tales como refinado de aceites, «coupage» de vinos, elaboración de calidades comerciales de algunos artículos, fabricación de pinturas y barnices, etc., etc.

En resumen, el programa de trabajo de la Zona Franca gaditana puede considerarse en tres apartados correspondientes a estos tres grandes epígrafes:

A) Operaciones de depósito y distribución.
B) Industrias de primer grado, y
C) Industrias de transformación.

Pero no quisiéramos terminar esta breve exposición, sin reseñar un dato de extraordinario valor para aquellos comerciantes e industriales que hayan tenido la paciencia de leernos. Nos referimos al actual Depósito Franco de Cádiz, que, situado en el mismo Puerto de Cádiz, se encuentra administrado por el Consorcio de la Zona Franca, y cuyo régimen de franquicia aduanero y comercial e industrial es análogo al de nuestras futuras Zonas Francas. En él, se encuentran en construcción, un Silo capaz para treinta mil toneladas y un Frigorífico para seis mil, y existen, además, grandes Almacenes Generales de Depósito adonde convergen mercancías del mundo entero, tanto para su posterior introducción en España, como para su reexportación al extranjero, y constituye un eficacísimo elemento auxiliar de las Zonas Francas, ya que permite, desde este momento, que todos aquellos comerciantes e industriales que piensen utilizar dichas Zonas como base de sus futuras operaciones, tanteen y ensayen en nuestro Depósito las soluciones más eficaces en el porvenir.

Otro extremo que tampoco podemos olvidar, es el referente a la ampliación que para las operaciones industriales a que deban ser sometidas las materias primas sitas en dichos Depósitos Francos, ofrece nuestra legislación de Admisiones Temporales, que permite introducir, en régimen de franquicia aduanera, dichas materias en el interior de España para ser manufacturadas o transformadas y devueltas nuevamente a dichos Depósitos.

El Consorcio de la Zona Franca de Cádiz, trabaja incansablemente, tanto en la más rápida construcción de las Zonas, como en conseguir la máxima expansión comercial de nuestros Depósitos Francos, suministrando datos, informaciones comerciales, expidiendo Warrants a los millares de personas que desde todos los países se interesan por nuestros proyectos o nuestros Depósitos, lo que asegura el éxito de esta gigantesca empresa.

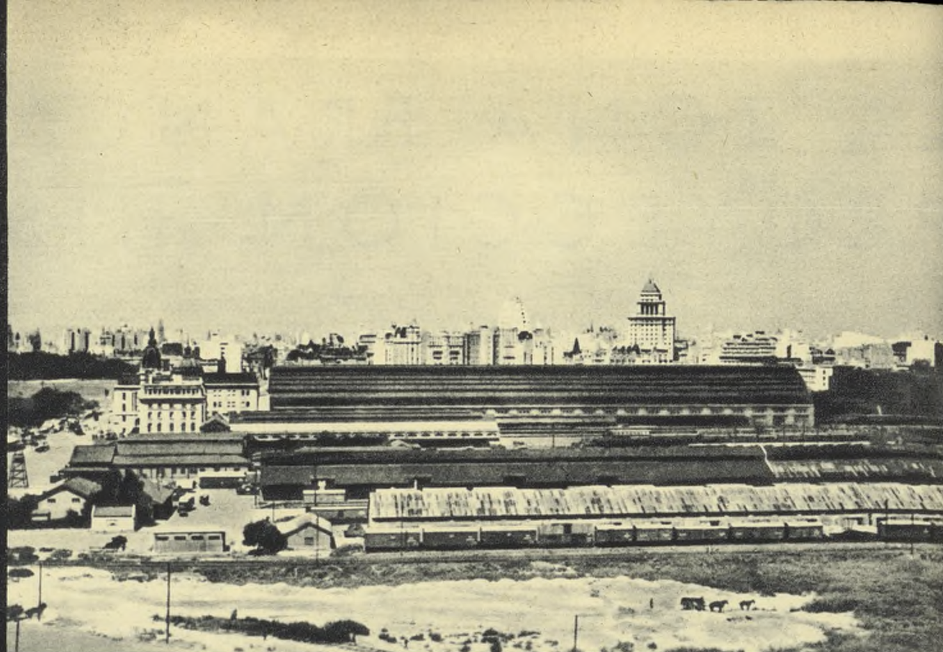


EN ESTE GRAFICO SE MUESTRA EL EMPLAZAMIENTO GEOGRAFICO DE LA ZONA FRANCA DE CADIZ

ALFONSO MORENO GALLARDO



VISTA DE LA CIUDAD DEL PLATA



ESTACIONES RETIRO DE LA CIUDAD



DEPOSITOS DE PETROLEO JUNTO AL PUERTO



PANORAMICA NOCTURNA DE BUENOS AIRES



PLAZA DE MAYO



VISTA AEREA DE LOS RASCACIELOS



PANORAMICA DEL PUERTO ARGENTINO



PLAZA DE LA REPUBLICA

MISION HISPANICA DE LA GRAN ARGENTINA

O

EL PROBLEMA DE LA PERMANENCIA DE LO «HISPANICO» EN LAS AMERICAS

por J. E. Casariego

RECOGEMOS EN ESTAS TRES PAGINAS VARIOS ASPECTOS DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, QUE OFRECE EN SU ACTUAL FISONOMIA LA HONDA Y CLARA HUELLA DE LA INFLUENCIA ESPAÑOLA

El tema de la permanencia y la trascendencia del espíritu español —de «lo español», de «lo hispánico»— en América, es uno de los grandiosos problemas de nuestro tiempo que con mayor justicia preocupan y apasionan a las juventudes intelectuales de América y de España. Y, al referirse a él, es frecuente oír a personas poco reflexivas, de esas que juzgan las cosas de prisa y por encima, afirmaciones como ésta: «La Argentina es lo menos español de América; las grandes inmigraciones de otras razas y las influencias de culturas extranjeras, la han convertido en un centro cosmopolita que nada tiene que ver ya con España.» Y esta creencia, por desgracia bastante extendida entre mentes perezosas, es falsa de toda falsedad. En realidad, lo que ocurre en el caso argentino es todo lo contrario, y, para mí, la Argentina de hoy es, tal vez más que ninguna otra, la «Nueva España» del futuro. Quizá esta afirmación les parezca a algunos confusa y exagerada, por lo cual procuraré explicarla, aunque tropiece con las dificultades que imponen los límites de un artículo de periódico.

NACIONALIDAD Y FOLKLORE

En primer lugar, al estudiar seriamente un tema así, tratándose de un pueblo, hay que comenzar distinguiendo los valores permanentes y trascendentes del color local folklórico y pintoresco. Si nos fijamos sólo en lo último, esto es, en el continente y no en el contenido, en la piel y no en el organismo, es posible que tengan razón las mentes perezosas que afirman lo que arriba se transcribe. Porque la Argentina de hoy es país de poco folklore, de escaso color local. Pero si consideramos, en síntesis, el problema sobre el modelo histórico de la propia España fundadora, observamos inmediatamente la pervivencia histórica de Castilla, que es la región menos colorista de la península. Es el mismo caso de Prusia con relación a la Gran Alemania, de Toscana con relación a Italia, de Inglaterra con relación a la Gran Bretaña y de la Rusia Blanca y bizantina con relación a la Gran Rusia de Eurasia. En la formación de todas las grandes nacionalidades europeas, podemos ver cómo la unidad y la proyección exterior se hacen en torno a la región menos localista y folklórica que es, quizá por eso, la más universal, la más capacitada para la empresa imperial con contenido de universalidad. Es, por tanto, una verdad repetidamente demostrada por la Historia, que aquellas regiones en las que el puro espíritu de la nacionalidad —de los altos valores de la nacionalidad— prevalece sobre el ropaje externo del folklore, son las más aptas para encabezar las grandes empresas universales, en las que el espíritu de una Fe, de una lengua, de una cultura, como instrumentos, en fin, de una fuerza inmanente y fatal, determinan el ciclo del Imperio (1).

ELEMENTOS DE JUICIO

Yo acabo de recorrer la gran nación argentina. Hace apenas unos días estaba todavía en Buenos Aires, en cuya ciudad viví cinco meses. He explicado dos cursillos de mi especialidad en las Universidades de Buenos Aires y de La Plata. He atravesado la pampa y las sierras y me he detenido en el bucólico remanso de algunas estancias del interior. Visité e hice mis observaciones en los centros ciudadanos de Rosario, Santa Fe, Córdoba y Mendoza, y en la capital federal procuré deambular por los barrios donde predominan los italianos, los turcos y los judíos. Por razón de mi oficio y de mi misión, alterné con grupos intelectuales de diversas y contradictorias tendencias.

Cambié impresiones con políticos de distintos partidos y tuve el honor de ser recibido y dialogar durante hora y media con el Jefe del Estado. Cito todo esto a título de mis elementos de juicio. Paso ahora a exponer este juicio en forma sintética, rápida, casi telegráfica:

EL IDIOMA

En todas partes, de la Patagonia al Chaco y de los Andes al mar, he oído hablar español, y buen español, por cierto, con su *voseo*, sus arcaísmos gratos, que ennoblecen y dan regusto a la lengua y sus agudos modismos criollos. Un español, incluso, superior al que se habla en muchas regiones de la Península, donde predominan las formas dialectales. El acento, sobre todo en los labios de las lindas criollas, se hace sumamente agradable por su dulce eufonía. El apelativo *vos* tiene un encanto ceremonioso, dentro de la sencillez de la plática familiar. Los militares, como en los tiempos de Cervantes, tienen *foja* de servicio. En cierta ocasión, oí comentar a un obrero un vulgar suceso, y escuché: «*Le dió un fierrazo en la cabeza con el fierro de apalancar.*» (Tal diría un menestral del tiempo de Isabel de Castilla.) «*Se venden frazadas de lana merina*», dice, en el centro de Buenos Aires, un gran letrero comercial. Los acentos prosódicos traspuestos son también otro arcaísmo amable:

«*Llevâte la cosa*», «*Andâte ligero*», que recuerdan aquel magnífico pasaje de una crónica de las luchas del Perú, del siglo XVI, que pone en labios de Pizarro, el Grande, esta frase «después criolla»: «*Vení vos conmigo, mi vieja espada.*» El *che*, el familiar y confianzudo apelativo argentino, es español *hasta las cachas*, como se diría por aquí. Es el conocido valencianismo, apócope de *chiquet*, muchacho, llevado a las tierras del Plata por los marineros levantinos que monopolizaron allí el cabotaje durante el siglo XVIII. Los viejos refranes del antiguo refranero castellano han tomado carta de naturaleza en la Pampa. No hay más que leer el *Martín Fierro* (una de las más altas producciones de la lengua, quizá la más alta del siglo XIX). Por cierto que, respecto a esto, soy poseedor de una anécdota que no quiero callar: Un día, en una conversación, se me ocurrió decir: *No hay atajo sin trabajo.* Y uno de los contertulios, comerciante criollo, mendocino, sin preocupaciones intelectuales, hombre medio de verdad, me apostilló: «Ya veo, amigo, que se va usted *acriollando.*» ¡Acriollándose un peninsular de las Asturias por decir *foja* y *fierro* y *vos* y *No hay atajo sin trabajo!* ¡Maravilloso *acriollamiento*, que es una manera de volver a nosotros mismos en el momento de nuestra mayor grandeza!

Pero aún hay más en esto del idioma. Y muy significativo. Durante el siglo pasado, sobre todo después de las campañas de Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, etcétera, se intentó en la Argentina crear un «idioma nacional», a base de los vulgarismo y extranjerismos usuales, todo lo cual culminó con la publicación, en 1900, del desdichado libro del francés Luciano Abeille *Idioma nacional de los argentinos.*

Tan disparatado fué este engendro que sirvió de losa a la sepultura del intento de «idioma nacional». Otro francés y argentinista eminente, el señor Groussac, calificó la obra de su compatriota de *rapsodia en que la ignorancia absoluta del asunto (comenzando por el castellano) toma la forma de una baja adulación al criollismo.* Y uno de los más ilustres literatos argentinos, don Ricardo de Rojas, dijo: *Repudio el libro* (el de Abeille) *porque carece de sistema científico y porque fomenta las inclinaciones más barbarizantes y vanas del patrioterismo criollo.*

Cuarenta años después del alegato de Abeille, el Consejo Nacional de Educación prohibió terminantemente en las escuelas, centros oficiales y la radio, que se hable con *voseo* incorrecto y se empleen los vulgarismos corrientes. El decreto lleva fecha de 1940. Significa la victoria total del castellano culto, académico. Es el mismo caso de la España del 1500, cuyos gobernantes y letrados se esforzaban en que nuestra lengua, aún no perfecta, se pareciese a su padre, el latín elegante que estaban desenterrando los renacentistas. ¿Quiérese una mayor prueba de «hispanismo», de paralelismo, en la misión preimperial?

Y esto del idioma tiene ya en sí una fuerza inmensa. El idioma no es simplemente un medio mecánico de expresar el pensamiento, sino que es el pensamiento mismo. Por eso, las lenguas tienen «sangre y alma», como decía muy gráficamente nuestro impar Unamuno. Se piensa como se habla, y así, los pueblos pueden agruparse por sus idiomas, sobre todo teniendo en cuenta la sintaxis de sus idiomas.

De ahí el fracaso de los idiomas «inventados» y racionales, como el esperanto o esta monserga de ahora del inglés básico. Pero, en fin, el problema del idioma-pensamiento está sobradamente estudiado en Filosofía, para que yo ahora pretenda insistir sobre él. Quede sólo esta rotunda afirmación: La Argentina piensa en español porque habla en español. Y esta rotunda afirmación puede comprobarse en otras muchas observaciones sobre la vida argentina. Por ejemplo:

REACCIONAR A «LO CRIOLLO»...

Otra anécdota para comenzar este apartado. Conocí en Buenos Aires un matrimonio, ella nieta de extranjeros, pero ya argentina de pies a cabeza; él emigrado hacía diez o doce años de un lírico y blando país europeo. Ella —hermosísima y honesta señora— solía despertar frecuentes y espontáneas admiraciones verbales cuando transitaba por las calles, ante lo cual el marido adoptaba siempre una postura de estoica resignación. A mí me los presentaron en una tertulia, y un día coincidimos en la estación del Retiro para tomar el tren del Tigre. Al momento de subir la señora, un tipo con cara de *compadrito* (el *compadrito* es la réplica porteña del «chulo» madrileño), se estiró para espetarle un piropo: «*!Pero qué churro...!*, le dijo a la hembra, inclinando el torso hacia ella. El esposo se limitó a desentenderse y a empujar a la mujer para que subiera más pronto al tren.

Pero una vez acomodados los tres, ella no pudo contener el estallido de su cólera magnífica. Puso —justamente— al pacífico marido como un mismísimo trapo y terminó con esta arrogante y soberbia afirmación:

—*Vos sos un «gringo», vos no reaccionás «a lo criollo».*

¡Y qué espléndida estaba mi bella amiga al decir aquello! Ella —sólo dos generaciones— era ya criolla, y le indignaba y no comprendía la actitud del cónyuge *gringo*. Ella pedía celos, y pasión, y coraje al macho que no tolera ni que le miren a «su» hembra. Ella, *gringa* también, dos generaciones, era ya criolla —hispana—,

(1) En este trabajo se da a la palabra «Imperio» su recto significado etimológico, histórico y erudito, sin ningún sentido político actual.



EL EXCMO. SR. D. JUAN DOMINGO PERON, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA ACOMPAÑADO DE SU ESPOSA EXCMA. SRA. DOÑA MARIA EVA DUARTE CON EL EXCMO. SR. EMBAJADOR DE ESPAÑA EN LA ARGENTINA SR. AREILZA

y, sin saberlo, vibraba como la copla «de redaños» —bárbara, celtibérica— que salta pujante de las bandurrias cantarinas en las noches de rondalla y alegre garzonía:

La reja de esta morena
la ronda ahora un valiente
y aquel que por ella venga
está «condenao» a muerte.

A lo largo de la Argentina he observado actitudes puramente hispánicas en gentes de apellidos italianos o polacos, que reaccionaban, o, lo que es aún más importante, se jactaban de reaccionar «a lo criollo». Y precisamente reaccionaban así ante cosas fundamentales de la vida, ante cosas que son «piedras de toque» para el temperamento humano, como el Amor, el Dolor, la Muerte, la Dignidad. Y es que todas esas gentes —inmensas masas— estaban ya argentinizadas —hispanizadas— o en indudable proceso de argentinización.

Además, téngase en cuenta que esas masas sólo constituyen parte de la población total de la Argentina. Otra gran muchedumbre de argentinos —la mayoría—, la forman los descendientes de los conquistadores y colonizadores, los hijos de una o dos generaciones de españoles peninsulares y un gran número de españoles europeos. Hay también los mezclados de sangre española con las de otras procedencias. Unos y otros son el elemento de atracción «nacional», los que asimilan a la riada inmigrante. Los que mantuvieron el idioma y la nacionalidad y evitaron que aquel principio optimista de Alberdi, *gobernar es poblar*, terminase en una catástrofe de descastamiento y babel. En la Argentina, más que en ningún otro lugar de la Tierra, tiene realidad aquella afirmación de Waldo Frank: *Todo lo que entra en el ser de España termina siendo irrevocablemente España.*

Y España está ahí, en «lo criollo», que es una pura floración de «lo hispánico». Y esto se extiende a todas las formas de la vida. Un barrio de cualquier ciudad argentina, con su gente popular, se parece más a un barrio de cualquier ciudad española que al de cualquier otra población del mundo no hispanoamericano. Una muchacha argentina —que es americana— se parece mucho más en su concepto del pudor, por ejemplo, en su manera de hablar y de moverse en la vida, a cualquier muchacha peninsular —que es europea—, que a otra de los Estados Unidos, que es también americana, o que a una de Inglaterra, que es también europea. Y es que eso de «Europa» y «América», con lo que tanto se juega en política internacional, tiene como contenido real y humano total muchísima menos importancia que lo que muchos lectores de periódicos se creen. La cuenca del río de la Plata es mucho más «Europa» que muchas comarcas puramente europeas por la Geografía y por la Historia.

A PESAR DE TENERLO TODO EN CONTRA...

Pero volvamos a la aguda frase de Waldo Frank. El caso argentino es verdaderamente revelador, porque allí «lo hispánico» ha jugado con todos los factores históricos en contra y ha prevalecido únicamente por esa fuerza fatal e irrevocable de su destino padreador y eterno. Examinemos este interesante aspecto:

Cuando, hace cerca de siglo y medio, se realizó la emancipación política de las tierras que hoy corresponden al Estado argentino, los hombres contenidos en ellas no sobrepasaban el medio millón de habitantes, según los cálculos más optimistas. Los lazos materiales con la Madre Patria quedaron entonces rotos y la propaganda del movimiento romántico-liberal, alimentó a las multitudes con tópicos de furioso antiespañolismo, produciéndose una corriente filosófico-política adversa a España y a todo «lo español», de la cual fueron representantes Sarmiento en la Argentina y Bilbao en Chile.

España, por su parte, carecía, ciertamente, de ejemplaridad. Se desgarraba en guerras civiles pariguales a las de los «caudillos» o «montoneras» de la pampa cruel y fecunda. No producía ni ciencia, ni técnica, ni capitales, ni literatura. Los españoles emigrantes eran «los gallegos», toscos y zafios, salidos de las más humildes clases campesinas, que iban a las Américas, no como nietos de los conquistadores de antaño, sino como criados, friegaplatos, horteras. ¡Qué prestigio el del ingeniero inglés frente al *mucamo* gallego! En nada, ante los ojos de nuestros separados y reñidos parientes, éramos capaces de emular a los «europeos». (Ya se lo dijo Sarmiento en Madrid a su paisano Ventura de la Vega: *Como allá no leemos libros españoles; como ustedes no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni comentaristas, ni historiadores, ni cosa que lo valga; como ustedes aquí y nosotros allá traducimos, nos es absolutamente indiferente que ustedes escriban lo traducido de un modo y nosotros de otro.* Sarmiento, que no tenía pelos en la lengua, fué descortés y exagerado, pero con un innegable fondo de razón.)

Eran aquellos los días terribles de *l'Espagne* de pandereta, de una España arruinada y casi colonizable a través de los empréstitos y de las intrigas de cancillería. Además, sobre la Argentina, gravitaban, con su ejemplo, los ingleses y los franceses, que exportaban su ciencia, su técnica, sus capitales, sus modas y hasta su *esprit*, que también era una manera de *faire l'Amerique*, como ellos mismos reconocían. Miles de soldados franceses e ingleses combatieron en las luchas platenses en la época de Rosas. Millones de emigrantes de otras razas y lenguas se volcaron sobre el país... Desde todo eso han transcurrido cien años y... ¿qué queda en pie? El nombre inglés de dos o tres estaciones de ferrocarril, cierto laudable regusto de buena cortesía francesa, una docena de italianismos ya «acriollados»... y para de contar. Todas aquellas modas han pasado o están pasando. Y, en cambio, «lo hispánico» sigue firme y clavado como espina dorsal de la Argentinidad, es nervio y fibra que caracteriza «lo nacional». Y gana terreno día a día, atrae con pasión a las juventudes, hace escuela intelectual y, en las recientes jornadas electorales (pese a lo episódico de tales actos), el pueblo refrenda con mayorías aplastantes y entusiasmadas a los partidos que hacen ostentación y alarde de sus programas hispanistas o de criollismo. («¡Whysky, no; mate, sí!»), proclamaba un cartel que inundaba hace meses Buenos Aires.

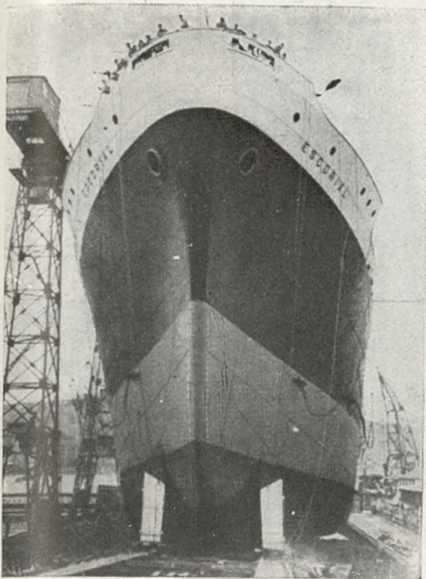
... Y hoy la Argentina es así, a pesar de haberlo tenido todo en contra durante más de un siglo...

Y es que la Argentina, con ese inmanente sentido, casi biológico, de la perduración, de la conservación, que tienen los pueblos, sobre todo cuando se acercan a la madurez histórica, comprende que es «lo hispánico» lo que le da carác-

(SIGUE EN LA PAGINA 97)

NUEVOS BUQUES

PARA NUESTROS PUEBLOS



DESDE hace algunos años existe una actividad sin precedentes en la industria mundial de las construcciones navales. Tanto es así, que en diciembre de 1947 había unos 77 millones de toneladas de registro bruto, y por tanto unos nueve millones más que en septiembre de 1939. Ahora bien; es evidente que esta circunstancia no ha sido motivada sólo por el deseo de reponer las pérdidas sufridas durante la guerra, sino también por el convencimiento absoluto de que las flotas mercantes han de jugar un papel decisivo en la ordenación futura de los mercados. La colocación de las mercancías en los lugares más convenientes, el ahorro de los pagos de fletes, la posibilidad de ofrecer al exterior precios baratos, siguen siendo para cada país función del número de barcos que posea. Por consiguiente, para las naciones hispanoamericanas, que en su mayor parte viven sobre la exportación de determinadas materias procedentes de un cuasi-monocultivo, la fabricación de buques es cuestión de un inmenso interés.

Sin embargo, y a pesar del esfuerzo que están haciendo, España es entre ellas la única que puede presentar ahora un balance industrial favorable.

En 1939, la flota mercante española era totalmente insuficiente, ya que sólo transportaba el 27 por 100 de nuestro tráfico exterior; financieramente, esto representaba la salida de unos 100 millones de pesetas anuales en concepto de fletes. Por otra parte, la contienda civil había provocado grandes pérdidas en diversas instalaciones, y la producción siderúrgica había bajado a unas cifras catastróficas; las fábricas de maquinaria se encontraban asimismo en un estado de desorganización extrema.

Desde entonces poco a poco se fué acondicionando todo lo que había sido dañado, pero esto no era bastante, y al hacer un reexamen general de la situación, se vió claro que la iniciativa privada, en parte contraída por el temor a hacer cuantiosas inversiones, no podía llevar sobre sí el peso de las grandes construcciones que eran necesarias, y además que se tendría que prescindir de la ayuda del Extranjero, por la falta de divisas y porque los astilleros de las potencias industriales se dedicaron a las demandas de carácter militar.

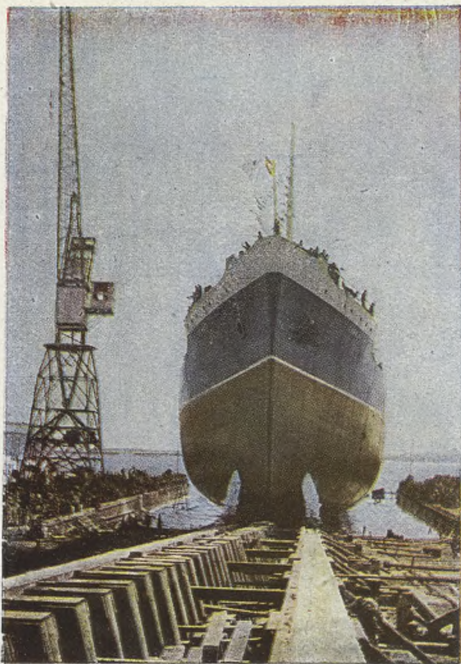
Las construcciones navales en España se han orientado, pues, en dos direcciones: una, constituída por los planes de trabajo de las Empresas particulares, y la otra, por las subvenciones oficiales y por el funcionamiento de astilleros nuevos de propiedad estatal. A este respecto, la Ley de 7 de mayo de 1942 creó la Empresa Nacional Elcano, con el objetivo de instalar astilleros y talleres de maquinaria, así como de aumentar por diversos medios la flota mercante.

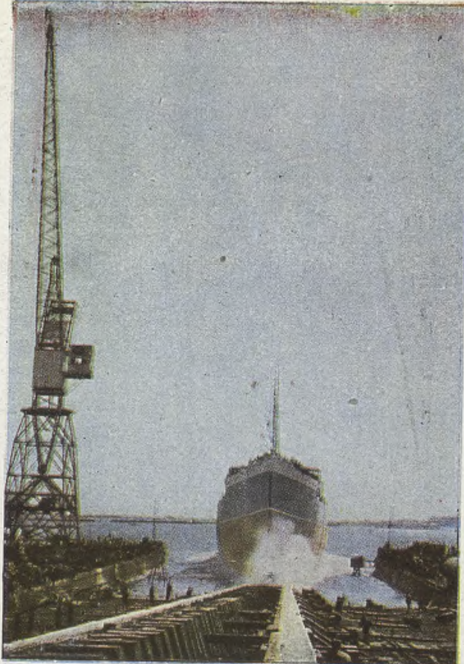
Conforme a las estadísticas suministradas por el Anuario Marítimo español, desde 1941 se han botado los siguientes buques mayores de 1.000 toneladas:

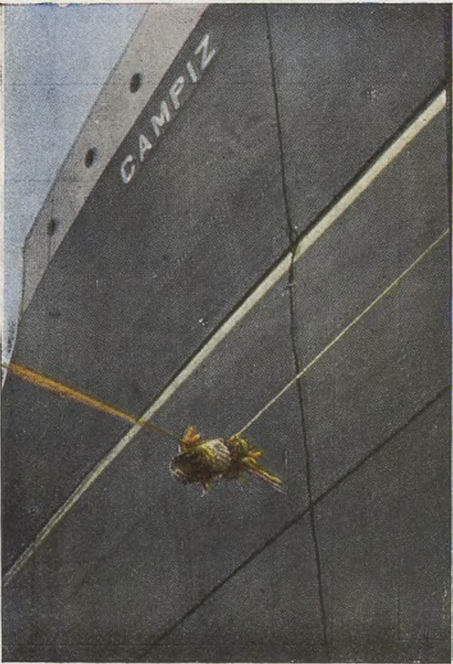
Año	Número	Toneladas
1941	3	11.276
1942	4	5.668
1943	5	14.357
1944	8	31.668
1945	4	14.000
1946	8	37.542
1947	1	6.100

Como podrá observarse, desde 1940 hasta finales de 1947 se ha atravesado por una gran crisis. Sin embargo, la baja venía provocada fundamentalmente por un hecho circunstancial: el descenso en la producción de acero, y éste se encuentra en vías de desaparición. De todos es sabido que la sequía y la consiguiente escasez de corriente eléctrica, a la vez que la mala calidad o la pequeña cuantía de los carbones destinados a la coquización, han originado un declive en la industria siderúrgica, cuyas consecuencias fueron gravísimas en algunos casos. La industria naval fué una de las más perjudicadas, y esto se demuestra fácilmente si advertimos que en el aprovisionamiento de materiales siderúrgicos le correspondió sólo 21.977 toneladas en 1942, 24.980 en 1943, 19.297 en 1944, 15.379 en 1945 y 12.953 en 1946. Una de las Compañías más afortunadas en 1947 fué la Unión Naval de Levante, y obtuvo únicamente 2.000 toneladas.

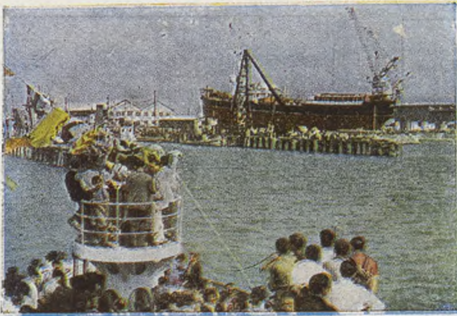
Durante los últimos diez meses se ha registrado el tan esperado impulso de la producción de acero, facilitado por la favorable situación eléctrica y por un mejoramiento notable en los suministros de carbón, que aún habrán de incrementarse

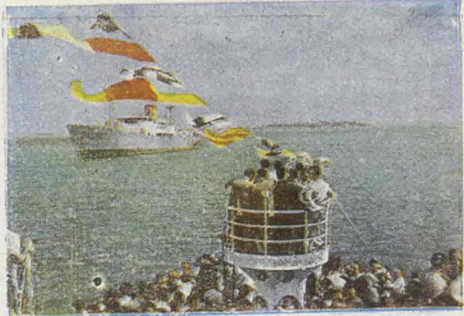












El barco petrolero "Campiz", de 10.900 toneladas de peso muerto y 8.458 toneladas de arqueo, fué lanzado a mar, en la bahía de Cádiz, el día 9 de julio de 1948. Las 6 fotografías, en color natural, recogen diferentes momentos del acto, al que asistieron relevantes personalidades civiles y militares. (Fotos Lara.)

con las importaciones que se han estipulado en los Tratados comerciales con Francia e Inglaterra; y así, los astilleros españoles han podido trabajar a un ritmo mucho más intenso, firmando a la vez contratos de nuevas construcciones de la mayor importancia.

De esta forma, en 30 de septiembre de 1947 España ocupaba el noveno lugar entre los países constructores de navíos; exceptuando Inglaterra, en el resto del mundo se construían por aquella fecha 1.856.224 toneladas, y Estados Unidos nos aventajaba muy poco, ya que ocupaba el séptimo puesto, con 177.669 toneladas.

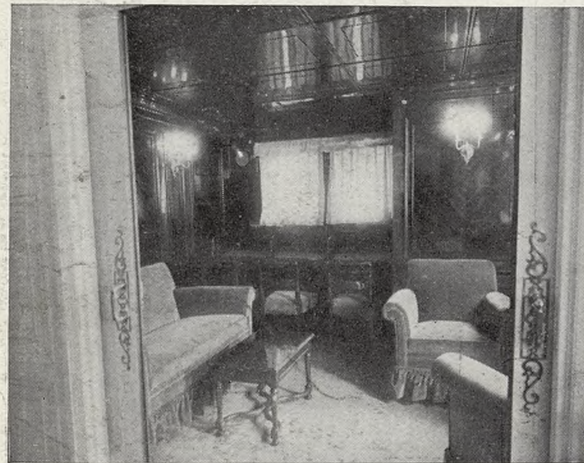
A principios de este año la industria naval estaba ya encauzada definitivamente; de ahí el que España tenga ahora en ese sector económico un lugar destacado dentro de Hispanoamérica.

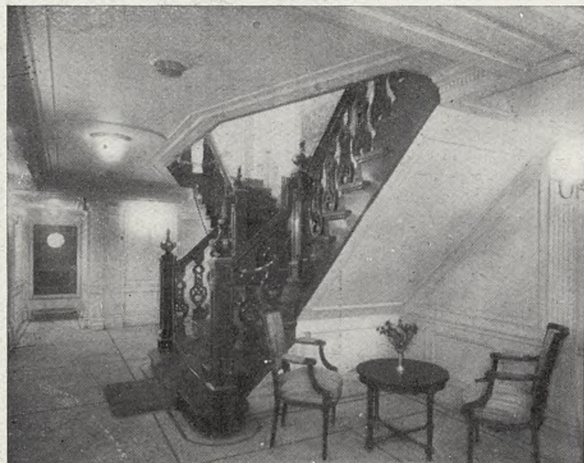
Los buques principales que entonces estaban fabricándose eran los siguientes:

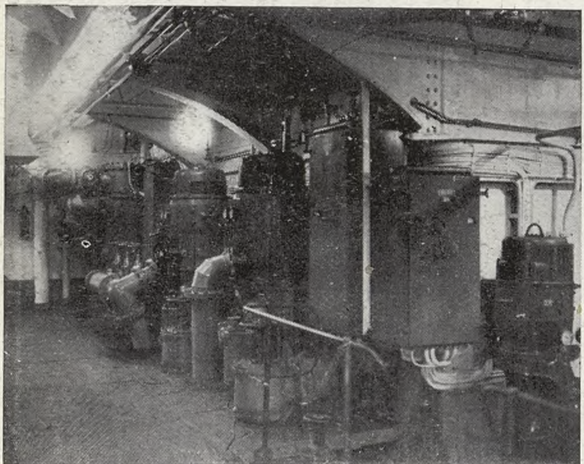
ASTILLEROS	N.º de buques	Clase de buques
Euskalduna (Bilbao)	4	Mixtos, de 6.500 t.
Idem íd.	1	Petrolero, » 8 170 »
Idem íd.	2	Fruteros, » 5.400 »
Idem íd.	1	Carguero » 3.400 »
S. E. Construcción Naval (Matagorda)	1	Petrolero, » 8.170 »
Idem íd.	4	Fruteros, » 2.500 »
Unión Naval Levante (Valencia)	2	Petroleros, » 8.170 »
Idem íd.	2	Mixtos » 6.100 »

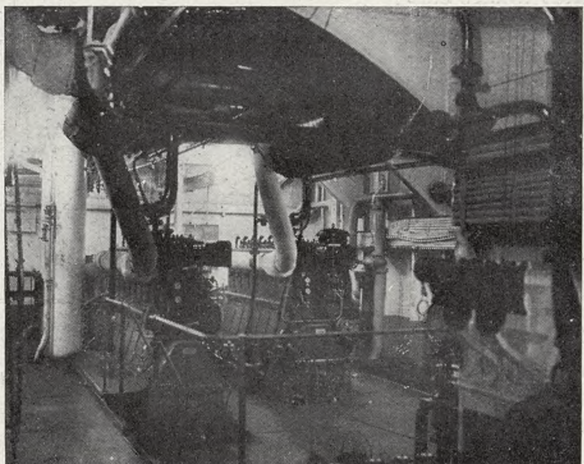
El "Monte Urbasa" realiza las últimas pruebas antes de hacerse al mar.

El buque tanque "Campante" construído en la factoría de Matagorda.









Cuatro aspectos del "Monte Urbasa": La sala de lectura, el arranque de la escalera principal y dos ángulos de su sala de máquinas, que recogen un grupo de bombas refrigeradoras de aceite y tres grupos electrógenos de 220 Kw. *(Fotos del "Monte Urbasa" cedidas por la Revista "Ingeniería Naval".)*

El total para España era el siguiente:

NÚMERO Y CLASE DE BUQUES	Arqueo bruto (Tons.)
4 petroleros	32.680
12 mixtos	76.400
12 fruteros	43.800
7 carga y carboneros	17.018
14 bacaladeros	12.500
92 pesqueros	16.389
31 costeros	12.825
10 remolcadores	1.400
1 buque escuela	796
2 transbordadores	6.500
2 hidrográficos	600
187	222.108

De los 187, 34 corresponden a vapores, con 33.010 toneladas, y 153 a motonaves, con 198.098.

A partir de 1 de enero se han ido ejecutando los programas de trabajo con más intensidad que nunca. Mes tras mes fueron botados al agua numerosos buques, cuyo rendimiento económico inmediato es valiosísimo, no sólo para la economía nacional, sino también para sus propietarios. Entre ellos merecen destacarse el "Villagarcía", el "Villaviciosa", el "Monte Urbasa" y el "Campiz". Los dos primeros son fruteros acondicionados con los más modernos adelantos de la técnica, y contribuyen grandemente al problema de exportar con medios propios la gran producción de nuestra costa mediterránea. Ambos tienen las mismas características: 2.500 toneladas de peso muerto, 83 metros de eslora, 13,16 metros de manga, 5,44 metros de calado, 1.800 HP. de potencia en las máquinas y 12 nudos de velocidad. Han sido fabricados en los astilleros de la Sociedad Española de Construcción Naval por cuenta de la Empresa Nacional Elcano. El "Monte Urbasa" es una motonave mixta de carga y pasaje destinada al tráfico con América del Sur. Construída también en Bilbao, en los astilleros de la Sociedad citada, su elegancia de líneas, el gusto que preside su ornamentación y la perfección de sus instalaciones, hacen de ella una obra maestra. Desplaza 8.700 t. de peso muerto y tiene 138,68 m. de eslora, 18,92 m. de manga, 7,90 m. de calado, 7.300 HP. de potencia en máquinas y 16 nudos de velocidad. En el viaje inaugural a la Argentina ha batido el "record" mundial de velocidad en la ruta del Sur de los buques de sucla se y categoría, gracias al extraordinario resultado que dieron su carena y propulsor, completamente fabricados en España. Por último, el "Campiz" es un petrolero botado en el mes de julio pasado para la flota de la CAMPSA, y viene a engrosar la potencia marinera española en esta clase de navíos, que ya en la mencionada fecha de septiembre de 1947 ocupaba el quinto puesto mundial. Desplaza 10.900 t. de peso muerto y tiene 140,20 m. de eslora, 18,90 m. de manga, 8,28 de calado, 3.800 HP. de potencia de máquinas y 12 nudos de velocidad. Ha sido construído también por la Sociedad Española de Construcción Naval.

Entre los buques actualmente en construcción sobresalen los siguientes: el "Monte Udala", mixto, de 8.700 t., con fecha probable de entrega en 1948; el "Monasterio de la Rábida", de iguales características que el anterior, con fecha probable de entrega en 1949; el "Campamento", petrolero, de 10.800 t. y probable fecha de entrega en 1949; el "Monasterio de Guadalupe", el "Monasterio de Silos" y el "Monasterio de Yuste", de iguales características que el "Monte Urbasa"; los "Villamanrique", "Villablanca", "Villacastín" y "Villamartín", fruteros, de iguales características que el "Villagarcía"; un petrolero de 8.200 t., un frutero de 2.500 y dos mixtos de 6.500.



En este gráfico se reproduce la situación geográfica de los astilleros civiles y militares de España.

La mayor parte de esta actividad se debe a la iniciativa privada; pero, como dijimos antes, el Estado ha participado de una forma altamente eficaz. La Empresa Nacional Elcano tenía ya en febrero, al cabo sólo de cinco años, 39 buques, que desplazan 80.547 toneladas de registro bruto. La mitad de ellos se administran por la entidad, y la otra se explota en arriendo por diversas Compañías particulares. Por otra parte, y en lo que se refiere a las construcciones que tiene actualmente contratadas o que está a punto de contratar, cuenta en los astilleros con 15 buques, y dentro de poco empezará a su cargo la construcción de dos transatlánticos de 19.000 toneladas cada uno, para la ruta de América del Sur; otros dos de 18.000 para la ruta de América del Norte, y cuatro petroleros de 11.000 toneladas, que harán de nuestro país, probablemente, una de las cuatro primeras potencias marineras del mundo en dicha clase de transportes. Actualmente, la flota mercante española suma más de 1.200.000 toneladas.

En España existen 26 gradas mayores de 100 m., cuya capacidad de producción es muy difícil de determinar, ya que es en realidad la capacidad de los Talleres de Herreros de Ribera la que marca la fabricación de cascos, según ha hecho constar el III Consejo Sindical Industrial.

Los principales astilleros se encuentran localizados en Pasajes, Bermeo, Bilbao, Santander, Gijón, El Ferrol, Vigo, Cádiz, Cartagena y Valencia, y las principales Empresas son la Sociedad Española de Construcción Naval, cuyas instalaciones ocupan en Bilbao 298.600 m²; en El Ferrol, 240.000; en Matagorda, 158.000; en Cartagena, 125.133; Astilleros de Cádiz, que ocupa 319.462; la Unión Naval de Levante, que ocupa en Valencia 100.000, y la Compañía Euskalduna, que ocupa 66.659 m² en Bilbao.

Con respecto a la industria auxiliar de maquinaria, ha quedado totalmente desvirtuada la opinión de que España se encontraba incapacitada para suministrar la cantidad precisa de dichos materiales a su flota. Las fábricas de maquinaria de propulsión pueden satisfacer todos los pedidos que exija el crecimiento del trabajo en los astilleros españoles. Y en cuanto a los motores Diesel, así como a otro diverso herramental, puede decirse lo mismo. Disponemos de vastas instalaciones productoras, dotadas con elementos modernísimos, cuyo rendimiento nos independiza de las Casas extranjeras. Sólo por parte de "La Maquinista Terrestre y Marítima", de Barcelona, se entregaron en 1947 diecisiete motores marinos, que oscilaban entre una potencia de

En el dique seco de la factoría de Sestao se ultima la construcción del "Castillo de Peñafiel".

470 CV. y 10 CV., además de 61 motores destinados a centrales térmicas. Al empezar 1948, en dicha Compañía se hacían los motores propulsores de los bacaladeros de "Febsa", los propulsores y auxiliares de tres petroleros de la serie "Calvo Sotelo" y otros buques, con una potencia máxima de 600 CV.

La técnica española ha alcanzado una evidente calidad y solera en las industrias navales, desde la rama de los cascos hasta la de las piezas de precisión. Este es un factor importantísimo que no cabe olvidar. Para hacer buques se necesita disponer de materiales siderúrgicos, pero también, y por encima de todo, de una mano de obra especializada, de un equipo de ingenieros de primera clase y de una gran perfección en la industria auxiliar. De ahí el que España se encuentre en una situación favorable dentro de la carrera de construcciones emprendida últimamente en el mundo.





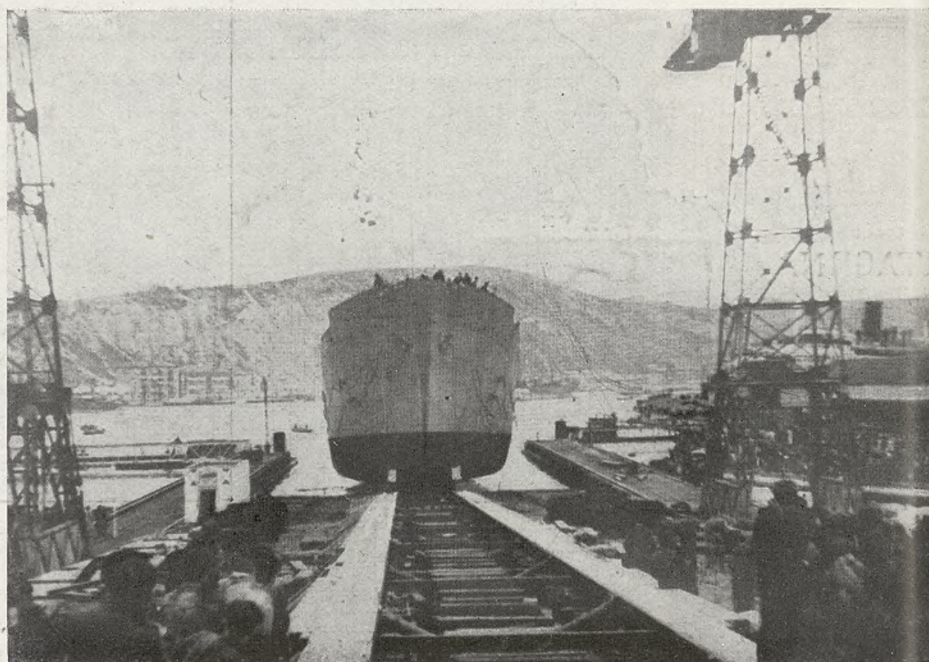








Las seis fotografías que a todo color se reproducen en esta página, recogen otros tantos aspectos de la botadura del "Campiz". Actuó como madrina D.ª Dolores Churruca, Vda. de Ibarra e hija del Presidente del Consejo de Administración de la Campsa. Bendijo el barco el Arcipreste de Cádiz. (Fotos Lara.)



Momento de ser lanzado al agua, en el puerto de Bilbao, el "Villaviciosa".

Por el contrario, y teniendo en cuenta las consideraciones que hemos expuesto, los países de América Central y del Sur tienen grandes obstáculos para crear en factorías propias una marina mercante adecuada; carecen en su mayor parte de industria siderúrgica, de especialistas y de la imprescindible experiencia. No obstante, con el fin de asegurar sus exportaciones en forma regular y económica, algunos han hecho notables sacrificios para adquirir buques en el Extranjero.

De todos modos, hay que hacer constar que existen astilleros, aunque de capacidad muy pequeña, en bastantes puntos de la costa americana; en su mayoría se dedicaban a las reparaciones o bien a construir barcos de escaso tonelaje, como son los que en la región del Delta, en la Argentina, se destinan al transporte de los frutos de la zona. Uruguay es el único país cuyas construcciones se consideran interesantes en el exterior, y aun con eso, recogiendo las cifras suministradas por el Lloyd's Register of Shipping, a finales del pasado mes de junio sólo estaba fabricando nueve buques, menores de 1.000 toneladas, con un total de 3.636 t. Representaba el 0,09 por 100 de la construcción mundial.

Creemos, sin embargo, que el esfuerzo próximo de más consideración se va a producir en la Argentina, ya que en el Plan Quinquenal aprobado por el Congreso en octubre de 1946 se ha previsto una fuerte ayuda estatal a la industria de las construcciones navales. Las últimas noticias confirman que el proyecto se va realizando. El Gobierno ha montado una nueva organización, la Dirección de Industrias Navales, que bajo el Ministerio de Marina trabajará para aumentar la capacidad de los astilleros actuales y de las fábricas de maquinaria, así como a la vez para impulsar el establecimiento de nuevas instalaciones. Por lo demás, la poderosa "Engineering and Industrial Exports, Ltd." parece ser que tiene el mayor interés en facilitar el Plan con el suministro de equipo y maquinaria. Esta fué la declaración que hizo en enero último Mr. F. Giray.

Como ya dijimos anteriormente, el único medio que tienen ahora los países hispánicos de América para procurarse una flota propia es la adquisición de buques en el Extranjero. En tal sentido, sus encargos han sido considerables, según puede comprobarse en las listas del Lloyd's Register.

Para la Argentina se estaban construyendo en Gran Bretaña y Norte de Irlanda, en junio de este año, 11 buques, con un total de 88.545 toneladas; en los Dominios ingleses, 3 buques, con 9.000; en Italia, 14 buques, con 54.860; en Suecia, 1 de 5.000; en Estados Unidos, 3 con 3.369; en Uruguay, 3 con 1.200. Resumen: 35 buques con 161.974 toneladas. La mayor parte de ellos son petroleros o frigoríficos, cuyo rendimiento económico, en lo que se refiere al ahorro de fletes y a la exportación de carne, está completamente asegurado.

Para el Brasil se construían en Estados Unidos 2 buques con 10.816 toneladas; en los Dominios ingleses, 1 de 5.390. Resumen: 3 buques con 16.206 toneladas.

Para Chile, únicamente Gran Bretaña construía 2 buques con 9.600 t.

Para Méjico, también en la Gran Bretaña, se fabricaba 1 de 1.750 t.

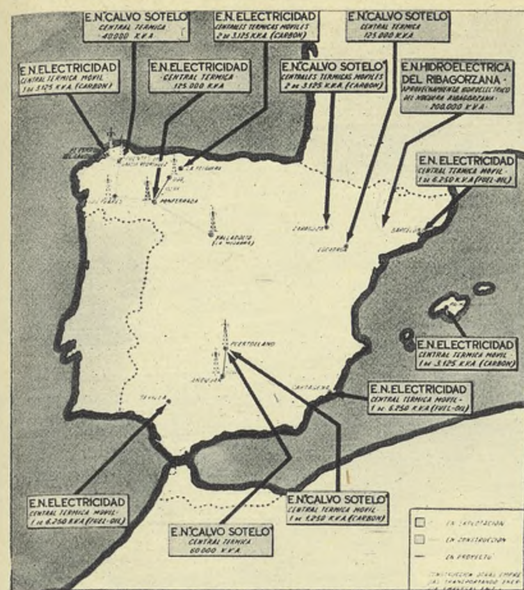
Para Panamá, poseedora de una de las primeras flotas del mundo, por la serie de ventajas que tiene el registro de las naves bajo su bandera, se construían en Gran Bretaña 4 buques con 39.340 t.; en Estados Unidos, 4 con 44.000 t. Resumen: 8 buques con 83.340 t.

En el Protocolo Franco-Perón se ha estipulado la construcción de motonaves para la Argentina en los astilleros españoles. Es aún prematuro hablar del programa de trabajo que va a seguirse para realizar sus cláusulas, así como de los buques que se entreguen, pero puede adelantarse que fundamentalmente serán petroleros, en cuya construcción nuestro país tiene una acreditada solvencia y una técnica depuradísima. Lo esencial es que en dicho documento diplomático se inicia una vinculación estrecha de la industria naval de España con un Estado hispanoamericano, susceptible de ampliarse sobre la base de un criterio de cooperación económica y de mutua ayuda.

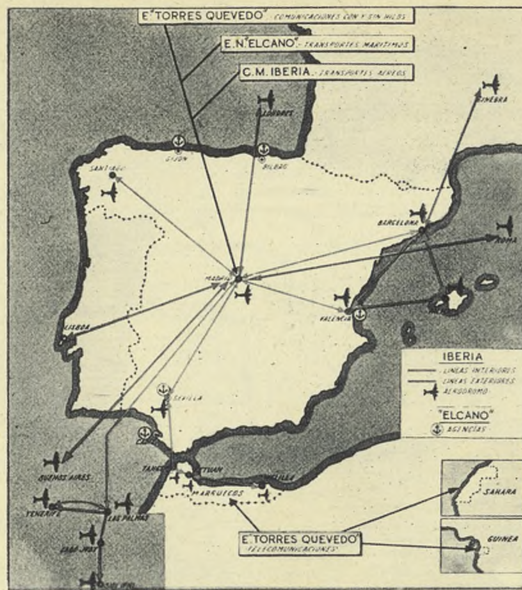
Queda mostrada documentalmente la actividad sin precedentes en la industria mundial naviera. Como se dijo, durante un tiempo de ocho años aumentó en nueve millones, frente a las habituales estadísticas, el tonelaje bruto de las construcciones navales. Este considerable aumento fué debido a la imprescindible necesidad de las flotas mercantes en el futuro equilibrio de los mercados mundiales. Pero entre todas las naciones, la que realizó un esfuerzo más intenso fué España, que hoy puede presentar un balance industrial en extremo favorable.

E N R I Q U E   L A R R O Q U E

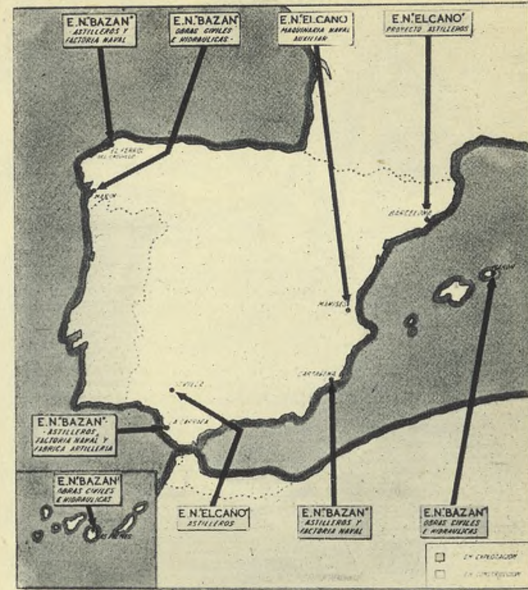
HACIA LA INDUSTRIALIZACION DE ESPAÑA



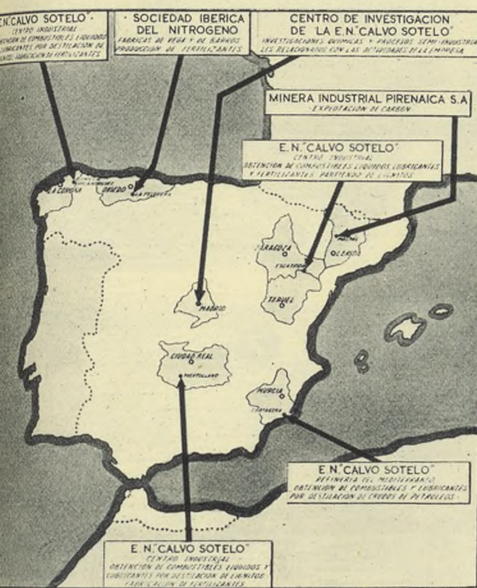
PRODUCCION DE ENERGIA ELECTRICA Y LINEAS DE TRANSPORTE



TRANSPORTES MARITIMOS Y AEREOS Y COMUNICACIONES

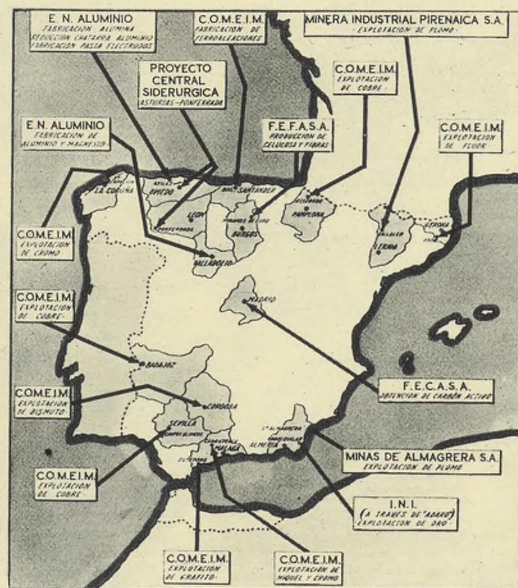


CONSTRUCCIONES NAVALES, CIVILES Y MILITARES



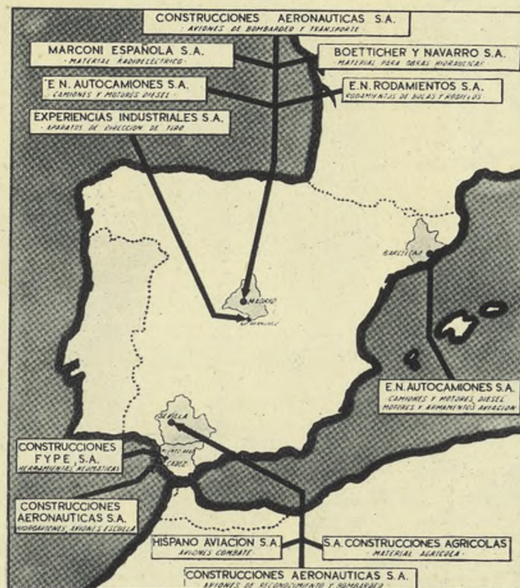
ACTIVIDADES DE PRODUCCIONES BASICAS

PRODUCCION : COMBUSTIBLES SOLIDOS - COMBUSTIBLES LIQUIDOS LUBRICANTES Y FERTILIZANTES - (EN 31-XII-1947)

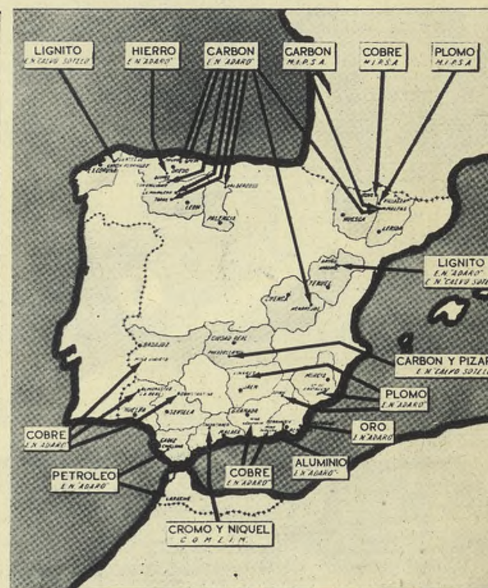


ACTIVIDADES DE PRODUCCIONES BASICAS

II.-PRODUCCION : METALURGICA, QUIMICA, TEXTIL Y OTRAS —— (EN 31-XII-1947)



INDUSTRIAS DE TRANSFORMACION

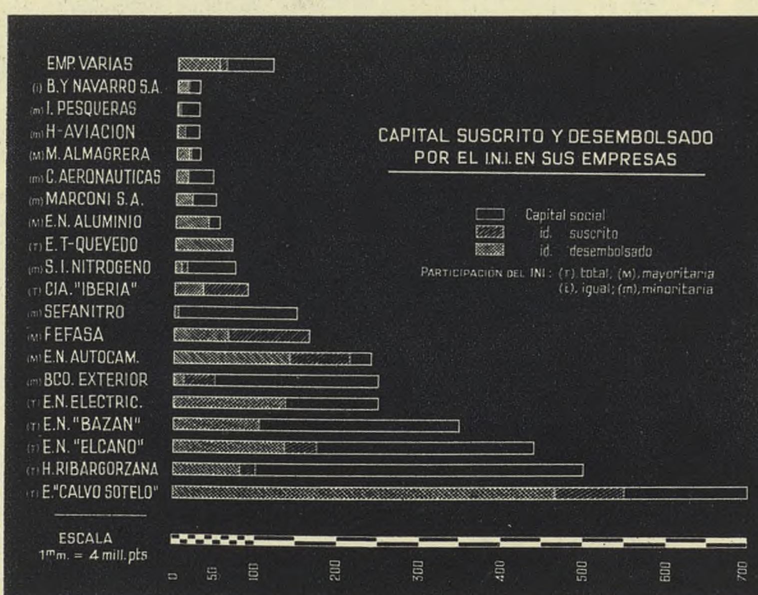


INVESTIGACIONES MINERAS

EL INSTITUTO NACIONAL DE INDUSTRIA

PARA abrir la marcha, en este intento de exponer las realizaciones técnicas e industriales de España, no hay mejor pórtico que el formado por las empresas que auna, impulsa y vigoriza el Instituto Nacional de Industria, creado por Ley de 25 de septiembre de 1941. Empezamos así con una de las realizaciones más ambiciosas y geniales que una política estatal del gasto, haya pretendido lograr en el orden industrial, utilizando métodos originales, alejados de la posible acción coactiva del Estado y singularmente próximos a los procedimientos y técnicas de la empresa privada.

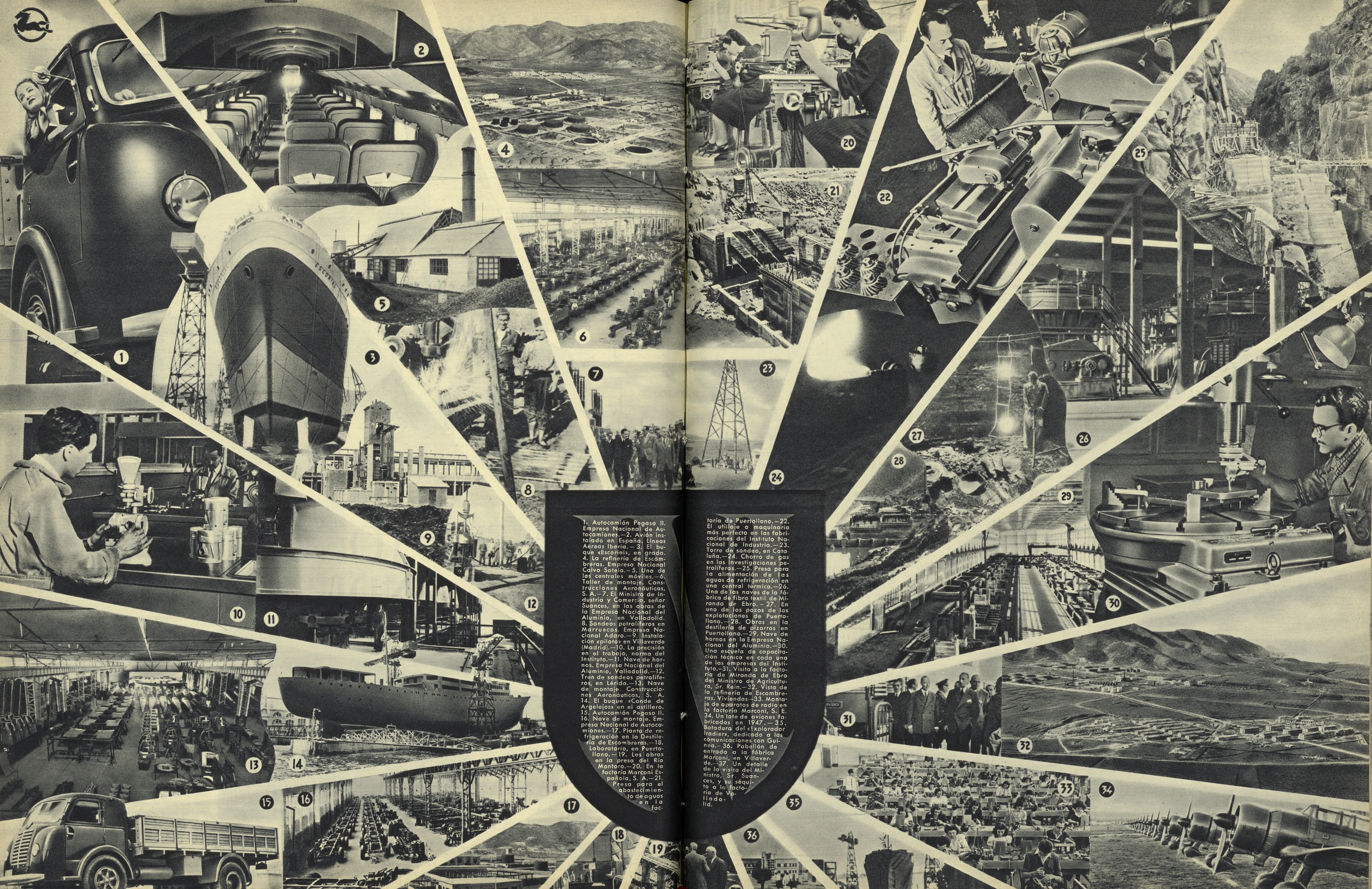
ASPECTOS ADMINISTRATIVO Y FINANCIERO



Abarca el INI, a través de sus participaciones de capital, una serie de veintisiete Sociedades, cuyas actividades variadísimas se dirigen al resurgimiento de la industria española, en aquellos aspectos más vitales para su economía. Se crean o reorganizan factorías de carácter militar, en su triple aspecto: terrestre, naval y aéreo. Se da vida a industrias extractivas y de transformación para la explotación de nuevos yacimientos o el mejor aprovechamiento de otros ya existentes. Se inicia la fabricación de maquinaria agrícola y de minería, elementos de transporte, abonos y fibras textiles; con objeto de disminuir nuestra dependencia del extranjero en estos renglones tan importantes para el nivel de vida de los pueblos modernos. En otros casos el Instituto, por medio de anticipos o participaciones minoritarias, vigoriza aquellas empresas experimentadas en la fabricación de elementos para obras públicas, telecomunicaciones o electrificación industrial y agrícola.

El INI y todas sus Sociedades dependientes tienen sus respectivos Consejos de Administración, con la debida representación de los capitales privados, de la aportación estatal y de los organismos oficiales interesados. La complejidad de la marcha administrativa se resuelve sin necesidad de incautaciones ni de nacionalizaciones, tan en boga en otros países, España, señalada erróneamente como país de economía totalmente controlada, emprendió por iniciativa de su Jefe del Estado un grandioso plan de industrialización adaptado en líneas generales a los métodos de la economía libre.

La Ley de creación del INI lo estructura como Corporación de Derecho Público con personalidad y patrimonio propios; con facultades para aportar a la Empresa privada que desarrolla actividades de interés nacional los capitales que eventualmente precise para su desenvolvimiento; o para constituir con capital integramente estatal aquellas otras empresas industriales en las que, bien por su largo período de instalación, bien por el elevado capital que requieren o por los riesgos que para el mismo se deduzcan no hayan sido objeto de desarrollo por la iniciativa privada. Aun en estos casos, es norma del Instituto ofrecer al capital particular participación en las mencionadas Empresas, tan pronto como éstas han llegado al grado de desarrollo económico preciso para que resulte atractiva la adquisición de sus acciones. Podrían apreciarse en la organización del INI algunas semejanzas con las «holding companys» puesto que, en distinta medida según las empresas, dirige y controla la marcha



1. Autocamión Pegaso II. Empresa Nacional de Autocamiones.—2. Avión instalado en España. Líneas Aéreas Iberia.—3. El buque «Escorial», en grada. 4. La refinería de Escombreras. Empresa Nacional Calvo Sotelo.—5. Una de las centrales móviles.—6. Taller de montaje. Construcciones Aeronáuticas, S. A.—7. El Ministro de Industria y Comercio, señor Suances, en las obras de la Empresa Nacional del Aluminio, en Valladolid. 8. Sondeos petrolíferos en Marruecos. Empresa Nacional Adaro.—9. Instalación «piloto» en Villaverde (Madrid).—10. La precisión en el trabajo, norma del Instituto.—11. Nave de hornos. Empresa Nacional del Aluminio, Valladolid.—12. Tren de sondeos petrolíferos, en Lérida.—13. Nave de montaje. Construcciones Aeronáuticas, S. A. 14. El buque «Conde de Argelejos» en el astillero. 15. Autocamión Pegaso II. 16. Nave de montaje. Empresa Nacional de Autocamiones.—17. Planta de refrigeración en la Destilería de Escombreras.—18. Laboratorio, en Puertollano.—19. Las obras en la presa del Río Montoro.—20. En la factoría Marconi Española, S. A.—21. Presa para el abastecimiento de aguas en la factoría de Puertollano.—22. El utillaje o maquinaria más perfecto en las fabricaciones del Instituto Nacional de Industria.—23. Torre de sondeo, en Cataluña.—24. Chorro de gas en las investigaciones petrolíferas.—25. Presa para la alimentación de las aguas de refrigeración en una central térmica.—26. Una de las naves de la fábrica de fibra textil de Miranda de Ebro.—27. En uno de los pozos de las explotaciones de Puertollano.—28. Obras en la destilería de pizarras en Puertollano.—29. Nave de hornos en la Empresa Nacional del Aluminio.—30. Una escuela de capacitación técnica en cada una de las empresas del Instituto.—31. Visita a la factoría de Miranda de Ebro del Ministro de Agricultura, Sr. Rein.—32. Vista de la refinería de Escombreras. Viviendas—33. Montaje de aparatos de radio en la factoría Marconi, S. E. 34. Un lote de aviones fabricados en 1947.—35. Botadura del «Explorador Iradier», dedicado a las comunicaciones con Guinea.—36. Pabellón de entrada a la fábrica Marconi, en Villaverde.—37. Un detalle de la visita del Ministro, Sr. Suances, y su séquito a la factoría de Valladolid.



1. Factoría de montaje de aviones en Sevilla. Construcciones Aeronáuticas, S. A.—2. Viviendas de obreros en la planta industrial de Puertollano.—3. Tanques de la fábrica de Miranda de Ebro.—4. Cimentación de la Central Térmica. Empresa Nacional de Electricidad, S. A.—5. Obras de la Central Térmica en Puentes de García Rodríguez. Empresa Nacional «Calvo Sotelo».—6. Botadura del «Villafranca».—7. Estación de transformación intemperie.—8. En una de las instalaciones de las centrales eléctricas móviles.—9. Obras de la presa en el río Montoro.—10. Turbogenerador de la Refinería de Cartagena.—11. Oficinas centrales en la refinería de Cartagena.—12. Presa en el río Montoro.

de las mismas; pero sus objetivos buscan el bien público y el control no favorece a un grupo de accionistas mayoritarios, sino a la propia economía de la nación española.

En el orden financiero el gráfico estadístico refleja exactamente el volumen de las aportaciones del Instituto, representadas por transferencias de acciones en poder de otros organismos del Estado, instalaciones y metálico. Se mantiene, no obstante, una equitativa proporcionalidad con el capital privado, pues siendo el fondo social de todas las empresas 3.560 millones de pesetas, la participación estatal asciende a 1.476 millones; es decir, el cuarenta y uno por ciento.

En la creación de nuevas Sociedades, el ambicioso esfuerzo que el INI supone, no excede de las posibilidades financieras del Estado, como puede apreciarse en los siguientes datos:

Importe de las emisiones de valores industriales desde 1941	*17.600*	*millones*
Porcentaje correspondiente al INI	*8.1 por 100*	—
Capital de las Sociedades creadas en el primer semestre de 1948	*1.981*	—
Capital del INI en siete años.	*1.476*	—

MISIONES Y REALIZACIONES

La misión esencial del Instituto es la de llevar a cabo los grandes programas de resurgimiento industrial, según las directrices del Gobierno, sin que por eso se busque un instrumento de socialización o de estatificación, sino un órgano de tutela y ayuda a los intereses privados, subordinados siempre a los más importantes de la economía nacional.

Las actividades industriales, reflejadas ampliamente en los gráficos que señalan la localización de las empresas, suponen un excepcional impulso al incremento de las producciones básicas. Las fabricaciones que se proyectan o realizan en las empresas más importantes, proporcionarán anualmente a España combustibles, textiles, fertilizantes, metales, tonelaje mercante y energía eléctrica.

Explotación de lignitos en Teruel y Puentes de García Rodríguez, utilización de menudos en León, de carbones pobres en Puertollano y de antracitas en Lérida, Palencia y Cuenca.	*2.600.000*	*toneladas*	
Combustibles líquidos procedentes de la destilación de pizarras y lignitos	*335.000*	—	
Productos petrolíferos en la refinería de Escombreras (Cartagena).	*700.000*	—	
Fertilizantes a base de lignitos y hullas pobres.	*336.000*	—	
Hierro y acero en una nueva siderurgia en Asturias	*350.000*	*toneladas*	
Aluminio y metales ligeros en Valladolid	*15.000*	—	
Plomo en Lérida y Sierra Almagrera.	*20.000*	—	
Celulosa y fibras textiles en Miranda de Ebro	*10.000*	—	
Construcción, en una primera etapa, de 21 buques	*100.000*	—	*p. m.*
Energía eléctrica en centrales térmicas, fijas y móviles, y nuevas plantas hidro-eléctricas	*700.000*	*K V A*	

Parte de las producciones anteriores, más las de fabricación de automóviles utilitarios y de transporte, rodamientos a bolas, aparatos de telecomunicación y fabricaciones relacionadas con la defensa nacional, todas ellas iniciadas, supondrán un ahorro anual de divisas de unos 520 millones de pesetas oro.

Actualmente se encuentran ya terminadas y en período de fabricación muchas de las industrias del INI, como puede apreciarse en la parte gráfica. La importancia de las instalaciones hace necesario un estudio particular para cada una de ellas, dejando para sucesivos trabajos la explicación de las actividades encomendadas a la Empresa Nacional «Calvo Sotelo» para combustibles líquidos; Empresa Nacional de Autocamiones, Empresa Nacional «Elcano», de la Marina Mercante; Empresa Nacional «Bazán», de Construcciones Navales Militares; Líneas Aéreas «Iberia»; «Fefasa» de fibras textiles, y otras de no menor importancia.

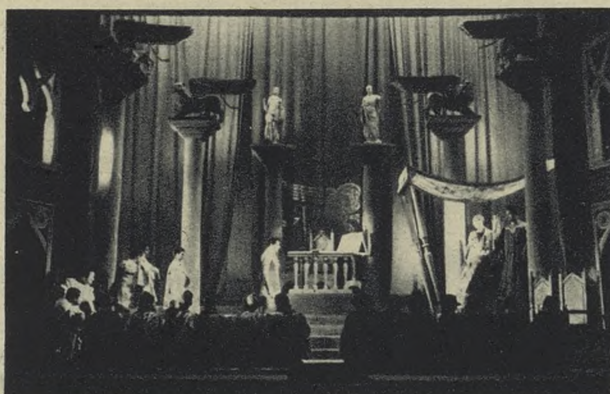
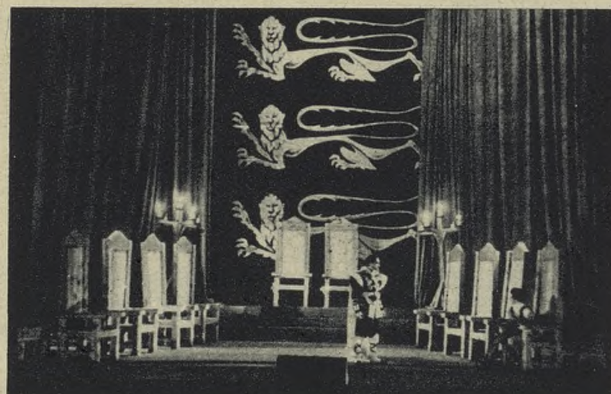
DISTRIBUCION GEOGRAFICA

El emplazamiento de las industrias ha sido cuidadosamente estudiado, buscándose en lo posible la descentralización y, por tanto, un reparto de la riqueza nacional que facilitará, en ciertas comarcas, el equilibrio de las actividades agrícola e industrial, abriendo así muchas perspectivas para el mejoramiento del nivel de vida. Otras industrias se han emplazado buscando la proximidad a las rutas del comercio mundial, ya que algunas de ellas podrán en lo futuro servir, no sólo a las necesidades de España, sino también con el mayor entusiasmo y en la medida de sus posibilidades, a las demandas de máquinas, barcos y productos transformados de las naciones hispánicas.

El Instituto Nacional de Industria contribuye hoy a dotar a España de medios para que ésta vuelva a andar por sí misma en unos momentos en que los grandes imperios del mundo parece van a quedar agotados en las cunetas del camino.

F E D E R I C O   M E R L O





EL TEATRO ESPAÑOL DE MADRID

Cada vez que, al hilo de una nueva temporada, se alza el telón del Teatro Español, sobre su escenario surgen y se animan con maravillosa flexibilidad las viejas páginas que idearon los clásicos de la farsa. Así, con la gracia y el juego que son inevitables en el tinglado teatral, se hace posible la larga exhibición que va desde una «Antígona» sofóclea a este «Burgués gentilhombre», nuevo rico del XVII, que ha ofrecido en su final de temporada el Teatro Español, de Madrid, como una embajada del mejor arte.

No por pura ambición de empresa, ni aun por mero prurito vanidoso, sino con el riesgo y la responsabilidad que impone una misión, el Teatro Español tiene abiertas sus puertas en Madrid con un fin claramente definido: para ir reanimando, en sus campañas, lo más significativo de la literatura dramática, todo lo que marca una huella profunda, todo lo que incorpora a la historia del teatro unas fechas o unos nombres que deben recordarse siempre. Alentado por esta ambición vive y recrea el Teatro Español madrileño, que va dejando una tras otra, en cada una de sus reposiciones, una muestra más de la mejor teoría escénica. Pero, aún dentro de ese camino, quedaban múltiples posibilidades y el Teatro Español se ha definido muy particularmente por una concreta: la de compaginar siempre al más alto nivel el diálogo y la escenografía.

Al llegar a este punto, rozamos una de las cuestiones más discutibles en el mundo de las tablas: la eterna rivalidad entre la palabra y la acción, entre la obra y su realización escénica. Pero, como no nos incumbe ahora divagar en este sentido, diremos únicamente que el Teatro Español, sin eludir el problema, lo ha afrontado con resolución para buscar —probablemente— la solución única: la de analizar primero el espíritu y la intención de cada obra —tan distantes algunas de nuestros modos de hoy— para ofrecerlo después con la expresión verbal más adecuada (que en unos casos será mera traducción, en otros «arreglo» y en otros versión libre) y la escenografía que ambiente con mayor exactitud. Es decir, sencillamente, para hacer teatro digno de su tradición y de su responsabilidad.

Al servicio siempre de este criterio y alentándolo con el joven impulso de su maravillosa intuición, viene trabajando su director, Cayetano Luca de Tena, en torno al cual y al cabo de sus ya no pocos años directivos, han ido apareciendo traductores, músicos, escenógrafos y figurinistas de nuestras mejores escuelas que, al lograr para cada obra su tono exacto, conseguían para uno de los primeros escenarios de nuestra capital, la más variada y rica labor escénica.

En esta página, de izquierda a derecha: Tres momentos de «El mercader de Venecia», de Shakespeare; «Macbeth», de Shakespeare; «La pasión de Nuestro Señor Jesucristo», y «La dama duende», de Calderón.

Es indudable que hablar del Teatro Español 80 *(la casa solariega que guarda desde los viejos «corrales», el antiguo Teatro del Príncipe y los modernos intentos de revalorización dramática, las más puras esencias del ambiente teatral madrileño) es hablar de su actual director Cayetano Luca de Tena y que cuanto decíamos relativo a la misión y a las realizaciones que se nos vienen ofreciendo, hay que apoyarlo por completo en el esfuerzo de su director.*

Este joven director cuyo mayor acierto acaso radique en la certera conjunción que sabe lograr siempre con todos los elementos que coinciden en sus realizaciones.

Con un amplio criterio de selección, cada temporada, el Teatro Español va presentando indistintamente los mejores títulos de la literatura dramática universal. Naturalmente y muy en primer término, nuestras propias obras: Lope de Vega, Calderón, Tirso, todo el teatro del Siglo de Oro que, por su intrínseca genialidad, conserva aún los valores de la época y llega directamente al espíritu del público actual.

Pero, al mismo tiempo, queda lugar y entusiasmo para recordar las grandes producciones extranjeras, desde la tragedia clásica hasta los más recientes éxitos de autores contemporáneos.

Y todas ellas —servidas con los mejores elementos— reviven en el escenario del Teatro Español, probablemente con tanta exactitud y tan alta dignidad escénica como acaso en muy pocos teatros del mundo puedan go- 80 *zarse hoy. España cumple así un homenaje permanente a una de las más viejas artes.*

Entresacar de la amplia serie de realizaciones las más perfectas, sería tarea muy difícil.

Pero sí podemos resaltar algunas de ellas como muestra, no sólo de la amplitud y calidad de los títulos escogidos, sino también para indicar los distintos modos de hacer y de representar utilizados.

Así, la magna versión de «Fuenteovejuna», ofrecida a través de un depurado texto revisado por Ernesto Giménez Caballero, completamente íntegro y sin las mutilaciones con que en ciertos países oprimidos se representa esta obra para servir fines de bandería.

Tres matices del drama se quisieron destacar en su realización: la distancia que separa a nobles y villanos; el ímpetu colectivo y por último, el equilibrio rector, la sombra justiciera y desapasionada de los Reyes Católicos, personificando la majestad real vigilante y presente a través de todo el desarrollo dramático. Todo ello realzado por una escenografía rica en matices y colorido y plena de exaltación popular.

Dentro de la misma línea de proporciones vastas, donde el pueblo juega el papel principal, nos ha quedado «Antígona» de Sófocles que, en una versión libre del gran poeta José María Pemán, llegó al escenario del Teatro Español como el mejor mensaje de paz para este mundo oscurecido por el odio.

Abajo, de izquierda a derecha: «Antígona», de Sófocles, según la versión de José María Pemán, con Mercedes Prendes de protagonista; otro momento de «Antígona»; Adriano Domínguez y Carlos M. Tejada en «El mercader de Venecia», de Shakespeare, y Aurora Batista y A. Domínguez en «Fuenteovejuna».















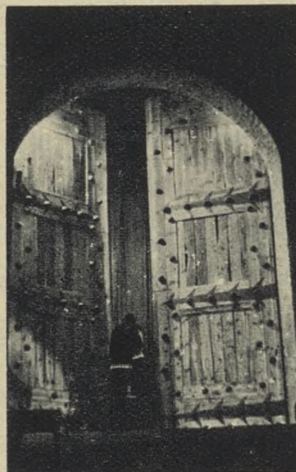


Tirso de Molina antes y ahora recientemente Moliére, han traído una fina expresión de su ingenio y buen arte dramático.

Del primero, «Don Gil de las calzas verdes» realizado sobre escenario giratorio y en una escenografía en la que se hicieron compatibles todas las incidencias de la trama sirviendo con el aire caprichoso de los vestidos, con el ritmo casi guiñolesco de la acción, con las andanzas —respetuosamente mudas— de un nuevo personaje, esta gran broma teatral que es «Don Gil de las calzas verdes».

De Molière, «El burgués gentilhombre», obra fresca y regocijante que ha mostrado las posibilidades de una realización de comedia ballet en cuya escenografía se ha recogido el estilo y ambiente de los teatros cortesanos del siglo XVII francés.

Cada temporada, alternando la producción española y la extranjera, se ha visto enriquecida además con obras de Calderón, Moratín, Echegaray, Zorrilla, Benavente, Marquina, Foxá, Calvo Sotelo, entre los españoles, y Schiller, Goethe, Víctor Hugo, etc., entre los extranjeros, de los cuales, citando a contemporáneos, se han ofrecido tres de los más grandes éxitos en los escenarios anglosajones: «El tiempo dormido», «Luz de gas» y la adaptación de la famosa novela «Lo que el viento se llevó».





Puesto de honor en cada temporada tiene Shakespeare, del que se ofrece anualmente una obra.

Quede aquí constancia de la versión escueta, grandiosa en su sencillez con que se presentó la oscura tragedia de «Macbeth»; el contraste jugoso y colorista del maravilloso «Sueño de una noche de verano», la dulzura y delicadeza de «Romeo y Julieta» o la colosal arquitectura del «Ricardo III».

Así vive el Teatro Español de Madrid y así va dejando en la capital de España el fruto de una espléndida labor de arte que vale tanto como una activa tarea de paz.

L U I S   G O N Z A L E Z   R O B L E S

De izquierda a derecha: «Romeo y Julieta», de Shakespeare, versión de N. González Ruiz; «Fuenteovejuna», de Lope de Vega, según la adaptación de Giménez Caballero; «La malcasada», también de Lope de Vega; otro momento de «Romeo y Julieta»; «Macbeth», de Shakespeare, y «Romeo y Julieta».

4.500

LA PAZ 3.648 mts.

3.500

3.000

QUITO 2.860 mts.

2.500

MEJICO 2.277 mts.

2.000

1.500

1.000

MADRID 650 mts.

500















LA CIUDAD MAS ALTA DEL MUNDO CUMPLE 400 AÑOS



Frente al gran vacío que se abre al asomar la mirada desde la cuchilla de la altiplanicie a la hoya de La Paz, se tiene una visión de vértigo. Ahí está la cuenca del río Choqueyapu, nombre milenario de linaje aymara —sementera de oro—, con una caída que desciende verticalmente desde el balcón unos setecientos metros, conservando el valle profundo todavía una altura considerable sobre el nivel del mar, que llega a 3.340 metros. El panorama se ofrece con la fantasmagoría de una visión lunar. Tiene la presencia de un gran mar desecado, siendo ésta la expresión que tiene toda la vitalidad, para dar la figura emotiva del rostro geográfico de la Tierra donde se alza la ciudad de La Paz. La morfología abismal de su caprichosa formación geológica está cruzada por la línea tumultuosa de un río —el Choqueyapu—, que al arrastrar en el granito de sus piedras la riqueza del oro, en su constancia de siglos va labrando un cauce profundo por el caprichoso de perforaciones mecánicas. Aquí, en estos titánicos macizos andinos, es donde se descubre con más impresionante magnitud la hermosura de ese portento geológico que es el Illimani —Hellemana (cosa para siempre)—, la montaña mágica que con su reposo de esfinge decorada por el tríptico de sus penachos de nieves eternas, preside con su majestad gloriosa la tremenda grandeza del paisaje, cargado de avaras austeridades.

TIERRA QUE ROBA CIELOS

Esta tierra, parda y enjuta, que vive su existencia telúrica atesorando siglos bajo la mirada vigilante de un cielo de azules esplendores, depurado por la luminosa verticalidad de un sol que cubre de fuego el ámbito de esta tierra fría que ofrece latitudes de trópico, pero que es fiel a los Andes con el resplandor constante de las altas cumbres que transmiten el vibrar helado de sus ventisqueros. Esta tierra tiene ansias prometeicas de robar el azul de los cielos. En la sucesión de las estaciones, se viste en invierno (junio-septiembre) de algunas nevadas mañaneras, y donde el resto del tiempo el viento es un martillo y el frío un clavo que sufre su impulso. En el otoño (marzo-junio), el clima se ofrece como una miniatura invernal, que se confunde con la primavera. En el verano (diciembre-marzo), el sol arde con fulgores que dulcifican su intensidad tropical con el frío de los Andes y por las lluvias alisias cargadas de tempestades. La primavera (septiembre-diciembre) es una amable sucesión de días claros y azules embalsamados de frío.

El pleamar accidentado de la piel áspera y fuerte que cubre con su greda untuosa la superficie de la tierra paceña, alterna con la vista de las fantásticas esculturas, tubos de órgano que decoran los barrancos, figuras milagrosas como de indiátides en éxtasis, túnicas que cubren las audacias de basaltos triunfantes y erectos, monolitos ingentes como una muchedumbre de colosos y, en fin, las más caprichosas manifestaciones de la dinámica de la naturaleza insomne, donde el paisaje ofrece ese su tremendo y pensativo rostro de soledad que nos habla en el lenguaje plástico del silencio, del recogimiento, del dolor contenido, acaso de la meditación... Todo este panorama se mezcla con el zig-zag escalonado de pequeñas planicies y laderas que ofrecen anfiteatros, graderías, oleajes, remansos de pequeños pastales, superficies planas cubiertas de paja brava, matorrales de hierbas selváticas, donde viven las vicuñas, las llamas y los huanacus...

Ahí está la visión de una tierra estática, un grandioso monumento de la geografía americana, ausente el hombre, en la que se suceden las auroras con la fantasía de sus oros, de sus violáceos y de sus amarantos, los mediodías plenos de sol, los crepúsculos que decoran el paisaje con la magia de sus atrevidas combinaciones cromáticas, que tienen la evocadora poesía de sueños de luz, la gracia sedante de las violetas, la explosión de suntuosos ópalos que se duermen en el sueño de los verdes de ajenjo y que se disuelven en nubes de zafiros, de amatistas, de esmeraldas, de topacios, de aguamarinas.

LOS LEGENDARIOS «PACASAS»

El hombre, el antiguo *pacasas*, había poblado esta tierra de mitos y de dioses, de fantasmas auspiciosos y protectores. Vivía en el mundo mágico de sus aparecidos, de sus realidades sublimadas en sueños de sus quimeras encarnadas en realidades. Estos *pacasas*, de puro linaje aymara tenían por dios tutelar al Hellemana y de dios lar a Choquehuanca, «el señor del oro que no mengua». El drama de estos indígenas con el medio geográfico es el episodio más lleno de sugestiones que se hace presente para la formación de una cultura. Es la lucha del hombre contra la expresión telúrica circundante. La transformación de eriales neutros en tierra habitable y nutricia fué el milagro que realizaron estos hombres de las alturas. Los aymaras milenarios triunfan sobre sí mismos, para triunfar sobre la tierra, difícil, huraña y áspera, que era necesario conquistar a fuerza de lucha, de tesón y de energía creciente. Estos hombres taciturnos, de pechos anchos y de brazos largos, de cabezas abultadas y piernas cortas, eran gentes de voluntad, audaces y resueltos. El hombre de estas alturas sin la dulce molicie del clima, sin una naturaleza pródiga, tenía que comer el fruto de su esfuerzo, que represetaba la conquista diaria de la tierra. Eran los fuertes y los valerosos que se multiplicaban para poblar estas crestas andinas. La angustia de estos hombres, que tenían por aliados al Hellemana y a Choquehuanca, era vencer sin someterse a la brutal dictadura del ambiente, defendiéndose sin hacerse adaptables y plásticos. Por eso, eran guerreros contra la naturaleza. Sus hechiceros y sus sabios conducían a este pueblo de *pacasas*, fiero, altivo y orgulloso. Estos hombres de las montañas apreciaban su independencia más que su vida, y como el instrumento de sus realizaciones políticas y económicas. Así, no se sometieron a los incas, sino conservando su propia lengua aymara y aun salvando el lenguaje esotérico —del puquina—, que era la palabra reservada al pueblo, que vivía dentro del estado incaico, pero que no rendía vasallaje, asimilando la extraña cultura y la lengua forastera del quechua. Estos *pacasas* aprovecharon como tierras de labranza todos los pequeños planos que ofrecía el anfractuoso terreno del Chuquiago, cultivaron las grandes y pequeñas laderas de los barrancos y, finalmente, construyeron los llamados andenes que irrigaban, subiendo por canales las aguas del Choqueyapu. Eran expertos cazadores de vicuñas. La *piara* de estos preciosos animales enseñaba a los *pacasas* el valor heroico del jefe macho, simbolizado en la figura esbelta, fuerte, elástica del *catacho*. Domesticaron las llamas, hilaron su lana, comieron su carne y utilizaron su fuerza para transportar carga. También sometieron a la dulce alpaca, para aprovechar su carne y su lana. Tiñeron sus lanas con nogal de Yungas y con el cinabrio rojo de la tierra. Cultivaron la papa, la quinua, la oca y la cañahua y prepararon para la conservación por el hielo y el agua de la papa en *chuño* y en *tunta*. Pero la ocupación predilecta de los *pacasas* era la industria del oro. Extraían este precioso metal nativo de las rocas de granito y lo atesoraban recogiéndolo de los lavaderos del río Choqueyapu. Los *pacasas* eran ricos con su oro, nutridos con sus propias producciones y vestidos con sus propios tejidos. Intercambiaban los plátanos, las naranjas, el tabaco y la coca con sus productos regnícolas del Altiplano. Vivían agrupados cerca del río y en torno a los terrenos agrarios en pequeñas chozas, cuya arquitectura estaba regulada por la superposición de las piedras ensambladas que sostenían la clave del techo semiesférico. Estas casas de piedra eran calentadas por el fuego del hogar, que al mismo tiempo cocía los alimentos.

LA FUNDACION CASTELLANA

Cuando asomaron las tropas de los hombres barbudos y cubiertos de armaduras de Almagro y Pizarro los indios del Chuquiago vivían una vida idílica, alterada solamente por las luchas de los ayllus de arriba con los de abajo, de los de Hanansaya con los de Huarizaya. La tierra florecida por los cultivos estaba salpicada de mantos de esmeralda, ornamentados por los grupos de viviendas de los distintos ayllus, que de las planicies trepaban sobre los cerros, defendidos por las murallas de piedra, que no sólo protegían a los vivos, sino también a las *huacas* y a los *chulpares* de los muertos. La población indígena era de una rica demografía. La presencia del oro fué el objetivo principal de la conquista del Chuquiago, que tenía difundida su fama de opulenta en todas las comarcas del imperio incaico.

El día sábado 20 de octubre de 1548 el capitán Alonso de Mendoza fundaba la ciudad de La Paz en la planicie de Churupampa, cerca del río Choqueyapu. El Rey Carlos V, otorgaba a la ciudad un escudo de armas, en cuyo mote se leía una cuarteta simbólica:

Los discordes en concordia
en paz y amor se juntaron,
y pueblo de paz fundaron
para perpetua memoria.

LA PAZ EN 1800

Han pasado, hasta el año 1800, doscientos cincuenta y dos años del establecimiento de los españoles en el territorio del Kollasuyo, y la tierra de los ayllus *pacasas*, poblada por indios aymaras, se ha transformado en ciudad. La urbanización de 1800 ha devorado al extenso paisaje, desintegrando esa visión gigantesca del panorama, pintado por los campos de cultivo indígena. Ahora, la ciudad está rodeada por el anillo circundante del paisaje bravío, que luce en su engaste el lujo del brillante gigantesco del Illimani. La Paz de 1800 ha sido labrada por los artificios de este pueblo que, siguiendo las huellas de su tradición, triunfa sobre la naturaleza y sobre la ferocidad de las fuerzas telúricas. Es el momento cumbre de su vida. Esta ciudad no surgió como en los escenarios por obra de ilusionismo, fué conquistada. Sometido el río, vencido y ahogado el barranco, pulida y ensanchada la pendiente, destruída la encrucijada y ampliada la filiforme proporción de las múltiples laderas. Así, las calles ascienden, trepan, reptan, se prolongan, descansando en callejones y plazuelas, y siguen subiendo después de haber respirado en los pulmones de los cementerios, de los templos y en las plazas. El río, sementera de oro, ha sido avasallado por los puentes y de su lecho extraen piedras y arena para las construcciones. El paceño de la colonia ha creado un nuevo paisaje. Cada piedra que coloca está marcada por el siglo del sudor bíblico, y cada roca que corta lleva el sello de su esfuerzo. Así se hizo la ciudad, en un despojamiento de la materia, a base del abrazo de adaptación entre la sobriedad de «los gestos, de los gastos y de los gustos». Es una ciudad en la que no se percibe esa fina claridad inteligente y afiligranada con resplandores de joya; tampoco es la urbe que se desparrama en una prodigalidad de fantasía para sorprender con su belleza. Su rasgo es la línea áspera, dura, un rostro de virilidad, de fisiognómica, cuyos perfiles de líneas esenciales está marcado por la voluntad, madurada hasta en las deformaciones, y en cuyos senos arde la fuerza del alma dominadora y triunfante. Es la ciudad donde todo lo ha hecho el hombre, y la Naturaleza sólo ha puesto la colaboración de sus magníficas dificultades y la gloria del Illimani.

Trátase de un fenómeno interesante, observar el desarrollo de esta ciudad como fenómeno de crecimiento y de inducción, a base de sus propias posibilidades geográficas económicas y políticas. Como hecho determinante del establecimiento definitivo de esta ciudad en el sitio que actualmente se encuentra debe anotarse la riqueza aurífera y la existencia de una población indígena para utilizarla en los trabajos mineros y agrarios. El diálogo entre los montes y el río también estimuló este afincamiento. Chuquiago era una comarca pródiga en agua para beber y para los servicios de limpieza. El agua del Choqueyapu

(CONTINUA EN LA PAGINA 98)







Nicaragua es la tierra de los lagos. El lago Xolotlán o lago de Managua, al amanecer, cuando las pequeñas embarcaciones de los pescadores se hacen a la vela y el Gran Lago de Nicaragua o Cocibolca, —en el centro— que los conquistadores españoles por su vasta extensión llamaron Mar Dulce, y que...

NICARAGUA

...después del Titicaca, es el mayor de Hispanoamérica. Al fondo, el volcán Mombacho cuya erupción inmemorial formó, según parece, las isletas de Granada —en esta foto—, edénico archipiélago de más de novecientos islotes de eterno verdor tropical, perpetuamente cuajados de flores y de frutas.



La tierra de los lagos es también la tierra de los volcanes, muchos en permanente actividad como el "viejo Momotombo, calvo y desnudo", que cantara Víctor Hugo; el Ometepe en una isla del Gran Lago que describiera Fernández de Oviedo; el Santiago de Masaya, cuya hirviente lava tomaron los conquistadores por oro derretido, y el Cerro Negro en los Marrabios...



... que recientemente ha asolado con su incontenible lluvia de arena negra una vasta y fértil comarca en los departamentos de León y Chinandega, obligando a los campesinos a abandonar sus tierras y transportar sus ganados a otras regiones del país.



Los cráteres de los volcanes apagados dieron origen a innumerables lagunas que embellecen el paisaje nicaragüense, como líquidos topacios entrevistos en las honduras de las sierras. La de Nejapa, que aparece en esta fotografía, una de las cinco lagunas vecinas a la capital de la nación, Managua, es célebre por las virtudes medicinales de sus aguas.



Los departamentos del Norte ocupan una alta meseta de suave clima, poblada de inmensos pinares y regada por rápidos ríos que se precipitan entre peñascos...



... junto a ciudades y pueblos en que el progreso moderno va penetrando por las carreteras, como se ve en esta fotografía de unos blancos chalets levantados al pie de las colinas que circundan la bella ciudad de Jinotega, donde la raza española se conserva más pura que en el resto del país.



Pero el espíritu católico y tradicional de España conserva su frescura inmortal alrededor de los antiguos templos coloniales como la Iglesia plateresca de la Recolección de la ciudad metropolitana de León, sede episcopal de Nicaragua y Costa Rica en los tres siglos de la época imperial...



... o la del barrio indígena de Subtiaba, erigida por la fe de aquellos indios cuya lealtad a los Reyes españoles pondera el viajero norteamericano Squier.



En una fertilísima llanura, entre el Pacífico y la cordillera de los Marrabios, la ciudad de León, antigua capital de la provincia de Nicaragua, ciudad universitaria desde el Imperio, donde Rubén Darío, el cantor de la Hispanidad, pasó su infancia, mantiene su auge cultural y conserva intacto su semblante colonial, sus costumbres tradicionales...



... mientras Granada, tal vez la más antigua ciudad de Tierra Firme, fundada por Francisco Hernández de Córdoba en 1524, sigue aferrada a su sitio primitivo, a pesar de que ha sido incendiada siete veces, como esperando la hora de su destino para el que fué fundada: la hora de la comunicación interoceánica por el río San Juan y el istmo de Rivas, prevista por el primer explorador de Nicaragua, Gil González Dávila.



Si antes la vida de Nicaragua se balanceaba entre León y Granada, hoy converge toda hacia la joven capital Managua. El heroe máximo de Nicaragua es un heroe cultural: Rubén Darío. En pleno corazón de Managua, en el Parque Darío, se eleva el monumento nacional a su memoria, y frente al Parque Darío está el Palacio Nacional, que vemos abajo.



INSTANTANEAS DEL MES



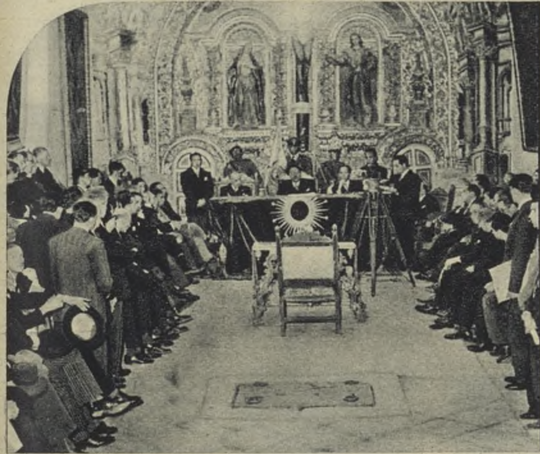
El Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Giménez, director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, en su viaje por distintos países de Hispanoamérica, pronunció una brillante conferencia en la Academia «Avellaneda», de La Habana.



Los hermanos argentinos Carlos y Jorge Antonio Vilar, que ganaron, en aguas de Palma de Mallorca, el campeonato mundial de balandros de la serie «snipes», en reñida disputa frente a los campeones de las principales naciones.



El presidente del Uruguay, Excmo. Sr. D. Luis Batlle Berres, que ha visitado recientemente el Brasil, conversa con el presidente Dutra. El presidente uruguayo lleva el Collar de la Orden Nacional del Cruceiro do Sul, que le impuso momentos antes el presidente Dutra.



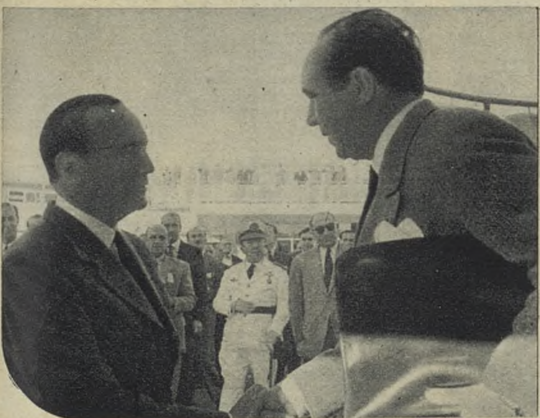
Arriba: En la sala capitular del convento de San Agustín, de Quito, los delegados de Colombia, Venezuela, Panamá y Ecuador firmaron el 9 de agosto la llamada «Carta de Quito».—Abajo: El Excmo. Sr. D. Domingo Montanero, ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay, es recibido en el aeropuerto de Barajas por el ministro de Justicia.



Arriba: El ilustre ensayista y médico español, Dr. Laín Entralgo, recibe, en Lima, el título de miembro de la Academia Nacional de Medicina del Perú.—Abajo: El Excelentísimo Sr. ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay, Sr. Montanero, hace entrega al Museo del Ejército, de Madrid, de una bandera de guerra del Ejército paraguayo.



Arriba: El presidente del Brasil, Excmo. Sr. D. Eurico Gaspar Dutra, obsequia con un collar de piedras preciosas a D.ª Matilde Ibáñez, esposa del presidente del Uruguay, durante la visita que éste realizó al Brasil.—Abajo: Los oficiales del navío-escuela «Almirante Saldanha», son despedidos por el presidente del Brasil, Dr. Dutra, momentos antes de iniciar su viaje a España para asistir a los actos conmemorativos del VII Centenario de la Marina de Castilla.





Antes de su salida para España, el nuevo embajador del Perú en Madrid, Dr. Raúl Porras Barrenechea, ofreció en Lima una comida de gala al embajador de España y señora de Castiella. Entre las numerosas personalidades asistentes, figuraron el Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros y ministro de Relaciones Exteriores del Perú, general Armando Revoredo.



El día 5 del último septiembre se inauguró en la «Asociación Prensa Río Janeiro», la exposición de la artista española Isabel Pons, que obtuvo un gran éxito. En la fotografía, el ministro de España en Río de Janeiro, conde de Casas-Rojas, saluda a la artista.





Nuestros COLABORADORES



Tiene 37 años, nació en Madrid y no hace mucho consumió unos frascos de quina en la jungla. El arte de Carlos Tauler y sus hombres macizos incursos en un vigoroso aire expresivo y poético, se muestra desde hace años en periódicos y revistas españoles, en especial en «Arriba». Tauler expuso sus pinturas en Madrid, por vez primera (1944), y posteriormente en Barcelona, Valencia, Gijón y Santander, y dentro de poco se conocerá la obra que realizó en la Guinea española—que éste es el secreto de la quina y de la jungla—. Carlos Tauler es el autor de nuestra portada de hoy.



Si decimos que desde muy joven formó—con Coronel Urtecho—en el movimiento «Vanguardia», de renovación literaria y artística, anticipamos ya el signo de Pablo Antonio Cuadra, poeta y escritor de gran fuerza y originalidad. Diputado en 1939, académico correspondiente de la Real Academia de la Lengua y de la de San Fernando de Cádiz; presidente de los Institutos Iberoamericanos y, hoy, encargado de Negocios de Nicaragua en Madrid, ha publicado «Poemas nicaragüenses», «Hacia la Cruz del Sur», «Breviario Imperial» y «Entre la Cruz y la Espada». (N. en Managua, 1912.)



He aquí una especie de Marco Polo de la floresta o del simple paisaje. Vivió durante cierto tiempo en Francia, Italia, Portugal y—un año entero—en la Argentina y viajó además por Venezuela, Uruguay, Brasil, Curaçao y Trinidad. Su meta o su Cipango fueron y son los bosques, y así este joven ingeniero de Montes, Jaime de Foxá—n. en Madrid, en 1913—, ya exploró los bosques de la Guinea española y la flora de la Patagonia andina. Al margen de los montes y los árboles, él es escritor y conferenciante de temas diversos y acaba de ganar un premio periodístico.



Alguien ha calificado a José Vasconcelos (n. en México, 1882) como el pensador más original que ha producido América. La trascendencia de sus escritos ha sido considerable en el Nuevo Mundo e incluso en Europa, donde vivió algunos años. Fué ministro de Instrucción Pública en su país, en 1914 y en 1920, y, posteriormente, de su positivismo y su indigenismo iniciales pasó a un catolicismo apasionado y a un hispanismo entusiasta. Entre los muchos libros de este insigne filósofo figuran: «El monismo estético», «Bolivarismo y monroísmo», «La raza cósmica», «Metafísica»...



Esa emoción que se esconde entre gules, azures y cuarteles, tiene la suerte de vivirla Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela, que nació en Monforte de Lemos (Galicia). Para este escritor e investigador, especializado en genealogía y en marina, no hay secretos de apellido ni estirpe a lo Guadiana. Ha publicado varios libros y acaba de ganar el premio del Instituto de Cultura Hispánica ofrecido al mejor estudio de la estirpe de Hernán Cortés. Es secretario del Instituto Histórico de la Marina y miembro de distintos organismos españoles, peruanos, mexicanos y brasileños.



Anda ya en letra de chotis porque a los 16 años, en su Zaragoza nativa, publicaba los primeros artículos, y porque hoy, en Madrid, actúa en un periodismo inquieto y amplio, de reportajes y entrevistas. Redactor-jefe de «El Noticiero de Zaragoza», en su juventud, y, desde 1929, director de «La Voz de Aragón»; en Madrid, redactor-jefe del diario «Ya», en 1935, y tras la guerra española, redactor-jefe de «Digame» —donde hoy sigue—, la popularidad de Fernando Castán Palomar (n. 1898) viene asimismo de sus dos docenas de libros, entre ellos las biografías de Goya y Adelina Patti, novelas, etc.



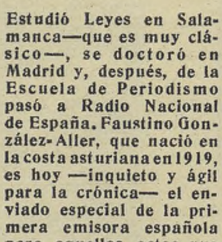
Esta su entrega a la heráldica y la genealogía le viene a Manuel de Montalvo por herencia o por tradición familiar, y así desde la infancia se dedica a discernir—descendiendo por la Historia y los archivos—troncos y ramas de la familia ibérica. Montalvo nació en Madrid en 1910 y hoy, con el ejercicio de su carrera militar, alterna el estudio de la Historia y la Arqueología. Colabora en periódicos y revistas, realiza trabajos de investigación en manuscritos y ejecutorias y dirige, por concurso de méritos, la sección de Heráldica y Genealogía de un alto centro oficial español.



De Madrid, donde nació (1894), a Bilbao: a la tertulia del «Lyón», con Eguillor, Areilza, Unamuno, Basterra y Mourlane. De Bilbao a Roma, por 1920, donde fué corresponsal de «A B C» y «El Sol», de Madrid. De entonces acá, Rafael Sánchez Mazas—ex ministro, académico de la Lengua—es uno de los mejores escritores del español y uno de los primeros intelectuales de España. De su libro «Pequeñas memorias de Tarín» (1915) a hoy, su obra—poesía, ensayos, artículos—es varia y múltiple. La firma de R. S. M. es habitual en «Arriba», de Madrid, donde rubricó el trabajo que hoy toma «M. H.»



El benedictino español Fray Justo Pérez de Urbel, si escritor sagrado en principio, nos ofrece trabajos de temas varios bajo un tono poético servido por un verbo clásico. Esta entraña poética le viene de su vocación religiosa, con el impulso, quizá, de su estancia en la palanca lírica de Silos. Ha publicado libros de versos y libros de investigación histórica. Entre los primeros, «Cancionero pasiego», «In Terra Pax» y «Salterio de la Virgen». Entre los segundos, «Los monjes españoles en la Edad Media» «San Pablo, Apóstol de las Gentes», «Año Cristiano» y una historia de la Orden Benedictina.



Estudió Leyes en Salamanca—que es muy clásico—, se doctoró en Madrid y, después, en la Escuela de Periodismo pasó a Radio Nacional de España. Faustino González-Aller, que nació en la costa asturiana en 1919, es hoy —inquieto y ágil para la crónica— el enviado especial de la primera emisora española para aquellos actos que tienen un interés de actualidad radiofónica, y así recorrió el Cantábrico, de Vigo a Fuenterrabía. Escribe cuentos y ensayos, colabora en la prensa española, y ha hecho la adaptación escénica de «Stepantchikovo», de Dostoiewski, próxima a estrenarse.



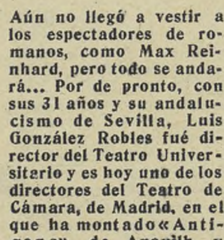
En la personalidad de Jesús Evaristo Casariego lo de menos son las patillas a lo Zumalacárregui y lo de más su sorprendente inquietud periodística, literaria e histórica. El entusiasmo de su prosa juega desde los tiempos mozos en que fué redactor de «Región», de Oviedo. Después, a los 20 años, estaba ya en Madrid, como redactor de «La Nación», primero, y de «El Siglo Futuro». Tras la guerra española fué director de «El Alcázar», de Madrid, hasta 1944. Es profesor de la Universidad de Madrid y ha publicado varios libros, como «El Mayorazgo navegante». (N. en Asturias, 1912.)



Enrique Larroque nos ofreció en el número 6 de esta revista un estudio sobre la producción siderúrgica hispanoamericana. Hoy, casando los números con la misma eficacia periodística —esto es, hilvanando las cifras amenamente—, nos habla de astilleros y de barcos en un amplio y documentado trabajo —«Buques para nuestros pueblos»— que puede verse en la página 71. E. L., que tiene el Atlántico por medio —como Hispanoamérica—, puesto que nació en la isla de Cuba, en la Habana misma, (1923), es licenciado en Derecho por Madrid y especialista en cuestiones económicas.



De un periodismo amplio que inició al salir de la Escuela de Periodismo, en 1943, Francisco F. Merlo pasó, por sus estudios y sus aficiones, a la especialización en temas económicos e industriales. Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Madrid, técnico industrial y fundador y director de la revista «Guía», de Madrid, su firma es habitual en las publicaciones de economía. F. M. (nacido en 1914, en Valdepeñas) ha hecho diversos viajes de ampliación de estudios. Suiza, Alemania, Francia... Y nos informa, hoy, en este número, sobre la industrialización de España.



Aún no llegó a vestir a los espectadores de romanos, como Max Reinhard, pero todo se andará... Por de pronto, con sus 31 años y su andalucismo de Sevilla, Luis González Robles fué director del Teatro Universitario y es hoy uno de los directores del Teatro de Cámara, de Madrid, en el que ha montado «Antígona», de Anouilh, y «El águila de dos cabezas», de Cocteau. Fuera de la cámara, se ha entregado a su teatro predilecto: el religioso, al aire libre de la noche, ante la arquitectura ambiental: autos sacramentales frente a las catedrales de Sevilla o Cádiz, la piedra de Salamanca, etc.



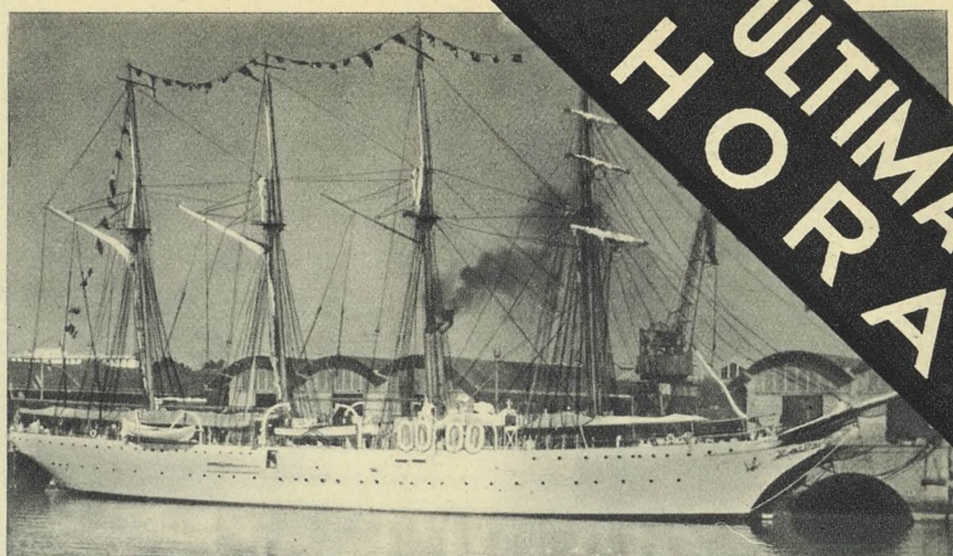
Descendiendo al mundo desde La Paz—donde nació, 1896—, Gustavo Adolfo Otero se decidió a recorrerlo por más de veinte rutas, al tiempo que escribía más de veinte libros. Entre la diplomacia y las letras, G. A. O. fué cónsul general de Bolivia en España y en Italia o ministro en Colombia y en el Ecuador, donde hoy continúa, y escribió, entre los veinte libros, «La vida social del coloniaje», «Historia del periodismo en América» y «La sociología del nacionalismo en Hispanoamérica». Entre libro y viaje, este ilustre intelectual fué también ministro de Educación N. de Bolivia.

El orden de colocación de las anteriores notas biográficas se corresponde con el de la inserción de los trabajos que figuran en el número. La nota biográfica de Giménez Caballero ha sido publicada en el número 3; las del conde de Foxá, Ernesto La Orden y Julio F. Guillén, en el número 1, y la de Eugenia Serrano, en el 4.

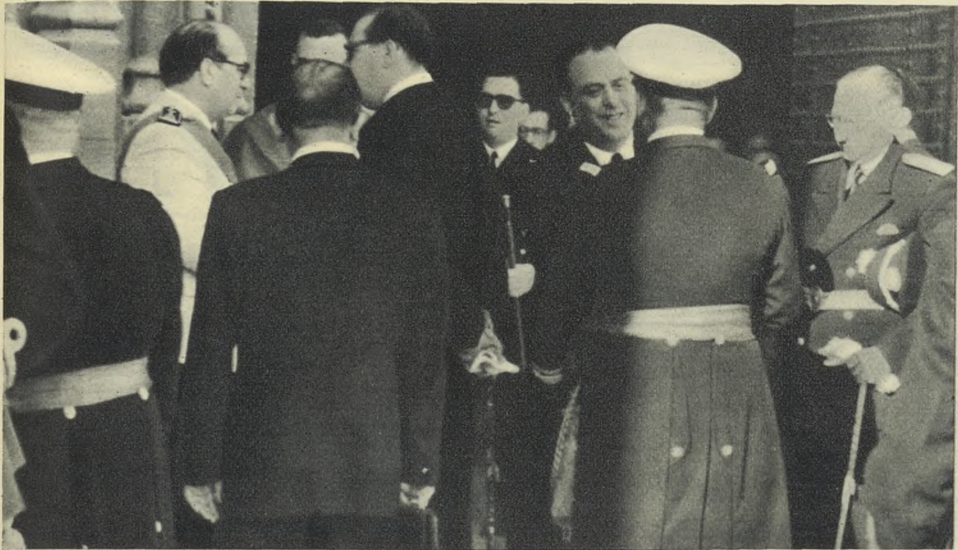
ÚLTIMA HORA



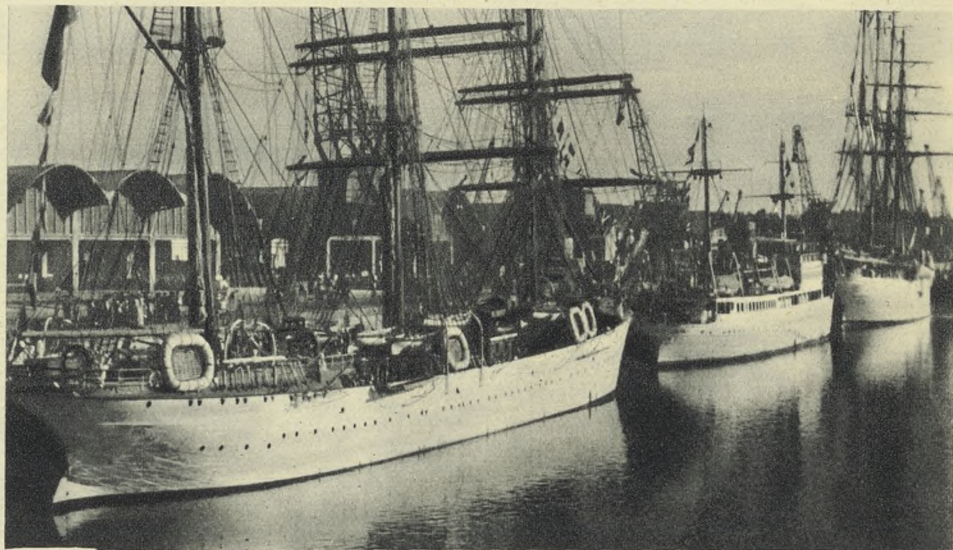
El día 8 de octubre, a las once de la mañana, en Sevilla, se celebró una misa de campaña en el Puente de Triana, con bendición y entrega de la bandera de combate al cañonero «Hernán Cortés». En la misa ofició el Padre Vela, vicario de la Armada española.



Numerosos buques de las armadas iberoamericanas concurrieron en Sevilla a los actos celebrados con motivo de la conmemoración del VII Centenario de la Marina de Castilla. He aquí, en aguas del Guadalquivir, al navío escuela portugués «Sagres».



9 de octubre. A la entrada de la catedral de Sevilla, el ministro de Educación Nacional español, el alcalde de Sevilla y el subsecretario de Educación Popular, con otras autoridades e invitados, antes del comienzo de la función religiosa en la Capilla Real.



El «Almirante Saldanha» y el «Sagres», buques-escuelas del Brasil y de Portugal, respectivamente, fondeados en aguas del Guadalquivir.—Abajo: A bordo de su buque, en las mismas aguas sevillanas, un grupo de marineros del torpedero «Misiones», de la Armada argentina.



8 de octubre. La madrina de la bandera entregada al «Hernán Cortés» y el comandante de dicho cañonero.



Los ministros de Marina del Perú y de España, durante la misa celebrada en el puente de Triana, sobre el Guadalquivir.





El subdirector del Instituto de Cultura Hispánica, señor Sánchez Bella, y D. Luis Ortiz Muñoz, subsecretario de Educación Popular, en La Rábida.

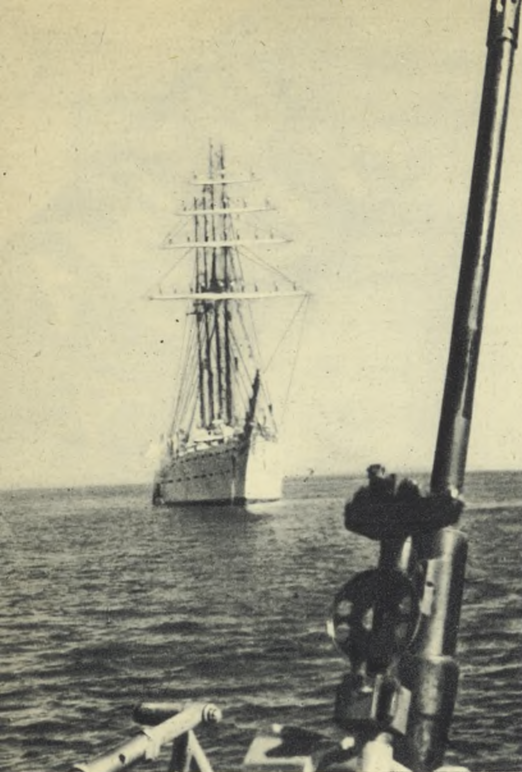


El cardenal Segura, con el ministro de Marina español, almirante Regalado, y el contraalmirante D. Mariano Melgar, ministro de Marina del Perú, durante los actos celebrados en el sevillano Puente de Triana.



Señoritas sevillanas a bordo de la fragata peruana «Teniente Gálvez», charlan con un grupo de oficiales y marineros hispanoamericanos.

EL CENTENARIO DE LA MARINA DE CASTILLA EN EL SUR







De izquierda a derecha, el buque-escuela portugués «Sagres», en la revista naval celebrada en aguas de Huelva, el día 12 de octubre, y dos vistas del bergantín-goleta brasileño «Almirante Saldanha», en el mismo acto.



S. E. el Jefe del Estado español, Francisco Franco, llega a La Rábida el 12 de octubre para asistir a los actos celebrados en el aniversario del descubrimiento de América y pasa revista a una compañía de Infantería de Marina española, que le rinde honores.



S. E. el Jefe del Estado español, en el acto en que recibió el título de Almirante Mayor de Castilla.



El mismo día, fué entregada una bandera de combate al del buque español «Martín Alonso Pinzón».



El 12 de octubre en el claustro del convento de Santa Clara de Moguer (Huelva) y en presencia del Jefe del Estado español, del ministro de Marina del Perú y los ministros españoles, D. José María Pemán dirige la palabra a los alumnos-cadetes de todos los buques-escuelas que concurrieron a los actos del Centenario de la Marina de Castilla.



Los guardiamarinas de los buques-escuelas de distintos países hermanos que concurrieron a los actos de Sevilla, escuchan un discurso de Pemán, durante el almuerzo en que fueron obsequiados en Santa Clara de Moguer.



A la derecha, D. José María Pemán, acompañado de una de sus hijas y del Sr. Alvareda, subdirector de Radio Nacional de España



ANTE EL OLIVO DE LA RÁBIDA

POR JOSE CORONEL URTECHO

12 de octubre de 1948. En La Rábida. En el mismo paisaje que acunó los sueños de los navegantes, las vísperas del viaje aventurero. En el mismo suelo que pisaron los descubridores, al ir. En La Rábida, el 12 de octubre de 1948, se plantó el olivo de la paz. S. E. el Jefe del Estado español echó la primera tierra sobre las raíces. Una tierra jugosa —múltiple y una—, que fué traída por las misiones especiales de distintos países hispanoamericanos. Están presentes ministros, autoridades y representantes de España y de las naciones americanas... Y Cristóbal Colón, duque de Veragua, descendiente del almirante descubridor. Durante el acto, el ilustre escritor y poeta nicaragüense don José Coronel Urtecho, en nombre de los institutos de Cultura Hispánica de América, pronunció el magistral discurso, que por cuanto tiene de acabada y perfecta síntesis del pensamiento hispánico, nos honramos en reproducir.

La ceremonia que hemos visto ahora, aquí, en este lugar, aprovechada profundamente, ejercerá, esperemos, su poder fecundador, su influjo mágico sobre nosotros.

La ceremonia, su simbolismo inmemorial, el momento presente del mundo, el mismo día de hoy, 12 de octubre, cargado de reminiscencias, significaciones y profecías, y este lugar uno de los lugares de mayor fertilidad histórica de la tierra; todas estas cosas reunidas, concentran tanto las energías de la Historia que nos despiertan el impulso creador y nos proyectan hacia la empresa universal de nuestro futuro.

Aquí, en el suelo de La Rábida, se ha plantado el olivo de la paz, ahora que el mundo tiene el presentimiento de la guerra. Es un acto valiente, inspirado por la fe y la esperanza. Pero es difícil desoír las preguntas de la augustia presente: ¿Prosperará el olivo en este suelo? ¿Resistirá la tempestad que viene? ¿Quién guardará las semillas de la paz futura? Tenemos que responder con el mismo valor por la fe y la esperanza.

No obstante, si olvidamos por un momento esas preocupaciones y nos demoramos en ahondar lo que ahora aquí tenemos—con lo que le antecede y le suceda o pueda sucederle—, quizá encontremos más adelante una salida, un abra en la espesura que nos permita ver la ruta de nuestra empresa universal de paz.

Aquí, en La Rábida, consintió España, en su misión providencial de completar el mundo, de revelarle al mundo antiguo el Nuevo Mundo, y al Nuevo Mundo la tradición y la experiencia del antiguo. Aquí, dijo: «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según su palabra».

Hoy es 12 de octubre. Día de América. Día de América y de España. De la comunidad hispánica del mundo. Hoy los ojos maravillados de los marinos españoles vieron la tierra americana.



Pero hoy surgió también, como un fantasma, el mito del futuro, el llamamiento irresistible del futuro, que nadie sabe lo que encierra, pero que desde entonces sacude al mundo como en un paroxismo, enloqueciendo, rompiéndole en pedazos, estrujando a los unos contra los otros, hasta exprimirlo como una fruta en la mano de un dios enfurecido, para que suelte, al fin, el jugo de su plena conciencia universal.

Grandes pueblos modernos, desvinculados de la unidad tradicional católica, que recogía y armonizaba lo mejor de la cultura, de la prudencia y de la experiencia humana, o enajenando particularismos esterilizadores, han corrido, desatados en mortales carreras de competencia, tras los fantasmas míticos de lo futuro. Hoy los vemos caídos y agotados, en extrema fatiga, incapaces de alcanzar por sí mismos el día de mañana. Es que cortaron o empobrecieron el pasado para correr tras el futuro, olvidando que el futuro es el hijo cotidiano del pasado. Había, ciertamente, sigue habiendo cosas caducas, instituciones rancias que abandonar o transformar, y había, y gracias a Dios sigue habiendo, nuevos continentes y contenidos que incorporar, mundos ocultos que descubrir o crear, infinito quehacer; pero la corriente central de la tradición europea, grecorromana y católica, es lo más vivo y lo más rico de la humanidad, y todo pueblo que la corta se condena a sí mismo a la barbarie. Importa, pues, la fidelidad, que es la perseverancia de la fe, madre de la esperanza. Y ésta ha sido la tarea de España, después de cumplida su misión de descubrir y de crear el Nuevo Mundo, después de haber transplantado a América su alma, su carne, su sangre y su fidelidad, conservarla ella aquí, en Europa, firme, inquebrantable, hasta inflexible acaso, eternamente resistente, como contra los moros, contra los cristianos y los falsos cristianos, completamente sola, abandonada de sus hermanas, de sus hijas, inmortalmente fiel, esperando... ¿Qué espera España? ¿Esperará la hora de la esperanza, la hora de la aurora verdadera, en que después de estas tinieblas de ahora, brille sobre toda la tierra la realidad de su fe?

Yo hablo aquí, señores, comisionado por el Instituto de Cultura Hispánica, como un americano. Cuando un americano es solamente americano, si esto es posible —no siendo ya posible ser un auténtico azteca de Tenochtitlán, un viejo inca de Machu Pichu, un antiguo maya de Chichón Itzá—, ese americano casi no es hombre, es un ente vacío, banal, superficial, gregario, efímero, esclavo de las cosas materiales, una criatura creada por los objetos que le rodean, tal como la describen los mejores escritores de Norteamérica. Nuestra lucha inmediata, habitual, impostergable en América consiste en defender la riqueza de la vida y la profundidad del hombre. Porque todo hombre, para serlo de veras ha menester vivir conscientemente, tener una conciencia viva de la riqueza vital y cultural de su tradición. Y así como hay una manera fiel de ser tradicionalmente europeo, que es ser español, hay también una manera tradicionalmente rica y profunda de ser americano, y es la manera hispana. Esta es la que a nosotros hispanoamericanos, hoy nos concier-

ne. Ser, seguir siendo una continuidad en marcha. Nutridos siempre de la savia de España, extraída del más profundo suelo de la vida europea, avanzaremos sin detenernos ni extraviarnos en el futuro inmenso que nos espera. Conservaremos viva la conciencia de ser nosotros con España, con lo eterno de Europa, la levadura de la unidad y de la paz del mundo.

Referiré, permitídmelo, una pequeña historia sobre nosotros. Empezó algún tiempo antes que la guerra de España, y hay que hablar de esta guerra. Lo primero que el mundo sintió en ella fué que España estaba viva, que era una cosa viva, una cosa poderosa, palpitante, real, inmensamente valiosa para el mundo, por la que los hombres se dividían y luchaban entre sí, por la que muchos estaban dispuestos a morir. No hay que ver esto fríamente, como una lucha de principios abstractos. Era una lucha de principios vivos, de ideales encarnados, y sucedía en España. Todos sentíamos entonces que España era un órgano primordial de la humanidad, que era probablemente el corazón del mundo. Mucho significó esa guerra para el hombre moderno; pero de aquel vivero de significaciones sólo dos importa ahora recoger. Era una guerra de salud, de curación espontánea, una reacción del cuerpo para sanar y continuar viviendo. «¡Viva España!», se oía dondequiera que se oye el español. Y era, además, como la conquista de América, que produjo tres siglos de paz, en que crecieron y se formaron las naciones hispanoamericanas, una guerra que traía en su seno la paz, que es la tranquilidad de la vida profunda. Porque hay guerras que engendran guerras, y guerras que cimentan la paz.

La breve historia nuestra, decía, comenzó algún tiempo antes de la guerra de España. Hace veinte años empezaron a aparecer en las Repúblicas de Hispanoamérica, muchas veces en ciudades remotas, aisladas y silenciosas, grupos de jóvenes que descubrían su ser auténtico, la raíz que los vinculaba con su suelo y su pueblo en las profundidades de su ser hispano. Ibamos descubriendo solos la Hispanidad. Esos jóvenes venían de la poesía, de las artes, de la universidad, de la aventura, muchas veces del bar como decía José Antonio, algunas veces de la política. Todos venían de la vida y buscaban una vida más llena, más honda, más amplia, más creadora. Querían, como dice el Evangelio, tener vida y tenerla más abundante. Encontraban a su pueblo en los orígenes de su pueblo, en los principios y las ideas que originaron la manera de ser, de comprender y de sentir, la manera de vivir todo lo que florece en las costumbres y tradiciones de su pueblo.

Ese camino conducía a la Hispanidad. Nosotros no abarcamos ni pretendemos abarcar las posibilidades ilimitadas de semejante realidad. Pocas cosas sabemos, pero importantes. Sabemos que esto tiene un sentido religioso; por lo tanto, tradicional; por lo mismo, católico. Sabemos que nuestra herencia cultural es la más rica de la tierra, que sus cimientos han resistido todas las conmociones de los tiempos y que es capaz de asimilar todo lo humano y darle vida, sentido, trascendencia y unidad. Sabemos, además, que somos hombres, que descubrimos lugares desconocidos, tierras ignoradas, selvas impenetrables, que incorporamos a nuestra raza y nuestro espíritu a los más bravos y misteriosos pueblos primitivos y que cuando la aventura de la verdad nos invitaba, fuimos capaces de lo inconcebible. Sabemos, en fin, que todo esto debe ser defendido de las veleidades pasajeras, guardado y transmitido al mundo de mañana, y por eso queremos una política segura y estable, tradicional y revolucionaria: la política de la inteligencia, de la memoria y del corazón.

Los grupos jóvenes que redescubrieron estas fecundas evidencias casi olvidadas han visto sin sorpresa, pero con alegría, que en toda la América española y en España sus pensamientos estaban floreciendo de manera espontánea, como las flores en la primavera. Se han dado cuenta, entonces, de que podemos recuperar, entre las ricas diferencias que nos distinguen, nuestra unidad. Han proclamado que esta unidad, mal entendida únicamente por la mala intención, no es otra cosa que una pacífica comunidad de pueblos libres, identificados por su origen, por su fe religiosa, por su lengua y su cultura, por su manera de ser y de sentir, por la capacidad que tiene de darle intensidad a la vida del hombre y, finalmente, por el destino común que nos guarda el futuro.

Hay ahora en España muchos representantes de esos grupos auténticos. Todos están de acuerdo, apasionadamente, en las cuestiones fundamentales. En nombre de ellos saludo a España y a su Caudillo, Generalísimo Francisco Franco. En su prudente mano ha colocado la Providencia el timón de la nave capitana de la Hispanidad, para surcar otra vez mares incógnitos y procelosos. Pero hoy sabemos que no es un viaje sin retorno. Hay una América española y una España americana para el eterno ir y venir de las naves hispánicas. Ellas tendrán que descubrir en el futuro el nuevo continente de la paz.

La guerra del mundo moderno no es propiamente nuestra guerra. La guerra nuestra de todos los días es una guerra que se pelea con la espada del espíritu y el escudo del alma. La de las letanías de Rubén Darío a nuestro señor Don Quijote «con la adarga al brazo, toda fantasía, y la lanza en ristre, toda corazón».

La guerra moderna es por la posesión más o menos precaria y por la distribución más o menos injusta de los bienes meramente materiales, de las cosas que se venden y se compran, a veces necesarias, a veces cómodas, pero incapaces de satisfacer las aspiraciones más profundas del ser humano: aquellas necesidades por las que precisamente el hombre es hombre.

Esta guerra moderna, a mi entender, la ganará la técnica. Pero, ¿qué puede en definitiva, hacer la técnica para llenar de paz el corazón del hombre? Ya describí al principio al hombre americano que vive de la técnica. Era aquel ser vacío, banal, superficial, gregario, efímero, esclavo de las cosas materiales. Cuando la técnica, si llega a libertarlo, liberte al hombre de la antigua servidumbre del trabajo, nos encontraremos con este ser tan poco humano, con el muñeco «Babbit», un mezquino Quijote enloquecido con los libros de cuentas. Nos encontraremos con el paraíso que anuncian los científicos aficionados a las predicciones: el paraíso técnico que el mismo Bertrand Russel, después de describirlo, dice que es un infierno. Los hombres del mundo odiarán seguramente esa vida infrahumana. Querrán tener vida y tenerla más abundante.

¿Qué hombres, qué pueblos, conservarán entonces la densidad de vida necesaria para mostrarle a los demás que la vida todavía vale la pena de ser vivida? ¿Quién conservará para el hombre de mañana—como algo vivo—el capital religioso, cultural y vital del pasado? ¿Quién podrá enriquecerlo y desarrollarlo? ¿Quién podrá asimilar, dar un sentido humano, un contenido humano a los descubrimientos y las aplicaciones de la técnica?

A juzgar por los signos del tiempo, como antes la misión del descubrimiento y formación del Nuevo Mundo, esta nueva misión parece destinada a los pueblos que integran nuestra comunidad hispánica. La principal batalla de esta conquista espiritual del Mundo Nuevo se librará, parece inevitable, allá en América. Allá tendrán su duelo «Babbit» y Don Quijote.

Vano es sin duda, tratar de penetrar por los umbrales de la profecía. Y, sin embargo, los pueblos necesitan una estrella que los guíe en la noche del futuro. Como las caravanas de los Reyes Magos, que los simbolizaban, no se perdieron en el desierto, los viejos pueblos que formaron Europa no se perdieron en la hecatombe del mundo antiguo porque la estrella de Belén los conducía. ¿Qué son esas estrellas conductoras de pueblos? Son las apasionadas y refulgentes concreciones de la luz, los centros palpitantes del resplandor de la verdad que trazan en el cielo de la Historia la ruta del destino universal.

De los nublados cielos de nuestro tiempo han desaparecido esas estrellas. Unicamente en lo más alto, adonde hay que alzar mucho los ojos para mirarla, refulge solitaria, pura como un diamante, la estrella hispánica. Se diría una nueva Epifanía de la estrella de Belén, una nueva esperanza de salvación humana por la estrella de España. Que ella nos guíe y que nosotros, hombres de España y de América, por la España de España y la España de América, por todas las Españas inmortales de la tierra, por la comunidad hispánica de pueblos libres que formamos, ahora, aquí, en la Rábida, junto al pequeño y débil olivo de la paz recién plantado, con el recuerdo de Cristóbal Colón y fray Juan de Marchena, de Isabel la Católica y de los marinos españoles aquí representados por sus descendientes, ante el Caudillo de la España maternal, nos sintamos irrecusablemente llamados a seguir esa estrella hacia la nueva empresa, hacia la maravillosa aventura de nuestro común destino universal.

Los marinos hispanoamericanos que asistieron a las fiestas del VII Centenario de la Marina de Castilla, departieron fraternalmente, con las simpáticas muchachas andaluzas. En estas fotografías recogemos tres momentos de la estancia de los citados marinos en la ciudad de Sevilla.







MISION ESPAÑOLA EN BUENOS AIRES

POR primera vez un ministro español ha asistido a la conmemoración del 12 de octubre en tierras americanas. Durante ocho días, la misión española, presidida por el doctor D. Alberto Martín Artajo, ha permanecido en la bella ciudad de Buenos Aires, cuya Municipalidad declaró huéspedes de honor al canciller de España y a su séquito, en el que figuraban, entre otros, el ex ministro y brillante escritor D. Rafael Sánchez Mazas, el director del Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, y embajador de España en la Santa Sede, D. Joaquín Ruiz-Giménez, el general Alvarez Serrano, magnífico realizador de la Milicia Universitaria española, y el Director General de Política Exterior, señor Erice. Por su parte, el Gobierno argentino, otorgó al canciller español la consideración de «persona grata», máxima distinción en las normas protocolarias de aquella nación.

Durante las breves jornadas de permanencia en la capital argentina fué tal el cúmulo de entusiásticos homenajes, actos sinceros de adhesión popular y brillantes recepciones, ofrecidas en honor del representante del Gobierno español, que el señor Martín Artajo no descansó más de cinco horas diarias. Visitó al Presidente argentino en numerosas recepciones, oficiales y particulares, y las instituciones argentinas de carácter social; asistió a la inauguración de la Cátedra «España» en la Universidad de la La Plata y a los diversos y brillantes actos con que se celebró la conmemoración del 12 de octubre; recorrió Mar de Plata y La Plata, visitó a las colectividades españolas, fué recibido en la Cámara de los Diputados e inauguró el edificio de la Oficina Cultural de la Embajada de España; colocó la primera piedra del Instituto de España, recibió a los corresponsales de la prensa mundial y firmó los convenios de Migración, de Convalidación de títulos y estudios, de Intercambio de publicaciones y de Servicio militar de españoles y argentinos.

Todos estos actos, que resultaron brillantísimos, absorbieron el breve tiempo que el ministro de Asuntos Exteriores español permaneció en la nación hermana, y de la que el Sr. Martín Artajo nos ha traído el homenaje clamoroso de todas sus gentes, que sienten, cada día, un más entrañable amor por España.



A la comida ofrecida por el Presidente Perón en la Residencia de Los Olivos asistieron, entre otros, el Presidente de la República argentina y su esposa, el Canciller de España, Dr. Martín Artajo; el Presidente del Senado argentino, el Embajador de España en la Argentina y el Presidente de la Cámara de Diputados.

En la Embajada de España, el Sr. Martín Artajo ofreció una fiesta al Presidente argentino y a su esposa. En las «fotos» aparecen, la señora de Martín Artajo, el Pre-





El Canciller de España, Dr. Alberto Martín Artajo, en presencia de los Ministros argentinos de Educación y del Interior doctores Ivanisevich y Borlenghi, respectivamente, y del Embajador de España en la Argentina, Conde de Motrico, firma los cuatro tratados hispano-

En el teatro Colón se celebró una función de gala, a la que asistieron el Presidente argentino y el canciller español, acompañados de los ministros del Gobierno argentino. Este es el momento en que se interpretan los himnos nacionales. A la función asistió asimismo todo el Cuerpo diplomático acreditado en Buenos Aires.

sidente Perón, don Rafael Sánchez Mazas, la Condesa de Motrico, el Embajador de España, D.ª Eva Duarte de Perón, señora de Ruiz-Giménez y el Canciller español.





En el aeropuerto bonaerense, a la llegada, Perón retuvo en sus brazos, durante cuatro minutos, a Martín Artajo. Y esta afabilidad, al margen de la fórmula protocolaria, se repitió constantemente, como muestra la presente fotografía, tomada en la Casa Rosada.



La Cámara argentina de Diputados recibió con toda solemnidad al Canciller Español. El Sr. Cámpora —Presidente de la Cámara— hizo uso de la palabra para hacer patente acto de filiación a la Madre Patria. El Ministro español, en su discurso de respuesta, afirmó que la España actual y la Argentina de hoy son hijas ambas de la vieja España.

Durante hora y media, cuarenta y siete periodistas, entre los que figuraban los corresponsales de los grandes diarios y agencias mundiales de información, el Ministro de Asuntos Exteriores español respondió a cuantas preguntas le fueron formuladas libremente.





En compañía de la Sra. Eva Duarte de Perón y del Ministro de Hacienda, Sr. Cereijo, el Ministro español, Dr. Martín Artajo, visitó las obras hidráulicas de defensa del río de la Plata. Los obreros saludaron al enviado de España agitando banderas argentinas y españolas.

Abajo.—La población de Mar del Plata recibió entusiásticamente a la Sra. de Perón y al Ministro de Asuntos Exteriores de España, en la visita a dicha ciudad.

BIBLIOGRAFIA

En estas páginas serán comentados aquellos libros, recientemente impresos, que ofrezcan una estimable aportación a la cultura hispánica, y, también, aquellos otros, de cualquier procedencia, que entrañen un claro valor universal, siempre que—en cualquier caso—nos sean remitidos dos ejemplares.

"EL DESTINO DE ESPAÑA EN LA HISTORIA UNIVERSAL", por ZACARÍAS GARCÍA DE VILLADA, S. J.—TERCERA EDICIÓN AUMENTADA. EDICIONES "FAX", Madrid, 1948.

Con este título dió, en mayo de 1935, el P. Zacarías García de Villada una serie de conferencias en la tribuna de Acción Española. Protagonistas de aquel acto memorable, junto con el P. García Villada, fueron Víctor Pradera, Ramiro de Maeztu y José Calvo Sotelo, directivos de aquella ilustre Sociedad, y que junto con el conferenciante iban a caer dieciocho meses más tarde en la encrucijada histórica que señaló el enfrentamiento decisivo de la España auténtica y verdadera por ellos defendida, con la anti España mantenida y apoyada por las fuerzas de la anti Europa liberal y comunista.

ZACARÍAS GARCÍA VILLADA, S. J.
DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
EL DESTINO DE ESPAÑA
EN LA HISTORIA UNIVERSAL
TERCERA EDICIÓN
MADRID
1948

Las conferencias pronunciadas entonces por el P. García Villada fueron publicadas en la revista "Acción Española" y editadas luego en un volumen por la Editorial "Cultura Española", en 1936. Ellas encierran una altísima lección y una magnífica síntesis de la Historia de España, y constituyen un documento de valor perenne y de actualidad permanente. Al mismo tiempo, como se señala en el "Prólogo editorial" de la segunda edición que se reproduce en esta tercera, la obra del P. Villada "es, sin duda, un libro para la historia de la querella nacional, un capítulo de la literatura de controversia sobre el sentido de la cultura y la civilización españolas, una aportación, en suma, a la historiología".

El P. García Villada, a quien "Azorín" colocaba junto a Mommgen y a Fustel de Coulanges, es un historiador de gran fuste. Su obra fué truncada primero por la furia incendiaria de 1931 cuando en la destrucción del Colegio de Areneros se le quemaron más de 30.000 fichas de material histórico, y, finalmente, en 1936, cuando su vida fué segada por las balas asesinas. A pesar de ello, dejó el P. García Villada una monumental "Historia eclesiástica de España", y este breve pero magnífico ensayo sobre el destino de España en la Historia Universal, que en tercera edición nos ofrecen las "Edicions Fax", y que, con todo y su carácter polémico del momento, encierra una lección vital y definitiva que los hombres de España y de Hispanoamérica deben tener siempre presente para enjuiciar, para hacer y para vivir la Historia.

* * *

"EL GRINGO LENCA", por ARTURO OQUELÍ.—TALLERES DE LA IMPRENTA CALDERON, Tegucigalpa, 1947.

La edición pobre de este pequeño libro no invita a su lectura; pero, ya en ella, es fácil continuarla de un tirón hasta terminar sus breves 200 páginas. Tiene un poco de crónica y un poco de novela y otro poco de disquisición humorístico-filosófica. En realidad, estos elementos se encuentran perfectamente separados en los diferentes capítulos del libro. Lo interesante en él, y que hace que le dediquemos estas líneas, lo constituyen los dos capítulos centrales: "Amigos, arma de dos filos" y "A caballo por la tierra de las maravillas". El primero es un cuento o novela corta en que los personajes tienen vida propia y se mueven con acertado verismo y naturalidad en medio de un crudo ambiente de tragedia que no resulta tampoco falso, sino, por el contrario, tremenda y sencillamente real.

El otro capítulo es la narración de un viaje a lo largo de la tierra hondureña. La narración es amena, llena de aciertos descriptivos, con observación de tipos y detalles interesantes.

Arturo Oquelí no posee propiamente un estilo literario. Pero escribe con objetividad en un estilo fácil y directo, de corte periodístico y sin complicaciones retóricas ni pretensiones de léxico erudito. Tampoco cae en las exageraciones de tipismo indígena de tantos cuentistas hispanoamericanos. He aquí la razón fundamental por la cual se deja leer con gusto y facilidad, a pesar de las deficiencias de lenguaje que un casticista no dejaría de notar.

Fuera de los dos capítulos indicados, cada uno de los cuales tiene diverso valor y significado, puesto que pertenecen a dos géneros literarios distintos, el resto del libro no tiene mayor valor e importancia. A guisa de rectificación ideológica, diremos que el capítulo dedicado a la exaltación de la cultura y del pueblo mayas bajo el título de "Los precursores", aunque parece ser una crítica poético-humorística de la civilización moderna y una defensa del saludable primitivismo indígena, encierra una falsa tesis indigenista en sus aventuradas y un tanto ridículas afirmaciones de haber la cultura maya superado a la europea en todos los órdenes de la vida.

ARTURO OQUELI
EL GRINGO LENCA

El personaje central de la obra que da título a la misma y sirve para enhebrar las diversas piezas que la componen, míster Garvo, o sea el "gringo lenca", mestizo de yanqui y de indio lenca o guajiquiro, es un tipo curioso e interesante, mezcla de filósofo y de aventurero afortunado, de viajero internacional y de patriota provinciano, de revolucionario progresista y de conservador tradicionalista. Es un tipo real, humano y simpático, bien captado a través de sus intervenciones de hilvanador de los distintos temas y episodios, pero que no llega a ser protagonista con lo cual resulta un personaje fallido.

En suma, este pequeño libro del joven escritor hondureño Arturo Oquelí, sin ser propiamente una obra literaria completa por su falta de unidad en el género y por su carencia de altos valores estéticos, tiene para nosotros un encanto especial por la fiel descripción de costumbres, paisajes y tipos humanos que nos son familiares en la hermandad y comunidad hispánicas de nuestros pueblos y de nuestras tierras, y que el autor nos presenta en toda su desnuda verdad y autenticidad sin el ropaje retórico con que otros suelen vestirlos y desfigurarlos.

* * *

"COMPOSTELA", por G. TORRENTE BALLESTER (ACUARELAS Y CAPITULARES A SEIS COLORES, DE MARIA DROC.) — AFRODISIO AGUADO.—Madrid, 1948.

Compostela es una de las más bellas e impresionantes ciudades del orbe. Siglos hubo en que fué punto de atracción de las mentes y corazones del Occidente entero. Todos los caminos, como antaño a Jerusalén y a Roma, conducían hacia este rincón del Finisterre, donde acababa la tierra y el sol se hundía en aguas tenebrosas. Y aquí llegaban atravesando lenguas y países, con un tropel incesante de peregrinos que llenaban sus aires de canciones y sus suelos de roces de santidad. En este ir y venir a Compostela fué surgiendo lo que luego llamamos Cristiandad y Occidente: arte románico, canciones de gesta, leyendas y romances, anhelos de imperio universal.

COMPOSTELA



AFRODISIO AGUADO. S. A.—MADRID

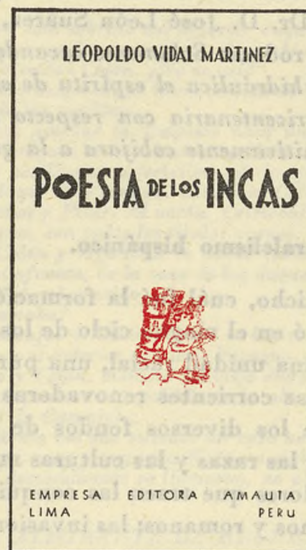
Y, al final, la maravillosa ciudad, con su Pórtico de la Gloria, sus plazas y sus calles. Primero hubo una ciudad románica; luego quedó ésta como escondida en otra barroca, más suntuosa y monumental, aunque menos íntima.

De todo esto nos habla este libro, el más bello libro que jamás se ha dedicado a ciudad alguna de España. Torrente Ballester conoce y siente como nadie los secretos de sus musgosas piedras y sus inolvidables rincones. María Droc captó su ambiente como jamás se ha conseguido; sus verdes y grises, su azul, que no es azul, y más que nada el alma de la gran ciudad. El ornato tipográfico es realmente magnífico y digno de toda loa. Será este libro un auténtico mensajero de uno de los más bellos recodos de la Patria y del mundo entero.

* * *

"POESIA DE LOS INCAS", por LEOPOLDO VIDAL MARTÍNEZ.—EMPRESA EDITORA AMAUTA.—Lima.

Bajo el título de "Poesía de los Incas", Leopoldo Vidal Martínez nos presenta un estudio completo de toda la literatura quechua. Comienza por la lírica, que estudia en las diversas formas particulares incaicas: el haylle, los aymoray, el urpi, etc., terminando con un interesante capítulo sobre el impresionismo en la lírica quechua, que el autor hace resaltar en la belleza de su vigor primitivo sin el refinamiento decadente de los impresionistas modernos.



La segunda parte está dedicada a la Epica, que Vidal Martínez estudia desde sus raíces iniciales y remotas por los tres caminos indispensables para el estudio de las culturas prehispánicas; la crónica, el folklore y la arqueología, señalando su evolución histórica e ideológica íntimamente ligada, como es lógico, al desarrollo de la vida política y religiosa del pueblo quechua.

Finalmente, el autor se refiere externa y eruditamente al teatro incaico, tan poco estudiado y comprendido. Su aporte en este sentido es sumamente valioso e interesante, por cuanto señala y clasifica claramente en sus diversas formas esta rama de la literatura quechua. El problema más difícil en el estudio de estas literaturas indígenas es el de su división y clasificación, pues los géneros literarios en que se dividen las literaturas europeas se encuentran en aquéllas entremezclados y vinculados estrechamente a otras artes como la música y la danza.

Termina el libro de Vidal Martínez con un capítulo sobre la "Posibilidad incaica del Drama Ollantay", tema de viejas y conocidas polémicas en que se enfrentan las teorías indigenistas de los que atribuyen a esta pieza teatral una absoluta originalidad incaica, y los que la consideran un producto posterior de mestizaje cultural indohispano, señalando incluso como autor de él al clérigo español D. Antonio de Valdez. Por esta última tesis se pronuncia Vidal Martínez; pero señalando el origen del drama en una antiquísima leyenda perteneciente a lo que él clasifica como Epica clandestina, *por constituir su temática historias de rebeliones de héroes y pueblos sometidos contra la autoridad y la ley de los Incas.*

Vidal Martínez no pertenece al grupo extremista de los indígenas incorregibles, detractores de todo lo hispánico. El no quiere que se le tome "como trasnochado indigenizante", "pues soy —dice—de los que buscan la carne y la esencia del Perú integral". Y en otra parte declara justa y sinceramente: "Providencialmente han sido españoles quienes recogieron en sus crónicas el relato y la explosión lírica de los conquistados. Si hubiesen llegado hombres con lengua distinta—y ésta no es suposición osada, pues debe mirarse a Norteamérica o al Brasil—, todo se habría perdido. Hasta el mismo folklore. Ineluctablemente."

En suma, es éste un libro erudito, aunque—como el propio autor señala—lo es, más que todo, de "interpretación", en el que hay que reconocer a la vez valor poético de intuición y valor crítico de investigación científica y de ponderación en el juicio histórico.

LA PAZ CUMPLE 400 AÑOS

VIENE DE LA PÁGINA 83

que era de una gran pureza y dulzura, fué muy apreciada, y su caudal sirvió a los españoles para impulsar molinos. Las montañas circundantes forman una cornisa protectora, para defender la hoyada de los vientos que azotan la altiplanicie.

ENCRUCIJADA COMERCIAL

La explotación del oro atrae el establecimiento de la población española. La Paz se funda con 500 indios y 20 españoles. Su crecimiento es lento. A poco de fundada la ciudad, se observa su importante posición geográfica como pueblo de tránsito entre Chuquisaca y Lima, que importaba las posiciones intermediarias entre Huamanga, Cuzco, Arequipa, Oruro, Potosí. También se ofrecía como estación intermediaria entre la ruta de Lima y Buenos Aires, y luego como el punto de conexión entre Puerto Potosí (Arica) y la Villa Imperial. La Paz resultaba, en el Alto Perú, la ciudad más próxima al mar Pacífico, equidistante de los centros interiores de la Audiencia de Charcas. Pronto las viejas minas de oro, explotadas por los incas, y los lavaderos de las arenas del Choqueyapu, demandarían muchos esfuerzos y darían poco rendimiento, descubriéndose que la verdadera riqueza de la nueva ciudad estaba en el tráfico de las mercancías, en el movimiento comercial y en el fomento de las industrias caseras propias. Siempre el espíritu de la ciudad de La Paz aplica su voluntad a las empresas de su vida. La Paz se alimentó con los residuos de la riqueza de Potosí, y vivía de la influencia administrativa de la poderosa Audiencia de Charcas, de tal modo que su predominio de crecimiento capitalino sólo fué obra de su constante desarrollo económico, desvinculado de la industria minera, que nunca fué pródiga. La formación de la economía paceña fué, paradójicamente, consecuencia de su pobreza minera, debiendo, por este motivo, sus habitantes, para subsistir, consagrarse a la agricultura, a la industria y al comercio. El consumo de la coca y de los minerales de Potosí sirvió para fomentar esta industria agraria, que estuvo sometida a la mita de los indios. El enriquecimiento de los cocaleros puso ritmo acelerado al desarrollo de La Paz. Al mismo tiempo, el tráfico de las llamas, que transportaban azogue desde Huancavelica a Potosí, o las que cruzaban desde la Villa Imperial hasta Arica, igual que las arrias de mulas que cargaban bastimentos de los almacenes del Consulado de Lima a Potosí y Buenos Aires, daban vida a la ciudad de La Paz. Las recuas que venían de Buenos Aires y Tucumán o Córdoba transportaban tocuyos, frutas secas y cueros. Las mulas que cargaban los odres de vino y aguardiente de Mequegua, también imprimían movimientos de tráfico. Todo esto daba un intenso vivir comercial que fomentaba en La Paz la existencia de corralones, tambos, hospederías y luego las industrias de la alimentación, la elaboración de cecinas, chalona, cigarrillos, chocolate, chuño, harina, quesos, etc. En torno de este mismo movimiento de tráfico se aceleraba el intercambio, produciendo el crecimiento de la población por el aumento vegetativo.

GUSTAVO ADOLFO OTERO

MISION HISPANICA DE LA GRAN ARGENTINA

(VIENE DE LA PÁGINA 70)

ter, lo que le personaliza en el mundo. De manera intuitiva sigue aquel principio de Menéndez y Pelayo: *Lo que no es tradición es plagio.* Y un pueblo de la grandeza, de la personalidad, del origen y formación del argentino, no puede plagiar. Y busca lo suyo, "su alma", lo que naturalmente le aflora del hondo de su ser, sobre las influencias epidérmicas de las "modas" y aun incluso sobre los fatales tirones de lo telúrico.

Esto lo sintieron siempre—aunque no de manera clara y consciente—las mejores cabezas argentinas. Hasta en el mismísimo antiespañolismo furibundo de Sarmiento late, irreprimible y magnífica, una soberbia personalidad hispánica, descontenta y rebelde, contra el medio decadente de su tiempo. Y hace veinte años, un catedrático argentino, el Dr. D. José León Suárez, en un trabajo sobre Mitre, lo decía sin ambages ni rodeos: *Solamente cavando en la roca viva del hispanismo y empleando como cal hidráulica el espíritu de esta civilización milenaria con respecto al mundo y tricentenaria con respecto a América, podía y puede levantarse el hogar que definitivamente cobijara a la gran familia argentina.*

Grandeza argentina y paralelismo hispánico.

Observemos, para reafirmar todo lo dicho, cuál fué la formación histórica de la vieja España peninsular, que culminó en el magno ciclo de los siglos XVI y XVII. ¿Es que acaso hubo en España una unidad racial, una pureza de sangre y una unidad de cultura cerradas a las corrientes renovadoras del mundo exterior? No; de ninguna manera. Sobre los diversos fondos de la barbarie indígena remota se vierten y entremezclan las razas y las culturas más diversas: el aluvión de sangres y métodos colonizadores que traen las conquistas de celtas, iberos, tartesio-tirsenos, púnicos, helenos y romanos; las invasiones nórdico-germánicas; la Babel de pueblos—árabes, moros, persas, etc.—que nos soplan los vientos del Islam; los judíos también. Y de ese caos de sangres, razas, religiones, culturas, modas e influencias diversas, sale la vieja España, *unida y en orden*, de los Reyes Católicos.

La Argentina, tras una evolución muy semejante, está ahora viviendo lo que podríamos llamar la etapa preimperial de su Historia; comparable, con las reservas lógicas de tiempo y espacio, a la que vivió España a finales del siglo XV. La Historia argentina, estudiada con criterio metódico y científico, ofrece las siguientes etapas, que permiten un parangón así:

Argentina ("lo hispánico" en América • futuro de "lo hispánico")	España ("lo hispánico" en Europa o pasado de "lo hispánico")
a) *la barbarie indígena prehispánica*, sin cristianismo y sin alfabeto, sin rueda y sin ganado. Prehistoria de querandíes nómadas y fluviales.	a) *la barbarie preclásica:* trogloditas y cazadores. Pastores. Protohistoria.
b) *la población:* cuando llega el hombre blanco (hispánico) y levanta las primeras ciudades con iglesias y escuelas y traza los primeros caminos, y puebla la pampa con vacas y caballos. Empieza la vida histórica.	b) *llegada de los pueblos clásicos:* primeros contactos con sus culturas. Vida agrícola, minera y marinera. Empieza la vida histórica.
c) *la provincia imperial:* Universidad, Imprenta, Virreinato, Consulado, Leyes de Indias, Cabildo, gloria militar al rechazar al invasor inglés (el *queremos al amo viejo o a ninguno*, de Belgrano). Idioma castellano. Criollos ilustres en las ciencias y en las artes.	c) *la España romana:* vías, acueductos, medidas. "Lex" y "Pax" romanas. Séneca, Columela, Quintiliano, Adriano, Prudencio. Lucha por Roma contra el Norte. Latín. Municipios.
d) *la emancipadora o separatista:* 1810, 1816; guerras civiles entre realistas partidarios de la unidad imperial y romántico-liberales partidarios de la República independiente, no "españoles y "americanos", como dicen las "seudohistorias". República Argentina, ideas foráneas.	d) *Edad Media:* anarquía, invasiones. Persistencia de "lo romano" como aglutinación nacional en Orosio y San Isidro. Independencia política peninsular bajo ideas foráneas. Monarquía española.
e) *la anarquía:* se resume en cuatro palabras: "caudillos" y "montoneras", "federales" y "unitarios". Rota la unidad imperial y su "Lex", florecen el desorden, la anarquía y la descomposición; pero se prueba la fibra dura y heroica de la raza. "*Martín Fierro*".	e) *Baja Edad Media:* luchas de reinos y caudillos, más aluviones de moros y judíos. Descomposición interior, pero las gentes se están forjando un espíritu y un nervio. Romancero.
f) *la reconstrucción y estabilización:* las emigraciones, el ferrocarril, el alambrado, la ganadería científica, los primeros frigoríficos y los últimos indios bravos.	f, g, h) *Reyes Católicos.* Fin de la anarquía, organización interior, prestigio exterior. Castilla se asoma al mundo. Vísperas del Imperio. Renacimiento de "lo romano". Latinización del idioma. Proclamación del "somos hijos y continuadores de la Madre Roma", del Imperio romano. Lucha contra las oligarquías enfeudadas y los resabios medievales en las Comunidades. Reorganización de la ganadería—Mesta—, de la Industria —Ordenanzas gremiales—, del Comercio y la Marina — Ordenanzas consulares—.
g) *la del crecimiento y robustecimiento*, esto es la maduración de la anterior, que llega hasta nuestros días.	
h) *la preimperial:* Superadas las anteriores, la Argentinidad tiene conciencia de su misión histórica, se emancipa de las tutelas plutocráticas (máscaras de coloniaje). Reafirmación y restauración de "lo hispánico". Celo por la pureza del idioma. Proclamación del "somos hijos de los caballeros que vinieron de España" (discurso oficial del Jefe del Estado). Prestigio interamericano y universal de la Argentina. Empieza a hablarse de la "Gran Argentina". Industrialización. Marina.	

¿Será necesario insistir en el paralelismo? La Argentina—puede afirmarse sin temor—no hace más que PROSEGUIR EN EL SIGLO XX EL PROCESO HISTÓRICO DE LO HISPÁNICO EN EL MUNDO, CORTADO HACE SIGLOS POR LA DERROTA Y LA RUINA DEL IMPERIO ESPAÑOL, AL QUE FATALMENTE SUCEDE ESTA SU HIJA DE LA HISPANIDAD AMERICANA.

La Argentina está, pues, en esa etapa que aquí califico de preimperial, semejante, como acaba de verse, en tantos aspectos, a la de la vieja España europea del siglo XV.

Ortega y Gasset, uno de los más agudos veedores de nuestro tiempo, lo vió así hace ya unos cuantos años, cuando escribió en *El Espectador* (VII, 217): *El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras; quiere un destino peraltado, exige de sí mismo un futuro soberbio, no le sabría una historia sin triunfo y está resuelto a mandar. Lo logrará o no; pero es sobre manera interesante asistir al disparo sobre el tiempo histórico de un pueblo con vocación imperial.*

Ved si no el ideal constructivo de la nueva y Gran Argentina hispánica de hoy, plasmado en las palabras inolvidables que el Jefe de su Estado y Conductor de su Pueblo pronunciara en Buenos Aires en el Homenaje a Cervantes (12 octubre 1947):

Los pueblos de la Hispanidad—dijo el caudillo del Sur—*también constituímos una unidad y también vivimos dominados por la pasión patriótica. Tenemos mucho en común que defender: unidad de origen, unidad de cultura y unidad de destino. Vivimos hermanados por vínculos de idioma, de religión, de cultura y de historia. Estas identidades* DEBEN IMPULSARNOS A UNA EMPRESA UNIVERSAL QUE, DESBORDANDO LOS LÍMITES GEOGRÁFICOS AISLADOS, INTEGRE LA VERDADERA UNIDAD ESPIRITUAL DE LOS PUEBLOS HISPANOS... HOY MÁS QUE NUNCA DEBE RESUCITAR DON QUIJOTE Y ABRIRSE EL SEPULCRO DEL CID CAMPEADOR.

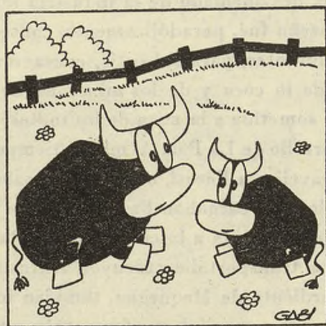
A la Argentina, nación pródigamente dotada por la Naturaleza, crisol de buenas razas occidentales bien alimentadas e instruídas, con inmensas perspectivas en el orden económico y en el cultural, iniciando la etapa de la industrialización y del cultivo espiritual de la propia personalidad, no hay duda que han de caberle—si no los malogra—espléndidos futuros, llenos de gloria y de grandeza, como aquellos que en su tiempo entrevieron los Reyes Católicos para hacer las páginas más importantes y trascendentes de la Historia del Mundo.

JESUS EVARISTO CASARIEGO



DESPUES DEL TERRIBLE ACCIDENTE

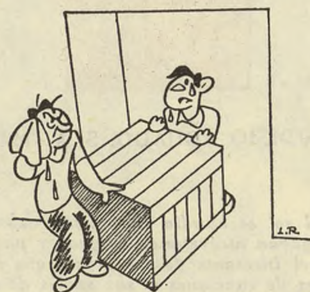
—¡Oh, querido mío! Estoy encantada; toda la Prensa de hoy se ocupa de ti.



AMBICIONES JUVENILES

—¿Y tú qué quieres ser cuando seas mayor, hijo mío?

—Torero.



ESFUERZO COMBINADO

—¡Uf! Llevamos casi una hora empujando para meterlo dentro y seguimos en el mismo sitio.

—¡Ah! Yo creía que querías sacarlo fuera.



—Estos niños me llevaron la cola del vestido el día que me casé, y ahora no puedo darles esquinazo.

EL FARO A COLON

(VIENE DE LA PÁGINA 22)

al horizonte, como es costumbre de los demás faros. Quienes vengan hacia la República Dominicana será en lo alto, hacia las estrellas, iluminando la Vía Láctea, donde percibirán el claror del monumento conmemorativo a la gloria colombina y española.

LAS RAZONES DE LA CONSTRUCCION

El arquitecto Joseph L. Gleave ha dado una exacta explicación de su proyecto. Es verdad que las palabras del historiador dominicano Delmonte y Tejada significaban la construcción elevada y vertical propia de los faros antiguos; pero el prestigioso hombre de letras hubiese advertido con facilidad que precisamente la altura motivó el derrumbe de la colosal estatua a raíz de un terremoto.

Y la República Dominicana, centro geográfico del Caribe, es también una zona sísmica de relativa intensidad, a cuya peculiar naturaleza se adaptan mejor que las estilizadas agujas góticas las macizas reciedumbres de las construcciones mayas. En nuestra misma Catedral, tan hermosa y plateresca, falta esa estilización, con la cual no hubiese alcanzado a resistir, ya a través de tantos siglos, temblores y huracanes.

Por lo demás, mejor que yo, de la belleza de la construcción y de cómo la elegancia puede armonizarse con una idea practicista y de perdurabilidad, hablarán claro las fotografías que ilustran el reportaje.

SIMBOLISMO RELIGIOSO

¿Quién ignora que una de las razones más cordiales e íntimas del Descubrimiento fué la propagación de la fe por los españoles? Yo bien sé que todos nosotros fuimos siempre pecadores y que, en ocasiones, llevamos la carne muy a flor de piel. Pero ello no importa. Doquiera llegamos plantamos la cruz. Los más fieros de los conquistadores, sobre el suelo, o con su sangre, la dibujaban para besarla y morir. El P. Las Casas, y forzoso es citarle tratándose de esta isla, dejó dicho de nosotros: *Y en todas aquellas islas y lugares donde desembarcaron se establecieron y dejaron allí una cruz.*

Un monumento que glorificase a Colón y que glorificase también la obra civilizadora de España en América no podía sino estar concebido alrededor de la simbólica cruz, nuestro signo bélicorreligioso. Que la cruz de la espada tiene mucho de cruz de martirio. Si frente a la cruz de madera—según Jorge Manrique—pueden ganar el cielo con oraciones y lloros los buenos religiosos, a los caballeros no les queda otra alternativa que sufrir con buen temple las privaciones de la guerra...

Así lo entendió el propio presidente Trujillo, y éstas son palabras suyas:

Ningún símbolo podría expresar con más sentimiento humano y con mayor significación histórica la solidaridad espiritual de las Repúblicas del Nuevo Mundo que este faro monumental en forma de cruz.

COLOFON

Ya solamente me queda volver al principio de mi reportaje. Fué significativo que, precisamente, el "Día de las Américas" fuese el elegido en el pasado abril para la inauguración de las obras del Faro a Colón. Y el elegido también para que por primera vez se emplease la energía atómica aplicándola a usos civiles. A una distancia de seiscientos metros fueron volados treinta cartuchos de dinamita por el profesor Cobas, que utilizó una sustancia radiactiva de composición secreta.

Después, el pueblo dominicano, todavía con el regusto de las incidencias de la madrugadora explosión atómica en los labios, contempló la bella exposición de cuadros y maquetas del Faro. Su éxito fué resonantísimo. Esta joven nación vive pendiente de ese glorioso monumento que la honrará y del que, en áurea frase, se dijo—y termino—que servirá de sepulcro a las cenizas del Gran Almirante y de perenne recordación a su inmarcesible gloria.

J O S E   M A R I A   G A R C I A   R O D R I G U E Z

EL MVSEO DE AMERICA

(VIENE DE LA PAGINA 34)

sobre cuyos cimientos se levantara el prometedor futuro que quedó en líneas anteriores.

He aquí una relación de estas adquisiciones: el célebre códice azteca postcortesiano, antes desconocido, y del cual dió cuenta el año pasado en París el profesor Tudela, con ocasión del XXVIII Congreso Internacional de Americanistas; dos preciosos biombos mejicanos coloniales comprados en Sevilla; una colección de trescientas piezas de arqueología ecuatoriana; varias obras de Cabrera, el mejor pintor mexicano del siglo XVIII; unos cuadros de plumería; una arqueta de concha con guarniciones y otra de cuero acuchillado, mejicanas las dos; un gran tapiz peruano colonial; sahumadores, mates, hierberas y otros objetos de platería sudamericana. Y muy recientemente, un cuadro de seis metros por dos, del pintor Pérez Olguía, con más de cien figuras, que representa la entrada de un virrey en Potosí, aquel nombre mágico de la quimera argentífera que despertó tantos sueños y leyendas.

En cuanto a las adquisiciones en América, se han pospuesto, por ahora, a la labor de localización, recogida y estudio de los objetos que existen en España. Y cuando esté terminado el nuevo Museo y su capacidad permita acoger dignamente lo demás, se requerirá a las Repúblicas americanas para que hagan sus envíos, a cambio de otras cosas que a ellas interesen y que España pueda entregar.

Por eso el profesor Tudela quiere hacer un llamamiento, por medio de MVNDO HISPANICO, a todos cuantos en España y América—entidades científicas y culturales, especialistas y particulares—, quieran prestar apoyo y colaboración, sumándose a los ofrecimientos existentes ya, para formar el gran Museo que camina rápidamente hacia la mayoría de edad.

DE LO PINTADO A LO VIVO

El dibujo de los arquitectos españoles Feduchi y Moya va convirtiéndose en algo más que acuarela y litografía. Las líneas arquitectónicas pasan del pincel a lo real, de lo pintado a lo vivo. El nuevo Museo de América avanza verticalmente hacia el cielo azul de Castilla. Por encima de los árboles y el paisaje de la Ciudad Universitaria de Madrid—ahora escapados del dibujo para ofrecérsenos con toda realidad vegetal—, despuntan ya los primeros metros de mampostería. La obra se abre paso entre los demás edificios docentes que se extienden Moncloa abajo y pronto reclamará atención especial, solemnidades inaugurales y oleadas de visitantes.

Cuando se coloque la bandera nacional en la última azotea, el Museo quedará instalado en un espléndido palacio, que será el más expresivo monumento levantado a la gran América y a la vieja España. La España soñadora y aventurera que, al cabo de los siglos, vuelve sus ojos actuales hacia las tierras donde dejó su sangre y la semilla de una nueva civilización. Y a través de los meridianos vendrán a darse cita en unas vitrinas todos los pueblos que a un lado y a otro del Atlántico supieron borrar las distancias del "mar tenebroso" con un abrazo eterno. Tan eterno como el idioma que hablan y la savia biológica y espiritual que se entrecruzó en sus venas.

EN CASA DE CRISTOBAL COLON...

(VIENE DE LA PAGINA 27)

Se ha colocado, sin darse cuenta, junto al cuadro. Más bien alta, de encarnación un poco rubensiana, rubia de piel y pelo, los ojos de un verde seco y claro, esta duquesa de Veragua no se parece en nada a la otra, por su gesto infantil en las facciones menudas y en la nariz casi respingona. Aclara nuestra sorpresa:

—Yo no me puedo parecer. Yo no soy Colón. Me llamo Eulalia Maroto de Hernán Pérez del Pulgar. De la casa del Gran Capitán...

Entra en el más puro terreno de la lógica que una descendiente del Gran Capitán se case con un descendiente del Descubridor. Pero quien se parece de manera extraordinaria, todo lo que se puede parecer un joven de 1948 a una dama, ya en vislumbres del otoño, del siglo XVIII, a la Duquesa del cuadro, es el hijo de Eulalia Maroto y Hernán Pérez del Pulgar. La nariz y el corte de cara, sobre todo, hablan más que cualquier árbol genealógico.

UN POCO DE GENEALOGIA MUY ACTUAL

—¿Descendiente en línea directa el actual duque de Veragua de Cristóbal Colón?

—Sí.

—Pero él era sólo sobrino del anterior duque de Veragua. Y ustedes tuvieron que pedir al Ministerio de Justicia que les concediera el cambio de apellido. Su hijo se llamaba Cristóbal Carvajal Maroto... y no Cristóbal Colón. ¿No es así?

—Exacto. Pero desciende en línea directa de la casa del Almirante. Le explicaré. El viejo duque de Veragua, el de las patillas...

En esto de las patillas la Duquesa hace una pausa. No necesitamos la aclaración. Vemos al viejo duque de Veragua, con su rostro aguileño, muy parecido al de la dama del cuadro, anclado en el XIX, con sus patillas características, de la época, acaso un poco exageradas...

— El viejo duque de Veragua, Cristóbal Colón y de la Cerda, era abuelo de mi marido. Y tuvo dos hijos: Cristóbal y Pilar. Al varón, Cristóbal Colón y Aguilera, correspondió, como era lógico, el ducado de Veragua, con todos los títulos anexos. Era soltero y fué asesinado durante nuestra guerra. La hija, Pilar Colón y Aguilera, se había casado con Manuel de Carvajal y Hurtado de Mendoza, marqués de Aguilafuente, de la casa de los duques de Abrantes. Fruto de este matrimonio, junto con ocho hijas más, fué mi marido...

—¿Que se llamaba?

—Ramón Carvajal y Colón. Como es lógico, llevaba el apellido de su padre primero. Pero al morir mi marido y el anterior duque de Veragua, quedaba como descendiente directo mi hijo, Cristóbal Carvajal Maroto y Colón, bisnieto del viejo duque de Veragua. Hubo que pedir permiso en el Ministerio para que antepusiera el apellido de la abuela paterna, Pilar Colón y Aguilera, al del abuelo paterno, Manuel de Carvajal...

—¿Es la primera vez que sucedió un caso así en la casa de los duques de Veragua?

—Si no exacto, muy semejante. Hará ya siglos que una duquesa de Veragua se casó con un Larreátegui. Y los descendientes se llamaron, no obstante, Colón y Larreátegui...

UN POSIBLE ALMIRANTE DE HECHO

—Comprendemos; aquí el ducado llegó algo por línea femenina... Pero díganos una cosa... ¿Qué tal cree usted, no como madre, sino como aristócrata, con todo eso de "nobleza obliga", que le va a su hijo el ducado de Veragua? Le pertenece por derecho propio... Pero, ¿cómo le va?

La Duquesa sonríe, como si no considerara impertinente nuestra pregunta:

—Puedo decirle una cosa. Excepto el Almirante, mi hijo es el único Cristóbal Colón que es marino de verdad. Su bisabuelo fué ministro de Marina; pero el único marino de la familia es el actual duque de Veragua. Cuando solicitó el ingreso en la Escuela Naval de Marín, el Generalísimo le concedió una plaza de gracia...

—¿Qué es eso de una plaza de gracia?

—Poder ingresar por concesión especial, por gracia se dice, sin necesidad de examen... Pero mi hijo, agradeciendo la cortesía, no quiso aceptar. Cierto que él, como descendiente del Almirante, tiene todos los derechos. Pero prefirió entrar de verdad, como decía él, como un alumno más...

—Vamos, por justicia. ¿Ingresó en la primera convocatoria? Los exámenes son fuertes...

—En la primera, a los diecisiete años. El adora su carrera. Primero comenzó—de niño—la pasión por el mar, la natación y el balandro. Luego él mismo comenzó a construir en casa barquitos; es un consumado artífice. Después vino el ingreso en la Escuela Naval, la afición por la náutica...

—Y usted..., un hijo que pierde...

—Se pasó todo el año fuera de casa. Primero, en la Escuela, cuando guardia marina; ahora, que es ya alférez de fragata, siempre en el barco... ¡Tienen tan pocas vacaciones!... Luego, la novia... Es lógico que esté con ella.

Hay un tono de comprensión infinita, maternal y resignada en esta última frase de la duquesa de Veragua.

—Bien. En cuanto al Almirantazgo, vemos que, si prosigue en su carrera, es posible que, al correr de los años, el Almirante efectivo y no simplemente honorario de nuestra flota se vuelva a llamar Cristóbal Colón. Pero... ¿y en cuanto a América?

—No hemos ido ya allí porque mi hijo—mis hijos—tienen que terminar sus estudios. El mayor siente enorme curiosidad y simpatía por América, sobre todo por América Hispana...

Todo es verdad en estas palabras. Hace unos minutos, en estas inevitables frases de cortesía que quedan siempre al margen de la interviú, Eulalia Carvajal nos preguntó:

—Usted es española, ¿verdad?

Se repuso afirmativamente, con un poco de sorpresa.

—No le extrañe la pregunta... Es que aquí han venido muchos americanos... Yo prefiero a los otros—la duquesa de Veragua llama como hispanoamericanos a los yanquis—. Chilenos, argentinos, dominicanos..., todos ellos me simpatizan más, son como españoles...

UNA CONDECORACION HISPANOAMERICANA

—El duque de Veragua—continúa—está muy orgulloso de poseer la Gran Cruz de Santo Domingo, con banda y venera. El, con el Caudillo, es el único que la posee en España...

De unos estuches en piel perfumada, con ese noble olor del cuero bueno, salen cruz, banda y venera. En la cruz, esmaltes rojos y dorados, está la efigie del Almirante. En torno al rostro, reza su nombre, seguido de esta aclaración: Ilustre y Esclarecido Varón. En banda y venera van, además, el escudo de la República de Santo Domingo, sobre el que van las tres palabras cabales: Dios, Patria, Libertad. Tiene gracia este emblema sobre el pecho de un joven aristócrata...

—En qué fecha fué concedida esta cruz?

—Fué la primera que se concedió en España. Debió de ser en junio de mil novecientos cuarenta y tres. Yo di un cocktail en honor de que mi hijo era ya guardia marina. También organicé una Exposición del archivo de la casa...

—¿Piensa publicarlo?

—En su día... Pero, como dice mi hijo, tenemos un verdadero arsenal de documentos. Entre ellos el testamento de don Diego Colón, hijo del Descubridor. La mayor parte de ellos, inéditos. En esta fecha que digo, el ministro de Santo Domingo, señor Morell, impuso la cruz a mi hijo.

Vamos viendo unas fotografías, en las que examinan los documentos colombinos, junto a un duque de Veragua, que es un crío, D. Ramón Menéndez Pidal, el novelista Manuel Halcón, José María Huarte, el marqués de Ciadoncha y el conde de Ruidoms...

—¿Ya no estará su hijo tan joven?...

—Ya tiene veintitrés años. Nació el quince de enero de mil novecientos veinticinco—y nos enseña una foto reciente, de este verano, en la que un joven delgado, moreno, que se parece un poco a Alfonso XIII, da el brazo a su madre—. Es en la boda de mi hija Eulalia con el marqués de Sierra Gullones, hijo de los duques de Nájera. Se celebró en Avila, en casa del marqués de Santo Domingo, mi hermano...

—Pero esta casa está en la misma muralla... ¡Debe de ser maravillosa!...

—Sí... Se llama San Segundo la casa... Fué una boda bonita... Los padrinos fueron, representados por el duque de Nájera y por mí, los condes de Barcelona...

LA VIDA DE UN CRISTOBAL COLON DE 1948

—Bueno; hasta ahora usted nos ha dicho bastante historia... Queremos saber algo de la biografía actual del Cristóbal Colón de hoy. Aunque, puesto que tiene novia y está sometido a la disciplina de Marina, será muy breve en un chico de veintitrés años...

La madre va hablando y surge un duque de Veragua, de un metro setenta de alto, esbelto, moreno, de ojos verdosos, y de vida sana e infantil. En sus temporadas madrileñas duerme bastante, come más, sale con la novia. Baila muy bien—adora el vals—y gusta de la música clásica. Mo-

zart, sobre todo. Buen balandrista, adora los deportes marineros, y sus pasiones, aparte del mar, sentidas desde muy niño, son la equitación y la caza. Es gran tirador.

Dibuja de afición, con bastante destreza. Gusta de pasar apuntes de animales, perros, caballos. Fuma mucho, cuatro cajetillas al día, y aún tiene el gusto por las golosinas de la infancia. Es de carácter tímido y sencillo, pero muy risueño. Muy ordenado, durante su ausencia cierra a piedra y lodo sus libros, sus cosas, para que no anden en ellas los hermanos. Uno de veintinuo estudia para ingeniero naval.

Interrumpe la conversación el Colón más pequeño. Un niño de once años, precioso, que acaba de andar con un bote de cola y que nos mira alegre con los claros verdeazulados ojos que debió mirar el Descubridor. Y, para terminar, hacemos una última pregunta a la madre:

—¿Qué lee su hijo?

—Muchas novelas de aventuras. Hasta les quita el "Coyote" a sus hermanos. Y policíacas. También todo lo escrito sobre Colón. Conoce todas las biografías que hay del Almirante...

—También esas son novelas de aventuras..., sólo que verdaderas.

E U G E N I A   S E R R A N O

COMO NACE CASTILLA

(VIENE DE LA PÁGINA 50)

EXPANSION

Llega al fin la separación, encaminada a una unidad más alta, porque, es cierto, Castillas es separatista, porque se siente el núcleo de la gran unificación. Superando el propio particularismo, que sólo en apariencia tenía los rasgos de un egoísmo feudal, Castilla asegura su libertad de movimiento en vista de un orden superior y con el presentimiento de una misión colosal que cumplir. Bien pronto se convierte en centro propulsor de actividad, en organizadora de empresas gigantescas, en las cuales interesará a los demás pueblos peninsulares. En el siglo IX, la ocupación lenta del solar, primero; en el siglo X, la conciencia de sí misma con el reconocimiento de su personalidad; en el siglo XI, la hegemonía en la dirección de la vida hispánica. Ya está formada y enraizada en la tierra originaria; ya se ha llenado de savia vital, que le va a permitir un crecimiento prodigioso; ya lleva dentro una fuerza expansiva, que la va a convertir en un espíritu que se mueve, y camina y avanza con empuje arrollador. De un salto hasta el Tajo. Caen Toledo y Valencia, y la figura del Cid se levanta triunfal en la llanura, como símbolo de aquella vitalidad:

Por necesidad batallo,
y cuando monto en la silla,
se va ensanchando Castilla
al paso de mi caballo.

Castilla no es una región, es una fuerza que anda. En el siglo XIII, Sevilla y Córdoba. Vuelven a la basílica de Santiago las campanas que Almanzor había llevado a la gran mezquita de su capital. En el siglo XIV, Tarifa y Algeciras. El desierto africano, tornado de invasiones y tormentas de fanatismo; pero nada puede detener la marcha hacia el sur. En el siglo XV, Granada, Italia, Europa. El mundo es pequeño para la fe de aquellos hombres, y estrecho para la fuerza cósmica que los empuja. Miradlos frente al mar tenebroso, con su vigor intacto, con la vitalidad ardiente de la primera hora. Por vez primera surcan sus aguas las tres carabelas augurales, la magna trinidad de la aventura. Va a comenzar la inmensa epopeya, la manifestación insospechada y fulgurante:

del alma de la estirpe, el alma hispana
tozuda, indeclinable,
inflamada de fe, la fe en sí misma
abroquelada de sus ideales,
confiada en sus vehemencias,
segura de alcanzar lo inalcanzable.

Así canta uno de los grandes poetas americanos, recientemente fallecido, evocando aquellas jornadas sin reposo y sin camino, aquellas odiseas interminables, aquellas peripecias fabulosas, aquellos héroes temerarios, caballeros del ideal, catapulta del carácter:

hombres que sólo anhelan,
partir, partir, partir sin equipaje,
y no saben a dónde ni hasta cuándo,
y no saben si para siempre;
darse del todo, en alma y cuerpo,
a lo que no se sabe.

El descubrimiento, la exploración, la conquista, la colonización de un mundo. La alcaldía de la primera hora es ya un imperio en el que no se pone el sol. La lengua vibrante y luminosa del Arlanza resuena sobre los picos de los Andes y las aguas del Amazonas, enriquecida con sonoridades inéditas y resonancias nuevas. Es Castilla que sigue su avance por la selva y por la montaña, a través de la puna y de la manigua, por ríos que son como mares y por mares que habían desconocido las velas más audaces; Castilla, que en una entrega de generosidad inexhausta va a transfundir su espíritu ardiente, combativo, heroico, en docenas de pueblos destinados a un glorioso porvenir por la fidelidad a la voz ancestral, al imperativo victorioso de la herencia común, que es sangre y es alma, savia generosa de hispanidad, con las cuatro notas irrenunciables que hallamos en el comienzo de todo: la noble altivez, la libertad como condición de grandeza y ascensión, la angustia religiosa y la capacidad infinita de sacrificio.

LOS LECTORES *también escriben*

Invitamos cordialmente a nuestros lectores de todas las latitudes a que nos escriban comunicándonos sus opiniones y orientaciones útiles para nuestra Revista, sobre las relaciones culturales, sociales y económicas entre los 23 países a quienes va dirigido MVNDO HISPANICO o a propósito de perfiles ingeniosos o interesantes de la vida de estos pueblos.

Abrimos estas columnas para reproducir tales comunicaciones y también aquellas cartas breves, enjundiosas u ocurrentes que nos vengan por la tierra, por el mar o por el aire y que, a juicio de la Revista, merezcan ser redimidas de la oscuridad del anonimato o de la esterilidad del aislamiento.

Los autores de las cartas publicadas recibirán, gratuitamente, el ejemplar de MVNDO HISPANICO en que aparezca su comunicación y nuestro comentario.

Montevideo, 8 septiembre 1948.

Señor Director de la Revista MVNDO HISPANICO.—Madrid (España).

De mi mayor consideración y estima: Tiempo atrás, haciendo el acostumbrado recorrido entre mi hogar y la oficina donde trabajo, tuve oportunidad de ver en una librería el primer ejemplar de MVNDO HISPANICO. Inmediatamente me posesionó la imagen de mi madre, que es española, y me interesé por la Revista, para llevársela en caso de encontrarla amena. Me agradó muchísimo, y cuando, ya de retorno a mi casa, la puse en sus manos, me abrazó y me besó fuertemente, no pudiendo reprimir sus lágrimas, emocionada.

¡Qué grande fué su felicidad en aquellos minutos en que las páginas nerviosamente pasadas le iban entregando nombres, paisajes y escenas que su mente se había esforzado en retener desde el día que dejó su Patria! ¡Qué profunda satisfacción comprobar que su hijo había heredado parte de su acendrado amor al terruño de sus mayores!

Leía con avidez, como si en su mente fueran adquiriendo movimiento los cuadros inanimados del papel, como si los rostros impresos se iluminaran y cobraran expresión de vida, como si las palabras pronunciadas por sus labios en voz muy baja, religiosamente, fueran despertando resonancias lejanas, descubriendo horas vividas que se habían esfumado con brumas de muchas noches y muchos días. No ha sido ésta la única vez que mi madre se ha emocionado frente a los recuerdos de su España amada.

Por las noches, cuando la radio trae las voces y las melodías de la Madre Patria—no importa que todos se hayan retirado a descansar, no importa que sea tarde—, ella se acurruca junto al receptor y llora mansamente. Llora sus "saudades", sus nostalgias. Es feliz porque tiene su hogar; pero lo sería más si el cielo fuera su cielo si sus manos pudieran recoger a puñados la tierra iluminada por el sol de sus primeros días.

Sin quererlo, me he alejado del motivo de esta carta. En ella quería agradecer la felicidad que a mi madre le ha dado la lectura de MVNDO HISPANICO, felicidad que yo compré por algunas monedas, pero cuyo verdadero valor no hay dinero en el mundo capaz de igualar. Hago votos para que esta publicación encuentre en Hispanoamérica la más franca aceptación, pues su contenido, de gran valor cultural e informativo, así lo merecen.

Sin embargo, hay algo que me ha apenado, y es que mi país no esté representado en esta gran revista como lo están otros. Me queda la esperanza de que, en breve plazo, aparecerán en esa publicación artículos firmados por algún uruguayo.

Agradeciendo nuevamente el mensaje de cordialidad que significa cada ejemplar de MVNDO HISPANICO y deseando que cada vez sea más amplio su interesantísimo contenido, me declaro a sus órdenes, deseoso de colaborar en la forma que usted se sirviera indicarme, de ser ello posible, saludándole con mi mayor consideración y estima.

Su seguro servidor,

PEDRO AGUSTÍN ALVAREZ.

Pestalozzi, 3927. Montevideo.

En MVNDO HISPANICO se ha dedicado ya alguna página al Uruguay. Ultimamente, en el número 8, hemos publicado una breve y sustanciosa biografía del famoso dramaturgo Florencio Sánchez. Y en el inmediato número 10 aparecerá otro trabajo, ampliamente ilustrado, sobre dicho país.

MVNDO HISPÁNICO.

6 octubre 1948. Habana (Cuba).

Señor Director de la Revista MVNDO HISPANICO.

Distinguido señor: Llena de entusiasmo, me dirijo a usted para darle testimonio del gran interés que ha despertado en mí esa hermosa revista.

Desde muchos puntos de vista, nos satisface el hallazgo de una publicación del buen gusto y refinamiento de MVNDO HISPANICO, cuyas páginas, llenas de sugerencias, constituyen una promesa de orientación y encauzamiento para el pensamiento hispanoamericano.

Cuando leímos en el número correspondiente al mes de septiembre sus comentarios editoriales, que tituló "Política de ideas", tuvimos la sensación de haber hecho un importante descubrimiento, y es que MVNDO HISPANICO viene a llenar el vacío que han dejado en nosotros otras publicaciones de carácter radicalmente extraño al de nuestra sensibilidad. Tal vez durante mucho tiempo se nos ha estado haciendo creer que carecemos de cultura, cuando la realidad es que la cultura en nosotros ha tenido simplemente un carácter distinto.

Hay cosas que no alcanzan a entender las propagandas caprichosas que tanta circulación han tenido entre nosotros, y es que las sociedades crecen y se desarrollan independientemente de la voluntad del hombre, que nunca son producto exclusivo de la razón, que no son como los hombres quieren que sean, sino como ellas mismas se van tornando. Esa es la raíz de nuestros problemas: psicológica, cultural. Se nos ha querido forjar de una manera, y no podemos ser sino como somos.

Sin más, quedo de usted att. y s. s.,

MATILDE VIGNAU.



—Señorita: Yo soy hombre de pocas palabras, y, por lo tanto, sólo puedo decir que la qui...



FARMACIA

—... Y en ese frasco negro guardamos la medicina para despachar las recetas que no entendemos bien.



FAKIRES

—Pues sí; yo ahora sólo como botellas, porque ¡hay que ver el precio que tienen los clavos!



—Pero ¿qué come ese hombre?
—Es que, como es fakir, en lugar de servirle filetes, le servimos platos, cucharas y tenedores.


ARTICO
CANCER
ECVADOR
CAPRICORNIO
ANTARTICO



1492 · 12 · de · Octubre